

La Caída del Imperio Romano

**ASÍ SUCUMBIÓ LA MAYOR
POTENCIA MUNDIAL
DE LA HISTORIA**



Enemigos de Roma

La creciente influencia
de los cristianos

Los pecados capitales que
precipitaron su decadencia:
invasiones, colapso
económico, corrupción...

**La vida cotidiana en una
villa hispanorromana**

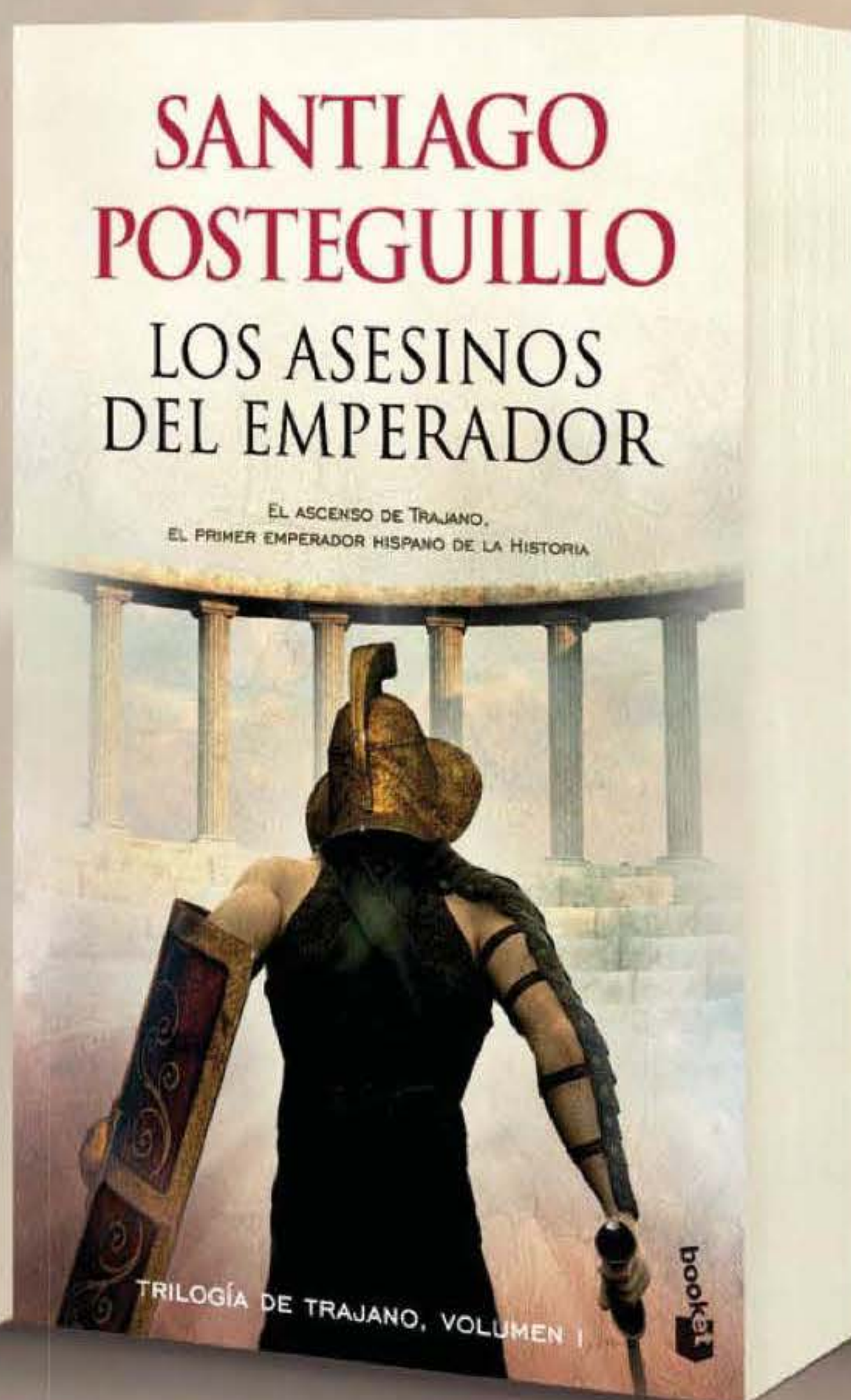
El alba del poder bizantino

SANTIAGO POSTEGUILLO

TRAICIÓN, GUERRA Y AMOR
EN TIEMPOS DE TRAJANO

TRILOGÍA DE TRAJANO I

TRILOGÍA DE TRAJANO II



AHORA
EN BOLSILLO A
12,95 €

booket

www.santiagoposteguillo.es

SUMARIO

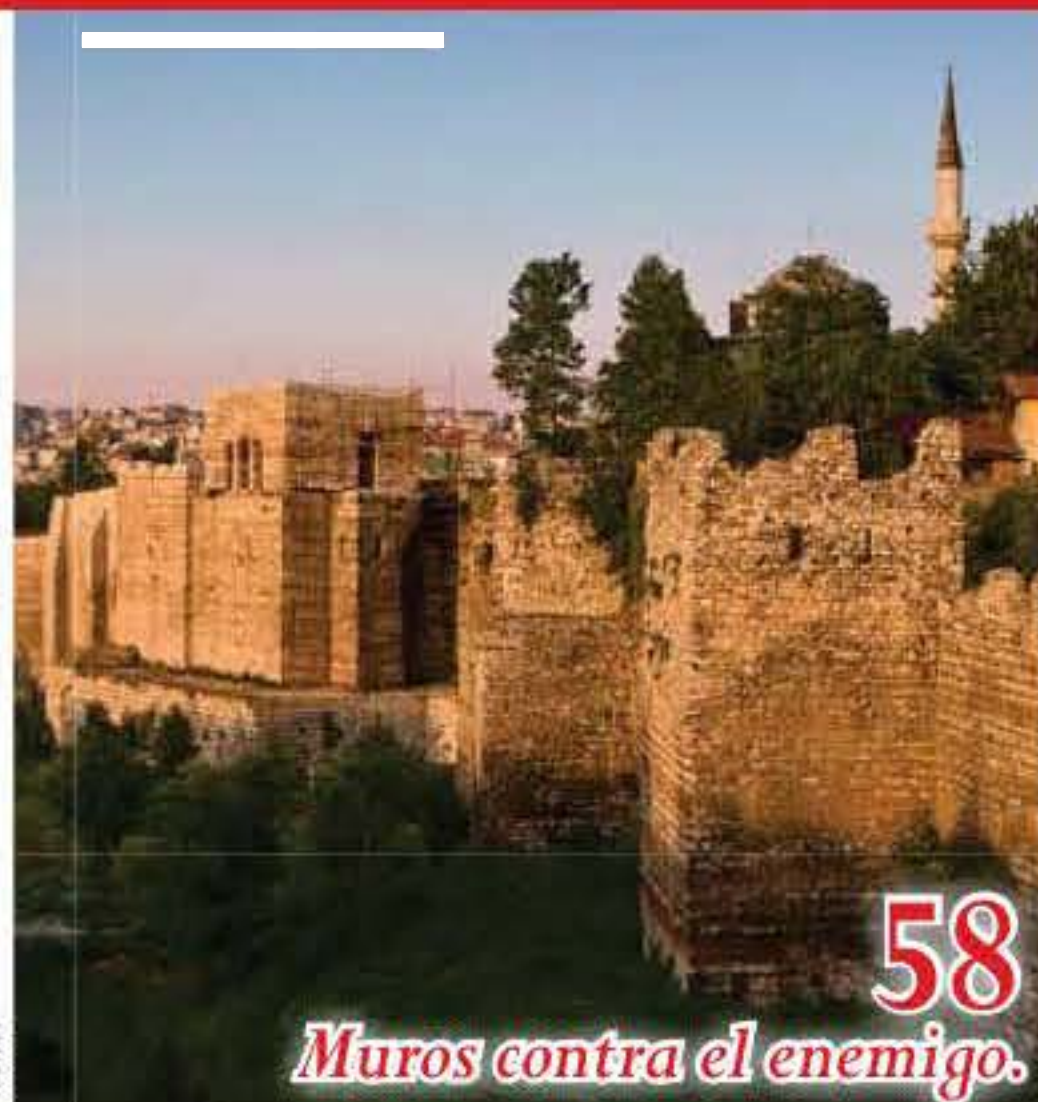
EDITORIAL

El coloso romano, de rodillas

En mi infancia, cuando se hablaba de la decadencia del Imperio Romano en clase de Historia, se atribuía a la relajación de costumbres que caracterizó su última etapa; incluyendo la amenaza implícita de que, si aflojábamos el rigor del nacionalcatolicismo, acabaríamos como ellos, ya que España era la reserva espiritual de Occidente. Pero, dejando la doctrina ideológica aparte, los motivos por los que declinó el mayor imperio de todos los tiempos fueron mucho más complejos: las invasiones bárbaras, el cristianismo, el colapso económico, la debilidad del ejército, la corrupción... Son muchas las causas que se barajan y todas ellas jugaron su rol en la degradación de un inmenso Estado que parecía inmune a la flaqueza. Pero precisamente su exagerada extensión contribuyó también a su extinción: un territorio de 2.750.000 km² resultaba imposible de gobernar desde una sola capital y por un solo emperador.

En el siglo III se percibieron ya indicios de fragilidad, pero la verdadera crisis llegó cuando Constantinopla comenzó a hacer sombra a la agonizante Roma. Entre la primera gran victoria de los godos en la batalla de Adrianópolis (378) y la muerte de Rómulo Augústulo, el último emperador (476), se consumó el fin del Imperio Romano de Occidente, confirmando con implacable reiteración que el ciclo biológico se repite en la Historia: todo imperio, dinastía o gobierno nace, se desarrolla y, finalmente, muere.

Palma Lagunilla
Directora
(plagunilla@gyj.es)
En Twitter: @plagunilla



Las estructuras defensivas del Imperio (arriba, las murallas de Constantinopla erigidas por Teodosio II) no lograron sofocar la oleada de invasiones de los pueblos bárbaros.

26

Ejército en decadencia.

A partir del siglo III, escasearon victorias como las que conmemora la Columna Trajana, y las legiones se barbarizaron y se desangraron en guerras intestinas.

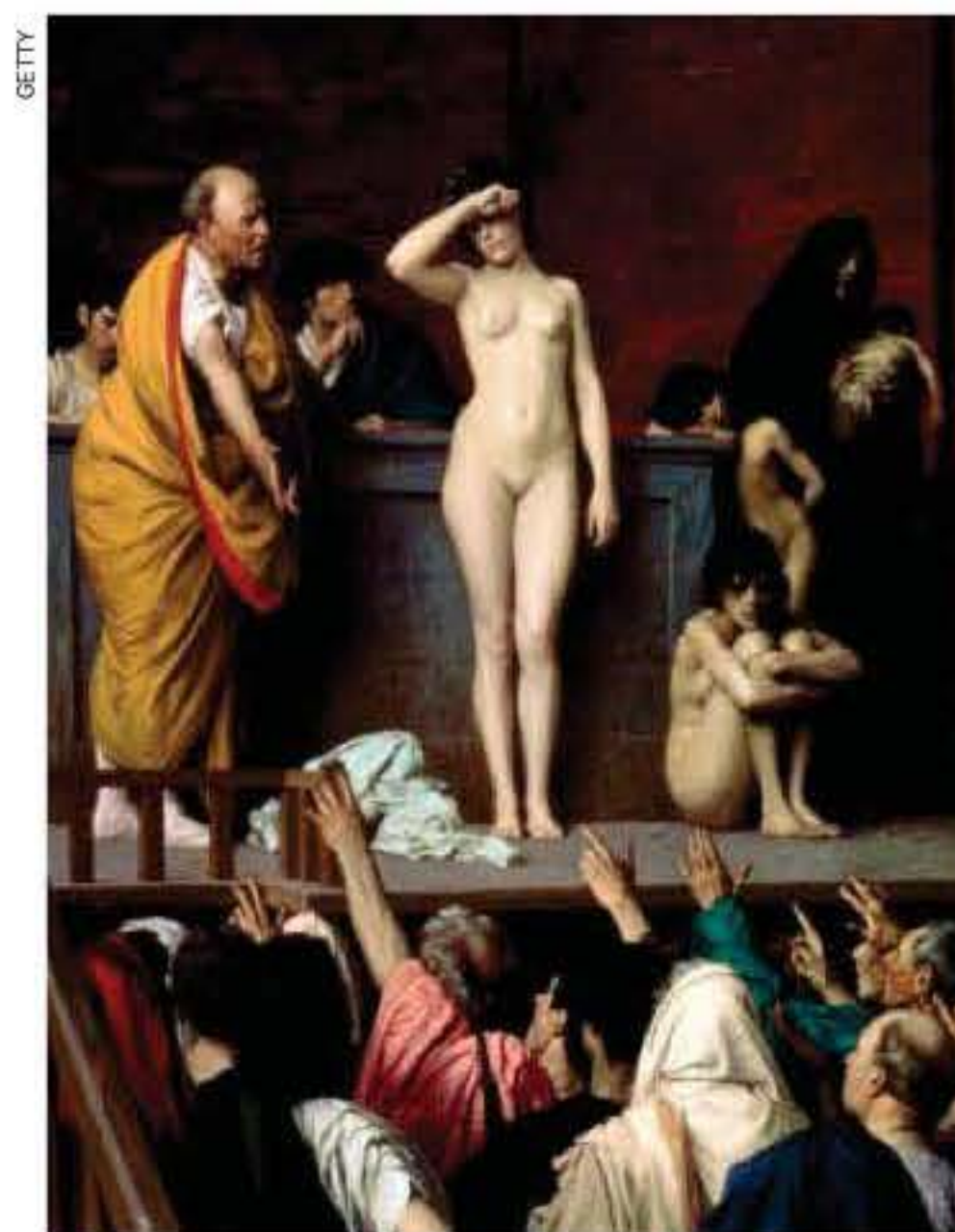
41

8 años decisivos.

A Galieno (izquierda) le tocó lidiar con la escisión de la Galia en 260; Constantino (centro) presidió el Concilio de Nicea en 325; Arcadio (derecha) se repartió el Imperio con Honorio en 395, etc.



La caída del Imperio en fechas



78

Muchas causas del declive.

El fin de la civilización romana no llegó de un día para otro: fue un proceso largo en el que influyeron factores como las desigualdades sociales entre una clase trabajadora esclava (izquierda) y una clase dominante corrupta, la galopante crisis económica o el espectacular ascenso del cristianismo, entre otros.

JUNIO 2015

EN ESTE NÚMERO:

Presentación:	
El deterioro de Roma	4
Visual: Escenarios de antiguos combates	12
La crisis del siglo III	20
El fin de las legiones	26
Vida cotidiana en Carranque	34

OCHO AÑOS CLAVE EN LA CAÍDA	
260	42
325	44
360	46
378	48
395	50
410	52
451	54
476	56

Enemigos del Imperio	58
Constantinopla y Roma	64
El empuje cristiano	70
Los pecados capitales romanos	78
Europa tras el año 476	86

SECCIONES

Entrevista:	
Adrian Goldsworthy	8
Curiosidades	32
P & R	76
Guía de Lugares	92
Panorama	94
Próximo número	98

Han colaborado en este número:



Luis García Moreno
Historiador, miembro de la Real Academia de la Historia y autor del libro *El Bajo Imperio Romano* (1998).



Roberto Piorno
Periodista especializado en temas históricos, desmenuza en el Dossier la caída del Imperio año a año.



Adrian Goldsworthy
Uno de los historiadores más mediáticos y gran divulgador del mundo romano, protagoniza la entrevista.

IMAGEN DE PORTADA: LA CONSUMACIÓN DEL IMPERIO: DESTRUCCIÓN, ÓLEO DE THOMAS COLE (1836) / AISA.



Latente decadencia. El dominio romano en Occidente fue decayendo progresivamente hasta el fin del Imperio. En este óleo de 1847, Thomas Couture escenifica esa atmósfera de declive en la corte romana.

¿POR QUÉ SE DEBILITÓ EL PODER DE ROMA?

El deterioro de un imperio



El largo proceso de decadencia que sufrió el Imperio Romano ha sido siempre un foco de interés muy atractivo para los apasionados por la Historia antigua. El análisis de la convulsa época vivida en el llamado Bajo Imperio (siglos III, IV y V) evolucionó a medida que aparecieron corrientes de pensamiento que planteaban nuevas hipótesis sobre el fin de Roma.

Por Luis García Moreno, miembro de la Real Academia de Historia

Defendiendo las posesiones. En el *limes germanicus*, dentro de la cadena de fortificaciones que protegía el norte del Imperio Romano, se encontraba este *castellum* con funciones de fuerte militar. Llamado hoy Saalburg (derecha), está ubicado en el actual Estado alemán de Hesse.



Los aficionados al cine seguramente recuerden una película titulada *La caída del Imperio Romano*, estrenada en 1964, rodada en España y dirigida por A. Mann, de la que existe un *remake*: *Gladiator* (2000), de R. Scott. La acción de ambas se sitúa en época de la muerte del emperador Marco Aurelio (180) y del reinado de su hijo Cómodo (180-192). Más de uno se extrañará de ese título para una historia fechada casi dos siglos antes de la deposición del emperador-niño Rómulo Augústulo por Odoacro, convencionalmente considerada en la historiografía moderna como el fin del Imperio Romano en su parte occidental. El público culto anglosajón se extrañará menos por la influencia del libro de E. Gibbon *Historia del declive y caída del Imperio Romano* (1776), que termina con la toma de Constantinopla por los otomanos en 1453. Según Gibbon, la decadencia del Imperio Romano se inicia en el reinado de Marco Aurelio.

criticaran la idea de decadencia unida a la caída de Roma. El cambio lo inició Aloïs Riegl creando el concepto de “antigüedad tardía” para el arte de los siglos III a VI. Del arte se pasó a otros aspectos culturales, con el cristianismo en su centro, superando la crítica visión de J. Burckhardt. En el último medio siglo, con nuevos y numerosos testimonios arqueológicos, las viejas ideas de crisis y decadencia de la ciudad y del comercio también han terminado por ser arrumbadas, mutándose en cambio y reestructuración. Sin duda, los profundos cambios ideológicos y sociopolíticos entre la Gran Guerra y el final de la guerra fría han contribuido a favorecer estas ideas, pero más matizadas. Hoy pocos historiadores disienten en lo esencial de las ideas expuestas por P. Brown en su ensayo *El Mundo de la Antigüedad Tardía. De Marco Aurelio a Mahoma* (1971), donde se define la personalidad de una época de la Historia centrada en el Mediterráneo, de la que es uno de sus últimos frutos el Islam y su vertiginosa expansión en el siglo VII.

PERSONAJE



Aloïs Riegl (1858-1905).

Historiador del arte austrohúngaro, fue uno de los impulsores del formalismo y profesor en la Universidad de Viena, además de conservador de arte y representante de la Escuela vienesa de Historia del Arte.

Interpretaciones ilustradas. La obra de Gibbon tuvo gran resonancia. Se basaba en ideas de la Ilustración, que consideraba nefasta la contaminación del Estado por la Iglesia, instaurada por Constantino I. Durante más de un siglo se impuso la idea de una decadencia de Roma: militar, socioeconómica y cultural. Interpretación coherente con la exaltación de la Edad Media propia del Romanticismo, que valoraba las invasiones de los bárbaros como la llegada de pueblos jóvenes y más virtuosos. Sobre las cenizas del Imperio, estos bárbaros fundaron reinos, antecedentes de las naciones del XIX. Así se explicaba la moderna preponderancia de los Estados y sociedades del norte de Europa, en los que ni se hablaba una lengua derivada del latín, ni estaban regidos por un Derecho inspirado en el romano, ni era mayoritario el catolicismo. Para explicar la decadencia y ruina de Roma se acudió a la progresista teoría evolucionista, especialmente procedente de las ideas de Lamarck. Ejemplo de esta propuesta fue la obra de O. Seeck *Historia del hundimiento del Mundo antiguo* (1894), que propuso factores demográficos y biológicos como causa de la crisis (la extinción de las élites gobernantes y la mezcla racial).

Hubo que esperar a finales del siglo XIX para que algunos historiadores

Las dos caras de la moneda. En el último medio siglo, el renovado interés por la antigüedad tardía ha puesto de manifiesto muchas variaciones regionales en su evolución. Centrándonos en los problemas militares del Imperio Romano, contra los bárbaros, pero también contra el Imperio persa, destaca el enorme esfuerzo del gobierno imperial por conseguir los máximos y fiables ingresos fiscales para mantener su ingente maquinaria militar. La fiscalidad y la política monetaria tuvieron enormes consecuencias sociales y económicas, destacando tanto tendencias deflacionistas de larga duración como otras que trataban de mantener inalterables las bases imponibles con prácticas corporativas, quebrando la nítida distinción entre el esclavo y el ciudadano libre propia del Derecho romano clásico. Fiscalidad y ejército exigían una ordenación política y económica lo

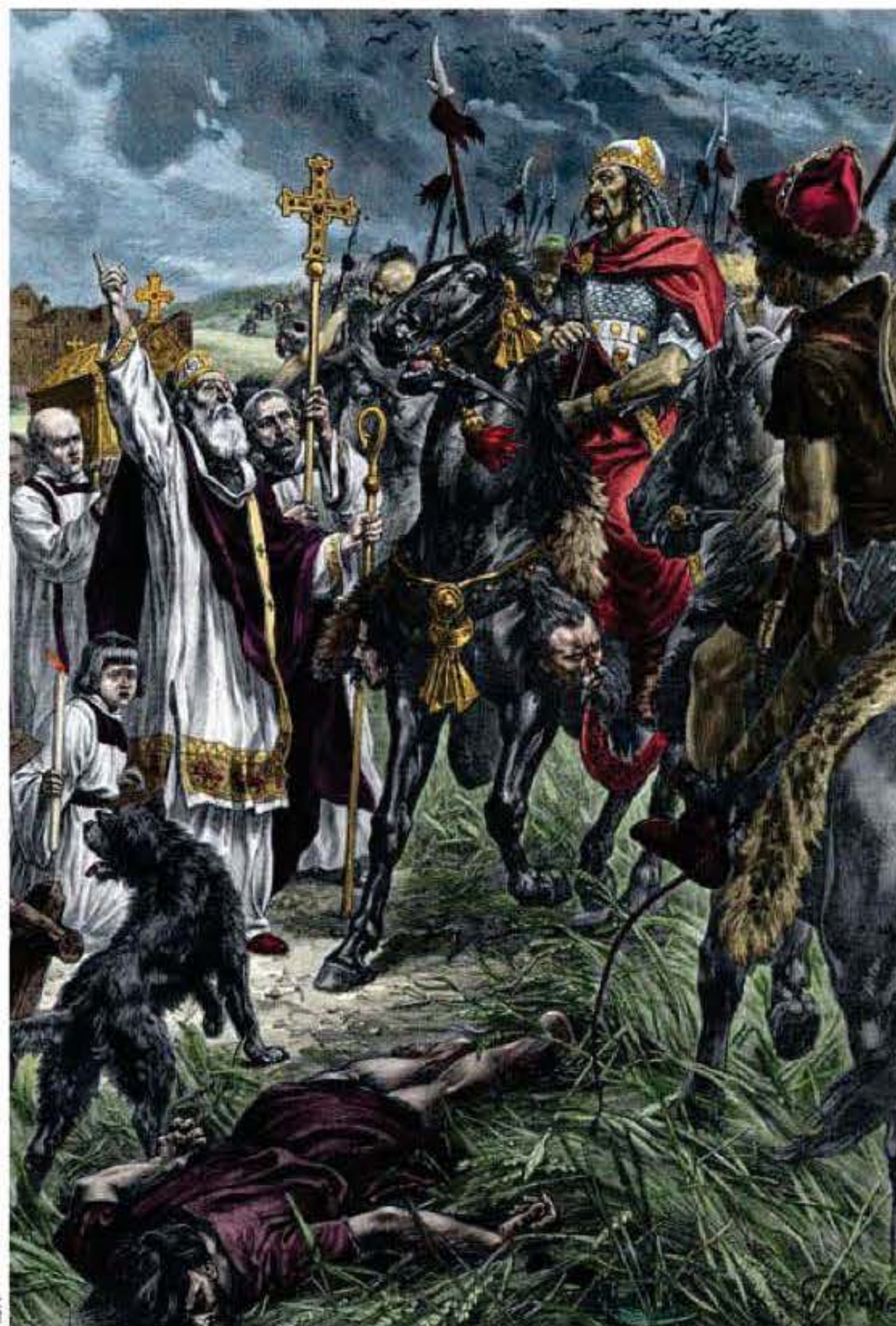
más rígida y estable posibles. Así, en el Occidente europeo, las diócesis administrativas del siglo IV han constituido la base territorial, real o imaginaria, de grandes Estados modernos (España, Francia, Inglaterra e Italia). A un nivel inferior, la ordenación territorial basada en las *civitates* (ciudades con su territorio) ha llegado hasta hoy legitimada por las sedes episcopales.

**Los nuevos reyes
bárbaros buscaban
ofrecer a los jefes
imperiales sus
servicios militares**

André Piganiol, en la monografía dedicada al siglo IV *El Imperio cristiano*, desterró cualquier idea decadentista. Publicada esta obra en 1947, y sin poder olvidar todo lo que la II Guerra Mundial había supuesto para Europa, concluía con una frase famosa: “La civilización romana no murió de muerte natural, fue asesinada”, culpando del crimen a las invasiones bárbaras. Una respuesta en clave de Historia político-militar que hay que comparar con la que en 1926 hizo M.I. Rostovtzeff en su *Historia social y económica del Imperio Romano*. Este ruso socialdemócrata y exiliado, conmovido por la revolución bolchevique, consideraba la civilización romana tardoantigua como resultado de “la absorción de las clases cultas por las masas y la simplificación consiguiente”. Una idea hecha suya aunque sin pesimismo alguno por el marxista S. Mazzarino (1916-1987), pero ante la que el ruso prefirió preguntarse: “¿Es posible extender a las clases inferiores una civilización inferior sin degradar el contenido de la misma y diluir su calidad hasta desvanecerla por completo?”. Terrible interrogante en los años veinte del siglo pasado y me temo que hoy, tal vez con más motivo.

Los bárbaros y las invasiones. Los problemas militares del Imperio en Occidente tuvieron su culminación en las invasiones bárbaras del siglo V. Hace tiempo que se zanjó el dilema entre migraciones de pueblos, un concepto defendido por la historiografía alemana, y el de puras invasiones militares sin especial trascendencia demográfica, propuesta, sobre todo, por historiadores franceses. Unos y otros, muy sensibles al significado de la frontera del Rin en ambas naciones. Limitándonos al territorio imperial, sólo se puede hablar de migración en las áreas septentrionales y orientales de las Galias y en Britania. En el resto hay que optar por lo segundo: invasiones militares, con hechos de resonancia concreta como la toma de Roma por el godo Alarico en 410. Expediciones militares protagonizadas a veces, pero no siempre, por todo un pueblo convertido en ejército, y en las que hay que distinguir entre los intereses de sus élites y los de la gente común; entre las interacciones de unas y otros con la sociedad provincial y el gobierno imperial romano.

A partir de los años veinte del pasado siglo se ha ido imponiendo una idea de los bárbaros invasores, en lo que respecta a su estructuración social y organización política, muy diversa de la imperante desde el Romanticismo. Por el contrario, se ha puesto el acento en la profunda diferenciación social de los germanos, destacando el caso extremo de los godos que saquearon Roma y acabaron fundando el reino visigodo hispano. La base fundamental de su organización sociopolítica serían pequeños señoríos controlados por linajes aristocráticos, de los que dependía el resto de la gente, con la que en caso de guerra se formaban séquitos armados unidos por la fidelidad y por la obediencia. La llegada al este de Europa de pueblos asiáticos, y en primer lugar los hunos, produjo una gran emergencia militar y política entre los bárbaros de Europa oriental, empujándolos a buscar refugio en el interior del Imperio. Tanto para hacer frente al pueblo huno como para poderse enfrentar con los ejércitos imperiales era necesario organizar conglomerados más amplios. Estos fueron los que constituyeron las monarquías militares en torno a un señor de reconocido prestigio y con potentes séquitos, asumiendo la identidad étnica de aquél. Tales fueron las monarquías constituidas por los godos Alarico y Teuderico, por el vándalo Genserico, por el franco Quílderico, por el burgundio Gunterico o por el longobardo Alboino, entre otros, desde el siglo V hasta el VI.



Arrasa por donde pisa. El temido Atila, rey de los hunos, invadió el norte de Italia en 452 sembrando la destrucción a su paso. El papa León I acudió a detenerlo (izquierda). No sabemos cómo le convenció pero, tras su entrevista con el jefe bárbaro, éste retiró su ejército del territorio italiano.

Esas monarquías militares aspiraban a perdurar en el tiempo, para lo que era necesario conseguir recursos económicos regulares con el fin de mantener a sus gentes. A menudo, y especialmente en los primeros decenios, los nuevos reyes bárbaros buscaban ofrecer a los gobernantes imperiales sus servicios militares, incluso integrándose ellos en la jerarquía militar imperial, para luchar contra otros invasores o contra sus oponentes romanos. Ofrecían fuerzas castrenses de calidad y a bajo precio, sin necesidad de alejar de su trabajo al campesinado romano, lo que no podía dejar de ser apreciado por los grandes propietarios romanos y por el fisco imperial.

Cuestión de identidad. Los problemas vinieron cuando esos reyes y sus nobles se dieron cuenta de que era vital mantener indefinidamente la cohesión política de sus gentes, y cuando las aristocracias provinciales romanas comprobaron que esos *groseros* reyes y nobles bárbaros eran su mejor seguro para mantener lo esencial de sus propiedades y privilegios. Cuando se produjo esta final desafección de las élites romanas, el Imperio, o mejor dicho, el gobierno imperial, fue arrumbado por costoso e ineficaz. Cuando Odoacro, general romano y rey bárbaro a la vez, depuso al adolescente Rómulo Augústulo y no propuso ningún sustituto, esa desafección estaba ya generalizada en todo el Occidente romano. El precio mayor fue el de desprenderse de la identidad étnica romana por las nuevas bárbaras. Sin duda un precio sobre todo simbólico, que algunos nobles romanos sólo soportaron refugiándose en el clero. Pero todos, incluidos los simples provinciales romanos, ganaron, pues consiguieron alcanzar un cierto orden y una mucho menor carga impositiva sobre el fruto de su trabajo. ■

VÍDEO

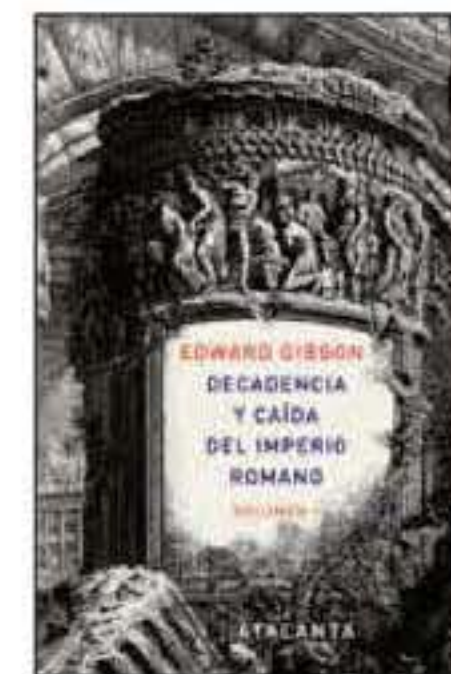
bit.ly/1OK9N3V

Este reportaje, narrado por Juan Antonio Cebrián, explica cómo el rey godo Alarico llevó a cabo sus conquistas y epopeyas en las provincias romanas.



LIBRO

Decadencia y caída del Imperio Romano, Vol. I, Edward Gibbon. Ed. Atalanta, 2012. Obra que nos ofrece una traducción actualizada de un clásico de la historiografía.



ADRIAN GOLDSWORTHY

“Los romanos tenían una larga tradición de ver el mundo en perpetua decadencia”

Tras una trayectoria académica brillante, Adrian Goldsworthy, especialista inglés en Historia militar del Imperio Romano de prestigio internacional, se encuentra actualmente dedicado a escribir tanto ficción como ensayo histórico. En esta entrevista, el escritor nos ofrece su visión sobre las causas de la caída de Roma.

Por Roberto Piorno, periodista

¿Fue la caída del Imperio Romano de Occidente un colapso, una transformación, el principio de una nueva era...?

No hay una respuesta sencilla para esa pregunta. Fue con certeza un colapso y, casi inevitablemente, cuando una época termina y otra comienza, lo que supongo podríamos describir como una transformación. El Imperio Romano occidental desapareció; hablar de transformación oculta la violencia implícita en el proceso y la magnitud del cambio. El denominador común desde el 218 hasta el 476 es la guerra civil, y hay apenas tres décadas sin un conflicto de estas características durante todo ese período. Las guerras civiles debilitaron el Imperio, dañaron la economía, dificultaron la respuesta a las agresiones exteriores y

generaron un gobierno corrupto. Cada uno de estos factores tuvo impacto sobre los otros, creando un ciclo de descomposición, pero en mi opinión las guerras civiles fueron el factor más devastador.

¿Cómo vivieron esos casi sesenta millones de ciudadanos romanos anónimos estos cambios tan profundos? ¿Eran conscientes del calibre de lo que estaba ocurriendo realmente?

Los romanos tenían una larga tradición de ver el mundo en un estado perpetuo de decadencia. No eran tan valientes y virtuosos como sus antepasados, y esta manera de ver el mundo perduró en el tiempo. De cualquier manera, los cambios tuvieron lugar tan despacio que hubieron de pasar

muchas generaciones hasta que el Imperio occidental cayó finalmente. Es natural que la gente asuma que el modo en el que el mundo funciona en su época es el normal y que no tiene nada de extraordinario. Fue necesario un gran acontecimiento para conmocionar a la gente; de ahí que San Agustín escribiera *La Ciudad de Dios* tras conocer las impactantes noticias acerca de el saqueo de Roma.

Su último libro, Augusto, se centra en la figura del primer emperador, que edificó su régimen autocrático cuidándose de respetar la fachada de las instituciones republicanas. ¿Cuándo comenzó esa fachada a romperse en pedazos?

Hubo una gran crisis entre los años 68 y 69, tras la muerte de Nerón, y un retorno a las guerras civiles tan habituales durante los últimos tiempos de la República, pero después volvió la estabilidad hasta la muerte de Cómodo. En conjunto, el principio funcionó bien, aunque buena parte del modelo de gobierno imperial fue fijado por Tiberio y no por Augusto. Los historiadores modernos han tendido a exagerar la ficción o fachada republicana. Augusto fue un buen gobernante, que trajo al mundo romano paz y estabilidad. Nadie se engañaba al punto de pensar que no se trataba de una monarquía, pero funcionó y vivió el tiempo suficiente como para que la gente se acostumbrara a ella.

Su libro La caída del Imperio Romano arranca con la muerte de Marco Aurelio y el ascenso al poder de Cómodo en un momento en el que el sistema de adopción imperial (que implicaba un principio hereditario de sucesión) está desapareciendo. ¿Hasta qué punto este factor influyó en el lento declive del sistema en las décadas siguientes?

La casualidad jugó un papel importante. Otros emperadores adoptaron un heredero porque no tenían un hijo. Cómodo fue un mal emperador, pero la guerra civil entre

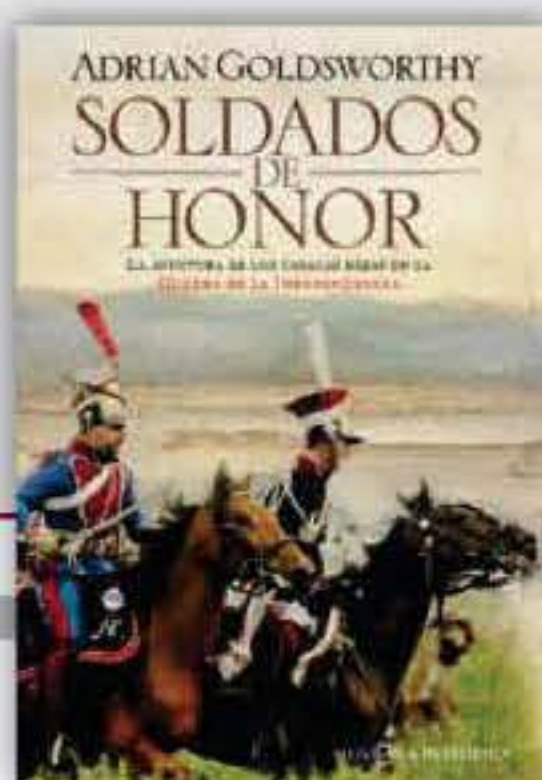
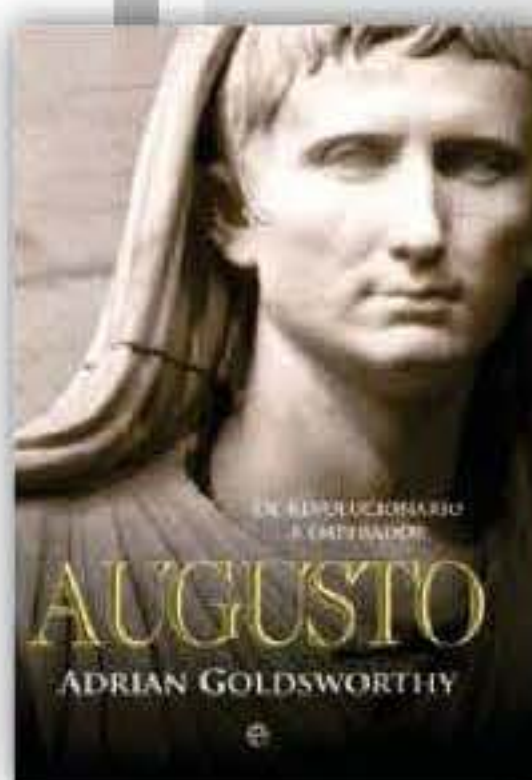
Un historiador muy activo en las letras...

Hasta mediados de la década pasada, Goldsworthy era el gran referente de la historiografía militar de la antigua Roma en el mundo anglosajón. *El ejército romano* (Akal, 2005) es una de las mejores obras de referencia sobre el asunto, pero en España también ha sentado cátedra en este ámbito gracias a *La caída de Cartago* (Ariel, 2008), sobre las guerras púnicas, o *Grandes generales del ejército romano* (Ariel, 2005). En los últimos años

ha tratado con enorme éxito aspectos más generales de la Historia de Roma. *César* (La Esfera de los Libros, 2007), su biografía sobre el hombre más célebre de la Historia de Roma, es un libro imprescindible. Posteriormente ha publicado, en La Esfera de los Libros, *La caída del Imperio Romano*, *Antonio y Cleopatra* (2011) y, hace sólo unos meses, *Augusto* (2014), un perfil del primer emperador de Roma que ha cosechado excelentes críticas y se ha erigido ya

como la biografía de referencia sobre el fundador del principado. Su próximo libro, *Pax Romana*, versará sobre cómo cambió la vida de las provincias cuando llegaron los romanos, y en qué medida la influencia de Roma penetró más allá de las fronteras. Por otro lado, sus novelas ambientadas en las guerras napoleónicas—su otra gran pasión—son un éxito en Reino Unido. En España se ha publicado el volumen *Soldados de honor* (La Esfera de los Libros, 2013).

La producción literaria y ensayística de Goldsworthy ha tenido gran difusión y éxito en España.



PERFIL PROFESIONAL

Es uno de los historiadores más mediáticos del Reino Unido, residente en el sur de Gales, y uno de los grandes divulgadores internacionales del mundo romano. En la actualidad, Adrian Goldsworthy se dedica en exclusiva a escribir, pero su historial académico es más que notable. Estudió Historia Antigua en el St. John's College de la Universidad de Oxford y dedicó su tesis a la Historia del ejército romano entre los siglos I a.C. y III. Fue investigador asociado en la Universidad de Cardiff y profesor en el King's College de Londres, entre otras instituciones. Pronto despuntó como uno de los mayores especialistas a nivel mundial en Historia militar de Roma, asunto al que ha dedicado buena parte de su bibliografía. Es rostro habitual de los documentales de *History Channel* y, además, un exitoso escritor de obras de ficción.



ADRIAN GOLD SWORTHY

los años 193 y 197 hizo aún más daño al Imperio, como lo hizo un inseguro Septimio Severo mientras intentaba establecerse y asentarse en el poder. La dinastía de los Severos comenzó el proceso de desplazar al Senado del centro de la vida pública. A la larga, el sistema que promovieron se demostró menos estable. Se aferraban al poder y coronaban niños emperadores de legitimidad dudosa. Heliogábalo se hizo con el poder aun siendo el hijo ilegítimo de

Caracalla. No hay duda de que había una importante facción de adeptos alentando este comportamiento en la esperanza de sacar beneficio, pero a largo plazo acabó poniendo mucho más fácil sentarse en el trono imperial.

¿Hasta qué punto fue importante el desmantelamiento del Senado como surtidor de experimentados generales y administradores para el Imperio?

Divulgar la Historia. Desde que Goldsworthy abandonó la vida académica, sus apariciones públicas en televisión han aumentado, al igual que las colaboraciones en radio.

Se trata de un factor fundamental. No hay evidencias sólidas que prueben que los *equites* (miembros del orden ecuestre, de rango inferior), que asumieron estas responsabilidades, fuesen en líneas generales más o menos capaces. El problema es que era mucho más difícil para el emperador controlar a la clase ecuestre, mucho más numerosa que la senatorial. Era mucho más sencillo controlar a seiscientos senadores, que estaban afincados en Roma en su totalidad y tenían propiedades y familia en la capital.

Muchos historiadores se refieren al IV como un siglo de recuperación tras la crisis del III...

Creo que la magnitud de la recuperación ha sido enormemente exagerada. Las guerras civiles seguían siendo muy comunes —algo menos frecuentes que en el siglo III, pero habitualmente en una escala mayor—. La estructura burocrática era más compleja pero menos eficiente. Las hipótesis que apuntan a un ejército más efectivo en este período no me convencen. En ocasiones era tan eficiente como el de los tiempos precedentes. No era mejor en ningún caso, y en líneas generales parece menos efectivo. Además fue desperdiciado en conflictos civiles, con romanos luchando contra romanos.

¿Por qué las reformas de Diocleciano y la tetrarquía no fueron soluciones efectivas a largo plazo para los problemas endémicos del Imperio? ¿Era realmente necesaria la división Occidente-Oriente?

Se convirtió en esencial porque, a raíz de los cambios en el período entre los reinados de Severo y Diocleciano, un solo emperador no podía controlarlo todo. Pero esto tiene mucho que ver con la fragmentación de las provincias y la desaparición de una figura con la autoridad militar y civil de los legados provinciales del siglo I y II. El objetivo principal de la reestructuración era proteger al emperador de rivales internos, más que hacer frente a las amenazas del exterior. A pesar de todo, no funcionó. Al margen de esto, en muchos sentidos el sistema de Augusto era similar a la tetrarquía, con el *princeps* más frecuentemente en las provincias que en Roma, y casi siempre asistido por uno o más oficiales subordinados, como Agripa, Tiberio o Druso.

¿En qué medida era aguda la debilidad de las legiones romanas en el Bajo Imperio? ¿Cuáles fueron los cambios más significativos en el ejército en los siglos IV y V que precipitaron esta fragilidad? ►

Indagando en lo bélico. El escritor inglés centró sus primeros estudios históricos en la estructura militar del Imperio Romano.



ADRIAN GOLDSWORTHY

► El ejército en este período aún era potencialmente muy bueno, pero no estaba apoyado por la infraestructura de los siglos precedentes. La mayoría de las bases principales fueron abandonadas, lo que te lleva a preguntarte dónde entrenaban, se ejercitaban y descansaban no sólo los hombres, sino también los caballos y otros animales de transporte. Un buen estudio sobre el ejército de los siglos IV y V concluyó que los romanos siguieron ganando la mayoría de las batallas en las que combatieron. Eso es cierto, pero ignora el hecho de que las batallas contra otros romanos eran tan corrientes como las batallas contra enemigos exteriores.

¿Por qué el sistema fronterizo y la estrategia defensiva empezaron a fallar en el siglo III?

El deterioro arranca con las guerras civiles. Las tropas abandonaron sus puestos, y las estructuras de frontera sólo funcionaban si estaban adecuadamente atendidas. Tan pronto como algunas incursiones y ataques comienzan a tener éxito, los romanos empiezan a parecer débiles, y los enfrentamientos se multiplican. Requería un gran esfuerzo restaurar el dominio romano en una frontera, y no solía haber tiempo ni recursos disponibles para hacer esto en todas partes al mismo tiempo.

WEB



www.adriangoldsworthy.com
Esta web personal del escritor e historiador objeto de nuestra entrevista recoge su bibliografía completa y los vídeos de sus apariciones en los medios.

En su libro enfatiza la tendencia de algunos historiadores a exagerar la fuerza de los enemigos del Imperio en este período...

Si prestas atención a cómo luchaban los pueblos germanos, es evidente que hay escasa diferencia en organización y tácticas (y sólo un poco en armamento) comparado con los tiempos de César. La dinastía sasánida conquistó el poder mediante una guerra civil y necesitaba un enemigo exterior para unir a la gente bajo el nuevo régimen. Su éxito coincidió con la debilidad romana. De todas maneras, en un par de generaciones la amenaza sasánida disminuyó considerablemente, y en los siglos sucesivos dependería de la agresividad e inseguridad de monarcas concretos. Si Roma hubiera sido más estable de puertas adentro, dudo que los sasánidas hubieran tenido tanto éxito.

Pone especialmente el foco en las guerras civiles y en los conflictos domésticos, quizá subestimados por la mayoría de historiadores. ¿Fueron esas guerras, pues, más decisivas que la presión de los bárbaros en el colapso del Imperio?

Sin duda, porque lo debilitaron enormemente y siempre se les dio prioridad frente a otras amenazas. Un enemigo exterior difícilmente iba a poder derribar el Imperio, y sólo ocasionalmente mataron o capturaron a emperadores. Un rival interno tenía como único propósito matar al emperador y quedarse con el puesto. Muchos historiadores especialistas en este período restan importancia a estas guerras civiles, sin reparar en el enorme daño que éstas causaban al Estado y a las instituciones.

¿Hubo algún caudillo o rey bárbaro capaz de erigirse no sólo en amenaza sino también en alternativa al poder romano?

Realmente no. Al menos no en un área demasiado extensa durante un largo período de tiempo. La mayoría de caudillos bárbaros aspiraban a forjar un reino que les permitiera disfrutar de los lujos y del prestigio de los gobernantes romanos. Eso es todo. Nunca constituyeron una alternativa real.

¿Fue la expansión del cristianismo una de las causas del colapso? ¿Contribuyó al des-

gaste de la identidad romana como en su día sugirió Edward Gibbon?

La identidad romana había cambiado mucho a lo largo de los siglos. En sí mismo, el cristianismo no alteró sustancialmente la ideología del Imperio o el modo en el que funcionaba la política o luchaba el ejército. Aunque el retiro de la vida pública de monjes y eremitas era un fenómeno llamativo, en términos numéricos o de movilización de recursos realmente fue un factor insignificante. Construir una iglesia en los siglos IV y V implicaba trabajo para los albañiles, clientela para los proveedores de material, etc., exactamente igual que construir un templo o unas termas en los siglos precedentes.

Lanza una interesante advertencia en su libro: "El éxito y el poder son temporales, y la civilización no siempre gana la batalla. Considerando las múltiples amenazas a las que se enfrenta actualmente el mundo occidental, quizá los líderes internacionales deberían tomar nota del colapso de Roma (...)".

Sí, efectivamente creo que es peligroso vivir en la continua expectativa del éxito. La mayoría de nosotros, en el mundo occidental actual, no podemos siquiera concebir que las cosas se compliquen de verdad y tendemos a asumir que la paz es lo normal y que la prosperidad debería seguir aumentando indefinidamente. Esto último es cada vez menos una certeza en los tiempos que vivimos, pero la mayoría de nuestros líderes parecen dar por supuesto que el problema se arreglará por sí solo con el paso del tiempo.

En su libro habla de emperadores cuya única obsesión y preocupación es mantenerse en el trono, y de la importancia de la burocratización excesiva, la privatización del ejército o el triunfo de la lealtad frente al talento en el colapso del sistema. ¿Nos enfrentamos actualmente a retos parecidos a los que vivieron los romanos del siglo V?

Sí y no. Actualmente, no existe amenaza de guerra civil. Por otro lado, en muchos países los líderes políticos parecen más interesados en conquistar y mantener el poder que en lograr objetivo alguno. Los emperadores romanos del Bajo Imperio aprobaron un sinfín de leyes, e hicieron toda clase de proclamas, subrayando lo mucho que estaban mejorando el mundo y la vida de todos, en general. En realidad, nada de esto se cumplía. Augusto era un maestro de la propaganda, pero además gobernaba con resultados; la mayoría de la gente vivía mejor bajo su gobierno. ■

“Los caudillos bárbaros aspiraban a forjar un reino que les permitiera disfrutar de los lujos y el prestigio romano”



COLECCIÓN DE MONEDAS EN PLATA DE LEY

CIUDADES PATRIMONIO DE LA HUMANIDAD DE ESPAÑA

Un legado que perdurará

La declaración de 15 ciudades españolas como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO, es la mayor distinción que un organismo internacional otorga para reconocer y proteger las maravillas culturales del mundo.

Por este motivo, y en colaboración con el Grupo de Ciudades Patrimonio de la Humanidad, la Real Casa de la Moneda les ofrece una exclusiva colección de 15 monedas en plata de ley que se completará en noviembre: Santiago de Compostela, Segovia, Tarragona, Toledo y Úbeda.

Serie I



Alcalá de Henares



Ávila



Cáceres



Baeza



Córdoba

Serie II



Cuenca



Ibiza



Mérida



Salamanca



S. Cristóbal de La Laguna

Anverso común

Cada moneda se entrega en un lujoso estuche de joyería



CARACTERÍSTICAS

Plata: **925 milésimas**
Calidad: **Proof**
Diámetro: **33 mm**

Peso: **13,5 g**
Tirada máxima: **7.500 unds.**
P.V.P.: **39,93 €/und.**



Ciudades
Patrimonio
de la Humanidad
ESPAÑA UNESCO



Precios válidos en el momento de publicación del anuncio, que podrán ser modificados en función de las cotizaciones de los metales o de los impuestos aplicables.

La Tienda del Museo
Doctor Esquerdo, 36
28009 - Madrid
Tel.: 91 566 65 42 - 91 566 67 92
Fax: 91 566 66 96

Tienda del Aeropuerto
Adolfo Suárez
Madrid-Barajas
Terminal 1 - Zona No Schengen
Tel.: 91 305 55 29

Julián Llorente
Espoz y Mina, 15
28012 - Madrid
Tel.: 91 531 08 41
Fax: 91 531 10 92

Edifil
Bordadores, 8
28013 - Madrid
Tel.: 91 366 42 71
Fax: 91 366 48 21

Lamas Bolaño
Gran Vía, 610
08007 - Barcelona
Tel.: 93 270 10 44
Fax: 93 302 18 47

Edifil
Diputació, 305
08009 - Barcelona
Tel.: 93 487 02 00
Fax: 93 487 03 92

División
de Venta a distancia
de El Corte Inglés
Tel.: 902 103 010

Estancos

Comercios Numismáticos
y Filatélicos

Tienda online: <http://tienda.fnmt.es>

1615



2015



Real Casa de la Moneda
Fábrica Nacional
de Moneda y Timbre

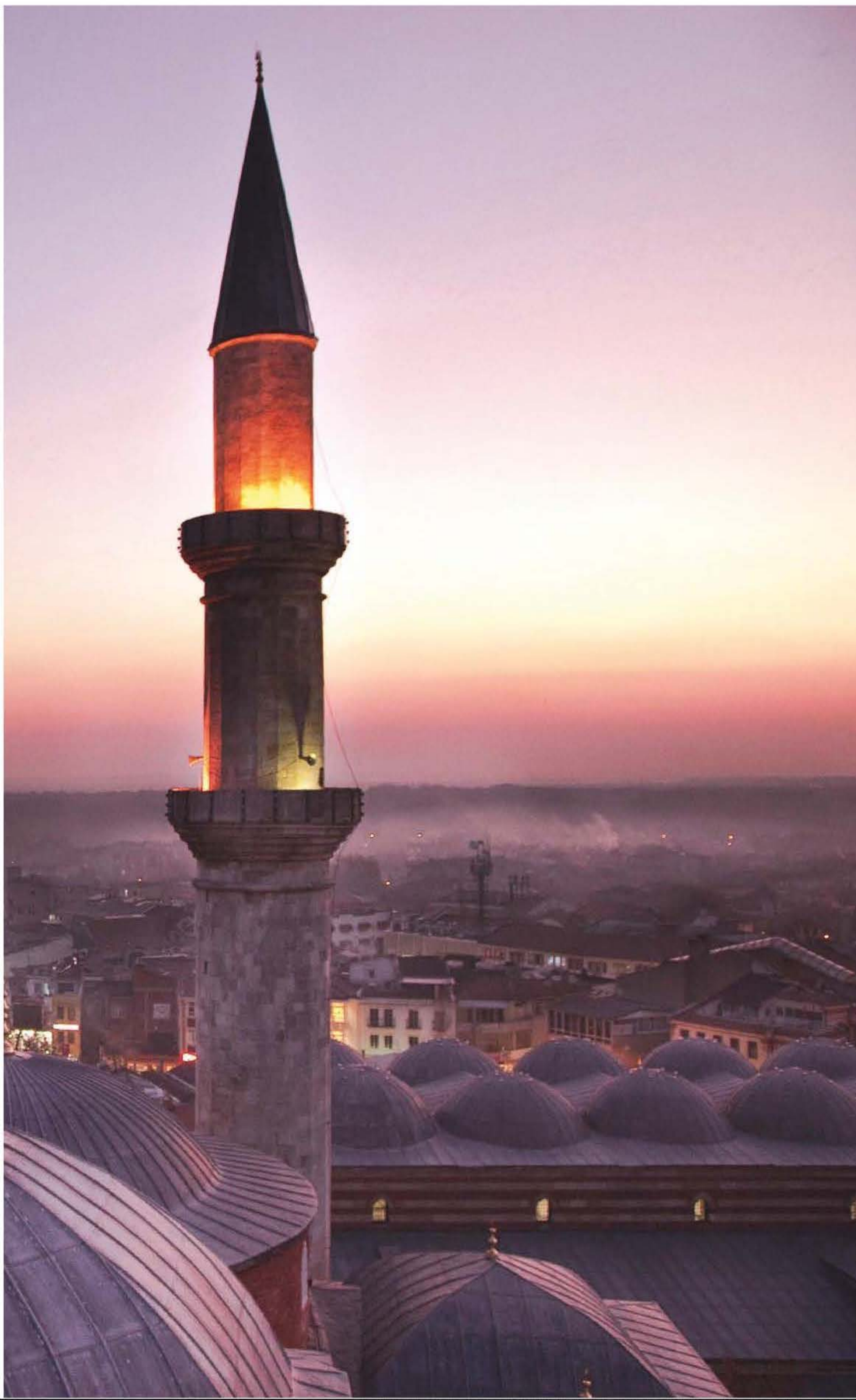
ESCENARIOS DE ANTIGUOS COMBATES

Tras la invasión llega la calma

En los albores del fin de uno de los imperios más poderosos de todos los tiempos, el romano, todas sus provincias sufrieron los ataques bárbaros que mantuvieron las fronteras en jaque.

Por María Fernández Rei, filóloga





LA BATALLA DE ADRIANÓPOLIS

Corría el verano de 378 y el emperador romano de Oriente, Valente, establecía un campamento militar fortificado junto a los muros de Adrianópolis, una ciudad de la histórica región de Tracia a la que dos años antes habían llegado 200.000 visigodos con el permiso del propio monarca. Pero la situación había cambiado: los visigodos asentados en tierra imperial se habían rebelado y el enfrentamiento se vaticinaba inminente. Y así fue, un combate corto pero brutal en el que el caos se apoderó de las filas romanas; una verdadera matanza en la que Valente también perdió la vida. Al parecer, el emperador, herido en el campo de batalla, se refugió en una casa que fue incendiada por sus perseguidores. Con las fronteras actuales, Tracia correspondería a Bulgaria, la parte norte de Grecia y la franja continental europea turca, territorio este último donde se encuentra Adrianópolis, conocida hoy como Edirne (en la foto, una vista panorámica de la ciudad desde uno de los minaretes de la mezquita).

ROMA TRIUNFA EN CARTAGO

El gobierno romano del emperador Aecio dirigió su objetivo hacia la conquista del norte de África, donde se topó con los ejércitos del reino vándalo al mando del rey Genserico, que lo esperaba a las puertas de Cartago –actual ciudad de Túnez–. Era el año 456 y las filas de Genserico contaban con un contingente de 45.000 hombres, cifra superior a la del ejército romano. El gobernante vándalo dio el primer paso a las afueras de Cartago. La suerte de la batalla parecía indecisa, pero una inmensa lluvia de flechas romanas llenó el cielo, apuntando hasta al mismísimo Genserico. El ejército bárbaro, desmoralizado al ver caído a su rey, perdió terreno y los ansiosos romanos se hicieron con la victoria antes de caer la noche. Esta contienda trajo muchas consecuencias, algunas muy beneficiosas para Roma, ya que Cartago era un lugar clave en el Mediterráneo occidental por ser un centro comercial importantísimo. Por otro lado, la derrota bárbara en esta batalla demostró que Roma no estaba tan débil como parecía. En la foto, las ruinas de las Termas de Antonino, también llamadas de Cartago, atestiguan el paso de la cultura romana por Túnez.









ROMANOS CONTRA SUEVOS

A mediados del siglo V, el reino suevo ocupaba la zona norte de Hispania y Aecio, emperador empeñado en reunificar el Imperio Romano, consideraba que ésta era un territorio clave a conquistar. En 460, el augusto emprendió con sus tropas camino hacia la antigua provincia romana de *Gallaecia* para expulsar de ella a los bárbaros. Al llegar a *Asturica Augusta* – Astorga –, los suevos, que libraban entonces una guerra civil, poco pudieron hacer para responder a la amenaza romana. Aecio siguió su ruta hasta alcanzar *Lucus Augusta* (Lugo); en la foto, las murallas romanas de la ciudad, monumento Patrimonio de la Humanidad. Las tropas defensoras de la ciudad fueron sorprendidas y el ejército romano pudo tomarla en poco tiempo. Un año después de la conquista de *Lucus Augusta*, el norte de la península Ibérica era completamente romano. Conocida es la ambición conquistadora de Roma, así que el conflicto bélico contra los suevos continuó cosechando más victorias romanas: en *Bracara Augusta* (Braga) y *Portus Cale* (Oporto), Portugal.

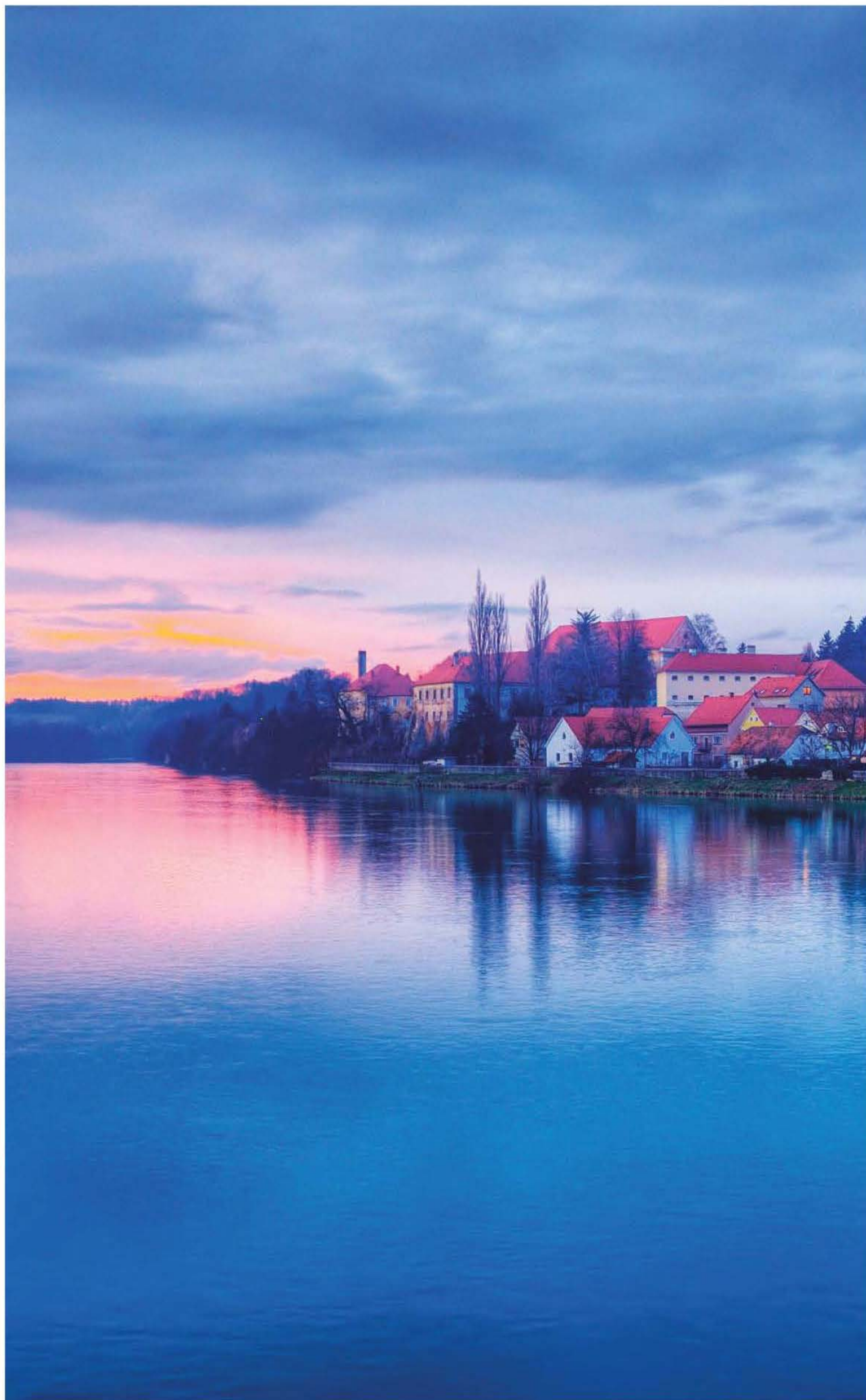
CONTIENDA CIVIL EN POETOVIO

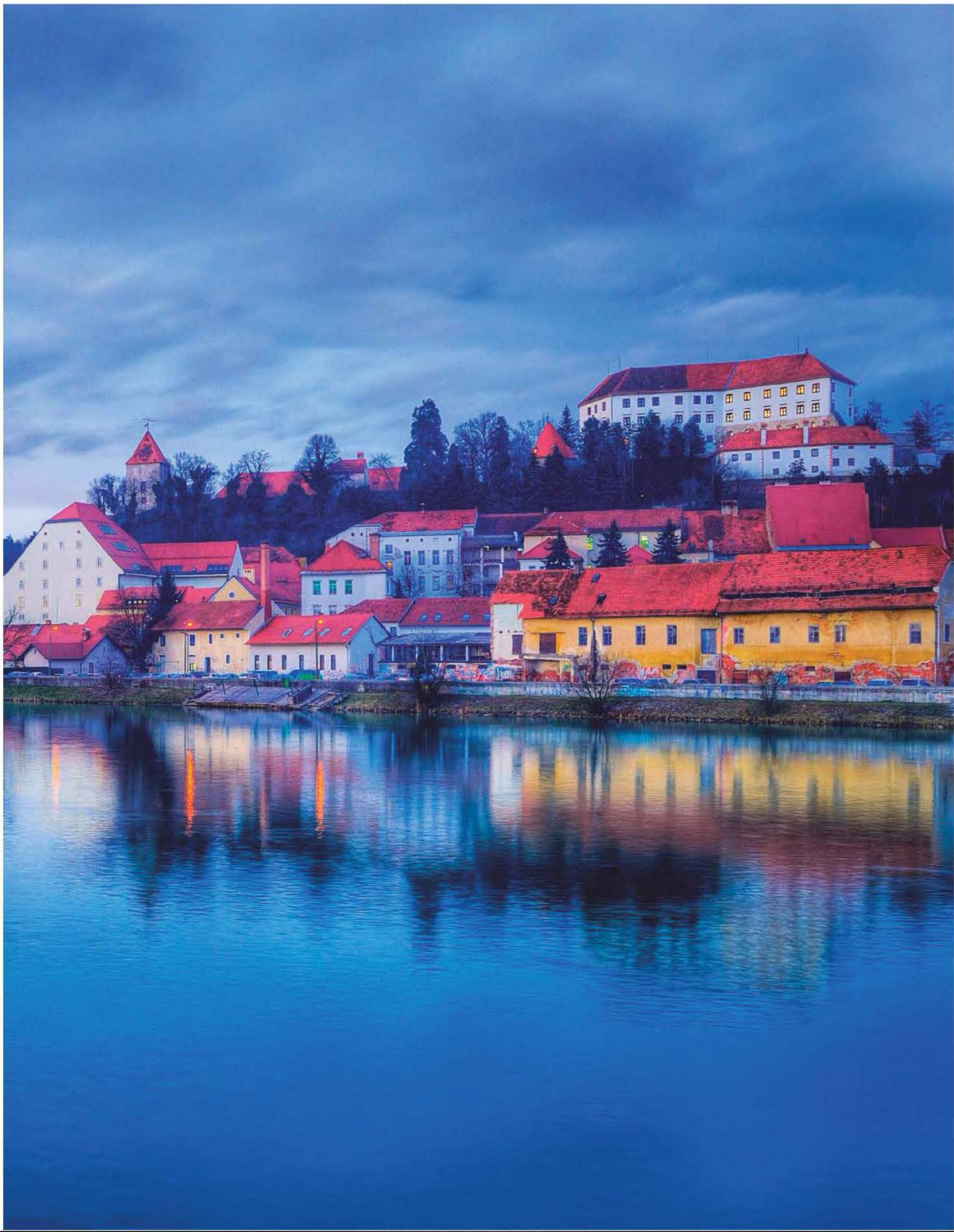
La ciudad de Poetovio –Ptuj, en la actual Eslovenia– fue una próspera colonia romana bautizada por el emperador Trajano en el año 69 como *Colonia Ulpia Traiana Poetovio*, en la que se asentó la *Legio XIII* durante varias centurias. Fueron años de esplendor para la villa, con una población de 40.000 habitantes, cifra que no volvió a alcanzar.

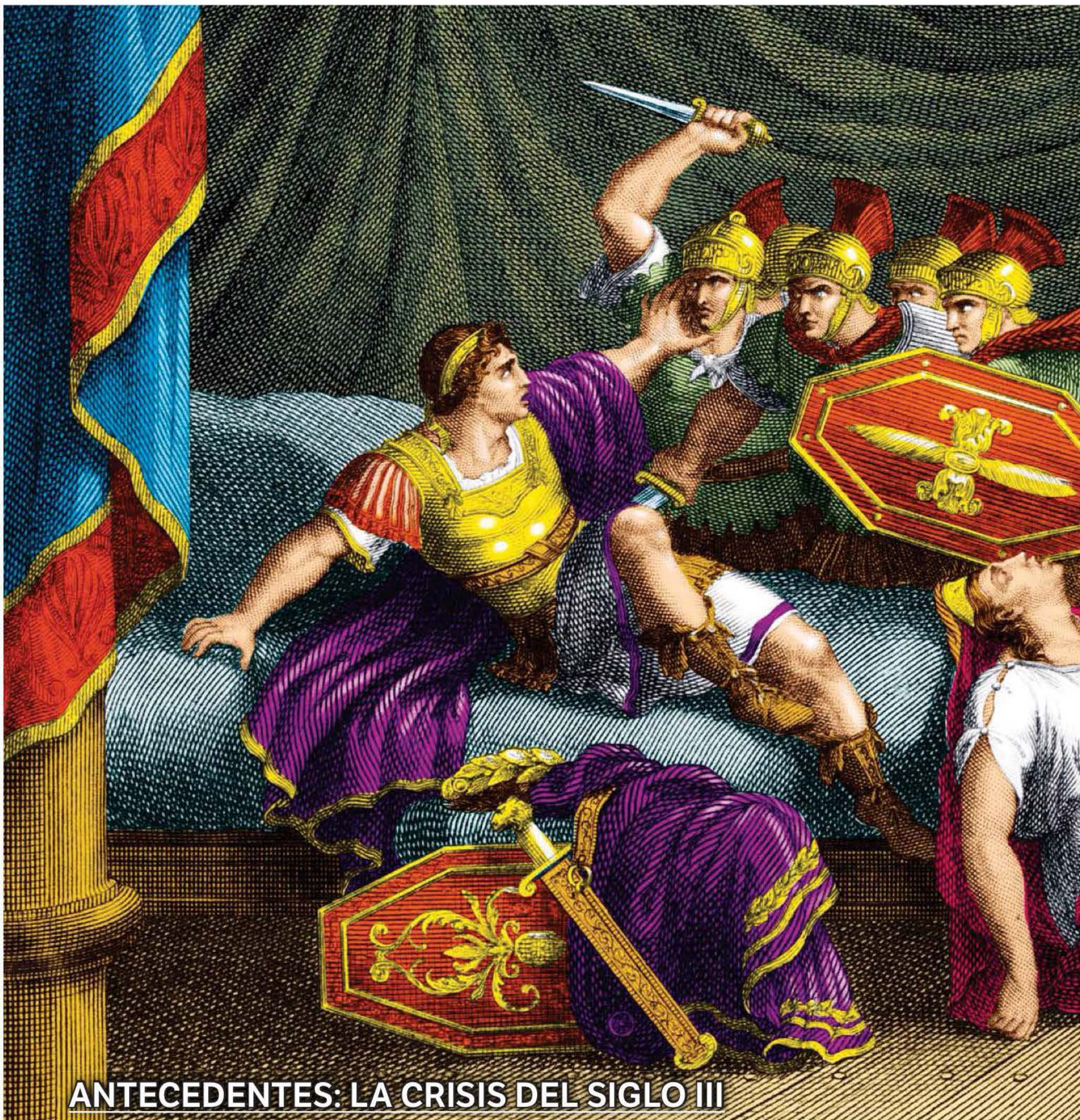
En 388 fue el escenario de una batalla, pero esta vez era una contienda civil: las tropas de Teodosio I, emperador de Oriente, lucharon contra las de Magno Clemente Máximo, que había tomado el poder en la parte occidental del Imperio Romano tras expulsar a Valentiniano II. La batalla de Poetovio acabó con el reinado de Máximo y proporcionó la hegemonía imperial a Teodosio I.

Pero el esplendor romano de la ciudad se perdió con la impetuosa llegada de los hunos, que arrasaron Poetovio; acabó incendiada y ocupada por ávaros y eslavos.

En la foto, el río Drava a los pies de la vieja ciudad eslovena de Ptuj.

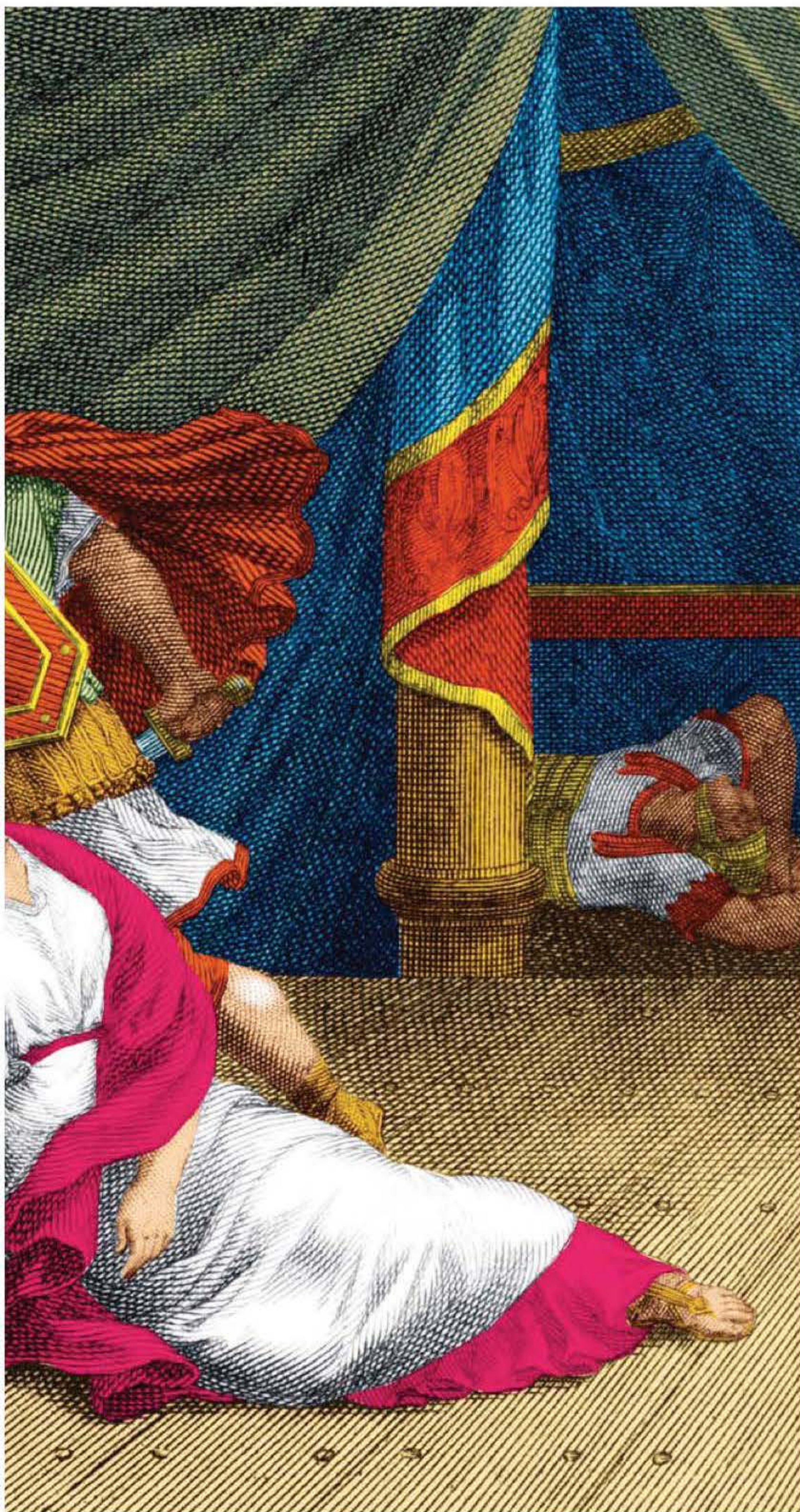






ANTECEDENTES: LA CRISIS DEL SIGLO III

El principio de un



ALBUM

Los primeros signos de la decadencia de Roma aparecieron en el siglo III y tuvieron varios frentes: el choque en Oriente con los persas, en el Rin con los germanos y, de puertas adentro, entre distintos jefes militares.

Por José Luis Hernández Garvi, escritor

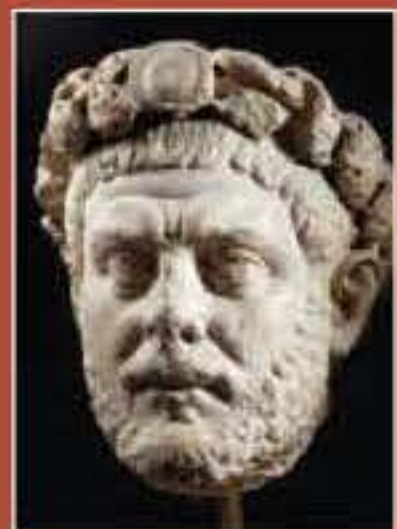
La caída del Imperio Romano selló el final del Mundo Antiguo y dio paso a otra era, la Edad Media, en la que nuevos pueblos ocuparon el vacío de poder que se había producido tras la desmembración del Imperio. Así, ésta supuso el ocaso de la civilización que en la Antigüedad dio forma a los pilares sobre los que se construyó Occidente, tanto en su vertiente geopolítica como cultural. A la hora de buscar en la Historia las posibles causas de dicho ocaso, encontramos señales que parecían anunciarlo en diferentes escenarios.

La amenaza de Oriente. A principios del siglo III, el rey Ardacher I se había hecho con el poder en Persia, poniendo fin a un largo periodo de luchas intestinas que habían debilitado a la monarquía, circunstancia aprovechada por Roma para mantener su control sobre esa región. Ardacher inició una serie de campañas militares para extender sus dominios a costa de los territorios fronterizos con el Imperio Romano. En aquel tiempo el emperador era Alejandro Severo, un joven débil dominado por su madre, Julia Mamaea, mujer de fuerte carácter que con sus decisiones gobernaba Roma. El propio Alejandro Severo encarnaba algunos de los problemas que habían conducido al inicio del declive de la mayor potencia de la época. Nacido en la ciudad de Arca Cesarea, situada en lo que hoy en día es Líbano, era originario de la periferia del Imperio. Con apenas trece años había accedido al trono en el año 222, después del asesinato de su antecesor, Heliogábalo, magnicidio que ponía en evidencia la inestabilidad política del régimen. Como herencia recibió unas arcas públicas en bancarota y un ejército descontento que sufría el retraso en el pago de las soldadas. ►

Un asesinato que inició una abultada lista. Fue el del emperador Alejandro Severo y su madre Julia Mamaea en el año 235 (izda., grabado coloreado del siglo XIX), a manos de las tropas amotinadas en Maguncia. Otros veinticuatro césares corrieron la misma suerte en los años que siguieron.

largo ocaso

PERSONAJE



Diocleciano (244-311). Nacido con el nombre de Diocles en una familia iliria de bajo estatus social, escaló puestos como militar hasta llegar a emperador en 284. Reformó el Imperio y aplazó su fin, antes de abdicar en 305.

► En Oriente, los problemas no tardaron en multiplicarse. Ardacher, conociendo la debilidad de su enemigo, atacó en 230 la provincia romana de Mesopotamia. Los legionarios que la defendían habían pasado los últimos años combatiendo en guerras civiles; a su falta de cohesión se unían su indisciplina y escaso entrenamiento. La campaña fue un auténtico paseo militar para Ardacher, que halló la puerta abierta para saquear Mesopotamia.

Alejandro Severo intentó negociar un acuerdo, pero las conversaciones fracasaron ante la intransigencia mostrada por los enviados persas. El Emperador se preparó entonces para la guerra, dirigiéndose hacia Oriente al frente de una fuerza expedicionaria reclutada en todos los rincones del Imperio, pero la moral de los legionarios era muy baja y se produjeron varios motines antes de iniciarse las operaciones militares.

Más allá del Rin. A pesar de los problemas que afectaban a las tropas del Emperador, la simple presencia del ejército de Roma sirvió para que los persas se retirasen precipitadamente de la provincia. Finalizada la campaña, Severo volvió a Roma para celebrar su triunfo, aunque la alegría no duró demasiado. En 234, apenas un año después de su regreso, hubo de partir hacia la frontera del Rin para hacer frente a nuevas dificultades.

Las tribus germanas situadas en la ribera oriental del Rin siempre habían sido consideradas por Roma un enemigo peligroso. Con el propósito de pacificar la región, el emperador Augusto elaboró un plan para anexionar los territorios que se extendían desde el Rin hasta el Elba, pretensión que sería olvidada cuando sus legionarios fueron masacrados por los germanos en la batalla del bosque de Teutoburgo.

Rebelión militar. Este fracaso obligó a Roma a mantener guarniciones en las orillas opuestas del Rin y del Danubio, que se convirtieron así en el límite de demarcación de las fronteras del Imperio. Sin embargo, en las primeras décadas del siglo III se hizo evidente que eran insuficientes para proteger los asentamientos romanos de las continuas incursiones de los germanos. El emperador Alejandro Severo, acompañado por su inseparable madre, acudió al Rin para asumir en persona el mando de las legiones con las que pensaba contener a los bárbaros. Consciente de su debilidad y en un intento de ganar tiempo, envió importantes cantidades de oro y plata para sobornar a los principales caudillos germanos más proclives a Roma.

Estos gestos conciliadores fueron interpretados por los legionarios como una ofensa. Cansados de soportar las arbitrariedades de su emperador y las veleidades de sus mandos, los



soldados se amotinaron en el campamento imperial establecido en las cercanías de la actual ciudad de Maguncia, asesinaron a Alejandro Severo y a su madre y proclamaron emperador a Maximino el Tracio, veterano general al mando de las legiones acantonadas en la frontera. Apoyado por la guardia pretoriana, su nombramiento fue confirmado por el Senado, aunque la mayoría de sus miembros no viesan con buenos ojos sus orígenes humildes y ascendencia goda. De esta forma, Maximino se convirtió en el primer emperador con sangre bárbara en sus venas.

El primero de una sangrienta lista. El asesinato de Severo en 235 fue el inicio de la que ha sido conocida como la crisis del siglo III, período marcado por la anarquía política derivada del intervencionismo militar. En un plazo de cincuenta años hubo veintiséis emperadores, de los cuales todos salvo uno murieron de forma violenta en conspiraciones y golpes de Estado. Durante esta etapa, el Imperio Romano también se enfrentó a una serie de graves problemas económicos y sociales que acabaron minando sus cimientos.

Tras acceder al trono, Maximino el Tracio desarrolló una política que reincidió en los mismos errores de su antecesor. Logró poner fin a la campaña militar contra los bárbaros con algunas victorias pírricas,

Una enorme muralla para proteger la ciudad de Roma

En el siglo III, Roma, la vieja capital engreída del Imperio, era una ciudad vulnerable que en su esplendor decadente no contaba con una muralla que la defendiera de otros pueblos que empezaban a llamar a sus puertas. En 274, el emperador Aureliano, preocupado por esta circunstancia, decidió levantar una muralla de ladrillo para proteger la ciudad. Cuando este cinturón defensivo estuvo acabado, contaba con un perímetro de casi veinte kilómetros, a lo largo del cual se habían erigido trescientas ochenta y tres torres, con dieciséis grandes puertas y otras dieciséis más pequeñas.

Protección parcial. A pesar de su enorme extensión, esta muralla no rodeaba toda la ciudad: prote-

gía sólo el centro urbano, mientras que barrios enteros quedaban fuera de su paraguas defensivo. Hay que tener en cuenta que, a pesar de su lento ocaso, la capital del Imperio se siguió expandiendo

durante todo el siglo III y principios del IV. Los últimos estudios históricos y arqueológicos señalan que en ese período la ciudad llegó a tener una población que rondaba el millón y medio de habitantes.



La Porta Maggiore (Puerta Mayor), también llamada Porta Prenestina, es una de las mejor conservadas de la Muralla Aureliana de Roma.



Lugar de retiro para Diocleciano.

En este palacio de la costa dalmata (actual Split, Croacia) pasó sus últimos seis años de vida (305-311) el emperador reformista, tras su abdicación. Enfermo y profundamente deprimido, asistió desde su retiro al final de la tetrarquía que había instaurado y al derrumbamiento de todos los logros conseguidos en un nuevo período de inestabilidad.

que lo único que consiguieron fue posponer el problema. Enfrentado al Senado y a las clases nobles, que nunca lo aceptaron, incrementó sus impuestos con el fin de financiar los gastos militares, aumentando así su descontento y recelo. El ejército había dejado de ser una fuerza de combate cohesionada y efectiva y se dividió en facciones armadas dispuestas a apoyar las ambiciones políticas de sus mandos, o de todo aquel que les prometiera comida y botín. Además, para contener el imparable auge del cristianismo, el emperador ordenó la persecución sistemática de los cristianos, a los que declaró enemigos del pueblo de Roma.

Feroces luchas por el poder. En medio de todos estos graves problemas, a Maximino sólo parecía preocuparle mantenerse en el poder: por ello, nombró sucesor a su hijo Máximo con la intención de fundar una dinastía que perdurase en el tiempo. Mientras el Emperador asumía la pompa y los atributos de los césares, apenas ejercía el control sobre una administración corrupta más allá de los límites de la ciudad de Roma. En la provincia de África, las medidas arbitrarias de algunos funcionarios provocaron el descontento de los terratenientes, que ante la lejanía de la autoridad emanada desde Roma decidieron nombrar por su cuenta emperador al procónsul Gordiano.

El Senado vio en la revuelta la ocasión que había estado esperando para apartar del poder a Maximino, apresurándose a declararlo enemigo de Roma y reconociendo a Gordiano como nuevo emperador. El César de origen bárbaro no podía permitir aquel desafío a su autoridad y se apresuró a sofocarlo poniéndose al frente de un ejército diezmado por el hambre y las desertiones. Los augurios no parecían en un principio muy favorables a Maximino, pero la situación dio un giro inesperado que le permitió recuperar cierto control: el gobernador de Mauritania se mantuvo fiel y las tropas bajo su mando directo consiguieron derrotar a Gordiano, que acabó suicidándose.

La eliminación de su principal enemigo no supuso el triunfo de Maximino. El Senado no estaba dispuesto a arrojar tan pronto la toalla y nombró a dos emperadores, Pupieno y Balbino, ambos procedentes de familias nobles e influyentes. El primero asumió el mando de las operaciones militares contra Maximino, mientras que Balbino se ocupó de las cuestiones relacionadas con la administración del Imperio. Mien-

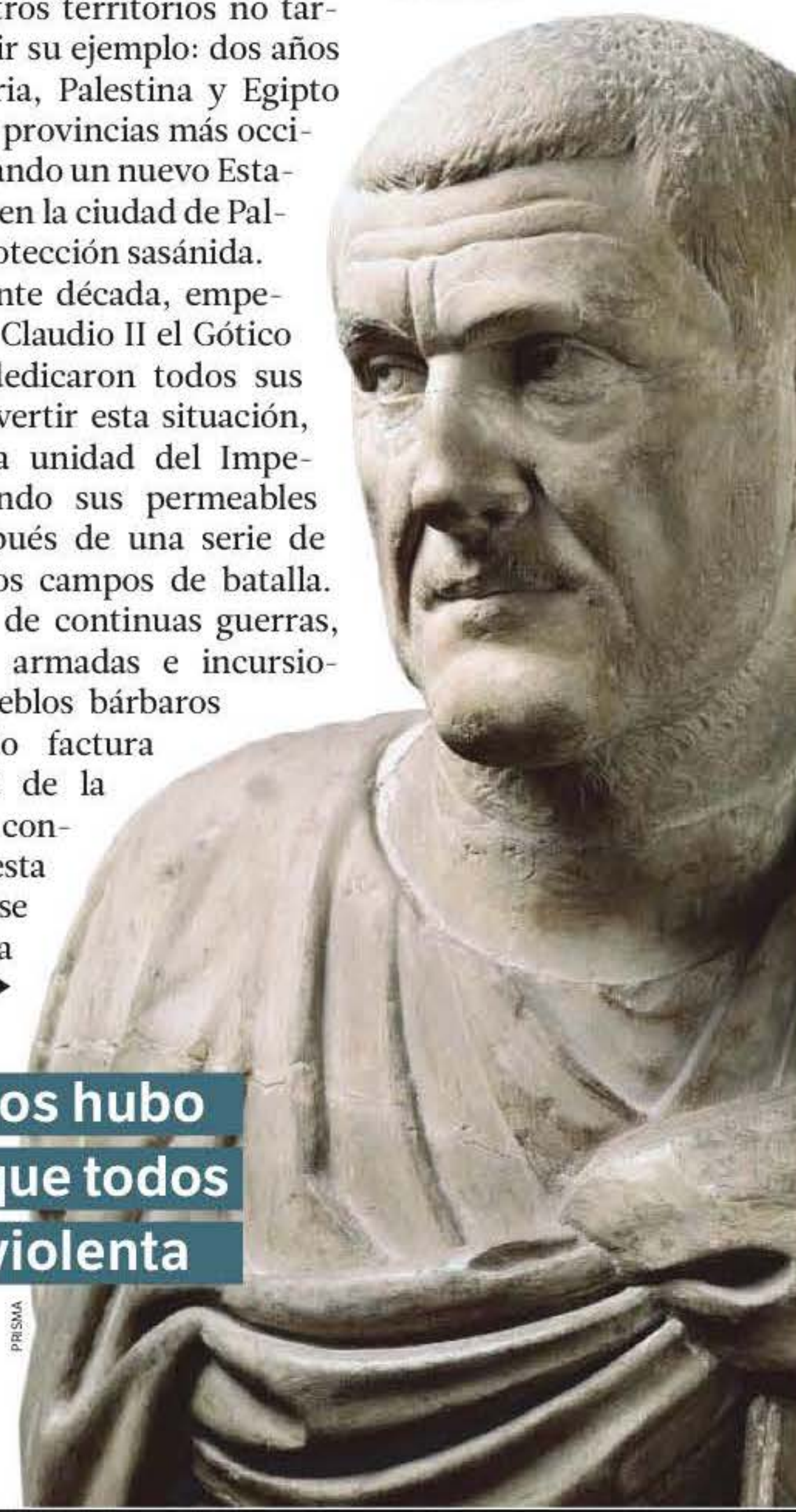
tras tanto, Maximino se encontraba con sus fuerzas retenido en la ciudad de Aquilea, en el norte de Italia. Fue allí donde estalló un motín entre sus hombres. Cegados por la ira provocada por el hambre y el agotamiento, los legionarios asesinaron a Maximino y a su hijo y heredero. Pupieno y Balbino no corrieron mejor suerte. Enfrentados por el poder, fueron asesinados por la guardia pretoriana mientras mantenían una acalorada discusión. Apenas habían transcurrido noventa y nueve días desde su nombramiento por el Senado.

Anarquía y crisis social. En los años posteriores a estos acontecimientos, la situación del Imperio Romano empeoró dramáticamente. Las legiones acantonadas en los límites situados más al norte del Imperio sólo obedecían a sus generales, convertidos en líderes advenedizos sedientos de poder. En Oriente, los sasánidas mantenían un pulso con Roma por hacerse con el control de la región. La unidad del Estado se acabó fragmentando en varias entidades geográficas de efímera duración. En el año 260, las provincias de la Galia, Hispania y Britania se separaron para formar el Imperio Galo. Otros territorios no tardaron en seguir su ejemplo: dos años más tarde, Siria, Palestina y Egipto imitarían a las provincias más occidentales formando un nuevo Estado con capital en la ciudad de Palmira y bajo protección sasánida.

En la siguiente década, emperadores como Claudio II el Gótico y Aureliano dedicaron todos sus esfuerzos a invertir esta situación, restaurando la unidad del Imperio y reforzando sus permeables fronteras después de una serie de victorias en los campos de batalla. Pero los años de continuas guerras, sublevaciones armadas e incursiones de los pueblos bárbaros habían pasado factura a la sociedad de la época. Como consecuencia de esta inestabilidad, se extendió una crisis econó- ▶

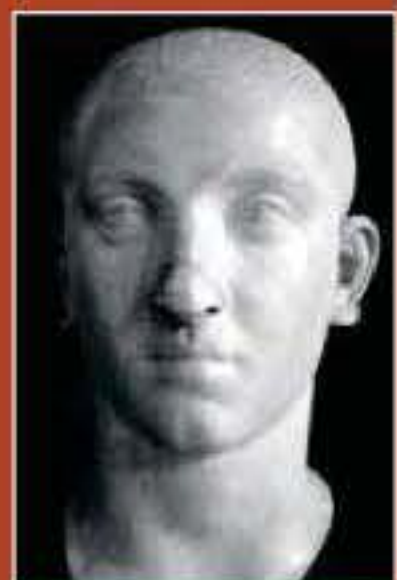
Maximino el Tracio.

Veterano general de ascendencia goda, fue el primer emperador romano de sangre bárbara y su convulso reinado (235-238) inició la crisis del siglo III. Debajo vemos su busto en mármol, que se halla en los Museos Capitolinos de Roma.



En un período de cincuenta años hubo veintiséis emperadores, de los que todos salvo uno murieron de forma violenta

PERSONAJE



Alejandro Severo (208-235). Último emperador de la Dinastía Severa, de origen africano, accedió al trono con sólo trece años. Murió asesinado.

► mica que amenazaba con destruir la prosperidad de Roma. Las ciudades languidieron y muchas fueron destruidas o abandonadas. Incluso la todopoderosa y orgullosa capital se protegió con altas murallas para defenderla de sus cada vez más poderosos enemigos, ya fueran internos o exteriores.

Colapso financiero y comercial.

El comercio, uno de los pilares de la riqueza del Imperio, también se vio gravemente afectado. Durante la *Pax Romana*, el intercambio de productos agrícolas y manufacturas entre distintos lugares del Imperio no había dejado de crecer, favorecido por las calzadas romanas y el tráfico entre los puertos de las riberas del Mediterráneo, y había generado ingentes beneficios para los mercaderes y una interdependencia entre las distintas provincias que contribuía a su cohesión administrativa y política. Sin embargo, la crisis del siglo III provocó el colapso del sistema, al que también contribuyó la política financiera del Estado.

Para el funcionamiento y mantenimiento de su estructura política y militar, Roma dependía de la recaudación de impuestos, tarea difícil de llevar a cabo debido a las corruptelas internas y a las grandes distancias que la separaban de las lejanas provincias

del Imperio. Para compensar este problema, los emperadores optaron por depreciar la moneda, reduciendo el contenido en oro y plata de las piezas acuñadas: de esta forma, disponían rápidamente de fondos para cubrir las necesidades del Estado, aunque a costa de reducir su valor de forma considerable. Esta medida coyuntural se acabó generalizando, provocando que las monedas romanas no fueran aceptadas en las transacciones comerciales. Además, al no existir mercados exteriores donde colocar las exportaciones tampoco había dinero para pagar las importaciones. Los precios de los productos básicos aumentaron de forma incontrolada y el pueblo empezó a pasar hambre. Muchos emigraron al campo en busca de nuevas oportunidades mientras las ciudades se despoblaban. En medio de la ruina generalizada, el comercio quedó reducido así a una economía de subsistencia.

Un emperador para el cambio.

Hasta entonces, la explotación de los recursos de los territorios conquistados había servido para apuntalar el aparato del Estado y equilibrar el sistema, pero la interrupción de la expansión del Imperio cortó de golpe esa fuente de recursos que hasta entonces había parecido inagotable. Cuando el desastre parecía inminente, surgió una figura decisiva que invirtió la situación.



Como los de algunos de sus antecesores, los orígenes del emperador Diocleciano fueron humildes. Soldado de las legiones que había ascendido por méritos de guerra, tras la muerte del emperador Caro y su hijo Numeriano en el transcurso de las campañas contra los persas fue aclamado emperador por las tropas en el año 284. Su elección no fue admitida por Carino, hijo también de Caro, que le disputó el trono y al que tuvo que derrotar militarmente para acceder al poder.

Fragmentación del Imperio.

Durante la larga crisis del siglo III, la ausencia de una figura política lo suficientemente fuerte como para garantizar la unidad del Estado acabó por descomponer el Imperio en varias entidades geográficas de duración efímera. Como puede verse en este mapa, en el año 260 las provincias de la Galia, Hispania y Britania se escindieron en el llamado Imperio Galo. Dos años más tarde, Siria, Palestina y Egipto formaron a su vez el Imperio de Palmira.





Este óleo (Friedrich Gunkel, 1857) representa al caudillo germano Arminio en la batalla del bosque de Teutoburgo, en la que destruyó tres legiones bajo el mando de Varo e infligió una humillante derrota a Roma.

Los problemas que afectaban al Imperio eran de tal magnitud que, con buen criterio, Diocleciano decidió nombrar un coemperador con el que compartir las responsabilidades de gobierno. El nombramiento recayó en la figura de Maximiano, veterano oficial del ejército y hombre de su confianza, que había servido a su lado durante muchos años. Decidido a descentralizar el Imperio, en 293 Diocleciano también designó como césares a Galerio y Constancio, príncipes que debían actuar como sus lugartenientes mientras él se reservaba la jefatura del Estado. Juntos asumieron la tetrarquía o “gobierno de los cuatro”, ejerciendo cada uno de ellos como un auténtico monarca sobre la región del Imperio que le había sido asignada.

Reformas para detener la caída. Los primeros años del reinado de Diocleciano se caracterizaron por la adopción de una serie de medidas encaminadas a cerrar las diferentes heridas abiertas por las que se sangraba el Imperio. Mientras en Oriente se buscaron soluciones que combinaron la negociación diplomática con el uso de la fuerza para alcanzar una paz duradera, en las fronteras del norte se optó por la solución militar para doblegar a los bárbaros. En este escenario, Diocleciano se coordinó con Maximiano para lanzar una ofensiva desde dos

A principios del siglo I, la extensa frontera con los pueblos bárbaros del norte seguía siendo una fuente constante de problemas para las autoridades de Roma en la región. Las frecuentes incursiones de los ger-

La batalla del bosque de Teutoburgo

manos en el territorio supuestamente controlado por el Imperio ponían en entredicho la autoridad de la potencia militar más poderosa de la época.

En el año 9, Publio Quintilio Varo ocupaba el puesto de gobernador de Germania Inferior, provincia romana que se extendía desde los actuales Países Bajos hasta el norte de Alemania, teniendo el Rin como límite oriental. Hombre de dudosa capacidad militar, Varo había accedido al puesto por sus contactos familiares con las altas esferas antes que por sus escasos méritos en el campo de batalla. A finales del verano de ese año llegaron a él informes que hablaban de una sublevación de algunos caudillos germanos que supuestamente se habían mostrado vasallos de Roma. Dispuesto a sofocarla a sangre y fuego, Varo se puso en marcha al frente de un ejército compuesto por cerca de veinte mil hombres, entre legionarios y tropas auxiliares,

y un número indeterminado de civiles que acompañaban a las tropas en su avance.

Emboscada mortal. Las legiones fueron atacadas por los germanos en el bosque de Teutoburgo, densa masa forestal situada en la Baja Sajonia. Sorprendidos por la emboscada tendida por el enemigo, los legionarios no tuvieron tiempo de desplegarse para llevar a cabo las tácticas que tantas victorias les habían dado en campo abierto y fueron literalmente masacrados. Para evitar caer en manos del enemigo, Varo se suicidó junto con la mayoría de sus oficiales. La matanza a manos germanas duró varios días, hasta la práctica aniquilación del ejército romano. Las noticias de la derrota causaron una profunda conmoción en Roma, que clamó venganza. El emperador Tiberio envió una expedición de castigo que consiguió aplastar la revuelta y recuperar los estandartes mancillados de dos de las tres legiones exterminadas por los bárbaros.

Fue una crisis global: económica y de debilitamiento de la autoridad moral y militar de Roma

frentes que sorprendió a sus enemigos. Para consolidar sus posiciones fronterizas, el Emperador decidió establecer centros administrativos muy cerca de las zonas de conflicto, para que fueran capaces de dar una rápida respuesta en caso de crisis.

En el plano económico, el aumento de los gastos militares y de la reforma del Estado obligó a introducir una serie de cambios para mejorar la efectividad en la recaudación de impuestos, al mismo tiempo que se adoptaron medidas para que fuese más equitativa, de tal forma que cada hombre pagase en proporción a su nivel de ingresos. Para evitar la depreciación de la moneda romana y recuperar su fortaleza en los mercados, también se reformó todo el sistema monetario. Sin embargo, el éxito de estas medidas económicas se vio eclipsado por

el fracaso de la aplicación de una política de control del Estado sobre los precios para reducir la inflación.

Las profundas reformas introducidas por Diocleciano contribuyeron a dotar de estabilidad a su reinado, si bien la despiadada persecución contra los cristianos ordenada por el Emperador ensombreció esta etapa de cierta prosperidad. El régimen mantuvo su fortaleza hasta que Diocleciano, agotado y enfermo, decidió abdicar en el año 305. Se retiró entonces a su palacio de la costa de Dalmacia, en donde vivió apartado de la política y de las luchas internas por el poder que se desataron tras su renuncia voluntaria. Allí pasó los últimos años de su vida sumido en una profunda depresión, mientras veía cómo se derrumbaba todo lo que había conseguido. Falleció en el mes de diciembre del año 311.

La mayoría de los historiadores ha coincidido en afirmar que Diocleciano puso fin a la crisis del siglo III, evitando así que el Imperio se desmoronase y sentando las bases que permitieron su continuidad durante cien años más. Pero con ello sólo logró liderar el canto del cisne de un régimen condenado a su fin. ■

LIBRO

La crisis del siglo III y el fin del mundo antiguo, José Fernández Ubiña. Editorial Akal, 1989. Un interesante y ya clásico ensayo sobre las diferentes causas de la primera fase del ocaso del Imperio Romano.




LAS LEGIONES DEL BAJO IMPERIO

Decadencia y fin de un ejército mítico

La legendaria infantería. Con la crisis del ejército, la caballería cobró peso en detrimento de este cuerpo. En la foto, soldados de infantería en formación de tortuga (reconstrucción).





Uno de los factores que llevaron a la caída de Roma fue la crisis militar. En ella influyó el freno de la expansión imperial, así como la apertura de la milicia a los bárbaros y las guerras intestinas.

Por Juan Carlos Losada, especialista en historia militar y escritor

A partir del siglo III, el Imperio Romano entró en crisis, sobre todo en Occidente. Acabar con las conquistas y expansión supuso terminar con la afluencia de esclavos, y la mano de obra escaseó. Con ello descendió la productividad agrícola, bajaron las recaudaciones de impuestos, se devaluó la moneda y el comercio decayó. Obviamente, las legiones se resintieron, pues faltaban voluntarios que se alistasen, ya que sus salarios habían perdido capacidad adquisitiva y apenas había tierras que repartir a los veteranos que se licenciaban. Para hacer frente a la incesante presión de los bárbaros, Septimio Severo (que reinó de 193 a 211) tuvo que permitir el alistamiento de los no ciudadanos al tiempo que aumentaba su paga, mejoraba su alimentación y les otorgaba privilegios, lo que implicó un creciente protagonismo de la milicia en la sociedad. Su hijo Caracalla (de 211 a 217) dio un paso más cuando extendió la ciudadanía romana a todos los habitantes libres del Imperio, permitiendo a todos los varones ingresar en el ejército.

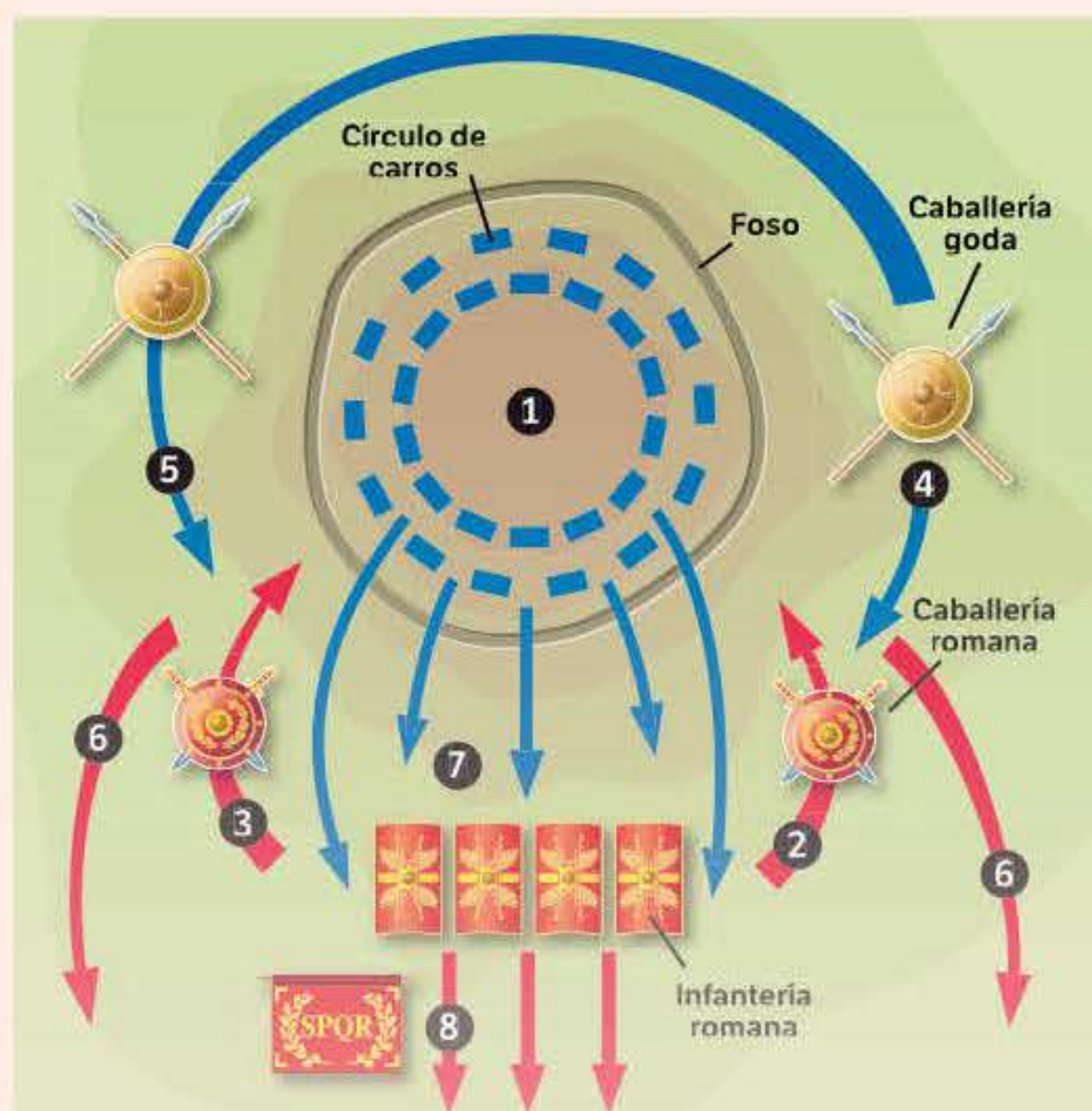
Cambio de modelo e inicio de la anarquía. Así fue desapareciendo paulatinamente la diferencia entre las legiones (formadas por ciudadanos) y las tropas auxiliares (hasta entonces, gentes sin ciudadanía y extranjeros). Con ello comenzaba el lento, pero imparable, proceso de penetración foránea en el ejército que acabaría con los pocos restos aristocráticos que aún quedaban en la milicia. Por si fuera poco, a partir del año 235 se entró en un largo proceso de guerras civiles: durante casi cincuenta años, las legiones se rebelaron y lucharon entre ellas tratando de imponer a sus respectivos generales como emperadores, porque sólo si los legionarios lograban que su jefe se hiciese con el poder podían aspirar a cobrar sus recompensas. Así, a lo largo de este período 26 emperadores se sucedieron; casi todos fueron asesinados, lo que dio lugar a varias décadas de ►

La batalla de Adrianópolis

El 9 de agosto del año 378, el emperador Valente salió de la ciudad de Adrianópolis para enfrentarse con el ejército godo. El calor era terrible y la marcha se convirtió en una tortura para la tropa, formada por unos 35.000 hombres. Al cabo de 12 kilómetros, ya en pleno mediodía, se divisó el campamento enemigo en lo alto de una colina. El jefe godo, que aún no había tenido tiempo de reagrupar a sus fuerzas (unos 40.000 hombres), incendió los campos con haces de leña impregnados de aceite para dificultar el despliegue del ejército romano. El agotamiento y el exceso de confianza retrasaron mucho a las fuerzas romanas y éstas se vieron sorprendidas por el ataque fulgurante de los godos y sus aliados, que las envolvieron y destruyeron. El desastre fue total:

dos terceras partes de las legiones de Valente fueron aniquiladas, con él al frente. La caballería demostró sus poderes, pues su movilidad se impuso a la formación estática de las legiones, al tiempo que las armas arrojadizas también vencían a las barreras de escudos.

Muerte de la falange romana. Adrianópolis fue el principio del fin para Roma y para su forma de guerrear. El resultado fue la muerte de la falange. A partir de entonces, las invasiones germanas fueron constantes, pero se cebaron sobre todo en Occidente, adonde fueron dirigidas hábilmente por los romanos de Oriente, que no dudaron en pagar para librarse de la amenaza bárbara. El Imperio Romano de Occidente estaba ya a punto de sucumbir.



1. Los godos se atrincheran en una zona elevada.
2. La caballería del ala derecha romana avanza para cubrir a las legiones.
3. La caballería del ala izquierda romana ataca las posiciones de los godos.
4. La caballería goda desbarata el ala derecha romana.
5. Los jinetes godos rodean su posición para atacar el ala izquierda de los romanos.
6. La caballería romana huye, dejando al descubierto los flancos de la infantería.
7. Los guerreros godos cargan desde sus posiciones, envolviendo a las legiones.
8. El emperador Valente muere durante la retirada.

► absoluta anarquía militar. En este clima, el comercio y la producción agrícola aumentaron su crisis. Por otra parte, las guerras intestinas no hicieron más que debilitar las defensas, lo que facilitó la creciente penetración de los bárbaros a través de unas fronteras cada vez más permeables. Roma pasaba a la defensiva.

Las reformas de Diocleciano y Constantino. En 284 subió al trono imperial un energético militar, Diocleciano, decidido a poner remedio a los males del ejército. Mantuvo el grueso de las legiones en las fronteras y aumentó sus efectivos, que pasaron de unos 380.000 hombres hasta cerca de 590.000, sobre todo en la zona occidental del Imperio, para tratar de frenar la amenaza creciente de los germanos. El número teórico de legiones era de 132, a las que había que añadir cientos de unidades auxiliares y de aliados. Pero este esfuerzo necesitaba de más impuestos, pues era necesario reclutar a bárbaros como mercenarios ante la falta de romanos, lo que supuso un empobrecimiento de la población. Tratando de mantener legionarios romanos, Diocleciano también convirtió en hereditaria la profesión militar, por lo que ser soldado pasó a convertirse casi en una forma de esclavitud. Pero su mayor preocupación era acabar con los golpes de Estado y las guerras civiles, de modo que separó el poder militar del político creando comandantes militares llamados *duces*, que estaban al mando de las legiones de cada provincia. Para controlarlos se crearon los *comes*, cargos de absoluta confianza del emperador, lo que evitaba la concentración de poder y dificultaba el intervencionismo militar. Pero su reforma más significativa fue la división del ejército en dos grandes grupos: los *limitanei* y los *comitatenses*. Los primeros estaban situados en los *limes*, las fronteras del Imperio, y era su principal misión repeler las invasiones bárbaras. Los

De bárbaro a César. A finales del siglo IV, un 40% de la tropa y un 25% de los oficiales romanos eran foráneos. Y algunos llegaron tan lejos como Magnencio, germano autoproclamado emperador (dcha., en una moneda de oro del s. IV).



segundos, que eran mejores, más rápidos y en teoría de mayor fidelidad, estaban ubicados más en retaguardia, cerca de los centros políticos del Imperio, y su misión era acudir adonde hiciese falta su presencia, fuese para rechazar una invasión extranjera o para sofocar una revuelta interna. Los *limitanei*, fijados a las fronteras, se fueron convirtiendo, en muchas ocasiones, en un ejército de campesinos que cogían las armas ocasionalmente, mientras que los *comitatenses* eran una fuerza móvil de maniobra, preferentemente de caballería, mucho más profesionalizada y controlada por el emperador.

Cuando en 312 subió al poder Constantino, aún dio más poder a las fuerzas móviles en detrimento de las fijas, lo que se tradujo en que las legiones *comitatenses*, aunque eran menos que las *limitanei*, cobrasen más, es-





ALSA

Ciudadanía para todos... los hombres libres, que por tanto podían ser militares: esa fue la reforma del emperador Caracalla (izda., óleo historicista de Alma-Tadema).

podían ser provincias enteras, que llegaban a saquear impunemente en vez de defenderlas.

Constantino, al final de su reinado, permitió que unos 300.000 sármatas se asentasen como colonos en Panonia, Tracia, Macedonia y hasta en la misma Italia, a cambio de proporcionar reclutas. Más adelante también se incorporaría a otros viejos enemigos de Roma, como godos, escitas y germanos en general, que ingresaron no sólo en fuerzas auxiliares como en el pasado, sino incluso como miembros de las mismas legiones y de las fuerzas palatinas más distinguidas. Frecuentemente, las unidades de caballería, que vieron incrementado su número de forma exponencial, llegaban a ser bárbaras en casi su totalidad.

Altos dignatarios. Es difícil saber la proporción que alcanzaron dentro del ejército romano, pero recientes estudios han apuntado que a fines del siglo IV una cuarta parte de los oficiales eran bárbaros o hijos de bárbaros. Si este porcentaje se daba entre la oficialidad es de suponer que entre la tropa fuese mayor, pudiendo alcanzar el 40% del total de los efectivos y aún más en los inicios del siglo V. Los nombres de las lápidas de los cementerios, así como los textos escritos por el historiador Amiano Marcelino y la información recogida en la *Notitia dignitatum* (un documento de la cancillería imperial), así permiten suponerlo. Son famosos destacados bárbaros que combatieron al servicio de Roma durante los siglos IV y V, como los comes Richomeres, Silvano y Lutto (francos), Magnencio (germano que se autoproclamó emperador), Ursici- ▶

VÍDEO

bit.ly/1Gaa2mE

Un documental de Peter Woodward, en el Canal Historia, sobre el armamento empleado por las legiones romanas a lo largo de su trayectoria.



Las guerras entre facciones del ejército debilitaron unas fronteras cada vez más permeables

tuviesen mejor equipadas y tuviesen más privilegios que las fronterizas. La misión de esta fuerza de élite era, sobre todo, impedir cualquier sublevación interna, que el Emperador consideraba un riesgo superior al de las invasiones extranjeras. Pero ello supuso casi abandonar las defensas estáticas del Rin y el Danubio, optando por la defensa en profundidad, lo que obligaba a actuar contra los invasores cuando ya habían penetrado en el interior del Imperio. Para muchos historiadores, esta obsesión por el enemigo interior y el abandono de las fronteras fue uno de los factores que luego explicarían el hundimiento de la estructura imperial. También, y para hacer a las legiones más ágiles y maniobrables, redujo sus efectivos a un millar de hombres cada una, dejando en un lejano recuerdo los 6.000 soldados que componían las legiones de Augusto. Su preocupación por prevenir cualquier golpe de Estado llevó igualmente a Constantino a disolver la guardia pretoriana –que en muchas ocasiones había puesto y depuesto a su antojo a los emperadores

y que, en su mayor parte, había apoyado a Majencio, su rival–, llegando a demoler su fortaleza. Para reemplazarla creó una nueva guardia palatina de absoluta confianza, formada mayoritariamente por germanos a caballo.

Durante el resto del siglo IV y los inicios del siglo V, ya con la división del Imperio, todas estas tendencias se fueron acentuando. Incluso los *comitatenses* se dividieron, al desgajarse de ellos una fuerza que acompañaba en todo momento a los emperadores, aún más selecta y de confianza, llamada los *palatini*.

Bárbaros en el ejército. La persistente falta de reclutas romanos debida a los problemas económicos hizo inevitable recurrir cada vez más a los bárbaros. Ya desde la Roma republicana las legiones habían contado con fuerzas auxiliares extranjeras, pero a partir del siglo IV su presencia experimentó un aumento espectacular. Su reclutamiento fue diverso; la mayoría eran voluntarios que se alistaban por la paga o por las posibilidades de promoción profesional, extranjeros parcialmente romanizados que desde hacía tiempo ya vivían dentro de las fronteras imperiales. Otros lo hacían cumpliendo los acuerdos de paz que habían establecido con Roma en condición de aliados enrolados en grandes contingentes, conocidos como los *foederati*. Muchas veces, y ante la falta de dinero, sus pagas

Constantino el Grande. Este emperador disolvió la guardia pretoriana y redujo cada legión a 1.000 efectivos. Debajo, su estatua de bronce en York, Inglaterra (la Eboracum romana donde fue proclamado).



AGE

► no (también germano), el famoso Estilicón (hijo de vándalo), el tribuno Malobaudes (franco), el *magister equitum* o general de caballería Víctor (sármata), el general Argobastes (franco) y, por supuesto, el medio suevo y visigodo Ricimero que fue, de hecho, el último gobernante del Imperio Romano de Occidente muy poco antes de su colapso oficial.

La revolución de la caballería.

Las experiencias en las guerras contra los bárbaros en Europa, así como contra los persas y partos en Asia, hicieron que las legiones romanas fuesen alterando su forma de combatir. También introdujeron nuevas armas, fruto de la presencia creciente de germanos en sus filas. Los enemigos de Roma hacían un uso masivo y excelente de la caballería, cosa que el Imperio no practicaba pues había basado su modelo militar en su disciplinada infantería, experta en el combate cuerpo a cuerpo y en formación cerrada. De hecho, hasta el siglo III, la caballería romana nunca había tenido un papel protagonista en las batallas. Pero todo cambió a partir del siglo IV, cuando Roma comenzó a equipar grandes unidades de jinetes reduciendo proporcionalmente el peso de su infantería.

Los primeros en acorazar los caballos habían sido, en el siglo

COHORS PRIMA GALLICA



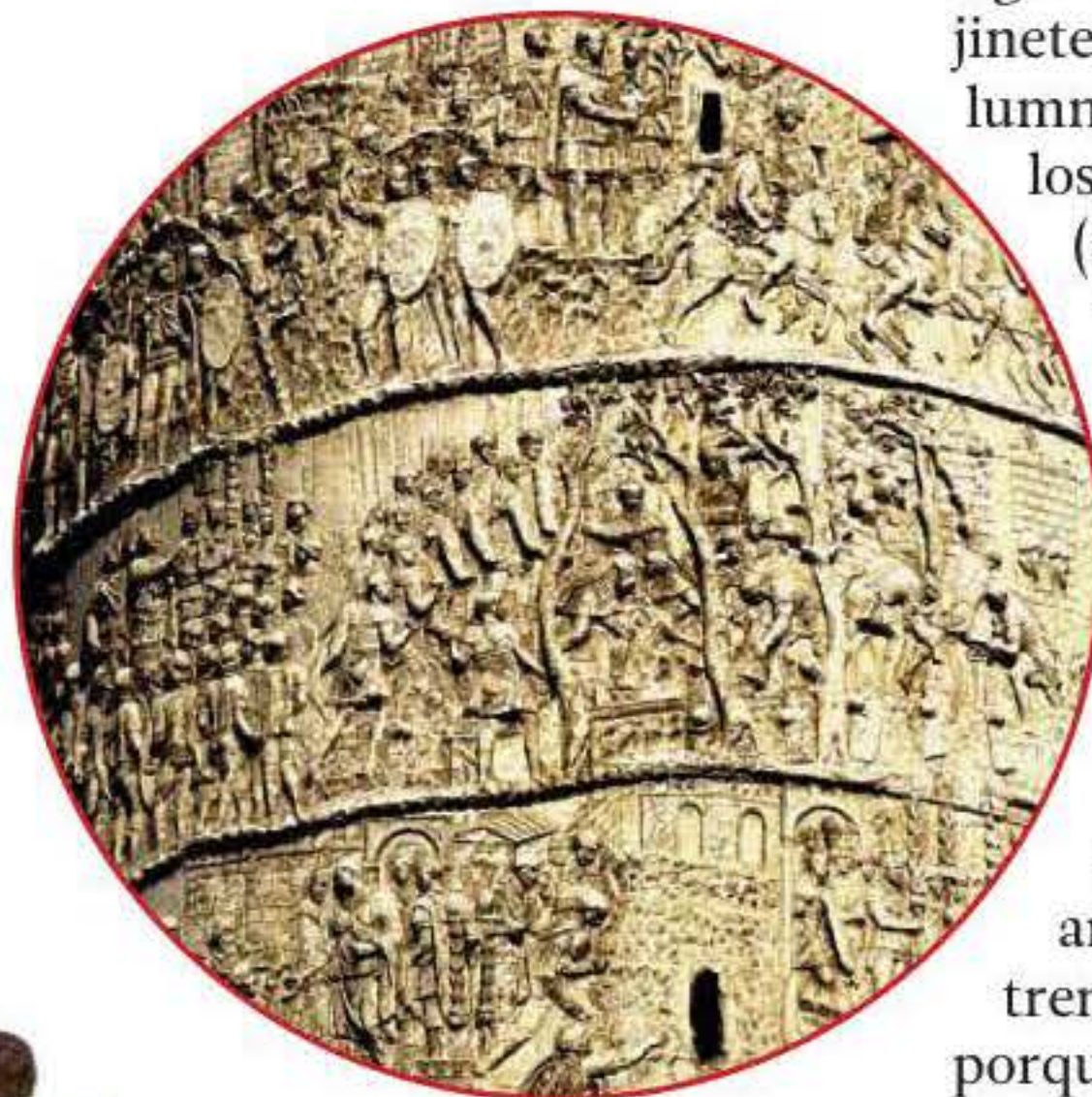
El auge de la caballería. Hasta el siglo IV, Roma no comenzó a formar grandes unidades de jinetes. Para este artículo hemos contado con la colaboración de la Cohors I Gallica (arriba), un grupo de recreación histórica de Vitoria experto en la legión bajoimperial.

La crisis llevó a la paradoja de que un ejército creado para frenar a los bárbaros se llenase de ellos

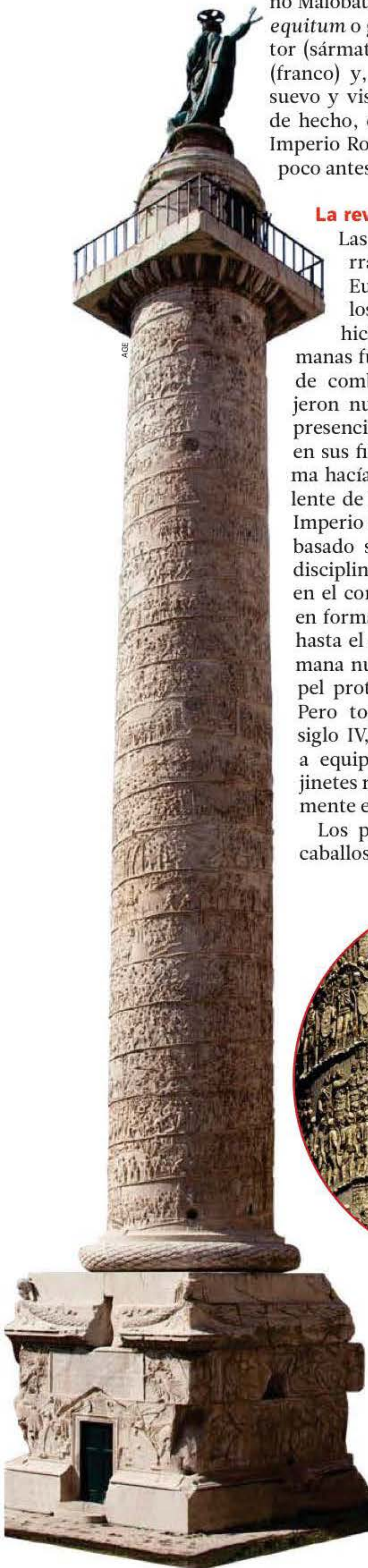
I y II, los partos y los persas sasánidas. De hecho Roma había fracasado ante ellos debido, entre otros factores, a la eficacia de su caballería blindada. Trajano también debió hacer frente en Dacia a los roxolanos, aliados de los dacios a principios del siglo II, que igualmente equipaban jinetes pesados como refleja la Columna Trajana. Para contrarrestarlos, Roma formó los *catafractos* (cerrados por todas partes) en tiempos del emperador Adriano: jinetes protegidos ellos y sus monturas por cotas de malla. Más tarde evolucionarían a otros aún más blindados, los *clibanarios* (de *clibanus*, horno de pan, por el calor que sufrían en sus armaduras), que vestían armaduras segmentadas. Su entrenamiento era muy exhaustivo, porque debían manejar una lanza de casi cuatro metros de largo con las dos manos, sin tener estribos en los que apoyar los pies. Aparte llevaban maza y espada y cargaban en bloque, sin dejar espacios entre ellos. Pero junto con la caballería pesada también se copió otra más ligera, poco acorazada y dotada fundamental-

mente de arcos. La abundancia de pastos en Europa hacía del caballo un animal barato; además, un jinete armado con lanza, maza, hacha, arco o espada larga era menos costoso que un legionario tradicional, que necesitaba meses de duro entrenamiento y un armamento muy caro y pesado fabricado por expertos artesanos. Por otra parte, un ejército de jinetes podía desplazarse a mucha mayor velocidad y, proporcionalmente, con muchos menos costes. El mayor protagonismo de la caballería en las batallas alteró también la forma de luchar de la infantería romana que, además, estaba cada vez más compuesta por germanos.

Nuevas armas, nuevos usos. Siglos atrás, la base del combate de la legión era el cuerpo a cuerpo, en el que la espada corta (*gladius*) era decisiva para acuchillar, en combinación con el pesado y gran escudo convexo y rectangular y con el aparatoso *pilum* (lanza). Ahora se imitó en gran parte el modo de lucha bárbaro y el viejo armamento fue reemplazado por armas capaces de ser utilizadas a más distancia, como jabalinas y otras que no precisaban de una instrucción tan intensa de combate hombro con hombro. Así, se adoptó de los germanos una espada más larga y pesada (*spatha*), antecesora de la espada medieval, más diseñada para cortar que para apuñalar y que podía así mantener al enemigo más alejado y ser empleada también desde un caballo. Asimismo se incorporó el hacha de guerra, de las que los le-



Columna Trajana. El impresionante monumento (izda.) está en Roma y fue erigido, como indica su nombre, por Trajano. Su bajorrelieve en espiral (arriba, detalle) celebra sus victorias frente a los dacios en el siglo II.



gionarios podían llevar dos o tres en el cinto; y lo mismo la *plumbata*, un dardo de punta de plomo para ser lanzado a mano o impulsado por una especie de honda, de medio metro, que se llevaba acoplada al interior del escudo, y que era disparado a una distancia de unos 60 o 70 metros con gran poder de penetración.

Una forma diferente de guerrear. El resultado fue que, desde el principio del siglo V, los ejércitos romanos se desplegaban y luchaban de un modo muy diferente al de siglos antes, tal como explica el historiador militar Vegetio. La caballería pesada fuertemente blindada, con sus lanzas, se ubicaba al lado de la infantería para protegerla, mientras que en las alas se disponía la caballería ligera armada con arcos, con la misión de rodear y desordenar al enemigo. La infantería debía permanecer estática para repeler el ataque enemigo, renunciando al tradicional ataque que había practicado en el pasado.

Esta fue la disposición, por ejemplo, en la batalla de Pollentia en el

año 402, que enfrentó a Roma con los visigodos. Según este esquema, la caballería tenía más peso en el choque, mientras que la infantería actuaba a la defensiva en formaciones menos cerradas, buscando el combate más ágil e individual, lo que exigía escudos más livianos y pequeños, redondos u ovalados según los usos germanos. Igualmente, y siguiendo sus costumbres, se desprendieron de los cascos pesados y cerrados, así como de las corazas (*lorigas*) que les dificultaban la movilidad, reemplazándolas a lo sumo por ligeras cotas de malla. Obviamente la infantería ganaba en rapidez, pero perdía en solidez. Esta tendencia al abandono de corazas y yelmos fue favorecida por la falta de artesanos y el elevado coste de las piezas. Las vestimentas también cambiaron: algunos cascos comenzaron a ser adornados con cuernos, los soldados empezaron a



También cambió el armamento. Con el mayor protagonismo de la caballería, se sustituyó la espada corta (*gladius*) por otra larga y pesada (*spatha*; a la derecha) y dejaron de usarse las corazas o *lorigas* (arriba, recreación).

dejarse pelo largo y barba y fueron adoptando el uso del pantalón y las botas, indumentaria de más abrigo y más adaptable a la equitación.

Las legiones del siglo IV y V no se parecían nada a las del siglo I o II, lo que reflejaba la decadencia política y económica del Imperio. La caballería se había reforzado pero la infantería, que era la base material y cultural del ejército de Roma, se había debilitado. La crisis había llevado a la paradoja de que el Imperio debía ser defendido por los mismos bárbaros que habían sido sus eternos enemigos; su ejército, creado y entrenado para hacerles frente, estaba ahora plagado de ellos.

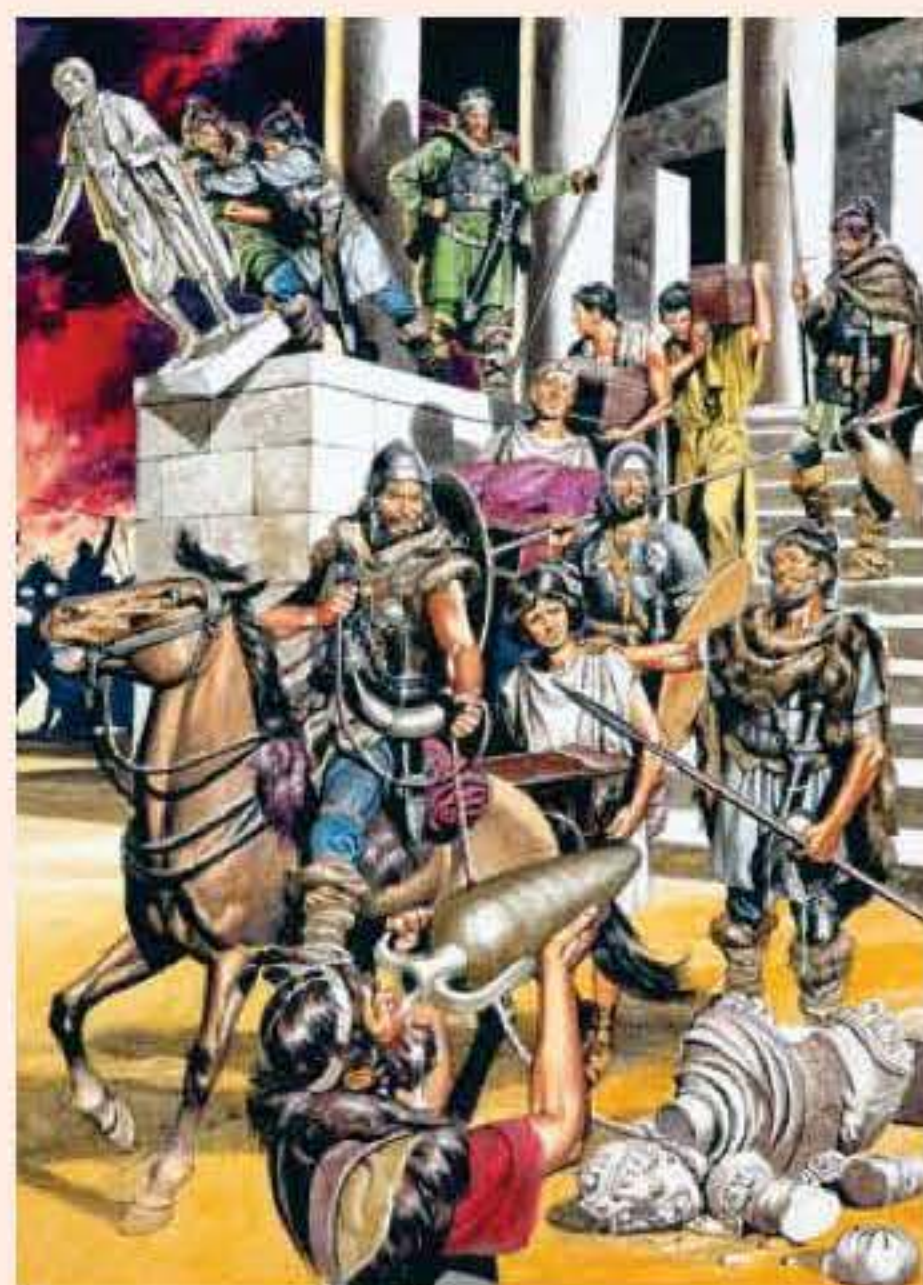
Hacia el colapso definitivo. La contradicción era insuperable y a fines del siglo IV, con la división del Imperio, los germanos ya campaban a sus anchas por Occidente. Además, la falta de pagas había hecho que las guarniciones y unidades romanas se dispersasen y se disolvieran, como la propia administración, en el marasmo que supuso la penetración masiva de los bárbaros y el hundimiento del poder central. No había reclutas para reponer las bajas y los pocos fondos existentes eran destinados a pagar a los *foederati*. En pocas décadas, el ejército se germanizó casi por completo, e incluso los *comitatenses* y los *palatini* ya guardaban muy pocos vestigios de las tradiciones romanas. Cuando fue depuesto el último emperador en el año 476, hacía ya tiempo que las legiones romanas habían dejado de existir como tales. El lento ocaso de Roma había ido parejo al de su ejército. ■

408-410: los godos entran en Roma

En el año 408, los visigodos campaban a sus anchas por el occidente romano. Alarico, su rey, exigió a Roma oro para no atacar la ciudad, pero no se pudo hacer frente al chantaje y avanzó ante sus murallas, mientras que el emperador Honorio se quedaba refugiado en Rávena. El Senado romano recaudó lo que pudo, se lo entregó al rey godo y le prometió más oro en breve plazo.

El fin de un mito. Así, el asalto definitivo no llegó hasta el verano de 410, y finalmente se produjo sin disparar una sola flecha. Lo cierto es que los invasores contaron, como explica el historiador Jacques Le Goff, con la complicidad más o menos activa de los esclavos y de las clases humildes romanas, cansadas éstas de la opresión de los patricios y de sufrir tanta miseria. Ciertamente se saquearon los bienes de los ricos, pero la violencia fue moderada. Se respetaron las iglesias, sus bienes y a todos aquellos que se habían cobijado en su interior. No hay que olvidar que Alarico, aunque arriano, era cristiano y estaba en gran parte romanizado, y su acción sobre Roma era más para presionar al emperador que para obtener un botín.

Aunque realmente el saqueo de Roma fue leve, psicológicamente fue devastador, pues acabó con el mito de la ciudad inexpugnable. Los que lo vivieron tuvieron la percepción de que a partir de entonces se abría una nueva era, lo que ha llevado a algunos a compararlo con el impacto del 11-S en nuestros días.



En esta ilustración de Ron Embleton vemos la entrada de Alarico y sus tropas en Roma durante el saqueo de 410.

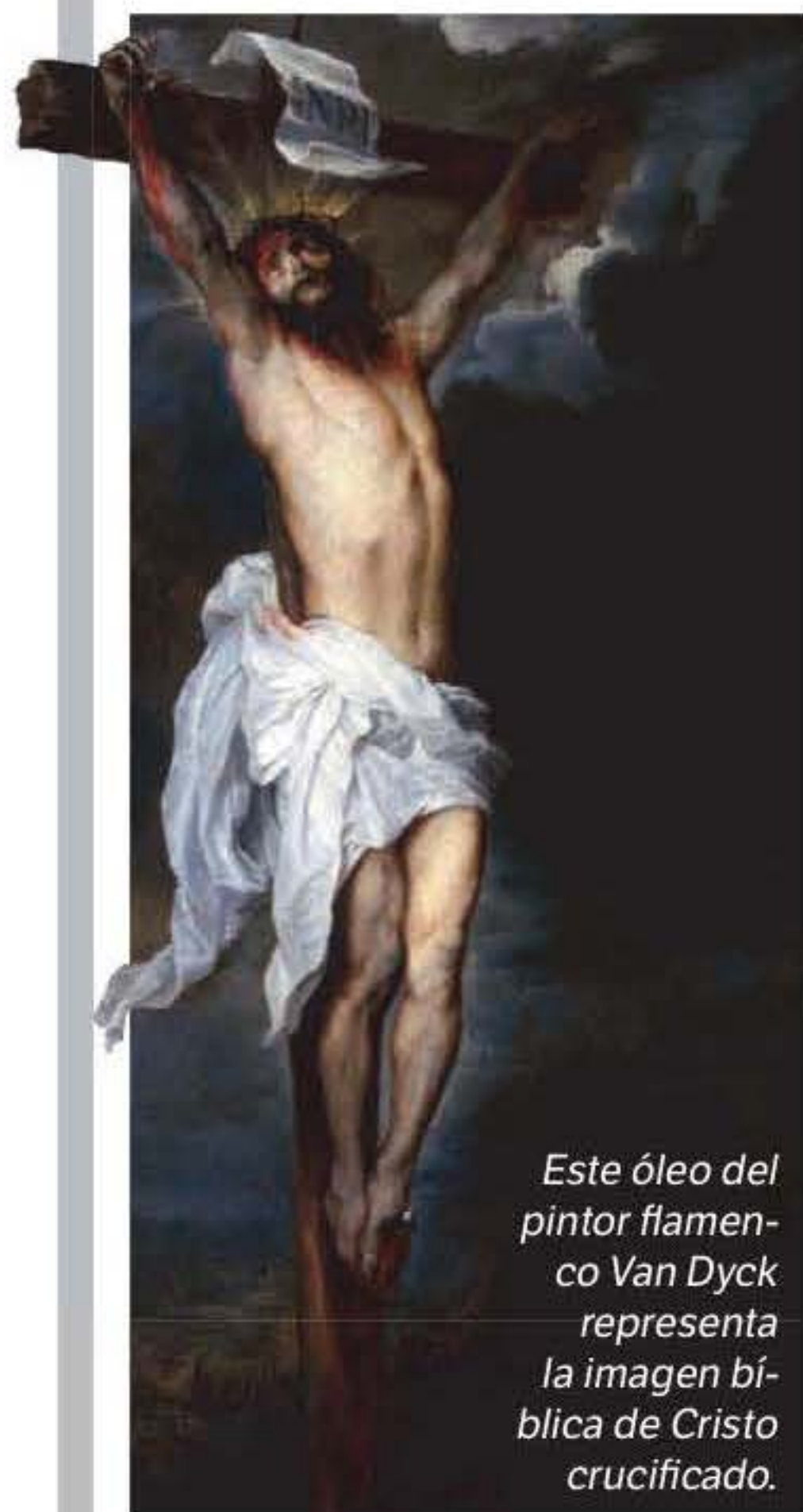
590.000 efectivos llegó a tener

el ejército romano tras la reforma de Diocleciano; antes de ésta, contaba con 380.000 hombres. Las legiones se reforzaron sobre todo en la zona occidental del Imperio.

INVENTOS

Lo que no crearon los romanos

Por herencia religiosa, cuando nos hablan de crucifixión enseñada nos viene a la mente la escena bíblica de los romanos clavando a Jesús en la cruz.



Este óleo del pintor flamenco Van Dyck representa la imagen bíblica de Cristo crucificado.

Con la palabra crucifixión siempre asociamos la imagen de los romanos clavando el cuerpo de Jesucristo en una enorme cruz, pero esa práctica de tortura no fue creada en Roma ni fue inventada exclusivamente para dar muerte a Cristo. En realidad, este antiguo método de ejecución se cree que pudo originarse en Asiria, y se sabe que fue utilizado sistemáticamente por los persas del Imperio aqueménida en el s. VI a.C. Existen fuentes de otras culturas, como la egipcia, la griega, la india e incluso la celta, en las que se nombra la crucifixión como forma extrema de castigo. Así que, pese a que asociemos a los romanos con el *via crucis*, dicha civilización empleaba la crucifixión para los criminales más duros y nunca se usaba con los ciudadanos del Imperio; sólo con forasteros y fuera de la ciudad eterna.

HAGIOGRAFÍA

San Agustín, el pensador

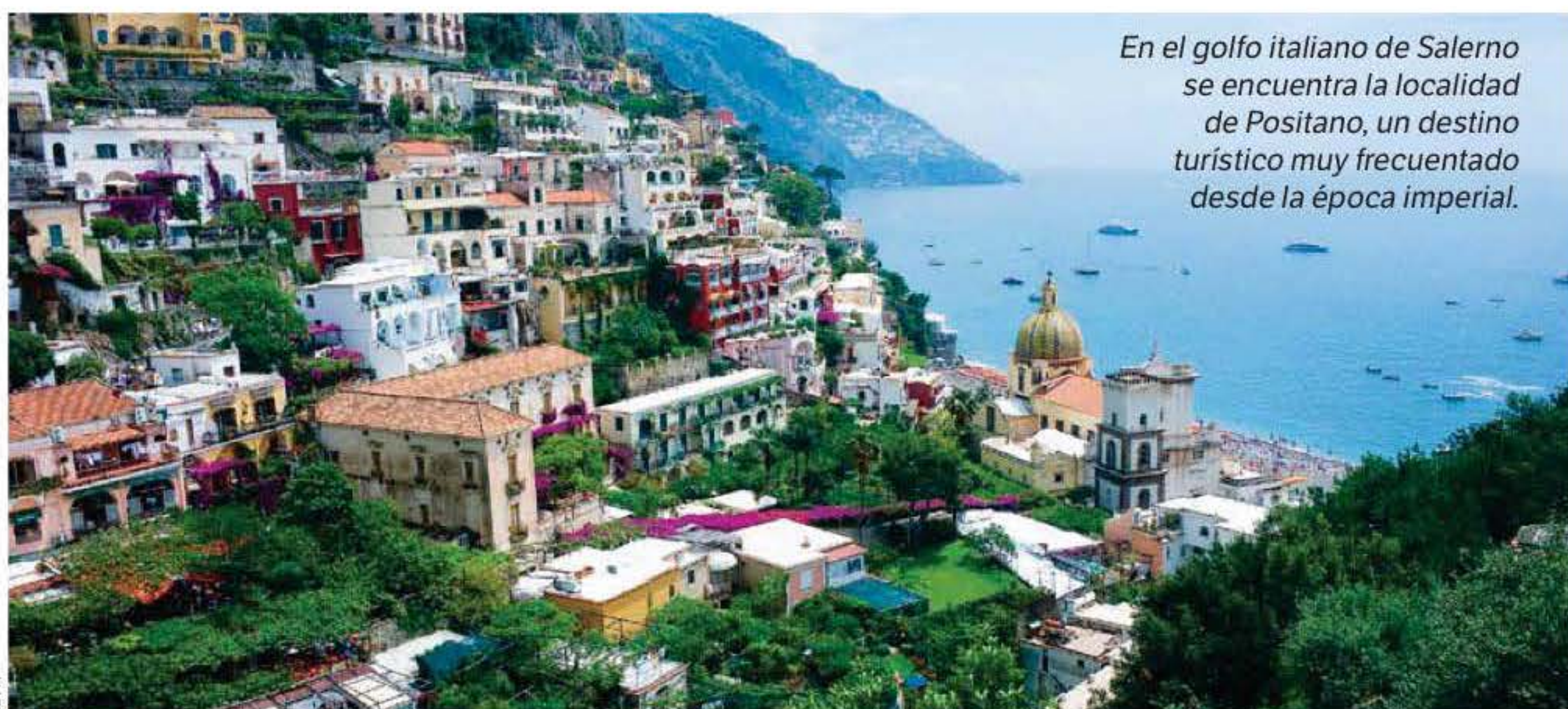
Nacido en el año 354 en Tagaste (actual Suq Ahras, Argelia), opulenta ciudad romana del norte de África, Agustín fue un joven entregado al estudio de los filósofos griegos hasta que se alzó como un verdadero arquetipo del converso a la nueva religión cristiana. Tras una juventud agitada, ya con treinta años se convirtió al cristianismo —afirma la tradición que por influencia de su madre, la también canonizada Mónica—. Era el inicio de una fulgurante carrera que le hizo obispo de Hipona en 396. En su sede, mientras sus escritos lo convertían en el más influyente pensador del mundo occidental, actuó como maestro, predicador y juez civil.



San Agustín, obispo africano considerado el padre de la Iglesia, fue el máximo pensador del cristianismo.

Cuando los bárbaros se instalaron en el interior del Imperio, en su obra principal, *La Ciudad de Dios*, San Agustín apoyó la idea de la igualdad entre romanos y bárbaros, cuestionando la moralidad de las guerras defensivas y estableciendo el principio del perdón a los prisioneros en combate. Esa actitud de la Iglesia católica, muy genera-

lizada en aquellos violentos años, fue considerada por muchos como pusilanimidad; y, a la postre, se cree que fue decisiva para la destrucción del Imperio. Pero, en 430, los vándalos asediaron la sede principal del obispo en Hipona. Allí fue asesinado a manos de aquellos bárbaros a los que había apoyado tanto en sus escritos.



En el golfo italiano de Salerno se encuentra la localidad de Positano, un destino turístico muy frecuentado desde la época imperial.

TURISMO

En crisis, mejor quedarse en casa

Sócrates hablaba ya a sus discípulos sobre la necesidad de viajar para acrecentar el acervo de conocimientos, y la civilización romana no obvió dicho consejo. Durante el Imperio Romano fue considerable el número de viajes por ocio, y las claves para que se sucediesen estos desplazamientos eran: la *pax romana*, un período de paz que daba seguridad a los via-

jes; la existencia de tiempo libre, la prosperidad económica y la mejora de las comunicaciones. Los romanos, por herencia etrusca, adoraban el termalismo, y en la península Ibérica tenía un peso considerable ese tipo de turismo. Además, el reconocimiento del valor curativo de ciertas aguas contribuyó al movimiento de personas hacia los lugares termales, en busca de sanación. En el Bajo Imperio Romano, villas de mármol y casas de huéspedes poblaban las playas de la Toscana y el golfo de Salerno para acoger a

los visitantes. Los caminos de Roma estaban poblados de transeúntes y alrededor de ellos nació el oficio de los *courtiers*, que eran una especie de guías-intérpretes que se encargaban de proporcionar los servicios necesarios a los viajeros y mercaderes a su paso por Roma. La pérdida de poderío en las provincias romanas fue minando la seguridad de los viajes por los ataques bárbaros, que se sucedieron a partir del s. III, y cayó el turismo tal y como se entendía en ese momento. Sin embargo, comenzó otro tipo de turismo: los viajes de peregrinación.

LEYENDA

Un entierro real para no olvidar

Alarico cayó enfermo de malaria en el sur de Italia y murió en 410 en los alrededores de Cosenza (Calabria, Italia), donde, según la tradición visigoda, fue sepultado en el lecho del río Busento junto al tesoro real procedente del saqueo de Roma. Su entierro conllevó una gran obra de ingeniería hidráulica que desvió el curso del río para después retornarlo a su curso natural. Estos trabajos fueron realizados por esclavos romanos, que posteriormente fueron ejecutados por el ejército de Alarico para que nunca se revelara la ubicación exacta de la sepultura.



Este grabado escenifica el entierro de Alarico junto al tesoro de Roma en el lecho del Busento (Italia).



En la parte meridional del río Danubio (actual Austria) se asentaron visigodos foederati que más tarde atacarían Roma.

LEY ROMANA

La traición de los foederati

La palabra *foederati* procede de la palabra latina *foedus*, que designaba un tratado solemne y vinculante de asistencia mutua y perpetua entre Roma y otra nación. A partir del s. III, el término *foederati* se extendió por la costumbre romana de subvencionar a las tribus bárbaras a cambio de que formasen parte de sus filas militares. En 376, los visigodos solicitaron al emperador Valente instalarse en la zona sur del río Danubio, y fueron aceptados en el Imperio como *foederati*. Cuando dos años más tarde las malas condiciones de vida se hicieron extremas, los visigodos se rebelaron y derrotaron a los romanos en la batalla de Adrianópolis. Los *foederati* dieron el golpe de gracia al moribundo imperio en 476, cuando su caudillo Odoacro depuso al último emperador, Rómulo Augústulo.

URBANISMO

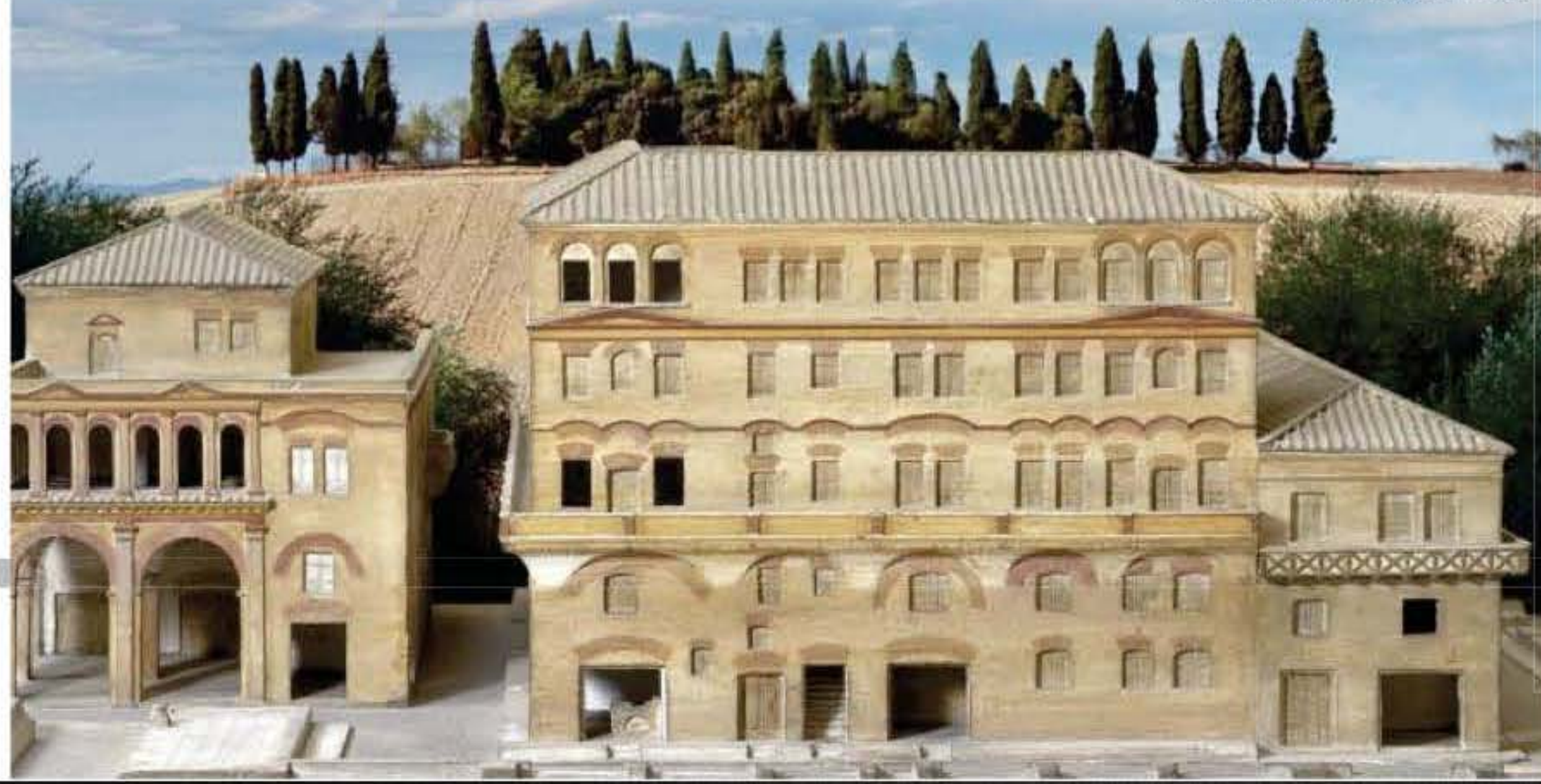
Roma tuvo rascacielos

La especulación del suelo, como en nuestros días, impuso la moda del rascacielos en todo el Imperio. En la base mandaba la madera y, por ello, tanto rascacielos como *insulae* (edificios de 5 y 6 pisos con varias viviendas por planta para familias de clase media o baja) ardieron como una caja de cerillas. Los emperadores

Augusto, Trajano y Adriano regularon la altura de las *insulae* en 21, 20 y 18 metros, respectivamente, pero la especulación pudo más que el emperador. La moda del rascacielos se extendió de tal modo por todo el Imperio, que el escritor cartaginés Tertuliano, desde la región africana, comparó el más famoso de los rascacielos, la Insula Felicles, con el intento hereje de acortar la distancia infinita que nos separa del Creador: "El Universo es una inmensa casa de alquiler amueblada, con

tantos pisos hacia el cielo que se dice que el dios de los romanos vive en la Insula Felicles". El historiador Jérôme Carcopino, en la década de 1930, expuso: "La reconstrucción en papel de los planos de las *insulae* mejor conservadas, realizada por expertos, muestra tales analogías con los edificios en los que vivimos actualmente que, en principio, estamos tentados de desconfiar".

Reproducción en plástico de una insula de cuatro alturas (abajo) de la ciudad italiana de Ostia, realizada en 1937.



ARMAMENTO

La temida francisca

Esta hacha de guerra, blandida a mano, fue un arma tradicional de los germanos. Hoy en día la francisca conserva un uso popular.

Los bárbaros, en especial los godos, contaban siempre con la ventaja numérica, un buen entrenamiento y un mejor armamento. Los godos llevaban escudos acorazados con hierro, picas, la *scramasax*—una espada corta—y la larga y cortante *spatha*; pero muchos de ellos usaban además la temida *francisca*, un hacha de combate que se utilizaba arrojándola a distancia. Al ser lanzada, el arma, después de golpear el suelo, se balanceaba impredeciblemente y no era fácil bloquearla. En el combate, este efecto de la *francisca* servía para confundir, intimidar y desorganizar una línea enemiga en el momento crucial, justo antes de que los bárbaros dieran su gran golpe. En algunas ocasiones, la *francisca* fue superior a las más precisas jabalinas, y era bastante más letal en combate cuerpo a cuerpo. En la actualidad, se pueden ver *franciscas* en representaciones históricas e incluso en competiciones populares que consisten en arrojar hachas.

En la ilustración, un ejemplo de guerrero bárbaro empuñando una francisca.

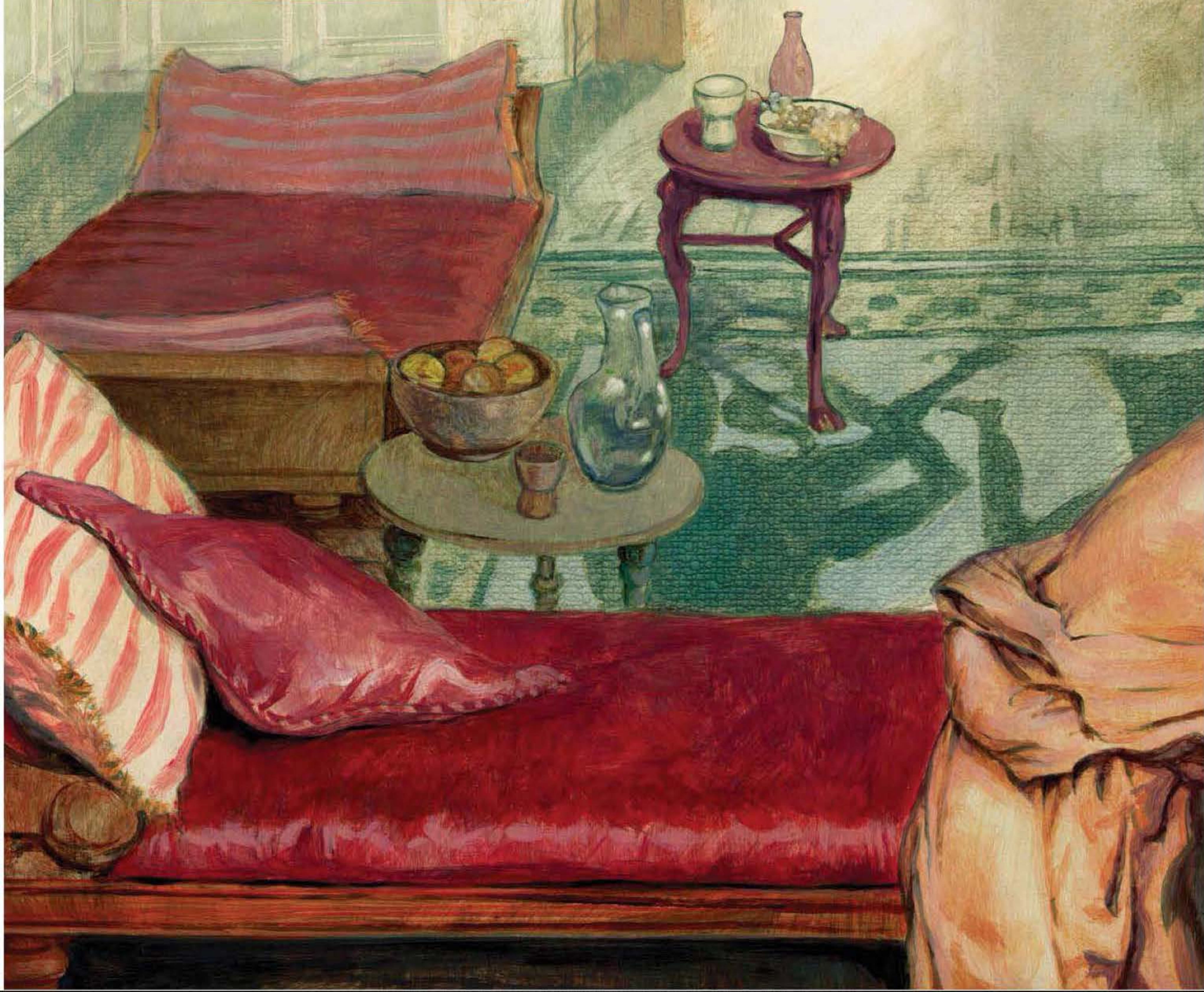


LA VIDA COTIDIANA EN UNA VILLA ROMANA DE HISPANIA

Recuerdos desde mi hacienda

El potentado Lucio Cinegio describe la finca agrícola de Carranque, próxima a la ciudad hispana de Toletum, a la vez que rememora los hitos históricos de los estertores del gobierno imperial de Roma en Occidente.

Por Fernando Cohnen, periodista. Ilustraciones: Arturo Asensio.





En los aposentos de una dama. Los acaudalados propietarios de villas romanas como la de Carranque disponían de un gran número de esclavos, que llevaban a cabo las tareas diarias de la casa. En la ilustración, una esclava ayuda a vestirse a su ama.

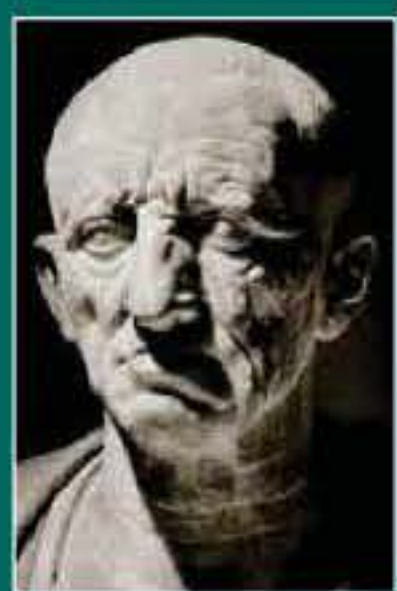
En este año de incertidumbre (418) escribo mis recuerdos para que mis herederos sepan quiénes fueron sus antepasados, hombres de leyes, de comercio y también de guerra. Soy el terrateniente Lucio Cinegio, hijo de Materno Cinegio, que sirvió a las órdenes del emperador Teodosio como prefecto en las regiones de Oriente. Mi padre ordenó la construcción de esta villa que lleva su nombre, y en la que vivo desde hace más de treinta años.

Como otros ciudadanos romanos, me siento amenazado por la invasión de los pueblos bárbaros (409). Hace ocho años, los visigodos al mando de Alarico saquearon e incendiaron Roma. El emperador Honorio, que se encontraba en Rávena, salvó la vida, y sigue al mando del Imperio. Pero las guerras internas y los intentos de usurpación del trono están colapsando el orden establecido. Acostumbrados a la protección de Roma, mis compatriotas reaccionan con pánico ante el progresivo desmoronamiento del mundo civilizado.

Invasiones bárbaras. Hordas de vándalos, alanos y suevos irrumpen en Hispania. Nadie sabe quién ocupa el mando ni tampoco a dónde van a parar los impuestos. No hay jueces, ni autoridad imperial ni ejército. Por lo tanto, la gente acude a los obispos en busca de justicia. Al lado de la Iglesia surgen los señores de la guerra, que ponen más esfuerzo en negociar con los bárbaros que en combatirlos. Exactamente lo que ha ocurrido en Toletum (Toledo), donde los alanos campan a sus anchas desde hace varios años.

Mientras escribo estos párrafos, mis hombres continúan las labores agrícolas en la hacienda, situada junto al río Guadarrama, cerca de las ciudades de Titulcia y Toletum. Espero que los que heredéis mis tierras os deleitéis con ellas, tal y como yo las he disfrutado hasta ahora. La villa se asienta en un entorno natural de tarayales, saucedas y alamedas. Las adelfas, plantadas en lugares húmedos, sirven para hacer cestas y cuerdas y para otros usos agrícolas. Cerca se cruzan las dos principales vías del centro de Hispania, la que va de Segovia a Toletum y la que une las ciudades de César Augusta (Zaragoza) y Emérita Augusta (Mérida). ►

PERSONAJE



Marco Porcio Catón (234 a.C.-149 a.C.). Conocido como Catón el Viejo, fue un político, escritor y militar romano considerado el primer escritor en prosa latina.

► Este conjunto de construcciones independientes lo ordenó construir mi padre hace sesenta años. Incluye la vivienda, decorada con lujosos muebles, pinturas en las paredes y ricos mosaicos que cubren los suelos de las estancias principales. Cerca de la villa se encuentran las termas, un templo en el punto más alto del terreno –con un depósito de agua para irrigar todo el conjunto– y la basílica monumental, donde están enterrados mis progenitores. Al otro lado del río se sitúan los almacenes y dos molinos, que proporcionan agua y energía a la explotación agropecuaria.

Labores de campo. Cerca de los molinos están dispuestos los alojamientos de los libertos y esclavos que trabajan la tierra. La agricultura exige mucha mano de obra, sobre todo en la época de la cosecha. En esa misma zona se encuentran las bodegas, los almacenes, la cocina, el establo para las bestias de carga y el cobertizo para los carros que cada día transportan las hortalizas y cereales para la intendencia doméstica. El trabajo de los operarios y el trasiego de mercancías se efectúan lejos de la villa, para no turbar mi reposo ni el de mis invitados.

Los excedentes de producción se llevan semanalmente a Toletum para venderlos en los días de gran mercado, cuando la ciudad se ve desbordada de gente que pasea entre los

puestos en los que se ofrecen aceite, vino, hortalizas, cereales, frutas y carne. En el mercado también hay vendedores de bisutería, telas, alfarería, hierro, aperos de labranza, comida y calzado. Todos los comerciantes exhiben sus mercancías en tendetes montados entre las columnas del pórtico de la plaza y las calles adyacentes.

Ubicación ideal. La posición de la ciudad sobre el río Tajo y su estratégica situación geográfica la convierten en un nudo de comunicaciones y en un centro comercial de vital importancia. Aunque Tito Livio la describió como una pequeña ciudad, Toletum es ahora un gran conjunto urbano dotado de todos los servicios. Disfruta de un gran acueducto, de un teatro, de un circo y de grandes villas en las cercanías. Hace siete años, los alanos entraron en la ciudad sin obstáculo alguno. Las autoridades negociaron con ellos y la vida continuó sin grandes sobresaltos. Pero, ahora, las tropas visigodas acampan a pocos kilómetros de las murallas y las cosas pintan mal.

La cercanía de Toletum fue lo que decidió a mis padres a adquirir las tierras de esta hacienda, de la cual

obtengo el sustento para mi familia y mis sirvientes. Si Catón recomienda que el alojamiento sea cómodo, por si el propietario pasa largas temporadas en él, Columela añade que también debe ser del agrado de la señora, lo que evitará fricciones futuras. En realidad fue mi madre, Acanthia, la que dispuso cómo debía ser la villa. Ella siguió los consejos de



Intensa controversia arqueológica

La ficticia personalidad de Lucio Cinegio se basa en la figura histórica de Materno Cinegio, probable dueño de esta villa y fiel colaborador del emperador Teodosio en las regiones de Oriente, hipótesis que defiende Dimas Fernández-Galiano, director del yacimiento de Carranque. Según apunta este arqueólogo, la gran basílica fue construida por orden de Materno para enterrarse en ella. Asimismo, recuerda que el mismo emperador autorizó la extracción del material de las canteras de su propiedad para que adornasen la tumba de su pariente. Sin embargo, Javier Arce, del departamento de Historia Antigua y Arqueología del CSIC, asegura que “Materno Cinegio no fue el propietario de Carranque ni hay evidencia alguna que per-

mita ponerlo en relación con este yacimiento”. Arce afirma que la supuesta basílica donde fue enterrado Materno es en realidad la villa de un hacendado rico de la zona cuyo nombre desconocemos. Asimismo, el arqueólogo catalán sugiere que la denominada villa son los restos de unas posibles termas.

Valioso yacimiento. Arce tampoco cree que Materno Cinegio fuera hispanorromano, ya que su apellido es de origen griego, algo que niegan otros colegas suyos. Dejando a un lado la controversia, lo cierto es que este yacimiento tardorromano del siglo IV es de una riqueza incalculable. En Carranque queda todavía mucho por descubrir, y no se descarta que hallazgos futuros aporten nuevas pistas que apoyen una u otra hipótesis.



Entre 1985 y 1993 se excavaron los restos arqueológicos de la villa romana de Carranque, situada en la provincia de Toledo.



Conjunto palaciego. La finca de Carranque poseía un palacio cuya disposición se ordenaba alrededor de un patio central, con un peristilo que dirigía a las diferentes dependencias: los dormitorios y dos grandes salas decoradas con mosaicos para recibir a las visitas, además de la basílica, una estancia abovedada.

Catón de construir la hacienda cerca de un mercado local, con una buena calzada a mano y a orillas de un río.

Como otros grandes propietarios de la provincia, he centrado mis esfuerzos en la producción de vino y aceite. En el *torcularium* (la zona del lagar) se prensa la uva para conseguir el mosto que fermenta en los *dolia* (tinajas de alfarería). Posteriormente, el vino se trasvasa a ánforas para almacenarlo en la bodega subterránea. Al igual que ocurre con el vino, la producción de aceite requiere abundante personal para transportar la aceituna, moler la pulpa sin aplastar el hueso –lo que evita el amargor–, prensar la pasta y almacenar en tinajas el oro líquido resultante.

Hacienda agrícola. Parte de la producción de aceite y vino es para nuestras necesidades domésticas y el resto de la producción la vendemos en el mercado de Toletum o en los pequeños dispensarios de Titulcia. Lo mismo hacemos con los excedentes de huevos, lana, carne, madera y cáñamo. En otro terreno cercano poseo una fábrica de ladrillos y tejas y otra de alfarería, cuyas ganancias se

La situación geográfica de Toletum la convirtió en un importante centro comercial

suman a las que obtengo con los derivados de la explotación agropecuaria.

Debéis saber que mi abuelo Lucio nació en Tarracum (Tarragona). En aquellos años de bonanza económica, su olfato comercial le hizo ganar millones de sestercios. Tarracum era la urbe de Hispania más cosmopolita. En sus barrios proliferaban judíos, negros, germanos, griegos, sirios y gentes venidas de los rincones más lejanos del Imperio. Ese crisol de razas trabajaba, comerciaba y vivía en una ciudad siempre bulliciosa. En las tiendas se vendían perfumes orientales, telas finas, especias de países lejanos y otros objetos de consumo, y en sus calles había centros bancarios a los que acudían comerciantes que lograban grandes plusvalías comprando productos de

Hispania y vendiéndolos en otras regiones del Imperio.

Estas operaciones están minuciosamente reguladas por las leyes romanas. Sin embargo, también hay expertos en ingeniería financiera que acumulan enormes fortunas opacas al fisco; unos negocios oscuros que chocan con las reglas morales de muchos ciudadanos. Como decía Galieno: “¿Para qué tener quince pares de calzado? Basta con dos, de quita y pon, una casa, algunos esclavos, un mobiliario conveniente, y ya se puede ser dichoso”. Un consejo que a buen seguro desoyó mi abuelo, cuya proverbial riqueza hizo posible la hacienda que construyó mi padre junto a Toletum.

Funcionariado romano. Cuando cumplió los cincuenta años, Lucio, su familia y sus sestercios se trasladaron a Emérita Augusta (Mérida), donde ejerció como decurión, miembro del principal órgano de gobierno, el consejo comunal de la ciudad, compuesto por las familias más ricas y prestigiosas. No era raro que los decuriones estuvieran bien relacionados con el Estado, como fue el caso de mi abuelo, cuya familia estaba emparentada con la de Teodosio, que años después pasaría a dirigir el Imperio. Desde su cargo municipal, Lucio contribuía con su patrimonio a la organización de los juegos, en los que los gladiadores y los aurigas más hábiles alcanzan altas cotas de popularidad. La pasión por las carreras del circo y los combates de la arena es tan intensa en Emérita Augusta como en la propia metrópolis.

Una vez asentado en el gobierno de Emérita Augusta, mi abuelo proporcionó educación a sus dos hijos, Lucio, el mayor, que murió joven, y mi padre, Materno, quien también dedicó su tiempo a la política, aunque pronto la abandonó para trasladarse al campo. Poco después, fue reclamado por el emperador Teodosio en Constantinopla, adonde viajó con mi madre. Allí se convirtió en el lugarteniente general del Emperador en las provincias de Oriente. Yo permanecí en Hispania, quedándome a cargo de la hacienda y de las fábricas de ladrillo y alfarería.

Teodosio, el hombre que tanto influyó en la etapa final de mi padre, tomó posesión del cargo de emperador del Imperio de Oriente el 19 de enero del año 379. Nació 32 años ►

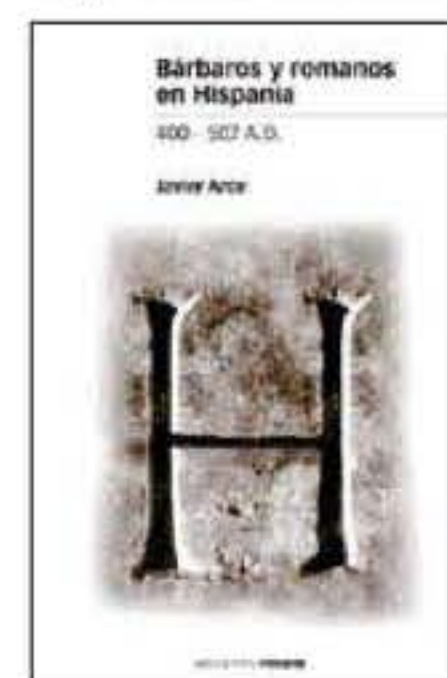
LIBROS

Bárbaros y romanos en Hispania. 400-507 A.D.,

Javier Arce.

Marcial Pons, 2007.

Esta obra estudia el siglo V, uno de los más enigmáticos y peor conocidos de la península Ibérica.



Lo que Toletum tuvo y Toledo perdió, F. Dilla Mañas y A. Dilla Molina.

Ed. Ledoría, 2012.

La ciudad manchega de Toledo se desarrolló como tal en época romana; hoy aún quedan algunos restos arqueológicos.



Teodosio era hijo de un hispano considerado uno de los más prestigiosos militares de su época

corrientes heterodoxas que prosperaron en aquellos años tan sumamente convulsos.

Sin embargo, el recuerdo que tengo de mi padre cuando yo era joven choca frontalmente con su actitud redentora y justiciera en Egipto. De hecho, Materno Cinegio siempre mostró respeto por las creencias paganas y por la herencia cultural que había recibido de los antiguos griegos. Era un hombre culto que se sabía de memoria grandes párrafos de la *Iliada* y la *Odisea* de Homero. Basta contemplar los motivos mitológicos griegos y romanos que exhiben los ricos mosaicos que adornan la villa. En el triclinio (comedor) de la villa hay uno en el que Ulises entrega las armas a Aquiles; en el gran salón hay otro que muestra la muerte de Adonis, junto a las figuras de Venus y Marte, y en el dormitorio hay un tercer mosaico con representaciones de Diana, Minerva y Hércules.

Devoción cristiana. Por lo que respecta a mi madre, debo decir que su fervor cristiano no llegó tan lejos como el de otras familias nobles de la Bética, que liquidaron sus bienes para repartirlos entre los pobres, quedándose con lo justo para viajar a la tierra donde Cristo fue crucificado. Otros han liberado a miles de esclavos para emprender viaje a Palestina con una comitiva de soldados, monjes, eunucos y algún obispo exaltado que clama por sus almas. Hace treinta años, un gnóstico rigorista llamado Prisciliano renunció a los bienes materiales para difundir su doctrina por la Lusitania y la Bética. Su locura herética le costó cara, ya que fue condenado a muerte en Tréveris. Todavía hoy hay mucha gente que le rinde culto en Gallaecia.

Mi padre murió repentinamente cuando Teodosio se disponía a enfrentarse a Máximo para defender su corona en el Imperio de Oriente (388). Su cadáver se depositó en el panteón real de la Iglesia de los Santos Apóstoles de Constantinopla, tal y como le correspondía por su pa-

► antes en Cauca (hoy Coca, localidad cercana a Segovia). Era hijo de un hispano del mismo nombre que fue considerado en su época uno de los más prestigiosos militares del emperador Valentiniano I, pero que cayó en desgracia y fue ajusticiado en Cartago a principios de 376. Para el joven Teodosio, el fallecimiento de su padre fue una catástrofe personal.

Sin embargo, dos años después, en Adrianópolis, cerca de Constantinopla, los germanos derrotaron al ejército romano, aniquilando a cerca de la tercera parte de sus hombres y al emperador Valente, que murió en la batalla. Entonces, Roma recurrió a Teodosio para que encabezara la maquinaria bélica romana y controlara

la situación en Oriente. La progresión de su influencia en la metrópolis fue vertiginosa e inexplicable, sobre todo teniendo en cuenta que su padre había sido represaliado y ajusticiado poco antes.

En Constantinopla, Teodosio se rodeó de una corte de hispanos encabezada por mi padre, Materno Cinegio, que fue nombrado prefecto del pretorio de Oriente, cargo que le permitió destruir los templos de Edesa y Apamea y un buen número de santuarios y capillas heréticos en Egipto. Animado por mi madre, una ferviente cristiana a la que nunca llegué a comprender, mi padre reprimió con dureza a los líderes del arrianismo y a los de otras

FECHAS

379

Toma posesión del cargo de emperador Flavio Teodosio I, que reúne las porciones oriental y occidental del Imperio, siendo el último en gobernar todo el mundo romano unido.

388

El usurpador hispanorromano Magno Clemente Máximo es derrotado en la contienda contra Teodosio, y sus soldados lo asesinan en la antigua ciudad romana de Aquileia.

409

Dan comienzo las invasiones germánicas de los pueblos vándalos, suevos y alanos en la península Ibérica, que precipitarán el fin del Imperio Romano de Occidente.

Otras villas romanas en Hispania

Estos establecimientos rurales, destinados a residencia campestre y a labores agropecuarias, existieron desde el siglo I, aunque cobraron especial relevancia durante el siglo IV, lo que contradice la visión de algunos historiadores que hablan de la depresión económica que padeció Hispania en aquellos años. Muchas de las villas se mantuvieron en pleno funcionamiento durante el reinado del emperador Teodosio. Otras, como las de Puerta Oscura, Santervás del Burgo, Almenara de Adaja, Rioseco de Soria, Prado o Cabezón de Pisuerga, estaban decoradas con mosaicos y costosos revestimientos arquitectónicos. La villa de La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia) mantenía una explotación agropecuaria desde el siglo I, aunque

fue reedificada en el IV, viviendo su mejor momento entre los gobiernos de los emperadores Constantino y Teodosio. La villa de Fuente Álamo, descubierta a 3 kilómetros de Puente Genil (Córdoba), exhibe numerosos mosaicos de gran factura, lo que indica el poder adquisitivo de sus dueños.

Palacetes con mosaicos. Las mismas características muestra la villa de Carranque (Toledo) que describimos en el artículo. La de San Cucufate, ubicada en la parroquia de Vila de Frades, con bóvedas que han resistido, es la villa romana mejor conservada de Portugal. El primer asentamiento es del siglo I, aunque en el II sus propietarios la demolieron para crear una nueva residencia en el mismo lugar.



Descubierta en 1986, la villa romana de La Olmeda (Pedrosa de la Vega, Palencia) posee dependencias con pavimento de mosaicos geométricos datados en el s. IV.



El disfrute de aficiones. En el ambiente rural de villas como la de Carranque, los terratenientes se entretenían con distracciones como la caza del jabalí o de la liebre. De esta forma ocupaban su tiempo de recreo en la extensión de sus propiedades.

rentesco con el emperador. Un año después, cuando fracasó la traición de Máximo, Teodosio dispuso todo lo necesario para que mi madre organizara el traslado de los restos mortales de mi padre a Hispania.

El viaje por tierra era muy complejo y largo, y requería la pompa y ostentación necesarias. Junto a los caballos y las mulas que tiraban de los carros, había un séquito de soldados a caballo y acémilas cargadas con el equipaje y las provisiones. La pesadosa Acanthia viajó a bordo de una carruca (lujosa carroza de viaje), en cuyo interior había una cama para reclinarse de día y dormir de noche. Mes y medio después de la partida, la comitiva llegó a la hacienda.

Comodidades de una mansión. Mi padre fue sepultado en la gran basílica que mandó construir junto a la villa. Pocos años después, mi madre lo acompañó en su tumba. Una vez fallecieron mis progenitores, decidí permanecer en esta villa, donde reproduzco las condiciones de vida y aficiones de que disfrutaba cuando era joven en Emérita Augusta y a las que ahora añado cuatro más: el placer de montar a caballo, la caza de liebres y jabalíes, la jardinería y la compañía de mis amigos en esta magnífica mansión.

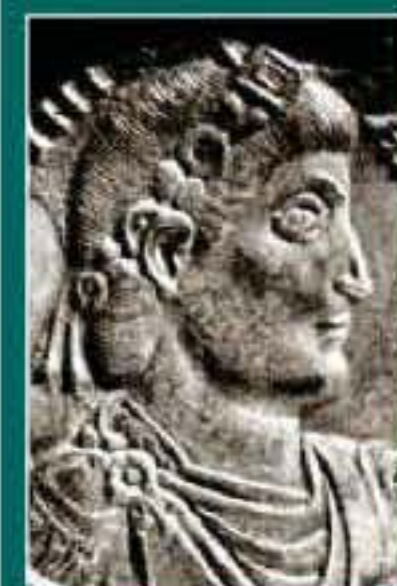
Los que antes o después vais a heredar mi patrimonio debéis conocer la disposición de la villa, cuyas estancias están ordenadas en torno a un patio central. Un vestíbulo circular comunica con el peristilo (corredor), a través del cual se llega a los distintos cubículos (dormitorios) y a las dos grandes salas para acoger a invitados, adornadas con magní-

ficos mosaicos. Las principales habitaciones de la villa se calientan mediante un sistema de calefacción por aire caliente que discurre por debajo de los suelos. El aire caliente lo suministran unos hornos ubicados en el exterior del edificio. La villa contiene muebles de bella factura, como las mesas con patas de león, de pórfito traído de Egipto.

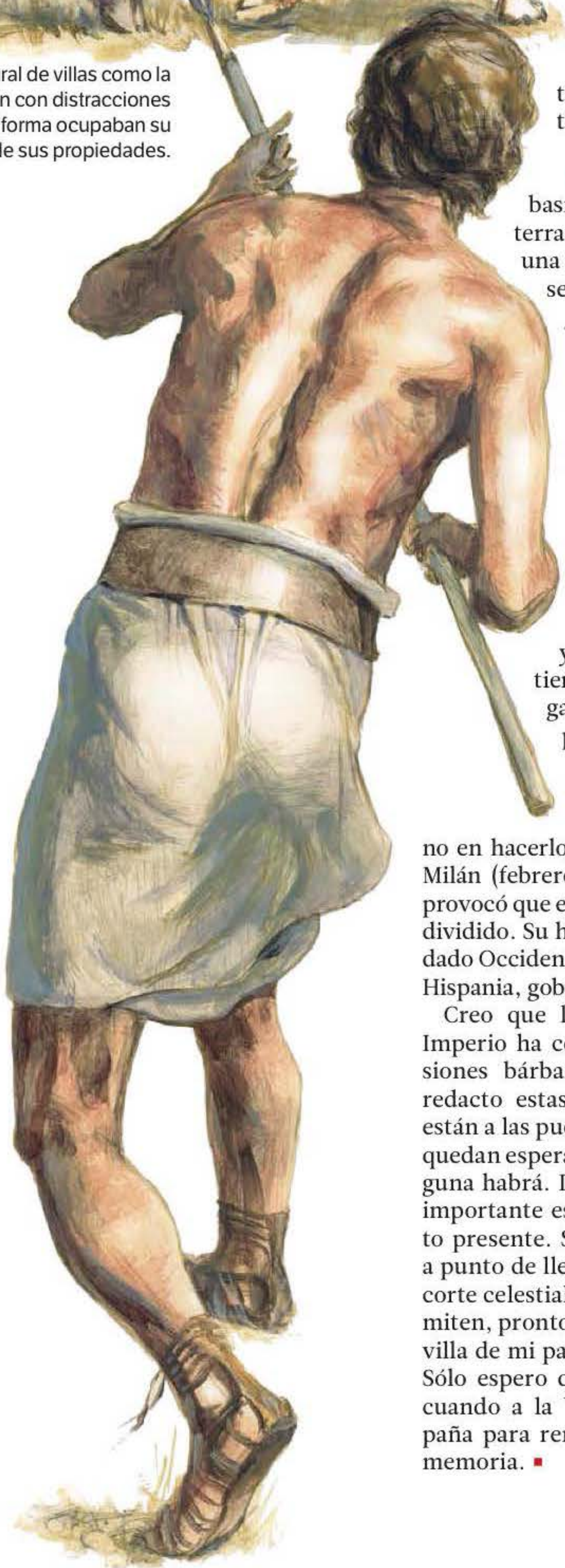
Imperio dividido. La basílica, donde están enterrados mis padres, es una gran construcción de sesenta metros de longitud con techo abovedado, cuyas paredes y suelos están decorados con mármoles lisos y tallados traídos de Oriente y de las minas de Chemtou (Túnez). Rodeado de muebles y esculturas, como la del dios Lar, redacto este breve relato sobre la hacienda y mis parientes. Poco tiempo después de la llegada de los restos de mi padre a la villa, Teodosio reinó en Occidente y Oriente (el último emperador romano en hacerlo) hasta que falleció en Milán (febrero del año 395), lo que provocó que el Imperio volviera a ser dividido. Su hijo Honorio se ha quedado Occidente y Arcadio, nacido en Hispania, gobierna en Oriente.

Creo que la nueva escisión del Imperio ha contribuido a las invasiones bárbaras. Ahora, mientras redacto estas notas, los visigodos están a las puertas de Toletum. ¿Nos quedan esperanzas? Imagino que alguna habrá. Debéis recordar que lo importante es disfrutar el momento presente. Sé que mi tiempo está a punto de llegar a su término. Si la corte celestial y los bárbaros lo permiten, pronto heredaréis la fastuosa villa de mi padre, Materno Cinegio. Sólo espero que acudáis de vez en cuando a la basílica que la acompaña para rendir tributo a nuestra memoria. ■

PERSONAJE



Valentiniano I (321-375). Fue emperador del Imperio Romano de Occidente durante un breve periodo, desde 364 hasta 375. Partió el territorio imperial con su hermano Valente, que gobernó la mitad oriental. Valentiniano se quedó con Italia, Iliria, Galia, Britania y África.



**28 DE
JUNIO
9.00H
(PARQUE
DEL RETIRO)**

2ª CARRERA hay salida a la violencia de género

CARRERA ORGANIZADA POR:



www.carrerahaysalida.es

→ **Corremos 6 km por una causa**
→ **LA META ES** mostrar nuestro compromiso por
construir una sociedad libre de violencia contra la mujer

POR SEGUNDO AÑO CONSECUTIVO, la revista Mía, en colaboración con el Ministerio de Sanidad, Servicios Sociales e Igualdad, organiza la **CARRERA HAY SALIDA**, por una sociedad libre de violencia de género. Con esta iniciativa pretendemos concienciar a la sociedad de la gravedad de este problema e implicar a todas y cada una de las personas que la forman para que actúen construyendo una sociedad libre de cualquier tipo de violencia sobre las mujeres y apoyando a aquellas que sufren malos tratos.

Inscríbete en www.carrerahaysalida.es o en www.ticketsport.es

PATROCINADA POR:



CON LA COLABORACIÓN DE:

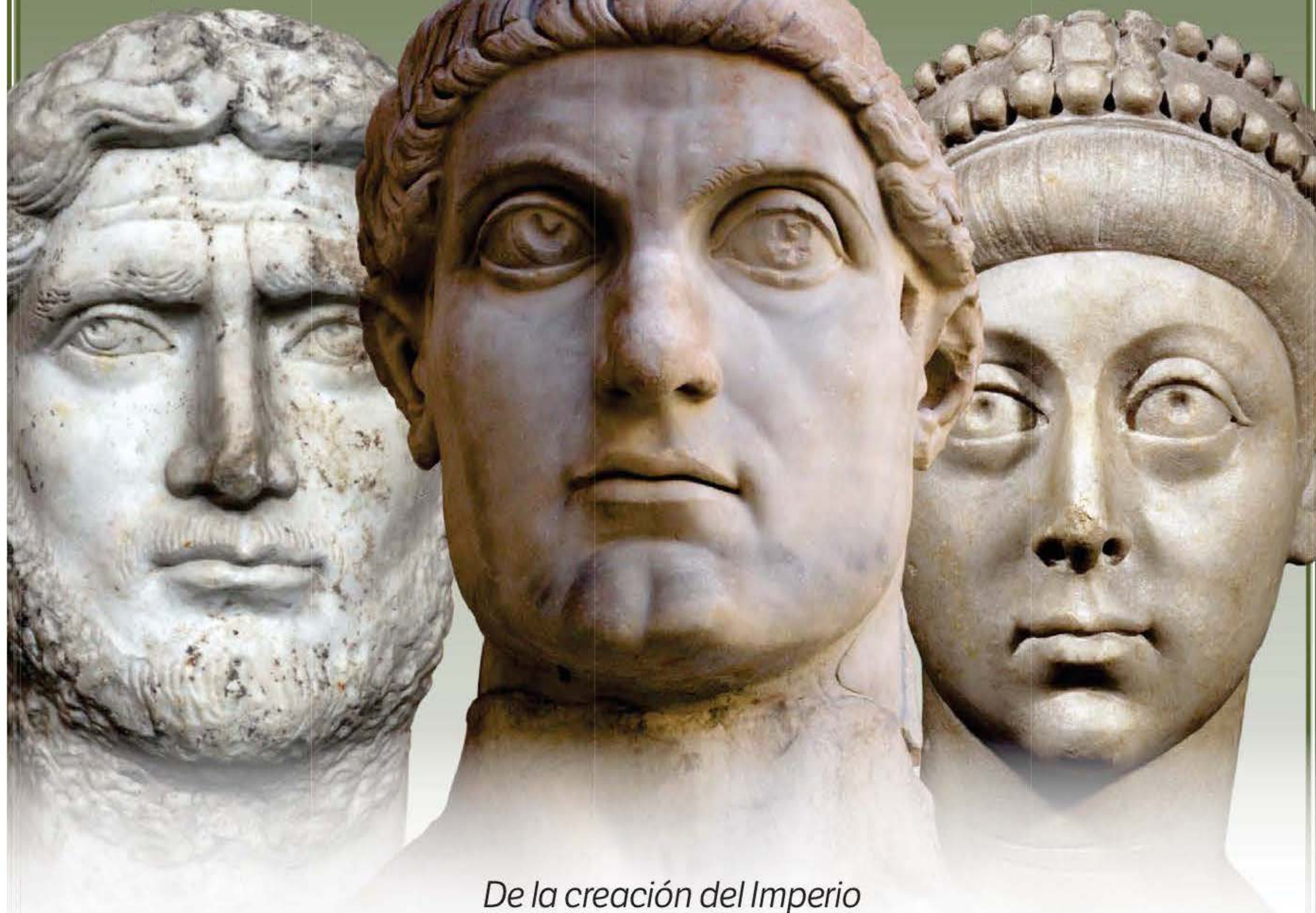


Ocho fechas clave en el fin de Roma

Galierno gobernó el Imperio hasta el año 268. Sufrió la secesión de las Galias promovida por Póstumo en 260.

Constantino el Grande abrazó el cristianismo y lo hizo oficial en el Concilio de Nicea del año 325.

Con Arcadio (debajo) y su hermano Honorio, el Imperio se dividió en dos áreas, oriental y occidental, en 395.



De la creación del Imperio Galo a la caída del último César, pasando por el saqueo de Roma o la amenaza del feroz Atila.

Año 260
Pág. 42

Año 360
Pág. 46

Año 325
Pág. 44

Año 378
Pág. 48

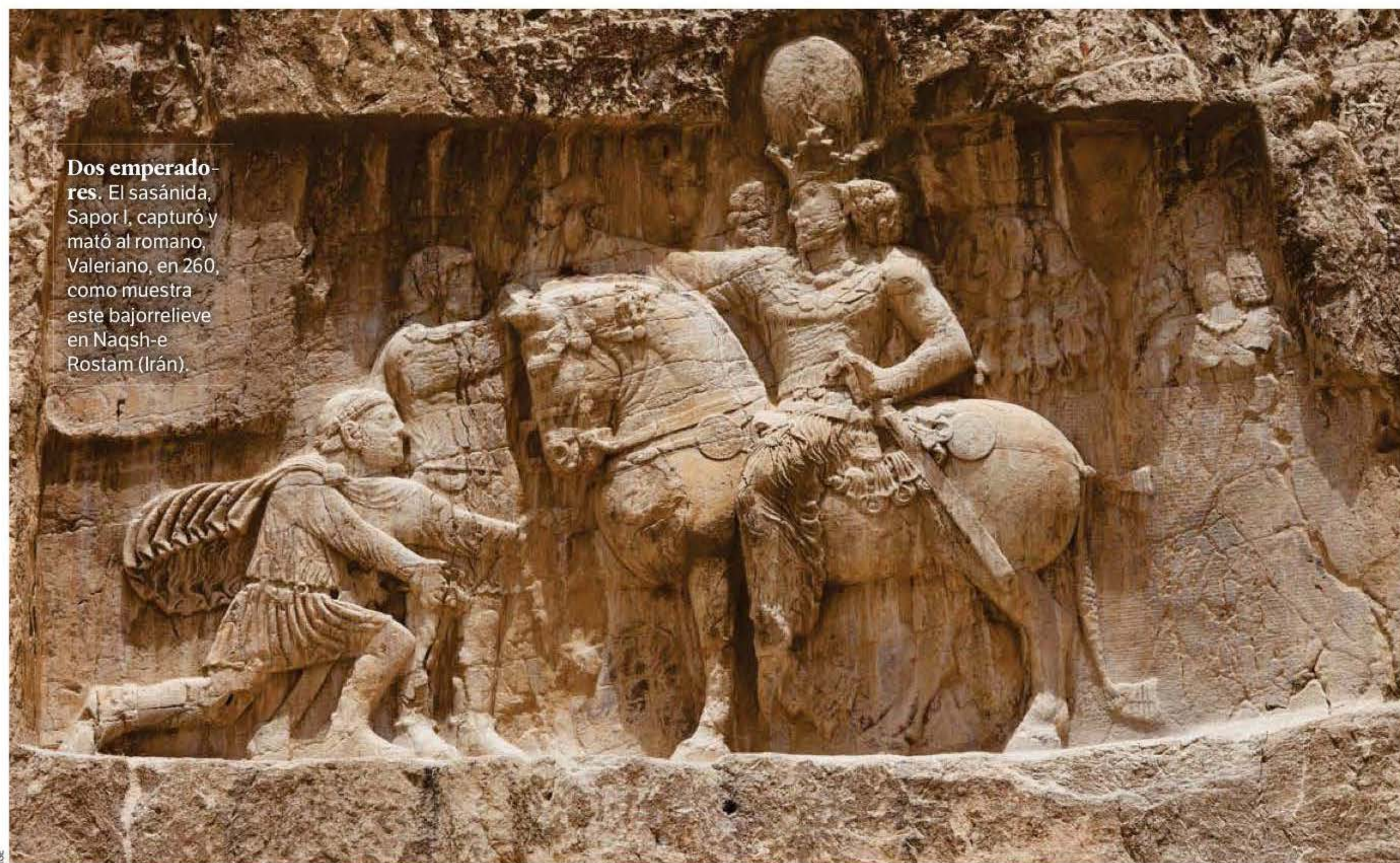
Año 395
Pág. 50

Año 451
Pág. 54

Año 410
Pág. 52

Año 476
Pág. 56

Por Roberto Piorno, periodista



Dos emperadores. El sasánida, Sapor I, capturó y mató al romano, Valeriano, en 260, como muestra este bajorrelieve en Naqsh-e Rostam (Irán).

AÑO 260

Un usurpador en la Galia

En esa fecha, varios acontecimientos agravaron la crisis de Roma: el emperador Valeriano cayó ante los persas y su hijo Galieno vio como el traidor Póstumo partía el Imperio en dos.

Hasta once emperadores en un intervalo de once años: a tal punto fue caótica la etapa que transcurrió entre el año 248 y el 260.

Roma caminaba hacia el abismo “en un descenso vertical desde la Edad de Oro a la Edad de Hierro”, en palabras del historiador Dión Casio. La era de la anarquía militar alcanzaba, a me-

diados de siglo, niveles de temperatura insostenibles, y el fantasma de la desintegración acechaba amenazante como nunca antes. Roma, como idea y como concepto político-geográfico, estaba completamente a los pies de los caballos. Y a lomos de estos, ambiciosos generales sin rastro de pedigrí aristocrático, soldados hechos a sí mismos que comandaban las legiones

resistiendo las embestidas, cada vez más penetrantes, de las tribus germánicas y del Imperio sasánida. El emperador era, cada vez más, un referente lejano, una imagen difusa, un extraño para esos soldados fronterizos sin más vínculo con el Imperio que la debida lealtad a un general del que dependían su suerte y su sueldo. Así se forjaban los llamados emperadores-soldado: usurpadores por aclamación popular entre la tropa, rebeldes a la autoridad del emperador ausente en virtud de sus éxitos en la defensa del *limes*.

Una crisis cada vez más aguda. En 253, Valeriano emergió como emperador tras un año fatídico de usurpaciones, con hasta cuatro césares simultáneos. Su reinado coincidió con la fase más aguda de la crisis del siglo III, y no tuvo más suerte su hijo Galieno, asociado a la púrpura en ese fatídico año y encargado de la defensa de las provincias occidentales mientras su padre hincaba el diente al hueso más duro en Oriente, donde encontró la muerte en 260 a manos de Sapor I, rey de reyes del Imperio sasánida. Galieno, indolente, hedonista e incapaz según la

crónica de la *Historia Augusta*, quedó entonces solo ante el peligro. Muy al contrario de lo que apunta el distorsionado relato de dicha obra, Galieno fue un estadista de gran altura, un emperador reformista que supo leer las debilidades estructurales del Imperio promoviendo una reforma militar muy ambiciosa que contemplaba la creación de un ejército en la reserva, con base en la actual Milán, que serviría de apoyo con unidades móviles a las desbordadas guarniciones fronterizas. Galieno recibió en herencia un Imperio al borde del colapso y de una irreversible desintegración, pero no se descompuso, tomó las riendas y logró evitar la debacle... por un tiempo.

La traición de Póstumo. El estado de las defensas en el Rin era, a finales de la década de los 50 del siglo III, prácticamente catastrófico. Varios destacamentos de las legiones del *limes* renano habían acudido a la llamada de Valeriano para defender Siria del acoso de Sapor, circunstancia que aprovecharon francos y alamanes para romper el dique de contención. Galieno trató de apagar el fuego reorganizando las defensas de la Germania Superior y de la Galia, conteniendo temporalmente a los francos y encargando la reconquista de los fuertes del bajo Rin a Póstumo, gobernador de Germania Inferior. Las noticias sobre la captura de su padre, el emperador Valeriano, a manos de Sapor en el frente oriental dieron al traste con los progresos de Galieno en el Rin. Obligado a dirigir su atención hacia el este, delegó en su hijo Salonino, de 18 años, que quedó a cargo temporalmente de la defensa del *limes* occidental. Pronto francos y alamanes volvieron a la carga con energías renovadas y, en ausencia de Galieno, Póstumo, un general de probada valía, salió a su encuentro, obteniendo una sonada victoria acompañada de cuantioso botín. Salonino reclamó su parte, pero los legionarios de Póstumo no estaban por la labor de compartir el premio que con su propio sudor y sangre habían conquistado. Corría el año 260 cuando Póstumo decidió eliminar a Salonino para hacerse con el control de los dominios romanos en Galia y Germania. En poco tiempo, Britania y parte de la península Ibérica quedaron también bajo su control. Nació así el llamado Imperio Galo o de las Galias, que

Las reformas de Galieno

Pocos años tan críticos en la historia de Roma como el 260, cuando Galieno sucedió a su malogrado progenitor. Para atajar los múltiples frentes de la crisis, el nuevo César puso en marcha un paquete de medidas de emergencia en un intento por recomponer la unidad política y social del maltrecho Imperio. En primer lugar, eliminó el viejo modelo de defensa en línea continua vigente desde tiempos de Augusto y creó un ejército de reserva para hacer frente a los ataques de los bárbaros en frentes muy alejados entre sí.

Medidas radicales. También perfeccionó el sistema de *vexillationes* (destacamentos), dando más movilidad a las tropas, y potenció el papel de la caballería (que hasta entonces jugaba un papel residual). Además, prohibió a los senadores el acceso al ejército, apostando por soldados profesionales del Orden



Ecuestre y liquidando así la ancestral unión en las magistraturas de las funciones civiles y militares. Por otro lado, adoptó medidas para contener la inflación, consecuencia de la devaluación monetaria, mediante nuevos mecanismos de recaudación. Sus reformas contribuyeron a superar la crisis del siglo III, pero no solucionaron disfuncionalidades endémicas de largo recorrido.

La caballería cobró un auge inédito hasta entonces en el ejército romano con las reformas de Galieno (arriba, caballería romana en formación de ataque, acuarela de P. Connolly).

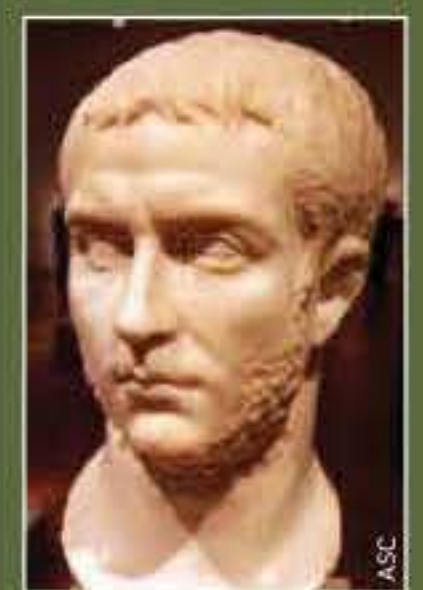
selló un éxito sin precedentes para una de las usurpaciones más exitosas y duraderas de la Historia del Imperio. Póstumo rehuyó desde entonces el combate directo con Galieno, que tuvo que contener su rabia y su sed de venganza frente al asesino de su hijo sellando un pacto de circunstancias con su enemigo y reconociéndolo a regañadientes como soberano de las provincias occidentales.

Costosa reunificación. Póstumo, a diferencia de otros usurpadores relevantes del pasado, renunció a marchar sobre Italia para unificar el Imperio bajo su mando y se centró, con espectaculares resultados, en la defensa de sus provincias frente a los bárbaros. Así, francos y alamanes acabaron hincando la rodilla ante el emperador de las Galias, que fue un gobernador muy competente y reprodujo en sus dominios el modelo político romano, con magistraturas y un senado propio, y las reformas mi-

litares de Galieno, creando un ejército en la reserva. Pese a sus esfuerzos, Galieno fue incapaz de reunificar a Roma bajo su mando: el Imperio Galo sobrevivió durante más de una década. Pero Póstumo acabó recibiendo de su propia medicina: perdió el favor de sus tropas y murió asesinado en 269 por los mismos soldados que lo habían aclamado emperador. El Imperio de las Galias cayó definitivamente cinco años después a manos del nuevo emperador *legítimo*, Aureliano, que venció a Tétrico I, efímero monarca romanogalo. Pero Roma pagó la reunificación a un altísimo precio: el caos volvió a reinar en la Galia y los territorios alrededor del Rin; francos y alamanes volvieron a las andadas, esta vez secundados por los piratas sajones; los saqueos, la destrucción y la despoblación hicieron, otra vez, del *limes* occidental un coladero durante años. El Imperio estaba revelando problemas crónicos que sentaban ya las bases de un declive lento pero irreversible: descentralización desordenada e incapacidad para mantener la cohesión y la unión. La unidad alrededor de un emperador único era ya poco más que una utopía. Era tiempo de decidir qué era mejor: una sola autoridad simbólica sobre un Imperio en descomposición, o más de una sobre un Imperio fuerte y capaz. ■

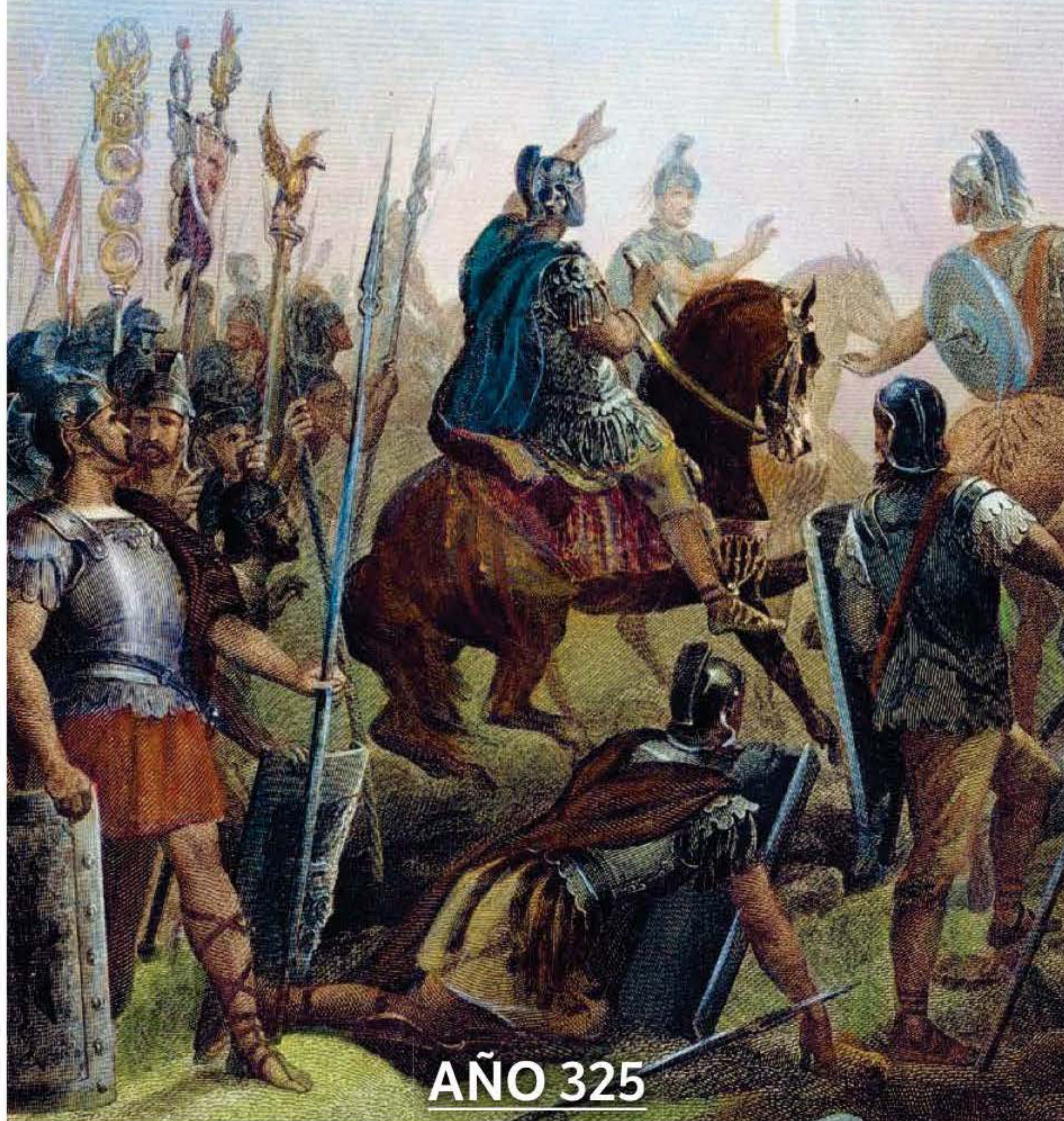
**LA UNIDAD EN TORNO
A UN EMPERADOR
ÚNICO EMPEZÓ A SER
POCO MÁS QUE UNA
UTOPIA SIMBÓLICA**

PERSONAJE



Publio Licinio Ignacio Galieno (218-268). Gobernó el Imperio quince años, primero con su padre Valeriano (253-260) y después en solitario (260-268). Culto y reformista, fue amigo del filósofo neoplatónico Plotino.

El milagro de Puente Milvio. El grabado (1869) reproduce la crónica cristiana según la cual Constantino I fue llevado a la victoria contra Majencio "por inspiración divina".



AÑO 325

El Imperio se hace cristiano

Tras abrazar la fe antes perseguida en 324, al año siguiente Constantino I hizo oficial la cristianización de Roma presidiendo la primera gran cumbre católica de la Historia. Pero esta unidad religiosa no tardó en resquebrajarse.

El 28 de octubre del año 312, Majencio, hijo del ex-emperador Maximiano, abandonó el refugio de las inexpugnables murallas de Roma para medir sus fuerzas en las proximidades del Puente Milvio con Constantino. Ambos se disputaban los despojos de un Imperio sumido en una nueva crisis sucesoria, en una pelea fratricida por el poder. Muchos historiadores defienden que la llamada crisis del siglo III quedó aparcada en el siglo siguiente gracias a los esfuerzos reformadores de Diocleciano, que optó por aceptar la división de facto del Imperio en dos áreas de influencia gobernadas por dos augustos, a su vez respaldados por dos césares de su confianza de menor edad. La tetrarquía, cierto, trajo estabilidad y un horizonte de gobernabilidad inédito en mucho tiempo, pero el modelo político de Diocleciano fue sólo un espejismo. El sistema no sobrevivió a sus dos ideólogos, el propio Diocleciano y Maximiano, y cuando llegó la hora del relevo resucitaron las disfuncionalidades crónicas de Roma.

Inspiración divina. Constantino, hijo de Constancio Cloro, heredero junto con Galerio de la púrpura imperial, quedó fuera del reparto de poder. Lo mismo le ocurrió a Majencio, hijo de Maximiano: ambos esperaban ser asociados al Imperio en calidad de césares, pero finalmente fueron arrinconados en favor de Maximino Daya y Severo. Constantino, con el apoyo de las legiones de Britania, y Majencio, con el de los pretorianos de Roma, se sumaron a la interminable lista de usurpadores proclamándose emperadores y devolviendo al Imperio al caos de los años duros de la anarquía militar. Ambos sabían que la ruina del uno significaba la gloria del otro. Así, el encuentro definitivo se produjo a pocos kilómetros de la ciudad eterna. Majencio cometió el error táctico de despreciar el abrigo de las murallas, y Constantino entabló batalla con una confianza en sus posibilidades de victoria que iba mucho más allá del resultado de un sesudo análisis militar. Cuentan las crónicas cristianas que, la noche antes de la batalla, tuvo una visión que lo empujaba al combate revelándole su inevitable victoria. Y, en efecto, al día siguiente Constantino derrotó a Majencio "por divina inspiración".

No era ni mucho menos la primera vez que un emperador lograba una victoria militar decisiva gracias a la intervención divina; desde Diocleciano, imperaba un modelo de monarquía absoluta de derecho divino en el que el misterioso prodigio encajaba perfectamente con la ideología dominante. La novedad, si seguimos la narración de los cronistas cristianos, es la naturaleza de dicha inspiración: el Dios cristiano entraba así en la Historia de la alta política romana.

La nueva fe se hace oficial. El cristianismo había dejado de ser una religión de los pobres para colarse en los mismísimos sueños del Emperador. Muchos autores defienden que esta aparición, que es en sí y por lo que comportó a medio y largo plazo uno de los episodios fundamentales de la Historia del Imperio Romano, fue pertinentemente inventada por las crónicas cristianas una vez que Constantino abrazó formalmente la nueva fe. Lo cierto es que Puente Milvio marcó un punto de inflexión de enorme envergadura en el relato histórico del Imperio. El propio Diocleciano había decretado pocos años antes persecuciones contra los cristianos, pero el nuevo augusto, que compartió la púrpura con Licinio (tras la eliminación de Maximino Daya y Majencio), fue dan-

do pasos progresivos, a lo largo de su reinado, de aproximación a la Iglesia. En marzo de 313, los dos augustos decretaron en el Edicto de Milán libertad de culto en todo el Imperio y la restitución a los cristianos de todos sus bienes confiscados. Dos años después, las monedas acuñadas por Constantino comenzaron a exhibir símbolos cristianos asociados a su persona, y en 324 liquidó definitivamente a Licinio, que insistía en Oriente en las políticas anticristianas tomando partido por el paganismo. Pero no tenemos constancia inequívoca acerca de la definitiva conversión del Emperador al cristianismo hasta ese mismo año, y fue el 20 de mayo del año siguiente, 325, cuando Constantino escenificó institucionalmente su incondicional compromiso con la causa de los cristianos. En ese día señalado presidió el Emperador el primer concilio ecuménico de la Historia en Nicea (en la actual Turquía), convocado a expensas del obispo Osio de Córdoba. El objetivo de esta primera gran cumbre de las autoridades cristianas no era sino definir una línea de ortodoxia en un momento en el que la fe de Cristo se desgarraba en torno a agudas discrepancias doctrinarias.

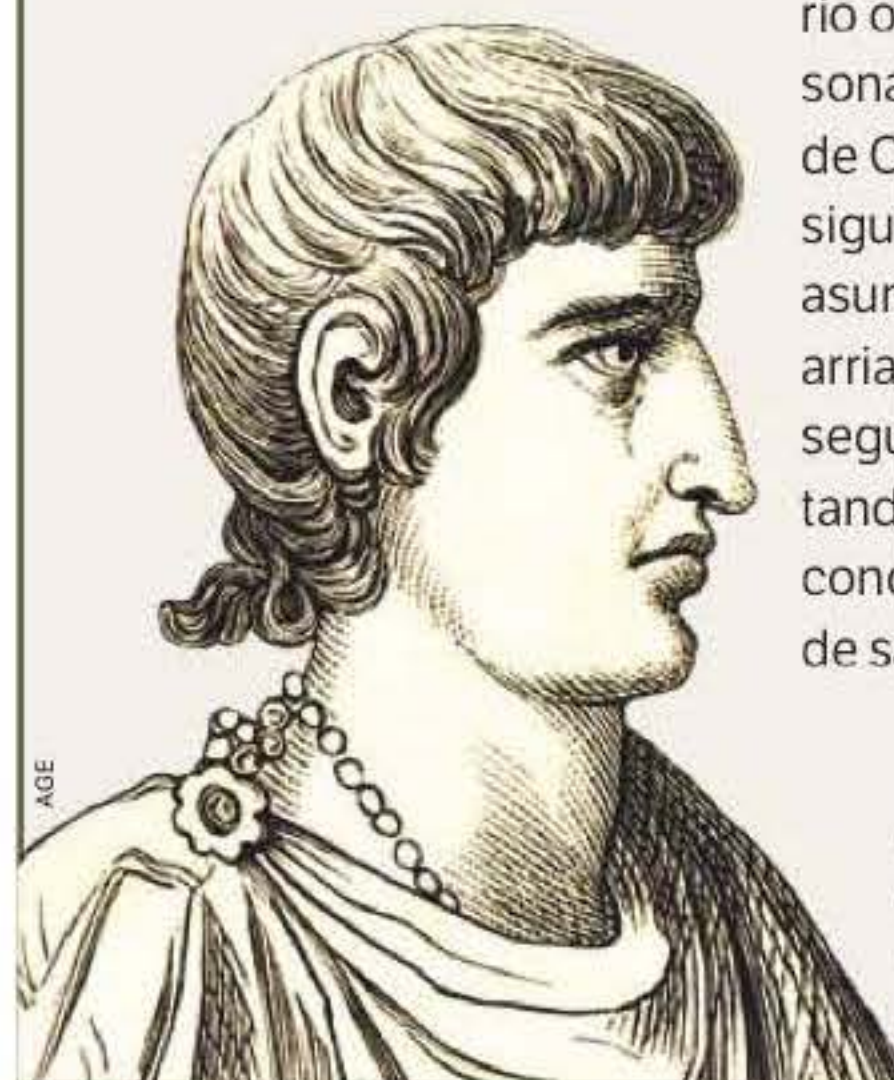
El empuje de dos herejías (el donatismo y, sobre todo, el arrianismo) obligaba a mover ficha para evitar un cisma. La gran controversia no era otra que de-

El fracaso de Sárdica

El Concilio de Nicea no resolvió las querellas entre ortodoxos y arrianos: las espadas siguieron en alto a la muerte de Constantino. El Imperio, nuevamente dividido en dos, quedó en manos de Constante (Occidente) y Constancio II (Oriente). El primero era un firme defensor de la ortodoxia católica, mientras que el segundo sim-

patizaba con las tesis arrianas. Para cerrar las heridas, se convocó un nuevo concilio en Sárdica en 344 que, como el de Nicea, debía ser ecuménico, con todos los obispos de la cristiandad presentes.

Cierre en falso. Sin embargo, la ausencia de los obispos arrianos y de buena parte de los católicos del Imperio oriental lo convirtió en un sonado fracaso. A la muerte de Constante, Constancio II siguió entrometiéndose en asuntos religiosos a favor del arrianismo, a la vez que perseguía el paganismo decretando el cierre de templos y condenando la celebración de sacrificios.



Esta xilografía retrata a Constancio II (317-361), emperador oriental desde 337.

POR OPORTUNISMO O POR CONVICCIÓN, NICEA FUE UN PUNTO DE INFLEXIÓN EN LA HISTORIA DE ROMA

finir la naturaleza de Cristo: según los arrianos, había sido creado por el mismo Dios, pero no era igual al Padre, mientras que san Atanasio encabezaba los argumentos en favor de una doble naturaleza (humana y divina) para el hijo de Dios. Finalmente, el concilio determinó que el Hijo era de la misma naturaleza que el Padre, sellando las líneas maestras de la ortodoxia cristiana con el Emperador como testigo. Pero, más allá de los debates doctrinarios y dogmáticos, el Concilio de Nicea fue un acontecimiento político de gran relevancia: la presencia de Constantino ejerciendo de árbitro en las disputas certificó y escenificó el nacimiento de la sociedad Estado-Iglesia. Por primera vez, la púrpura imperial unía fuerzas con la jerarquía cristiana.

Se ha discutido mucho sobre las razones que llevaron a Constantino a abrazar la fe de Cristo (fue finalmente bautizado en su lecho de muerte por un obispo, curiosamente, arriano). Unos sostienen que se trató de una mera elección política y oportunista; otros, que fue una conversión sincera. Sea como fuere, el Concilio de Nicea fue la fachada de un punto de inflexión en la Historia de Occidente. ■

Constantino, árbitro en Nicea. El primer concilio ecuménico de la Historia, celebrado en mayo de 325, selló la unión de la Iglesia católica y el Estado romano (pintura rusa, siglo XIX).



AÑO 360

La restauración del paganismo

PERSONAJE



Marco Aurelio (121-180). El último de los llamados Cinco Buenos Emperadores, filósofo estoico autor de las *Meditaciones*, influyó mucho en Juliano.

Controvertido.

La Iglesia católica, a la que quitó temporalmente sus privilegios, lo condena; otros lo ensalzan por su tolerancia (abajo, cuadro historicista del siglo XIX).

Con el breve reinado de Juliano (360-363) se abrió un paréntesis en la lenta desintegración del Imperio, en el que la libertad de culto devolvió a los viejos dioses romanos su lugar preferente en detrimento del cristianismo.

Es una de las personalidades más fascinantes del Mundo Antiguo, un renglón torcido en la Historia de Roma y el hombre que soñó el retorno a las viejas tradiciones, desafiando frontalmente los nuevos fundamentos ideológico-religiosos del Imperio. Desde la conversión de Constantino el Grande al cristianismo, Roma había inaugurado otro ciclo, modelando nuevas estructuras de poder y un nuevo marco ideológico. Cuestionar ese modelo era cuestionar la propia arquitectura política del Imperio. Constantino II, hijo y sucesor más longevo de Constantino, no cejó en el empeño de asentar y consolidar dicho modelo profundizando en las políticas

destinadas a erradicar el paganismo: promulgó leyes que sancionaban la celebración de sacrificios, la práctica de la magia y la adivinación y decretó el cierre de diversos templos paganos, en un tiempo en el que el peor enemigo de la ortodoxia cristiana forjada en Nicea no eran tanto los viejos dioses como el arrianismo, del que el propio Constantino era simpatizante.

La forja de un heterodoxo. El cristianismo, por tanto, estaba ya muy imbricado en las estructuras de poder, pero en los albores de la década de los 60 del siglo IV los viejos credos resurgieron de sus cenizas y los fundamentos del Estado volvieron a temblar en un trienio –de 361 a 363– en el que la

nostalgia de la tradición puso en jaque los principios del nuevo orden.

Flavio Claudio Juliano, hijo de un hermanastro de Constantino, salvó su infantil pellejo de milagro cuando su primo el emperador Constancio II decidió asentar su autoridad pasando a cuchillo a toda una rama de la familia imperial, que incluía al padre del pequeño Juliano. Solo él y su hermano Gallo vivieron para contarle, pero desde entonces fueron sujetos incómodos dentro de la órbita de un augusto desconfiado y receloso. Los dos hermanos crecieron en cautiverio en una fortaleza de Capadocia, pero Constantino no descuidó su educación y se aseguró de que ambos se criaran en un ambiente de valores cristianos.





Educado en Atenas, caído en Persia. La vida de Flavio Claudio Juliano (332-363), último emperador pagano, es fascinante. Arriba, ilustración coloreada de su muerte en combate.

Pero Juliano desarrolló en esos años una sensibilidad religiosa e intelectual propia, al calor de las enseñanzas de su tutor Máximo de Éfeso, que le transmitió un amor hacia los clásicos, hacia la filosofía y, más peligroso aún, hacia los viejos dioses que desafiaba abiertamente las expectativas de su primo el Emperador. Completó su educación en Atenas, donde no hizo sino distanciarse cada vez más de la ortodoxia ideológica y religiosa que impregnaba la corte imperial. Juliano era consciente de lo subversivo de sus principios, y siempre se cuidó de mantener en secreto sus incendiarias inquietudes. Por ello, el 6 de noviembre del año 355 Constancio estaba seguro de que el joven Juliano era un cristiano modélico y de que no guardaba ya rencor alguno hacia él por la purga familiar, y por ese motivo decidió nombrarlo César, enviándolo acto seguido a las Galias a combatir contra los alamanes.

De pequeño griego a dueño del Imperio. En los años siguientes, Juliano se ganó el respeto y la admiración de sus tropas, encabezando una exitosa serie de campañas en el *limes* renano que, a la larga, acabó despertando los celos y la envidia del Emperador, que, harto de su popularidad como general, le exigió el envío a Oriente de parte de sus tropas. Fue entonces, en 360, cuando sus legiones tomaron la palabra, amotinándose y proclamando emperador a Juliano, ante la impotencia de un Constancio que moriría oportunamente meses

después, cuando el usurpador se dirigía a Constantinopla a hacer valer sus derechos. La púrpura tenía ya un único propietario, y el “pequeño griego”, como lo apodaban sus soldados, o “el Apóstata”, según los cronistas cristianos, se quitó definitivamente la máscara.

El último pagano. Una de sus primeras medidas fue la proclamación de la libertad de culto en todo el Imperio; una libertad que, en verdad, estaba muy lejos de abogar por la equidad entre las diferentes religiones del mundo romano. No tardó Juliano, admirador

del emperador filósofo Marco Aurelio y de Alejandro Magno, en suprimir todos los privilegios concedidos por sus antecesores a clérigos y obispos cristianos. Paralelamente, procedió a promocionar

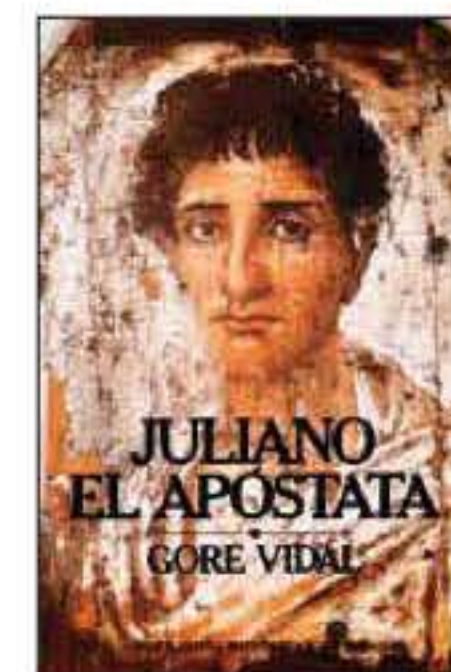
el paganismo en la corte y la administración, prescindiendo de los servicios de cristianos y ubicando en su lugar en puestos clave a paganos de confianza. No hubo persecución como tal contra los cristianos bajo su reinado, pero sí un goteo de medidas destinadas a volver a la tradición, a restaurar el paganismo y a devolver al cristianismo al lugar en el que estaba antes del sueño de Constantino en Puente Milvio. Las monedas suprimieron cualquier símbolo cristiano, al mismo tiempo que la inmunidad fiscal y privilegios de que gozaba su clero cambiaron de manos en favor de los sacerdotes paganos. Asimismo, Juliano prohibió a los cristianos enseñar en las escuelas, con el firme propósito de debilitar su capacidad de influencia en las genera-

ciones futuras. El Emperador era muy consciente de las fortalezas del cristianismo y no dudó en tratar de replicar el modelo jerárquico-estructural de la Iglesia católica en el ámbito pagano.

No vivió lo suficiente para calibrar el calado de sus ambiciosas reformas: perdió la vida atravesado por una lanza el 26 de julio de 363, guerreando en Oriente contra los persas. Con él moría el último emperador pagano de la Historia y su efímero retorno a la tradición, que apenas tuvo recorrido en los años sucesivos. Fue una restauración fallida y muchos historiadores minimizan la trascendencia de la figura de Juliano, pero no hay duda de que el paréntesis pagano de su reinado ilustra de manera diáfana el tránsito de la vieja a la nueva Roma: la vieja, pagana, se resistía a morir, mientras la nueva, cristiana, era ya a mediados del siglo IV un vendaval incontenible. ■

LIBRO

Juliano el Apóstata, Gore Vidal. Edhasa, 2008. Edición de bolsillo de un clásico, en el que el gran autor estadounidense recrea la vida del último valedor del helenismo en Roma.



Tras las huellas de Alejandro

Filohelena hasta la médula, Juliano es uno de los ejemplos que mejor ilustran el arraigo de la llamada *imitatio Alexandri* entre generales romanos de todas las épocas. Conquistar el Oriente emulando las hazañas del macedonio fue el sueño de muchos romanos, desde Pompeyo hasta Juliano, pasando por Trajano. En el año 363, fijó sus ambiciones en Persia: aún era un perfecto desconocido en la parte oriental del Imperio, y nada mejor que una campaña exitosa contra el temible ejército sasánida para afianzar su frágil posición. La expedición para conquistar los dominios de Sapor II fue la más grande de la Historia del siglo IV romano, con

un ejército de más de 65.000 hombres. Juliano no tenía experiencia gestionando unas fuerzas tan numerosas y los retos logísticos le superaron.

Penosa agonía. Tras fracasar en la toma de Ctesifonte, las legiones romanas se resignaron a una penosa retirada a través del Tigris, desbordadas por las incursiones persas. Una de las víctimas fue el propio Juliano, que agonizó varias horas en su tienda tras ser herido por una lanza enemiga. Circularon historias que apuntaban a un asesino romano simpático de la causa cristiana. La versión oficial es que murió en combate. Y con él, la restauración del paganismo.

En Ctesifonte, capital del Imperio de Sapor II, fracasó Juliano. Debajo, ruinas del palacio imperial sasánida en Irak.



AÑO 378

El día del mayor triunfo de los godos

En un contexto de nueva inestabilidad tras dividirse el Imperio en tres áreas de influencia, las tribus godas infligieron a Roma una de sus peores derrotas.

Una nueva dinastía. La proclamación de Valentiniano I en 364 le quitó el cetro imperial a la casa de Constantino (dcha., moneda con su efigie y la de su hermano y co-sucesor Valente).

La relativa estabilidad dinástica desde Diocleciano hasta Joviano (sucesor de Juliano el Apóstata que apenas ostentó la púrpura durante un año) volvió a saltar por los aires en febrero de 364 con la proclamación de Valentiniano I, quintaesencia del emperador soldado, que puso fin al monopolio del cetro imperial de la casa de Constantino. Fue de hecho el primer eslabón de una nueva dinastía, y a su muerte el Imperio estaba roto en tres áreas de influencia, respectivamente en manos de tres parientes del malogrado augusto: Valente, dueño y señor de Oriente, Valentiniano II, soberano de Italia y el norte de África, y el enérgico Graciano, en cuyas manos quedó el resto de las provincias occi-

dentales. La presión de los bárbaros en el Rin y el Danubio seguía siendo un quebradero de cabeza, pero un incendio de envergadura aún mayor estaba a punto de desatarse en Oriente a causa de los movimientos migratorios de las tribus godas provenientes del área del Cáucaso, empujadas hacia el oeste, entre otros motivos, por el arrollador avance de los hunos desde las estepas. En 376, doscientos mil godos según las fuentes (una cifra probablemente exagerada) se agrupaban en las fronteras del Imperio con la firme intención de penetrar en territorio romano en busca de tierras para instalarse en Tracia.

Un pacto ventajoso para todos. Con ese fin, Fritigerno, caudillo de los terwingios –la tribu más numerosa–, envió mensajeros solicitando a Valente permiso para penetrar en sus dominios y establecerse pacíficamente a cambio de nutrir al ejército romano de soldados de la mejor calidad. Los godos de Fritigerno eran en gran número mujeres, niños y ancianos, una comunidad entera huyendo de las agresiones hunas sin ningún interés en soliviantar al Emperador, que a su vez sabía que era preciso resolver la cuestión con tacto. Al fin y al cabo, el asentamiento de godos en territorio romano no era nuevo. Existían mecanismos de inclusión muy definidos y estructurados para proceder a la integración de los bárbaros con resultados beneficiosos para todos: Roma instalaba dentro de sus fronteras y sedentarizaba alrededor de lotes

EL PROPIO EMPERADOR VALENTE MURIÓ EN LA CONTIENDA Y SU CUERPO NUNCA FUE RECUPERADO



Los porqués de una gran derrota

Algunos autores defienden que la derrota frente a los godos es la prueba de que el ejército romano había ido perdiendo eficacia y solvencia con los años y que, por las características de la guerra en las fronteras, se había habituado a un modelo de conflicto de baja-media intensidad, con unidades más o menos reducidas frente a amenazas muy localizadas que desempeñaban en ocasiones labores de guerrilla.

Adrianópolis habría sido la prueba de que las legiones ya no estaban adecuadamente preparadas para grandes batallas campales con movilizaciones masivas.

Subestimar al enemigo. Otros la achacan a una supuesta superioridad aplastante de las huestes godas (no tenemos cifras acerca de la composición de ambos contingentes durante la batalla) más que cuestionable; hay quien se-

ñala Adrianópolis como la batalla que demostró la superioridad táctica de la caballería frente a la infantería que cuajaría posteriormente en el medievo, pero lo cierto es que, según el testimonio de las fuentes, fueron las unidades de infantería las que resolvieron la suerte de la contienda. Lo que parece cierto es que Valente subestimó a su enemigo, convencido de que un ejército tan organizado como el suyo no podía perder frente a semejante e indisciplinada horda bárbara.



AGE

de tierra productivos a pueblos antaño hostiles, y estos pasaban a ser así una fuente de reclutamiento militar y de cobro de impuestos. Valente era consciente de las ventajas que le proporcionarían tener un vivero de guerreros tan experimentado a su entera disposición y por ello, a pesar del número excepcionalmente alto de inmigrantes, accedió a las demandas de Fritigerno. Pero nada salió como estaba previsto: la dificultad de abastecer a tantos intrusos se reveló un problema desde el primer momento, aunque la mecha la encendió la negligencia de los oficiales romanos a cargo del asentamiento de los godos en Tracia.

Estalla la revuelta. Lupicinio, un administrador corrupto y sin escrúpulos, no cumplió con los compromisos adquiridos y, quizá deliberadamente, racionó los víveres para tener a los godos a su merced. Famélicos, los bárbaros dependían del mercado negro (que controlaba el propio Lupicinio) y, en su desesperación, llegaron a vender a sus hijos a cambio de perros para alimentarse de su carne. La situación era insostenible, y una trifulca en las calles de Marcianópolis que devino en batalla entre los godos y los legionarios romanos desató una rebelión de consecuencias catastróficas. Así las cosas, Lupicinio desplegó su ejército y se dispuso a atacar el campamento godo, pero fue derrotado sin paliativos.

Poco a poco, otros godos provenientes de otras zonas del Imperio, también en pleno proceso de migración, se unieron a las huestes de Fritigerno

Todo queda en casa. Valente y sus sobrinos Graciano y Valentiniano II (dcha., estatua del siglo IV) se repartieron el Imperio.

para participar en la revuelta y en el asedio fallido de la ciudad de Adrianópolis. Frustrados al no obtener la rendición de la plaza, se dieron al saqueo, quemando aldeas y villas y haciendo acopio de grano. Ante la gravedad de la situación, Valente decidió hacerse cargo personalmente del problema, movilizando a sus huestes para aplastar la rebelión de una vez por todas. Graciano, emperador de Occidente, envió tropas de refuerzo, pero Valente tenía prisa por resolver la crisis y, así,



AGE

el 9 de agosto de 378 sus legiones llegaron a Adrianópolis después de una marcha agotadora bajo el insoportable calor veraniego. Tras unas horas de tanteo entre los dos ejércitos, se desataron las hostilidades cuando las dos unidades de caballería romana en el flanco derecho de la formación atacaron a los godos sin esperar órdenes.

La derrota del siglo. Tan precipitado fue el ataque, que el ala izquierda estaba aún sin formar; por ello, la infantería quedó expuesta y, aunque resistió con tesón, fue flanqueada por la infantería goda y completamente aplastada. Dos tercios de los efectivos romanos perecieron en la batalla, lo mismo que el propio Emperador, si bien su cuerpo nunca fue recuperado. Fue la peor derrota de Roma en más de un siglo; seis años necesitó el Imperio para apagar el fuego, y sólo el arrojo del nuevo augusto de Oriente, el hispano Teodosio, pudo enderezar la catástrofe. Finalmente, con todo, los godos se salieron con la suya, instalándose en Tracia, y aunque Roma neutralizó temporalmente la amenaza, los daños eran irreparables. Adrianópolis puso al descubierto las debilidades estratégicas del Imperio: la catástrofe romana frente a las huestes de Fritigerno fue un acicate para otras tribus bárbaras, que comprobaron que Roma era más vulnerable de lo que creían. Por otro lado, Teodosio sacó partido político al asentamiento masivo de los bárbaros en sus dominios: empleó cada vez a más y más godos en sus ejércitos y se sirvió de ellos como arma arrojada en las luchas político-militares contra sus rivales en Occidente, sentando un precedente muy peligroso que acabaría volviéndose contra el Imperio. ■

Aunque no se conoce la cifra de los soldados que participaron en la batalla de Adrianópolis, se supone que el contingente godo superaba al romano (arriba, recreación).

PERSONAJE



Fritigerno. Fue el caudillo de los tervingios de 376 a 380 y, como tal, un líder decisivo en la victoria de las tribus godas en la batalla de Adrianópolis.

AÑO 395

El testamento de Teodosio

En el siglo IV, la unidad del Imperio era más simbólica que real, pero se mantuvo cierta cohesión. La entrega de Oriente a Arcadio y de Occidente a Honorio acabó con esa ficción.



Teodosio I. Fue el último emperador que reinó sobre el Imperio Romano en su conjunto (aquí, junto a san Ambrosio en un cuadro del pintor flamenco Van Dyck).

Quedaban ya lejos los tiempos en los que un solo augusto regía los destinos imperiales. A lo largo del siglo IV, y tras el principado de Constantino, el Imperio había sido uno sólo en períodos muy breves durante los reinados de Constancio II, Juliano el Apóstata y Joviano. Pero la fachada de unidad seguía intacta: un augusto mandaba sobre las provincias occidentales y otro sobre las orientales, pero ambas administraciones estaban aún unidas por un principio de cooperación. Más allá de los lazos culturales e ideológicos que siguieron dotando de cierta unidad, más simbólica que política, al Imperio, los emperadores del siglo IV mantuvieron tendido el puente entre ambos mundos preservando, si bien tenues, los vínculos políticos, económicos y geoestratégicos entre Oriente y Occidente. Personalidades fuertes como las de Diocleciano o Constantino garantizaron la cohesión y, en décadas posteriores, en un escenario político mucho más caótico, el Imperio volvió a descansar sobre los hombros de un solo emperador de vez en cuando. El último de estos augustos con la autoridad y la talla política necesaria para volver a la ilusoria idea de unidad fue Teodosio, hispano de nacimiento, que en los postreros años de su reinado logró reunificar el Imperio bajo su cetro. Así, pasaría a la Historia como el último emperador del Imperio Romano entendido como una entidad político-territorial única.

Un tutor para dos reyes. A su muerte por enfermedad, el 17 de enero de 395, la púrpura quedó en manos de sus dos hijos, Arcadio, de unos dieciocho años de edad, y Honorio, un niño de apenas diez años. Ambos estaban demasiado verdes para gobernar y por ello el moribundo emperador confió su tutela al semibárbaro Estilicón, *magister militum* (esto es, generalísimo) de los ejércitos de Occidente. En un principio, la transmisión del relevo se produjo dentro de una cierta normalidad institucional. El traspaso de poderes a Arcadio y Honorio y el reparto de áreas de influencia (Oriente para el primero, Occidente para el segundo) eran mecanismos con múltiples antecedentes en el curso de las décadas inmediatamente anteriores. En ausencia de un augusto adulto que supervisara los

primeros escauceos en el trono de los flamantes emperadores, Teodosio no tuvo más alternativa que elegir a un tutor de confianza. Pero el problema no era la bisoñez de los dos nuevos titulares del poder imperial, sino su absoluta debilidad y desidia. Arcadio, en Oriente, fue una marioneta del prefecto del pretorio Rufino; Honorio, en Occidente, una figura meramente simbólica detrás del hombre, Estilicón, que cargaba con la responsabilidad del poder. Era la primera página de un nuevo capítulo, el último, en la Historia del Imperio Romano de Occidente: los emperadores se diluyeron detrás de ambiciosos regentes hasta el punto de desaparecer de la escena política.

Latinos y griegos, separados. Así, la figura del augusto sobrevivió a Arcadio y Honorio como una mera reliquia simbólica. Pero la transmisión de poder de Teodosio a sus hijos comportó consecuencias aún más trascendentes: el reparto de zonas de influencia certificó esta vez la división de facto del Imperio en dos entidades políticas independientes. Después de 395, la mitad oriental y occidental jamás volverían ya a reunirse bajo el mando de un solo hombre. En el futuro, nadie intentaría la reunificación del Imperio por la fuerza. La debilidad de Arcadio y Honorio institucionalizó la grieta y distanció a la mitad latina del mundo romano (Occidente) de la mitad griega (Oriente). Fue una ruptura que bien pudo haberse producido mucho antes: durante la crisis del siglo III, y en algunos pasajes críticos de la centuria siguiente, el Imperio se asomó al abismo de la fragmentación. La diferencia con otros momentos de máxima tensión en el pasado fue que ya no había un Galerio, un Diocleciano

El último gran general romano

Hijo de un comandante vándalo de la caballería de Valente, cuya ascendencia bárbara fue siempre la coartada predilecta de sus enemigos para atacarlo, Flavio Estilicón se crió en el seno de la familia imperial y contrajo matrimonio con Serena, hija del hermano del Emperador. A la muerte de Teodosio, quedó a cargo de la tutela de Arcadio y Honorio, pero sólo pudo cumplir parte de su cometido. Nunca logró hacer efectiva su autoridad política y militar en Oriente gracias, en parte, a las maquinaciones de Rufino, oscuro prefecto del pretorio en el Imperio oriental y gobernador de facto a la sombra del indolente Arcadio. En calidad de *magis-*

ter militum, Estilicón dirigió la defensa del Imperio contra los godos de Alarico a partir de 395 y lo derrotó en diversas ocasiones, pero fue incapaz de obtener victorias concluyentes que inclinaran la balanza a favor de Roma.

Traicionado por Honorio. Sofocó también la rebelión de Gildo en el norte de África, pero en 406 no pudo hacer nada para impedir la invasión en el Rin por parte de suevos, vándalos y alanos. Las maquinaciones de los consejeros de Honorio provocaron su caída. El 22 de agosto de 408 fue ejecutado y con él murió, en palabras de Edward Gibbon, "el último de los generales romanos".



Detalle de un díptico en marfil del siglo IV que representa a Estilicón, magister militum (comandante supremo del ejército de Occidente).

EN ESTA ETAPA, LOS EMPERADORES SE DILUYERON TRAS AMBICIOSOS REGENTES Y PERDIERON PODER

no o un Constantino; es decir, políticos con autoridad, personalidad y capacidad para evitar lo inevitable. Hacía tiempo que el Imperio sucumbía a políticas improvisadas y por completo carentes de visión estratégica. Tanto en Occidente como en Oriente, la prioridad del emperador de turno era la supervivencia, la resolución de problemas locales que afectaban ex-

clusivamente al ejercicio de su autoridad; eso derivó en una burocratización desmesurada del aparato estatal en ambos mundos.

Grietas en Occidente. Con Arcadio y Honorio, esta situación devino crónica al consolidarse dos cortes imperiales y dos administraciones enteramente independientes, cada una con su propia *agenda*. El mayor problema de Arcadio en Constantinopla era la amenaza de los persas sasánidas, pero a finales del siglo IV ambas potencias habían asumido la imposibilidad material de imponerse una a la otra. En Occidente, los enemigos eran de menor envergadura, pero mucho más numerosos: las incursiones bárbaras eran constantes y las oleadas migratorias estaban cociendo la barbarización del Imperio a fuego lento. El ejército y la administración eran, cada vez más, reflejo de esa barbarización del oeste; el estado de salud de la mitad occidental del Imperio era, pues, mucho más preocupante. Estilicón, que nunca pudo extender su radio de influencia hacia Oriente, donde imperaba un prejuicio antibárbaro muy intenso, suscribió alianzas con las tribus que presionaban en el Rin y el Danubio pero, pese a sus enconados esfuerzos, la frontera, a principios del siglo V, estaba a punto de ceder definitivamente. ■

Un niño emperador. Honorio heredó Occidente con sólo diez años (óleo del pintor prerrafaelita J. W. Waterhouse, 1883).



VÍDEO

bit.ly/1JK0hMz

En el sexto capítulo de la serie documental que la BBC dedica al Imperio Romano, se analiza su partición en dos áreas, la occidental y la oriental.



AÑO 410

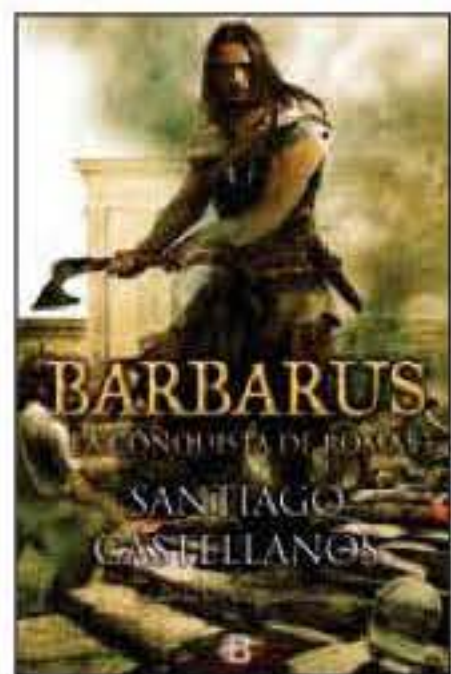
La caída del símbolo imperial

El Imperio había comenzado a desintegrarse cuando los godos liderados por Alarico llegaron a la ciudad eterna y acabaron con el mito de su poder inexpugnable.

A principios del siglo V, el Imperio Romano occidental se hallaba a merced de los elementos en medio de una tormenta perfecta: el enemigo estaba ya literalmente a las puertas y el régimen había iniciado un proceso sostenido de descomposición. Y Alarico, miembro de uno de los clanes visigodos más prominentes y caudillo carismático con excepcionales dotes de liderazgo, fue durante esos críticos años la peor pesadilla de la decadente Roma.

LIBRO

Barbarus, la conquista de Roma, Santiago Castellanos. Ediciones B, 2015. Novela de iniciación y aventuras protagonizada por dos niños godos, Eldes y Dago, testigos del saqueo de Roma.



De aliado a enemigo. Alarico había desempeñado funciones de oficial en las huestes godas aliadas del ejército romano; de hecho, había servido con lealtad a Teodosio en la batalla del Frígido de 394, en la que el usurpador Eugenio dobló la rodilla ante el emperador legítimo. Pero, consciente de la exposición cada vez mayor a la furia bárbara de las provincias romanas, mal defendidas por un ejército incapaz de achicar agua en todos los frentes, emprendió la marcha en busca de botín y gloria militar. A la cabeza de un importante contingente de godos (las fuentes no dan cifras), campó a sus anchas durante algún tiempo por las provincias orientales de Tracia y Macedonia. Pero, en el cambio de siglo, ya era patente el desequilibrio



ALARICO REYGODO
Caudillo carismático. Alarico (retratado aquí por el pintor barroco español Josepe Leonardo en 1635) fue aliado de Roma hasta que decidió aprovechar su debilidad para atacarla.

LA PROFANACIÓN DE LA URBE MÁS PODEROSA DEL MUNDO ESCENIFICÓ DE MODO EXPLÍCITO EL FIN DE UNA ÉPOCA

entre las dos mitades del Imperio, y no había duda para Alarico de que el flanco débil estaba en Occidente: el *limes* renano-danubiano era, cada vez más, un coladero para bandas tribales dispuestas a nutrirse de la des-

composición del régimen. Alarico se dirigió a Italia en 401 a la cabeza no de una oleada migratoria, como la de Adrianópolis, sino de un ejército, probablemente formado por jóvenes desencantados y sin nada que perder; la primera generación de godos nacidos en suelo romano, para los que ya no quedaban tierras cultivables que repartir. No era, en ningún caso, una fuerza invasora. El objetivo del godo era negociar desde una posición de fuerza con el propósito de obtener botín, víveres y un cargo de prestigio en las filas del barbarizado ejército romano. Pero Alarico no era,

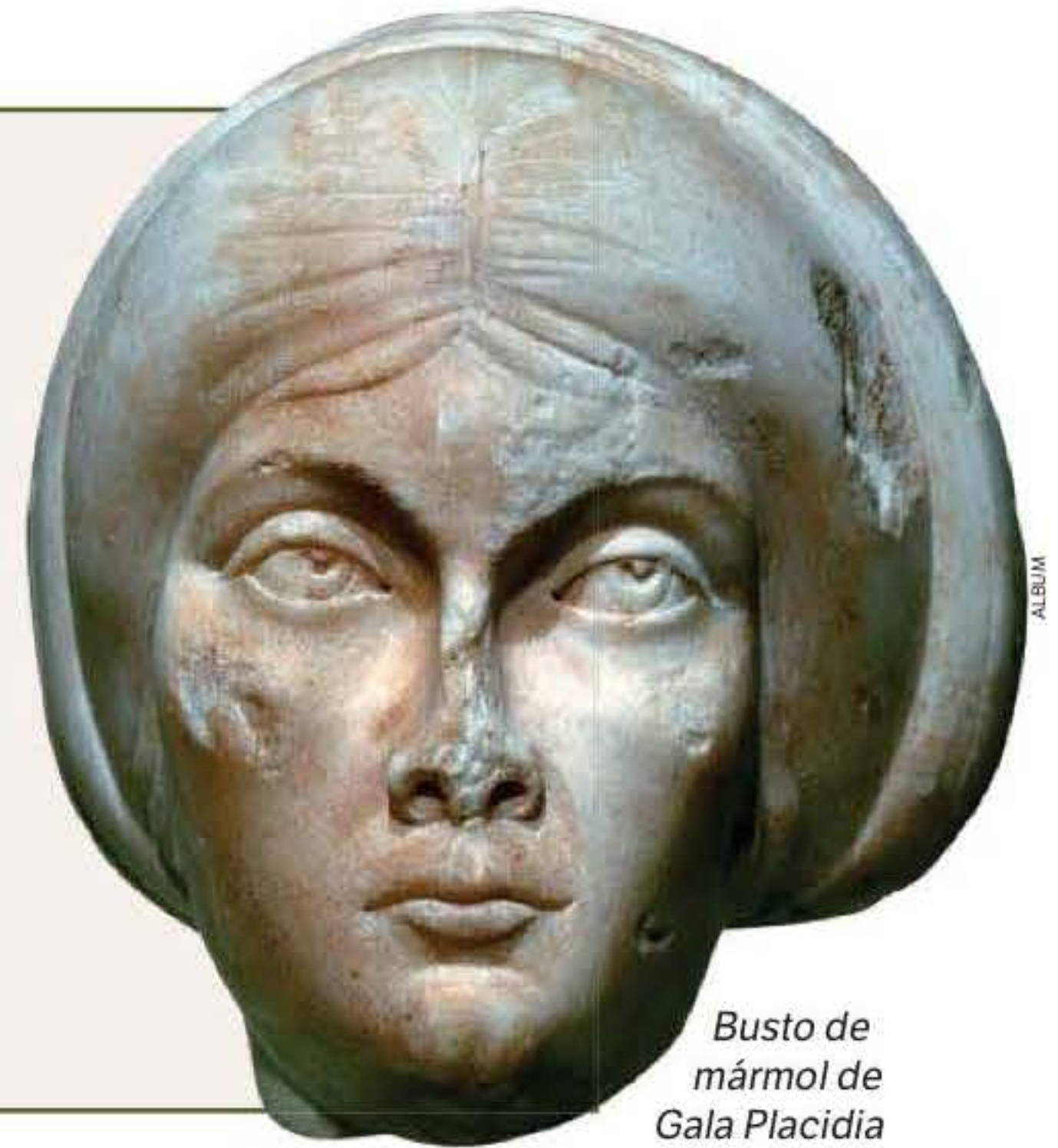
Ataúlfo y Gala Placidia, un matrimonio de Estado

Cuando Ataúlfo emprendió la ruta desde el sur de Italia hasta la Galia, llevaba consigo a una prisionera de excepción: la hermana de Honorio, Gala Placidia. Los godos se instalaron en Aquitania, pero pronto estallaron nuevamente las hostilidades ante la falta de abastecimiento de grano. El 1 de enero de 414 tuvo lugar otro acontecimiento inédito en la Historia del Imperio: Ataúlfo contrajo matrimonio en Narbona con Gala Placidia, la primera unión

conocida entre un bárbaro y la hermana de un emperador. Al parecer, esa unión se forjó en torno a sentimientos sinceros (más allá del posicionamiento político que proporcionaba al caudillo su vinculación dinástica con la casa imperial).

Poder en femenino. Ataúlfo murió poco después, cuando los godos se movían hacia Hispania. Gala volvería a casarse en 417, por expreso deseo de Honorio, con Constan-

cio, nuevo co-augusto de Occidente, y fruto de esa unión nació el futuro Valentiniano III. A la muerte de Constancio, Gala y su hijo se vieron obligados a huir a Constantinopla, pero ella volvería años después a Occidente, tras la proclamación de su hijo como augusto. Instalados en Rávena, rigieron los destinos del Imperio de Occidente. Gala, regente durante todo ese tiempo, fue una de las mujeres más poderosas del Bajo Imperio Romano.



Busto de mármol de Gala Placidia (388-450), hija de Teodosio I, esposa de Ataúlfo y de Constancio III, madre de Valentiniano III y una de las mujeres más poderosas de Roma.

ni mucho menos, el único factor que amenazaba al Imperio: en 406, el cordón defensivo en el Rin y el Danubio se rompió definitivamente ante el empuje de vándalos, alanos, suevos y burgundios. Estilicón, impotente ante ese escenario, simplemente no daba abasto.

Una situación insostenible. Así, con las tribus germánicas saqueando las Galias a su antojo y con el *magister militum* desbordado ante la cascada de incursiones bárbaras, Alarico expresó la situación cruzando los Alpes en dirección a Italia por segunda vez, tras un primer intento fallido, frustrado por la rápida reacción de Estilicón. Corría el año 407 y, ante la manifiesta debilidad del Imperio occidental, Alarico lanzó un órdago, exigiendo el pago de cinco mil libras de oro a cambio de sujetar a sus huestes y no caer como un rayo sobre Roma. Estilicón aceptó los términos obligado por las circunstancias (Constantino, general de las legiones en Britania, se había proclamado augusto complicando aún más el delicado panorama político-militar). Para juntar semejante cantidad de oro, no había más remedio que vaciar los templos y exigir un esfuerzo extra a los senadores. Presionado por su entorno, Honorio decretó entonces la ejecución de Estilicón, al que se culpaba de entregar Italia a Alarico sin resistencia, y desde Rávena, la nueva capital imperial, dio marcha atrás y se negó a negociar con los godos. En el

invierno de 409, el contingente godo se reforzó con la llegada de Ataúlfo, cuñado de Alarico, y juntos avanzaron hasta Roma e impusieron un bloqueo para forzar a Honorio a negociar. Ante la pasividad del Emperador, el Senado se avino a comprar la retirada de Alarico. Tras unos meses de tira y afloja, el líder godo decidió subir la apuesta proclamando emperador a Prisco Atalo, uno de los más distinguidos miembros del orden senatorial, que inmediatamente lo nominó *magister mi-*

litum, es decir, comandante supremo de los ejércitos de Occidente. Tras una dura negociación, Honorio se vio obligado a aceptar a Prisco a regañadientes como co-emperador. Su reinado fue breve: la llegada de un refuerzo de 4.000 soldados desde Oriente impulsó a Honorio, una vez más, a romper las negociaciones. Alarico perdió la paciencia; tras deponer a su emperador títere Prisco, se dirigió por última vez a Roma. Esta vez no haría prisioneros.

Tres días de saqueo. En la noche del 23 de agosto de 410, los godos cruzaron las puertas de Roma y se desahogaron saqueando templos, villas y palacios durante tres interminables días (respetando, por orden de Alarico, las iglesias y a los miembros del clero). El emblema del poder romano fue pisoteado sin misericordia. Hacía tiempo que la ciudad del Tíber era poco más que un referente simbólico (la capital se había trasladado a Milán y, posteriormente, a Rávena), pero la profanación de la otrora urbe más poderosa del mundo escenificaba de manera muy explícita el fin de una época. A pesar de todo, con el saqueo, Alarico perdió su única baza para negociar. Tras hacer acopio de botín, se retiró al sur con la firme intención de embarcarse hacia África. Las tormentas frustraron sus planes y ese mismo año murió muy lejos de su tierra natal. Su cuñado Ataúlfo tomó el relevo y llevó a los godos a las Galias, donde se establecerían con permiso imperial en 411. Mientras, suevos, vándalos y alanos cruzaban los Pirineos en dirección a Hispania. La suerte del Imperio estaba echada. ■



El cuñado sucesor. Ataúlfo fue rey de los visigodos a la muerte de Alarico, entre los años 410 y 415. Dcha., su estatua en Vitoria.

WEB

bit.ly/1liffRRj

Entrada de Wikipedia dedicada al *limes*, los límites fronterizos del Imperio romano, que en Europa se ubicaban a lo largo de los ríos Rin y Danubio.



AÑO 451

Atila, el caudillo de la estepa

Una de las peores amenazas para un imperio ya en plena descomposición fueron los hunos. Sin embargo, el hábil general romano Aecio logró vencerlos en batalla campal.

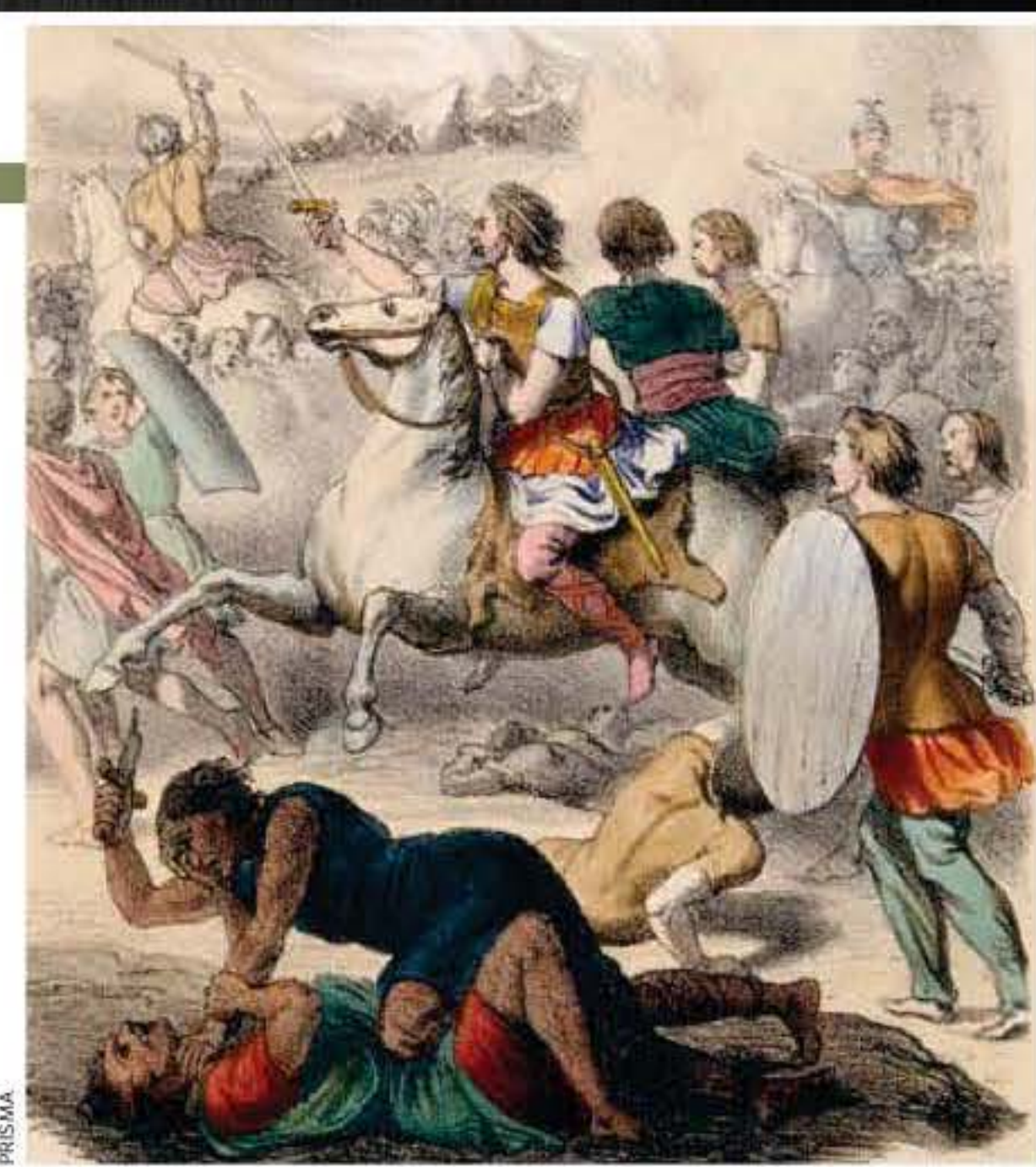
“**L**a más feroz de las naciones bárbaras”, en palabras del historiador Jordanes. La peor pesadilla del Imperio Romano, el rostro mismo del caos. “Aquellos que hubiesen podido resistir a sus armas no podían resistir la vista de sus espantosos rostros y huían en su presencia, dominados por un mortal espanto”. No era este, en absoluto, el primer choque cultural entre Roma y los temibles jinetes esteparios. El Imperio se las había visto tías durante siglos con alanos y sármatas; más que la magnitud misma de la amenaza que representaban los hunos en las maltrechas fronteras imperiales, fue la debilidad crónica de Roma lo que posibilitó la forja de un imperio huno bajo el liderazgo del terrorífico Atila. Muchas crónicas apuntan a los hunos como responsables últimos de las invasiones bárbaras del siglo V.

Oro a cambio de paz. Godos y alanos detestaban y temían a los hunos tanto como los propios romanos; su inexorable avance desde Oriente había desencadenado una oleada de migraciones masivas cuya presión en la frontera acabó tumbando las defensas del Imperio occidental. Los hunos eran una amenaza muy tangible para Roma ya desde la tercera década del siglo V. Rua, tío de Atila, causó estragos en las provincias orientales, muy especialmente en Ilírico y Tracia, forzando a Constantinopla a negociar el pago de un impuesto anual de trescientas cincuenta libras de oro a cambio del cese de razias y hostilidades. Pero los hunos,

cada vez más fuertes, exigían más y más dinero.

La reputación de este pueblo como el enemigo más formidable del Imperio cogió cuerpo a partir de 445, año en el que Atila, tras asesinar a su hermano, logró imponer su liderazgo entre todas las tribus hunas y forjar un imperio que incluía la práctica totalidad de Europa Central. El nuevo caudillo dio una excepcional cohesión a la amenaza hunica en calidad de líder carismático de una etnia formada por múltiples tribus con reyezuelos propios, que aceptaron el caudillaje de Atila conscientes de

que la magnitud de las incursiones contra godos, alanos y romanos exigía una centralización del poder sin precedentes. No tardó el nuevo líder huno en ganarse la confianza de los suyos cubriéndolos de oro; oro proporcionado por Constantinopla, que había aumentado a más de dos mil libras la suma anual del tributo que a duras penas mantenía a raya a tan belicosos vecinos. El Emperador no tuvo más remedio que asentar a los hunos al sur del Danubio. No obstante, Atila ya había exprimido a placer las provincias orientales y, hacia el año 450, cambió de planes y fijó su



En algún lugar del noreste de Francia. No se sabe con exactitud dónde estaban los Campos Cataláunicos, tal vez en Châlons (arriba, la batalla en un grabado coloreado).

PERSONAJE



Justa Grata Honoria (419-457). Hermana de Valentiniano III, se crió en Constantinopla. Le escribió una carta a Atila y éste reclamó su mano, que le fue negada.



Los feroces guerreros esteparios. Los hunos eran temidos por todos, romanos y godos. Esta ilustración reproduce una acuarela anónima llamada *Invasión de los hunos*.

atención en un Occidente en fase de inexorable derrumbe. El prestigio del caudillo huno dependía de su capacidad de tener contentos a los suyos con abundante botín, y Oriente ya no bastaba para colmar las ambiciones de los bárbaros esteparios. En Occidente, Valentiniano III, bajo la tutela de su madre Gala Placidia, depositaba todas las esperanzas de supervivencia en los hombros de Flavio Aecio, uno de los generales más notables de la Historia de la Roma bajoimperial.

Todos contra los hunos. Con mil frentes abiertos, y con medios a su disposición cada vez más precarios, Aecio resistía a duras penas el empuje de visigodos, alamanes, francos, suevos y burgundios, en un momento en el que las Galias, Hispania y el norte de África estaban completamente fuera de control. El caudillo huno sólo necesitaba un pretexto para ejecutar la planificada invasión del Imperio occidental. La excusa se la proporcionó Honoria, hermana del Emperador, casada a la fuerza con un senador rico y anciano, que estableció correspondencia en secreto con Atila pidiendo ayuda. Atila interpretó la solicitud como una oferta de matrimonio que le permitiría, además, adueñarse de buena parte del Imperio de Occidente. Así,

FUE LA DEBILIDAD YA CRÓNICA DE ROMA LO QUE POSIBILITÓ LA FORJA DEL IMPERIO HUNO DE ATILA

tras cruzar el Rin en 451 y saquear Tréveris y otras ciudades del entorno (salvo Orleans, que resistió al asedio), aceptó el envite de Aecio, que el 21 de septiembre lo desafió a una batalla campal (una rareza en el siglo V romano) en los llamados Campos Cataláunicos, quizás en la amplia llanura que se extiende entre Méry y Estissac. Aecio era, además de un excelente militar, un hábil diplomático. Su ejército era el resultado de una alianza con otras naciones bárbaras que se veían tan amenazadas como Roma frente al avance de la apisonadora huno. El ejército aliado formó con la infantería romana en el flanco izquierdo, generalmente reservado a las tropas menos fiables, con los visigodos en el derecho y los alanos, que harían frente a las mejores tropas del ejército de Atila, en el centro.

Una inesperada derrota. En efecto, el elemento romano del ejército imperial era ya poco menos que marginal. "Los romanos no son más que unos pobres soldados. Son despreciables; los únicos enemigos dignos de nosotros son los alanos y los visigodos": así arengó Atila a los suyos antes del combate, según Jordanes. La batalla de los Campos Cataláunicos fue, esencialmente, un asunto entre bárbaros bajo el competente mando, eso sí, del romano Flavio Aecio. A priori, el campo de batalla ofrecía un terreno idóneo para los arqueros a caballo hunos, pero Atila delegó demasiado en la infantería y al final del día contaba las víctimas mientras digería la peor derrota de su vida. Tan desesperado estaba Atila tras la batalla, que preparó una pira funeraria para sí mismo con carros y sillas de montar, renunciando al suicidio sólo en el último momento. Aecio, sin embargo, no exprimió completamente la sonada victoria, toda vez que decidió dispersar a su ejército y renunciar a acosar ulteriormente a los hunos. No quería que, tras la victoria, sus aliados godos y alanos aprovecharan la

Aecio y su relación con los hunos

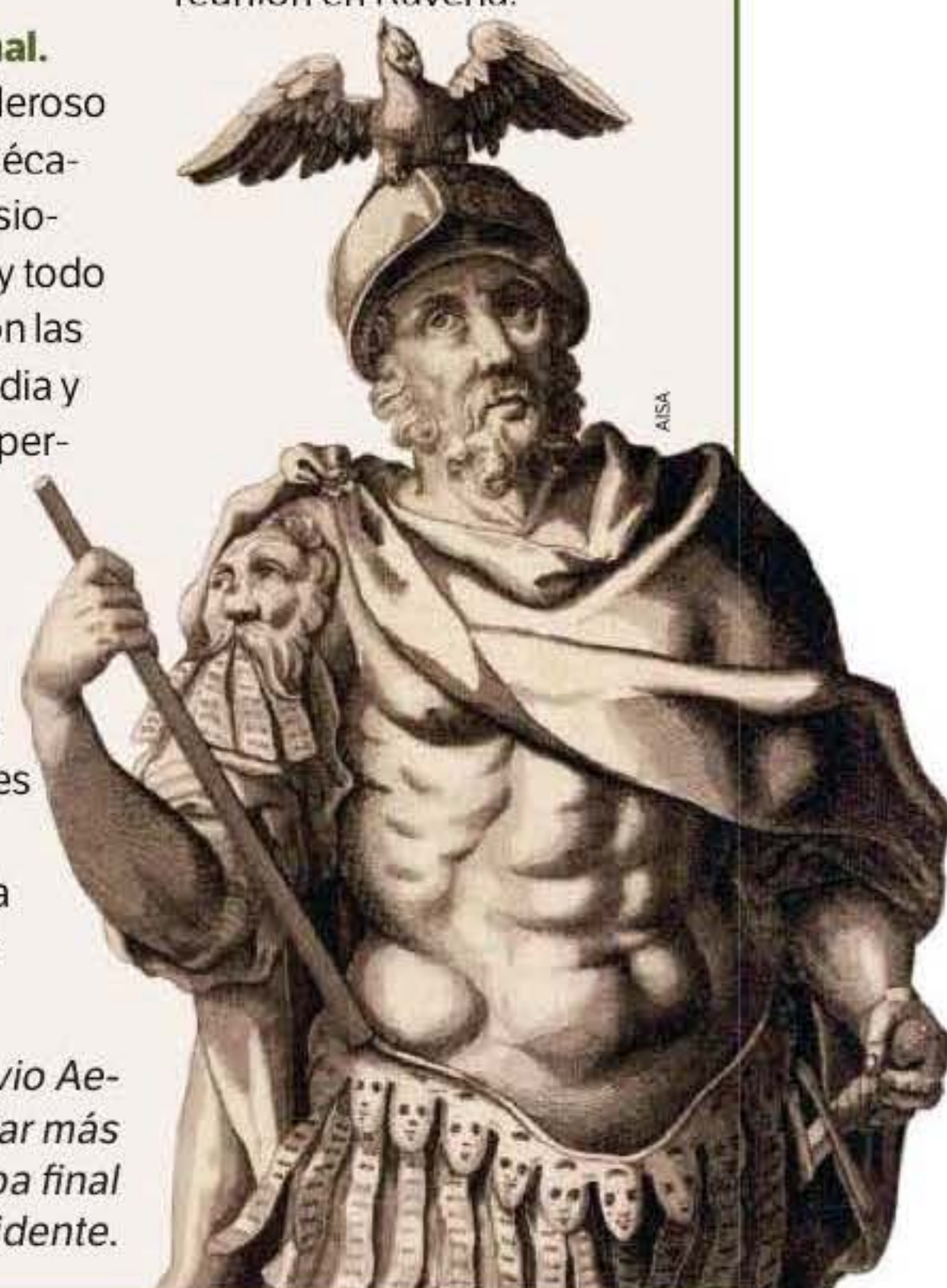
Flavio Aecio conocía mejor que nadie todas las debilidades y fortalezas del enemigo: no en vano pasó parte de su infancia con los hunos, en virtud de un modelo de pacto tradicional en el mundo romano que incluía la entrega de rehenes al enemigo. Así, se convirtió en un soberbio arquero y jinete y estableció un vínculo de confianza con los hunos que duraría hasta su muerte.

obligaron al nuevo emperador a fiarle la defensa del Imperio de Occidente frente a Atila. Aecio, que se rodeaba de hunos en calidad de auxiliares y mercenarios, hizo de su vínculo con este pueblo de jinetes esteparios el mejor escudo contra sus críticos y enemigos en la corte. Tres años después de su victoria en los Campos Cataláunicos, fue asesinado por el propio Emperador en una reunión en Ravena.

Un general excepcional.

Fue el hombre más poderoso de Roma durante dos décadas, cónsul en tres ocasiones y *magister militum*, y todo a pesar de no contar con las simpatías de Gala Placidia y Valentiniano, que no le perdonaban que hubiera apoyado al usurpador Juan, autoproclamado emperador en Ravena a la muerte de Honorio. Sus excepcionales dotes de general y el vínculo tan estrecho que le unía con el temido enemigo

Retrato a lápiz de Flavio Aecio (396-454), el militar más influyente en la etapa final del Imperio de Occidente.



situación para pasar al ataque contra la desgarnecida Italia. Atila, con todo, no sufrió pérdidas catastróficas. No en vano un año después reanudó las hostilidades contra el norte de Italia, llegando incluso a saquear Milán, pero de camino hacia el sur decidió dar media vuelta en dirección al Danubio sin haber logrado tributo ni concesión alguna por parte del Emperador. Es muy probable que anduviese ultimando preparativos para la campaña siguiente cuando, en el año 453, en las celebraciones de su boda con una princesa goda, sufrió una grave hemorragia interna, agravada por la enorme ingesta de alcohol, que le costó la vida. Pocos meses después, el Imperio huno se desintegró completamente, incapaz de sobrevivir a la muerte del carismático caudillo. ■

PELÍCULA

Atila el huno,
Dick Lowry.

Año: 2001.

En esta versión televisiva, Gerard Butler interpreta al temible caudillo estepario y Powers Boothe al romano Flavio Aecio.





El último linaje imperial. Con la muerte de Teodosio II (aquí, retrato anónimo del s. XVII) en el año 450, se extinguieron las grandes dinastías romanas.

AÑO 476

Ascenso y caída de Augústulo

El teatro en que se había convertido el poder imperial, manejado por generales, representó su última función: elegir a un César de 14 años que apenas duró diez meses. Tras ser depuesto, el Imperio de Occidente dejó de existir.

Las crónicas del período lloran a Aecio como “el último romano”. Romano, de hecho, en un mundo de bárbaros. Hacía tiempo que el emperador del Imperio occidental era apenas una marioneta en manos de generales mayoritariamente de origen bárbaro, que asesinaban e imponían césares a voluntad, lo

suficientemente dóciles como para poder ejercer ellos el poder desde las sombras. A mediados del siglo V, Roma era ya poco más que una ficción, rentable aún en manos de una minoría que exprimía los beneficios, cada vez más escasos, de la moribunda marca. Eran tiempos inciertos, de inseguridad crónica y crisis endémica. La sucesión de desastres,

A FINES DEL S. V, EL IMPERIO OCCIDENTAL SE MOVÍA EN UN ESCENARIO DE GUERRA CIVIL CONSTANTE

guerras e invasiones era interpretada como signo inequívoco de un inminente Apocalipsis. En virtud de esta creencia, los bárbaros no eran sino una plaga divina cuyo propósito era castigar los incontables e incommensurables pecados del pueblo romano. Con la muerte de Teodosio II en Oriente y el asesinato de Valeriano III en Occidente, se extinguió definitivamente la casa de Teodosio, el último gran linaje imperial de la Historia de Roma. A partir de entonces, sólo quedaba espacio para las intrigas de corte, las conspiraciones entre bambalinas, las pugnas entre funcionarios arribistas y generales aún con capacidad para movilizar adhesiones sustanciales en las filas del ejército.

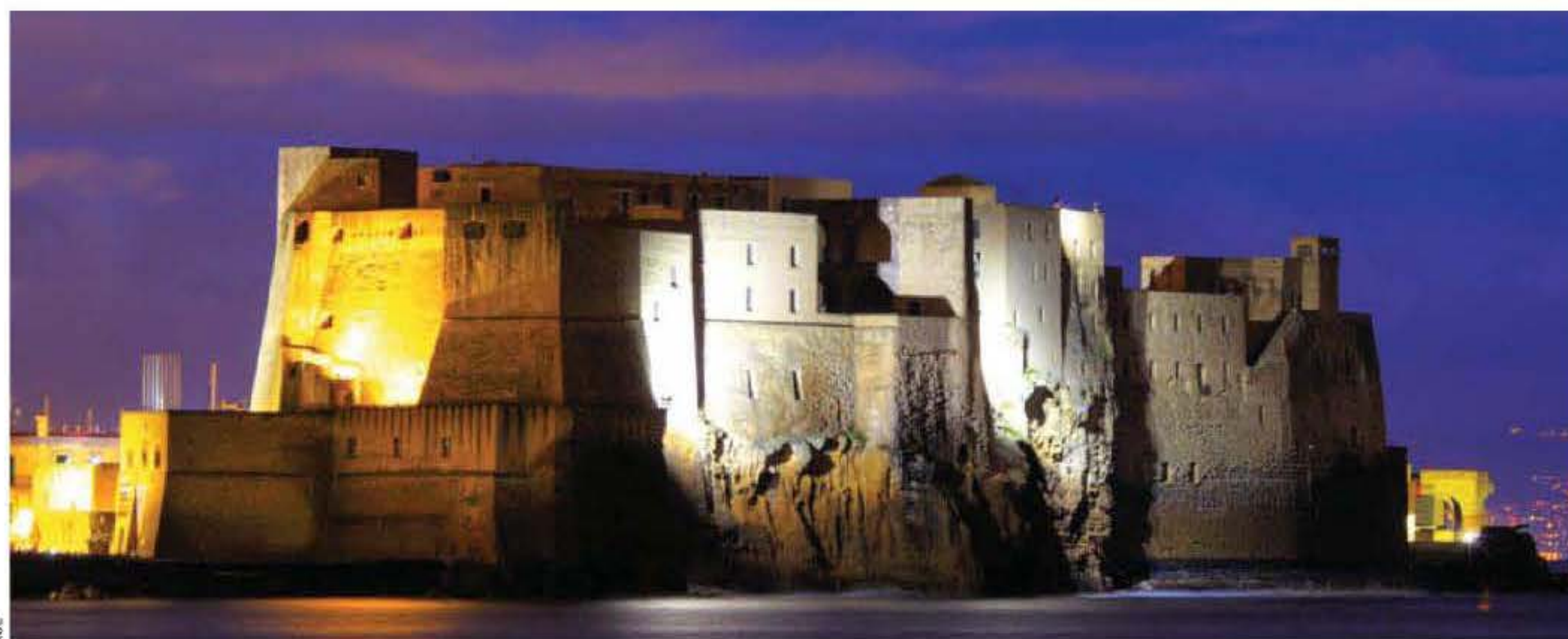
Juegos de poder. El Imperio de Occidente se movía ya en un escenario de guerra civil y usurpaciones crónico y sistémico. En medio del caos, engordaban y se robustecían los reinos bárbaros forjados al calor de la crítica debilidad de la autoridad central. El reino godo de Aquitania, el burgundio en la Galia oriental, el franco al este del Rin, el suevo en el norte de la península Ibérica o el vándalo en el norte de África devinieron en este período árbitros de los juegos de poder en Rávena.

El ejército romano era ya prácticamente poco más que una sombra, un recuerdo borroso en los territorios de frontera. Durante el siglo V, el poder se vertebró cada vez más en torno a estructuras regionales y locales, coincidiendo con la proliferación de pequeños ejércitos privados y bandas locales que se organizaban para defenderse (o atacar) por cuenta propia mediante la contratación de mercenarios bárbaros, frente a la desaparición definitiva de cualquier rastro de un ejército regular propiamente dicho. Mientras, en la corte de Rávena, Ricimero, *magister militum* de origen suevo, dominaba la escena política y militar manejando a su antojo el trono imperial. Entre los años 456 y 472, en un escenario

de interminable guerra civil, Ricimero impuso su autoridad, forjada en su influencia sobre los escombros del ejército regular occidental, instrumentalizando la debilidad de los sucesivos emperadores. El final de la dinastía teodosiana fue, a la vez, el final de facto del Imperio Romano de Occidente, en tanto en cuanto los últimos emperadores, elegidos a dedo por Ricimero o consensuados a regañadientes con el emperador oriental, sólo gobernaban en la práctica sobre la península italiana. La pérdida del control de las provincias se asumió con impotencia y resignación, con una excepción: el norte de África.

Nepote contra Orestes. Diversas expediciones fallidas y finalmente abortadas se organizaron en los años 60 y 70 del siglo V para recuperar un territorio de vital importancia estratégica. El norte de África fue crucial durante toda la Historia de Roma como foco de abastecimiento de grano para todo el Imperio, pero ahora el reino vándalo de Genserico era un enemigo demasiado poderoso para un Estado tan debilitado.

En el año 472, el emperador Antemio pidió ayuda a los ostrogodos para acabar de una vez por todas con el



El Castillo del Huevo. Eso significa Castel dell'Ovo (arriba), llamado así por una leyenda napolitana relacionada con un huevo mágico. La fortaleza original fue utilizada como cárcel y en ella acabó sus días Augústulo, el último emperador de Roma.

poder de Ricimero en la corte, pero la maniobra acabó costándole la vida. Por última vez, el ambicioso general de origen suevo eligió un emperador que sirviera a sus intereses. Se trataba de Olibrio, remotamente emparentado con la casa de Teodosio a través de su matrimonio con Placidia, hija del ex-emperador Valentiniano III. Sólo cuatro meses permaneció en el trono, sucedido por el no menos fugaz Glicerio, dejando a su muerte (por causas naturales, extrañamente) un enorme vacío de poder, toda vez que pocos meses antes también le había llegado su hora al influyente Ricime-

ro. A finales de ese mismo año, Constantinopla decidió tomar cartas en el asunto y promovió la exitosa invasión de Italia liderada por el general Julio Nepote, que se autoproclamó emperador en Rávena en junio de 474. Pero pronto surgió un recio competidor en la persona de Orestes, que fuera secretario personal del mismísimo Atila y que contaba con las simpatías del ejército. Suya fue la rebelión que acabó por la vía rápida con el reinado de Nepote, que huyó de Italia con destino a Dalmacia, salvando el pellejo pero no la púrpura.

La caída del telón. Orestes proclamó emperador el 31 de octubre de 475 a su propio hijo de 14 años, Rómulo, apodado Augústulo (pequeño Augusto), que mantuvo viva la ficción –con su padre ejerciendo el poder entre bastidores– durante menos de un año. Quien a hierro mata a hierro muere, y a hierro murió Orestes en manos de Odoacro, bárbaro de origen hérulo. El 4 de septiembre de 476, Rómulo Augústulo fue depuesto, y tan insignificante era su peso dentro de la agitada escena política, que salvó la vida; aunque fue recluido, eso sí, en el napolitano Castel dell'Ovo, donde murió en fecha desconocida. La ficción había llegado a su fin: Odoacro, que se autoproclamó rey de Italia poco después, entendió que Occidente ya no necesitaba emperador, ni siquiera nominalmente. La caída del último emperador no fue un acontecimiento relevante; más bien una anécdota, coartada de historiadores para fijar una fecha oficial de defunción del Imperio Romano, que en 476 era poco más que una reliquia, el pálido recuerdo de un tiempo en el que los césares regían el destino de todo el mundo conocido. ■

La cuestionada legitimidad de Nepote

Que el último emperador de Roma, Rómulo Augústulo, tuviese el nombre no sólo del primer *princeps*, Augusto, sino también del fundador de la ciudad eterna es una de las grandes ironías de la Historia. O quizá no tanto. Muchos historiadores cuestionan que el hijo adolescente de Orestes sea en verdad el último

emperador de Occidente. En 475, Julio Nepote, emperador legítimo y reconocido por Constantinopla como tal, huyó de Italia ante el acoso de Orestes.

Emperador exiliado. Su lugar lo ocupó un usurpador, el joven Rómulo, no reconocido por Zenón, el emperador de Oriente. Nepote vivió en el exi-

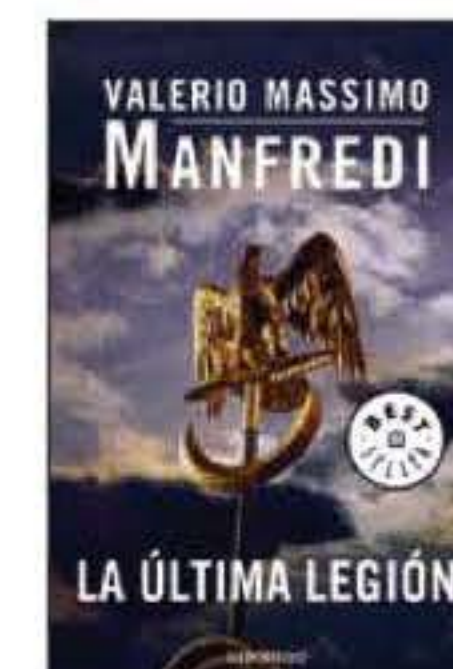
lio hasta su muerte en 480, reconocido como emperador legítimo en Dalmacia y en las Galias. Hay más: Odoacro, que optó por no autoproclamarse emperador, llegó a acuñar moneda con la efigie de Nepote, una vez depuesto Augústulo. Hay historiadores que sostienen que, rigurosamente hablando, Nepote fue el último emperador del Imperio occidental, si bien en el exilio. Con todo, Zenón aceptó las insignias imperiales enviadas por Odoacro que certificaban la teórica aunque ficticia unificación del Imperio bajo su mando.

En este grabado se recrea la rendición de Rómulo Augústulo ante Odoacro.



LIBRO

La última legión, Valerio Massimo Manfredi. Debolsillo, 2010. Entretenida novela, llevada al cine, que une la historia del último emperador, Augústulo, con las leyendas artúricas.



Los enemigos de Roma

A pesar de las estructuras defensivas del Imperio y algunas reformas militares, el ejército de Roma no logró sofocar la oleada de invasiones bárbaras de pueblos como vándalos, suevos, godos o hunos.

Por Juan Antonio Guerrero, escritor. Ilustración: José Daniel Cabrera

El *limes romano*, en latín *limites* para el plural, era, en principio, cualquier vía o camino que estuviese vigilado, correspondiéndose con las zonas del Imperio en contacto con territorios genéricamente conocidos como tierras de bárbaros o gentes que, según decían los griegos, “balbuceaban incomprensiblemente”.

Hasta la llegada al poder del emperador Adriano en 117, las fronteras del Imperio Romano se controlaban mediante patrullas y torres de vigilancia de madera, desde las que se podían hacer señales por medio de banderas o columnas de humo durante el día y de antorchas y hogueras durante la noche. Pero el emperador hispano diseñó un sistema de empalizadas que cerraron las fronteras en algunas partes y en otras, como en la provincia de Britania, construyó verdaderas murallas de piedra. El famoso Muro que lleva su nombre, construido a partir del año 122, se alargaba de costa a costa con una longitud de 76 millas romanas (112,6 km), una altura de cinco metros y tres de ancho, y cubría Inglaterra, Gales y el sur de Escocia. Sin embargo, la mayor parte de la frontera estaba constituida por fuertes de madera o piedra.

Los límites del Imperio en su máxima extensión estuvieron formados por los llamados Muro de Adriano y Muro de Antonino en Britania, el *Limes Germanicus* en Centroeuropa y el *Limes Alutanus*, que seguía el río Danubio hasta el *Limes Transalutanus*. En Rumanía y Moldavia, el *Limes Moesiae* se exten-

día hasta la costa del Mar Negro, integrando el Muro de Constantino en Valaquia. En el sur, el *Limes Tripolitanus* marcaba los territorios de las tribus bereberes en el Sáhara y la cordillera del Atlas en Mauritania. Hacia el este, el *Limes Arabicus*, una extensa cadena de fuertes en las aguadas y una amplia red viaria, se alzaba contra las incursiones de los nómadas y protegía las caravanas procedentes de Arabia. Más al este, en las provincias de Siria y Capadocia, el *Limes Oriental* corría a lo largo del río Éufrates, en la frontera con los partos y luego los sasánidas.

Una defensa débil. Sin embargo, había regiones, como algunas de las más agrestes y poco habitadas de Germania, en las que la vida de las tropas era insostenible por el escaso apoyo, logística y servicio que la zona podía prestar. Estas brechas se convertirían en debilidades del sistema defensivo romano. Las guarniciones militares de la frontera no estaban formadas sólo por legionarios romanos, y ni siquiera eran homogéneas desde ese punto de vista, ya que costumbres como el reclutamiento de soldados locales –campesinos que cambiaban la azada por la espada sin perder de vista a su familia y sus haciendas– y la incorporación cada vez mayor de tropas bárbaras procedentes de las tribus periféricas las convirtieron en verdaderas colonias multirraciales. Estas guarniciones pequeñas, llamadas *limitanei*, tenían como función ►

JOSE DANIEL CABRERA



Roma, asediada. En tiempos de Justiniano, el Imperio Bizantino recuperó la antigua capital del Imperio Occidental. En la ilustración, el general bizantino Flavio Belisario la defiende de los ostrogodos durante el gobierno de Justiniano.



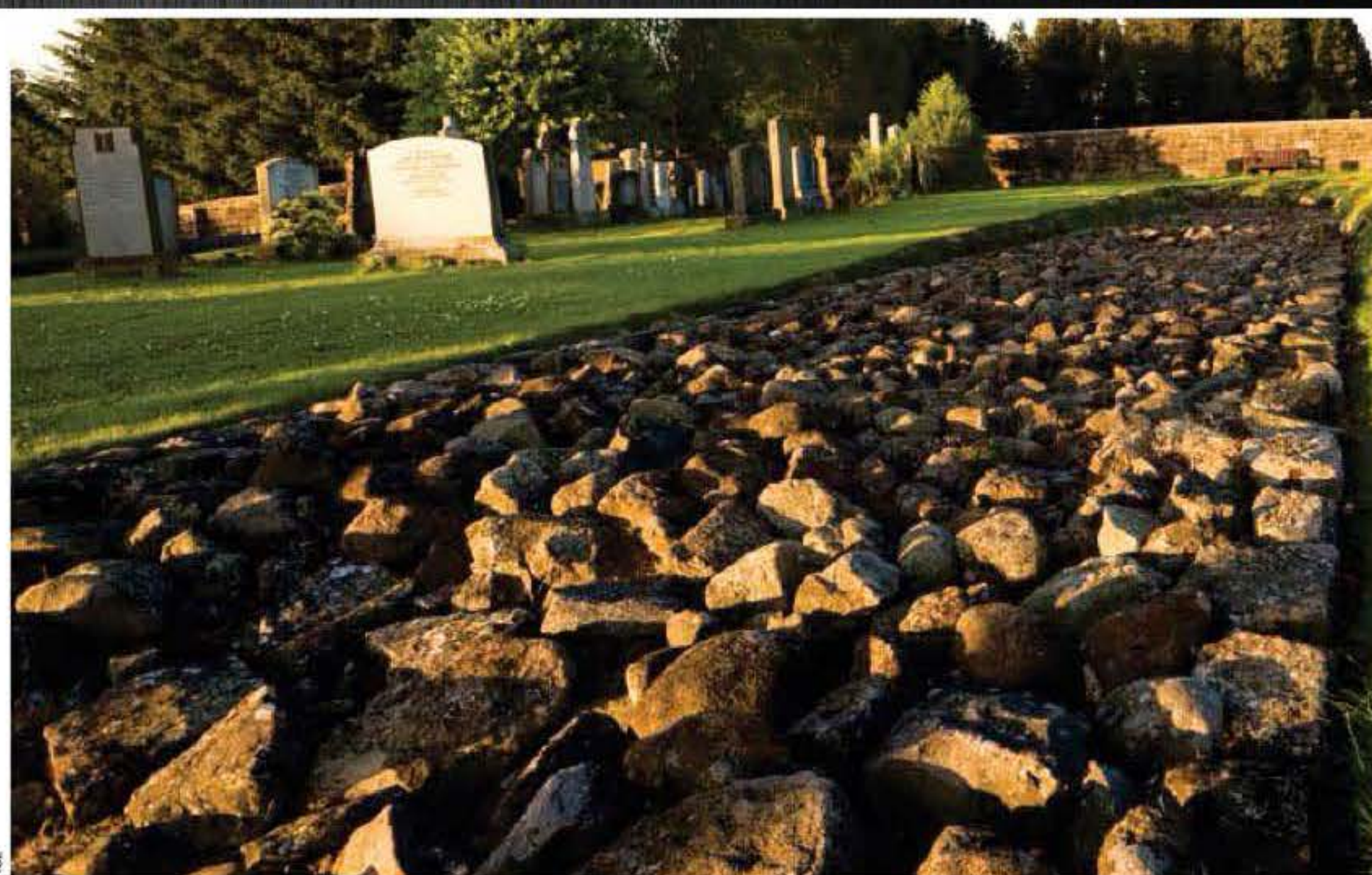
PERSONAJE

Alarico I (370-410). Procedente de la dinastía baltinga, fue soberano de los visigodos entre los años 395 y 410. Este rey fue crucial en el proceso de descomposición del Imperio Romano de Occidente.



► principal la mera contención de las tropas bárbaras hasta la llegada de huestes mejor equipadas, como los *comitatenses* o ejércitos de campo, legiones acampadas o establecidas en castros semipermanentes a dos o tres días de marcha de la frontera. Los *limitanei*, por su localización coincidente muchas veces con los cursos de los ríos, también fueron denominados ribereños e, inevitablemente, formaron comunidades estables. La calidad de vida de estas tropas era casi siempre más precaria, con escasos servicios y el continuo hostigamiento de los pueblos del otro lado. En momentos de menor actividad, cumplían labores de vigilancia de las vías y control policial, reduciéndose su presencia en las provincias menos conflictivas o sin fronteras con bárbaros, como Hispania o la Mauritania tingitana. Los vínculos de los *limitanei* con la población local, con la que tomaban parte en negocios y en la vida social, les hacían perder frecuentemente su carácter militar y su coraje para la lucha.

Posteriormente se adoptó una política de asentamientos de pueblos germánicos mediante acuerdos por los que algunos bárbaros recibían tierras en las fronteras para que se instalaran con sus mujeres y vivieran en ellas, además de cultivar la tierra y crear una familia; de esta



forma, ante la llegada de otro pueblo que quisiera traspasar la frontera, necesariamente lo impedirían para defender sus propiedades y a sus familias. Esta medida y la de asimilar en el ejército a tribus y reyes aliados, los llamados *foederati* –que no eran considerados conquistados, pero tampoco gozaban de la ciudadanía–, barbarizarían progresivamente los efectivos militares de Roma hasta ser minoría los de origen latino.

El límite interior. Con cierta periodicidad, los pobladores de territorios conquistados –las provincias, en el lenguaje imperial– se rebelaban contra sus conquistadores. Una de las revueltas más famosas fue la de la reina Boudica, esposa del rey Prasutagus,

en el año 60. Este monarca iceno del sudeste de Inglaterra, que siguió gobernando a pesar de haber sido vencido, murió en el año 60 y, tras su fallecimiento, Roma decidió anular la autonomía del territorio, confiscando propiedades y esclavizando a sus pobladores. La propia reina fue azotada y sus hijas violadas al no poder pagar la deuda contraída por su marido. Otras tribus sufrieron un trato parecido. Boudica las convocó para encabezarlas contra Roma, llegando a apoderarse de varias poblaciones importantes y marchar hacia el norte para enfrentarse al ejército de Suetonio, que libraba campaña en Gales. Carentes de logística, los britanos contaban con saquear los almacenes romanos, pero Suetonio los incendió a medida que se retiraba, por lo que el numeroso ejército britano llegó debilitado a su enfrentamiento final. Las tácticas, las armas y la disciplina de los apenas 1.200 legionarios de Suetonio se impusieron, aplastando a los 100.000 hambrientos y exhaustos guerreros de Boudica. La reina murió en la batalla, aunque algunos creen que se envenenó para no ser capturada.

El levantamiento judío. Igualmente peligrosa fue, seis años más tarde, la revuelta de los judíos que, al coincidir con el colapso del suministro de trigo a Roma, ocasionó una grave crisis interna en la que Nerón se vio desafiado por Galba y sus legiones hispanas. Aunque este cónsul, gobernador de la Tarraconense, fue inicialmente derrotado, consiguió en junio del 68 que el Senado lo nombrara emperador. Mientras, Nerón había enviado a Tito Flavio Vespasiano a sofocar la rebelión judía, cosa que hizo satisfactoriamente en el año 70, dos después de la muerte del propio Nerón. Durante

Procedimientos de los pueblos bárbaros

Las tácticas de la mayoría de los pueblos bárbaros tenían su origen en su forma de vida. Siendo nómadas o viéndose obligados a migrar, su gran baza era la movilidad, y, cuando se veían obligados a defenderse, sus carros-vivienda se disponían hasta en triple círculo concéntrico en alguna altura o zona defendible. En campo abierto, su infantería solía disponerse en línea, con un flanco protegido en

algún accidente del terreno, como un bosque, un río o una ladera escarpada, y el otro constituido por la caballería, que a menudo combatía desmontada. Sobre todo jugaban con la ventaja numérica y con el hecho de que el propio ejército romano comenzaba a “barbarizarse”, abandonando sus tácticas y hasta sus armas para adoptar las de sus enemigos; el equipamiento germánico era mucho más

barato, algo de vital importancia para un imperio cada vez más empobrecido.

Cada pueblo tiene su librillo.

En su composición militar, cada pueblo tenía sus peculiaridades; por ejemplo, los ostrogodos disponían de más caballería que los visigodos, y unos y otros jinetes solían carecer de armaduras, a excepción de los jefes. El guerrero franco típico era un infante armado con una pesada lanza de carga, un hacha de guerra arrojadiza, escudo liviano y espada larga, mientras que los sasánidas de Persia disponían de una bien dotada caballería pesada. Los hunos, por su parte, eran nómadas para los que el caballo era vital, y de él y sobre él vivían sin apenas descabalar.

Equipamento armamentístico de un típico noble guerrero de la tribu germánica de los francos, datado entre los siglos V y VI.





En el norte de Gran Bretaña. Hoy día se conservan los restos del Muro de Antonino, construcción erigida para adelantar las posiciones defensivas romanas.

el conflicto, los romanos tomaron la ciudad de Jerusalén, la saquearon y destrozaron su templo, forzando a los judíos al exilio.

Rebelión a bordo. Los propios romanos se rebelaron muchas veces, cansados de la política fiscal o los abusos de algún emperador. En estas sublevaciones, las cohortes pretorianas tuvieron un papel fundamental y creciente. Esta organización temporal, que tenía por misión proteger la vida de los generales en combate, se convirtió, tras la batalla de Accio y por decisión de Augusto, en un cuer-

Se adoptó una política de asentamientos de pueblos germánicos mediante acuerdos que otorgaban tierras fronterizas a los bárbaros

po permanente destinado a la guardia personal del emperador, tanto en la propia Roma como durante sus desplazamientos.

Los pretorianos protegían no sólo su vida sino también el palacio y las residencias oficiales, además de actuar como mensajeros, mediante un cuerpo especial de caballería veloz formado por los *speculadores*. Asimismo, se ocupaban de la detención, el interrogatorio y la ejecución de los enemigos del emperador. Llegó a ser tanta su cercanía con el poder, a través del control que ejercían sobre los mensajes y despachos oficiales y las muchas misiones secretas que asumían, que muy pronto jugaron un papel esencial en el nombramiento de nuevos emperadores, conspirando no pocas veces e incluso subastando el puesto supremo, o asesinando a los pretendientes que no eran de su agrado. Estas prácticas ocasionaron numerosos choques con las legiones que se negaban a reconocer a los nombra-

dos por los pretorianos y escogían a sus propios emperadores.

A partir de Calígula, estos enfrentamientos se convirtieron casi en la norma y nada tiene de extraño que las cohortes pretorianas fueran disueltas, castigadas o diezmadas en diversas ocasiones hasta su disolución definitiva en tiempos de Constantino.

Invasión a la vista. Aunque, durante los siglos III y IV, el Imperio sufrió pérdidas y recuperaciones, a finales del siglo V sus fronteras habían prácticamente alcanzado su máxima expansión en Occidente y comenzaban a perder terreno frente a los invasores bárbaros.

El siglo siguiente contempló el resurgir del Imperio con Justiniano, gracias a las nuevas tácticas de su ejército y su habilidad para el movimiento de poderosas fuerzas de caballería dotadas de jefes hábiles. Esta reconquista tuvo, en principio, bastante éxito en África y en Hispania, pero en Italia la guerra se prolongó excesivamente y, como resultado, el estable reino ostrogodo se vio sustituido por el de los lombardos. Al final de su largo mandato, los logros de Justiniano se vieron muy mermados por la crisis económica, las epidemias y el acoso de los bárbaros. En Oriente, Constantinopla, la actual Estambul, fundada por el emperador Constantino alrededor del 330, se convirtió en la nueva capital del Imperio, consolidando así la separación entre Oriente y Occidente.

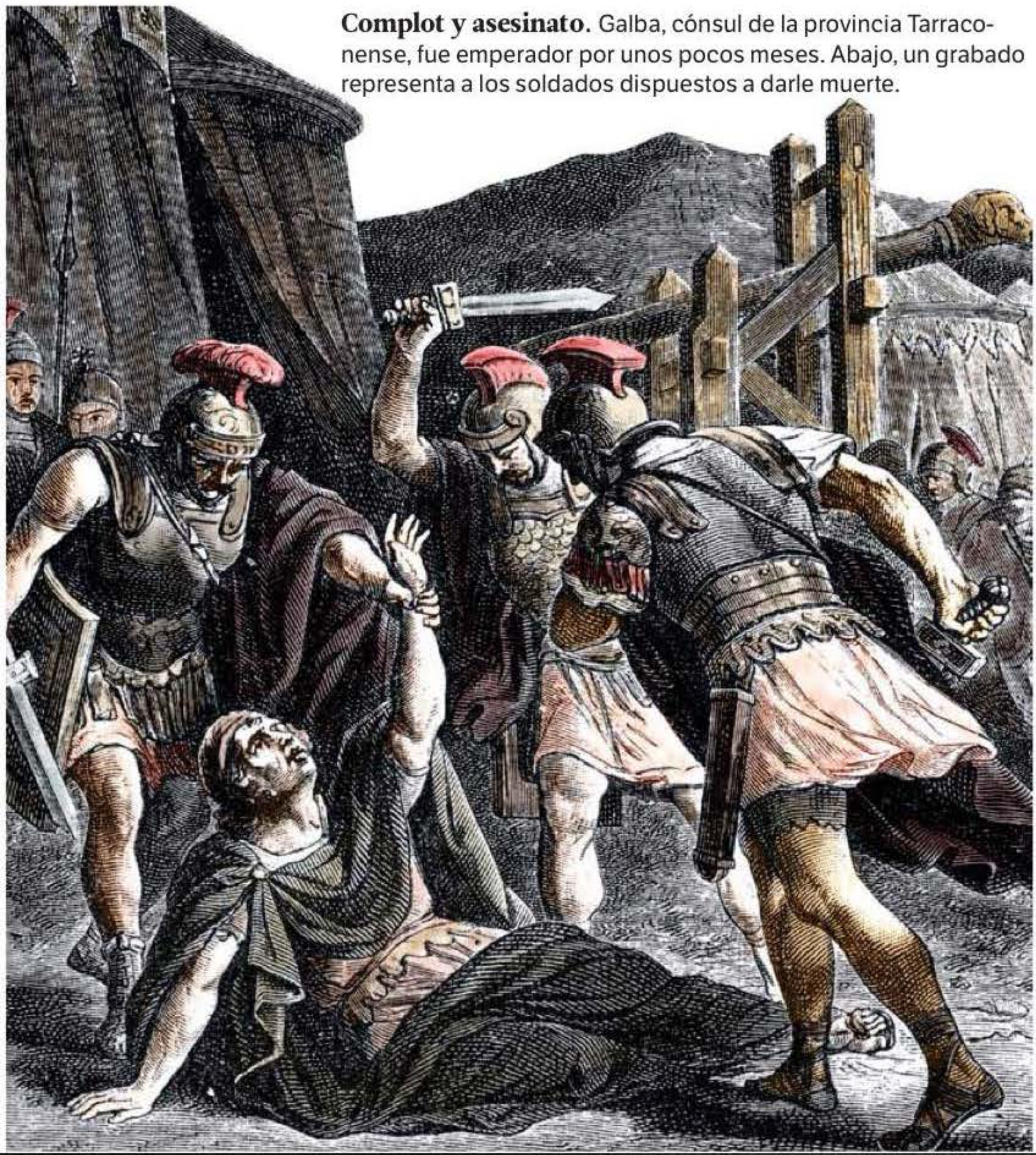
La llegada de los godos. De todos los pueblos bárbaros que invadieron las tierras del Imperio en las etapas finales de su Historia, los godos, un pueblo germánico de origen escandinavo, fueron los de mayor relevancia. Comenzaron su presión migratoria hacia el sur a principios de la era cristiana, siendo frenados por Claudio II el Gótico cuando invadieron, con poderosas fuerzas, Ilírico y Pano-



Un ejemplo de rebeldía.

Boudica, reina guerrera de los icenos, acaudilló a varias tribus británicas en la lucha contra la ocupación romana entre los años 60 y 61.

Complot y asesinato. Galba, cónsul de la provincia Tarracense, fue emperador por unos pocos meses. Abajo, un grabado representa a los soldados dispuestos a darle muerte.



VÍDEO

bit.ly/1aND0Og

Canal Historia presenta un interesante documental, titulado *Auge y caída del Imperio Romano*, que en este primer capítulo se centra en la primera guerra bárbara.



INVASIONES CONTRA EL IMPERIO ROMANO



Tribus en movimiento. El mapa que representa el Imperio Romano en el año 395 muestra las direcciones tomadas por los diferentes grupos de invasores bárbaros, distribuidos por todas las provincias ocupadas.

En la batalla de Naissus, en los Balcanes, la legiones romanas, encabezadas por el Emperador y el hábil general de caballería Aureliano, obtuvieron una gran victoria. Los godos, rechazados a la otra orilla del Danubio, dejaron de suponer una amenaza durante casi un siglo, dividiéndose a partir de entonces en visigodos o godos del oeste, ocupantes de la Dacia, y ostrogodos o godos de Oriente, instalados en la actual Ucrania.

Visigodos y ostrogodos. A finales del siglo IV, ambos pueblos, godos de Oriente y godos de Occidente, estaban tan sometidos a la presión migratoria de los hunos y otros pueblos del este de Europa y de Asia, que volvieron a desplazarse hacia el interior del territorio romano, para ser finalmente frenados por Valente. Sin embargo, la presión desde Oriente continuó arrojando oleadas sucesivas de tribus bárbaras que atravesaron el Rin y el Danubio, obligando a Valente a abandonar su guerra con los sasánidas en Persia para ponerse al frente de sus legiones. Desafortunadamente, fue vencido en la batalla de Adrianópolis (378), siendo aniquilada su infantería tras la huida de su caballería. Aun así, los godos no consiguie-

ron ocupar el Imperio, incapaces de apoderarse de las plazas fortificadas por carecer de las habilidades y los medios para la guerra de asedio.

Como en otras ocasiones, un general acudió en socorro de Roma, en este caso Teodosio, que enroló en su ejército a godos cristianos ya instalados en tierras del Imperio y autorizó a otros godos a instalarse al sur del bajo Danubio, conservando su autonomía como pueblo confederado con la obligación de combatir junto a Roma en caso de guerra. Aunque permanecieron fieles a Teodosio y combatieron con él contra un par de generales pretendientes, tras su muerte se sublevaron, llegando hasta las murallas de Constantinopla e

invadiendo Tracia, Macedonia y Grecia encabezados por el rey de los visigodos, Alarico I.

El general Estilicón, de origen vándalo, trasladó a su ejército por mar hasta el Peloponeso, flanqueando a Alarico y obligándole a retirarse. Los vándalos, de origen escandinavo, habían iniciado su movimiento migratorio en el siglo II, también bajo la presión de los hunos, cruzando el Rin en el 406 para atravesar la Galia y abrirse paso hacia Hispania. En estos desplazamientos les acompañaron los alanos occidentales, procedentes del sur de Rusia, y los suevos, otros germanos.

En su expansión, vándalos y alanos no sólo llegaron a ocupar el norte de África bajo la guía de Genserico, sino que su flota dominaría el Mediterráneo a finales del siglo V, algo inaudito para un pueblo de larga historia migratoria por tierra.

El avance de los hunos. Estilicón, tras años de mantener a raya a cuantos usurpadores de provincias y bárbaros invadieron el Imperio, fue víctima de la envidia y el odio que su origen germano y su fe arriana despertaron entre los senadores, siendo finalmente degradado y ejecutado por Honorio. En los tumultos que siguieron a su ejecución, fueron asesinadas muchas de las esposas y los niños de los *foederati*, lo que causó que casi 30.000 de ellos se unieran a Alarico. Éste cruzó los Alpes y marchó contra Roma, saqueándola en el 410. Aunque no era el primero en hacerlo, en esta ocasión causó una gran conmoción y hoy sigue siendo considerado clave en el final del Imperio Romano de Occidente.

Los hunos, un conglomerado de tribus nómadas de cazadores y ovejeros que venían presionando desde hacía siglos desde las estepas de Asia Central, terminaron por aparecer en Europa a mediados del siglo IV, aprovechando el caos desatado por

Una capital protegida. Durante el reinado del emperador Teodosio II, en la primera mitad del siglo V, se construyeron las murallas de Constantinopla para defender el epicentro del Imperio Romano de Oriente.





Travesía migratoria de pueblos bárbaros. El rey vándalo Genserico llegó a África por mar, acompañado por una tripulación de la tribu irania de los alanos. Y, en sus casi cincuenta años de reinado, elevó a su pueblo a la categoría de potencia mediterránea.

los godos y otros pueblos bárbaros. Desde Panonia, en Hungría, cedida por Teodosio II para evitar que asolaran el Imperio de Oriente, el rey Atila atacó la Galia en 451 como respuesta a la negativa del augusto Aecio a concederle la mano de Honoria, hija de Teodosio I, y a la Galia como dote, pretensión alimentada por la propia Honoria, que deseaba librarse de un matrimonio forzado. Aecio y Teodorico I, los dos emperadores, actuando conjuntamente, derrotaron a Atila en los Campos Cataláunicos, cuya situación exacta se desconoce, muriendo Teodorico en la batalla.

Atila, vencido por primera y única vez, hubo de retirarse, pero no fue perseguido, de forma que al año siguiente volvió a la ofensiva, esta vez sobre Italia. Aprendiendo de su derrota anterior, requisó máquinas de guerra y consiguió tomar y saquear varias ciudades a su paso, sin

que Aecio pudiera detenerlo, hasta llegar a las mismas puertas de Roma, aunque con su ejército mermado por la hambruna y la peste. Los hunos, aunque no eran cristianos, tendían a respetar las religiones, y ante las súplicas del papa León I, en entrevista personal con Atila, respetaron sus deseos y abandonaron el Imperio de Occidente. Atila moriría durante su noche de bodas en 453, cuando se preparaba para atacar al nuevo emperador de Oriente, Marciano, por haber dejado de pagarle los tributos acordados con Teodosio II.

Las defensas de Constantinopla.

Tanto los hunos de Atila como los godos de Alarico comprendieron que no tenían muchas probabilidades de capturar Constantinopla, la capital del Imperio de Oriente, que disfrutaba no sólo de una situación estratégicamente ideal —construida sobre un promontorio triangular y cuyas murallas del lado de la tierra se extendían desde el mar de Mármara, en el sur, hasta un brazo del Bósforo en el norte—, sino que también tenía un amplio y profundo foso, seguido de un parapeto de casi doce metros de altura, detrás del cual se situaba una cadena de torres unidas por

Nueva estructura del ejército

Hacia mediados del siglo IV, el ejército romano había cambiado radicalmente respecto del de los siglos precedentes. En vez de las 33 legiones existentes a principios del siglo III, se estableció una nueva unidad básica, la del ejército de campo, dotada con una gran fuerza de caballería y legiones de élite, que creció hasta los 600.000 hombres gracias a los *limitanei*—guardas fronterizos, que vivían como soldados-granjeros—.

Configuración militar. Esta enorme estructura supuso grandes esfuerzos financieros para las casi agotadas arcas imperiales. Las antiguas legiones eran ahora tropas fronterizas de segundo orden y muy reducidas en número. Las tropas de élite, o *comitatenses palatini*, eran las unidades de caballería llamadas *vexillationes*, que podían tener entre 400 y 600 hombres y cinco legiones *palatinae*, cada una de ellas de unos 1.000 a 1.500 hombres, en su mayoría bárbaros amigos, aunque su composición variaba según las necesidades del momento.

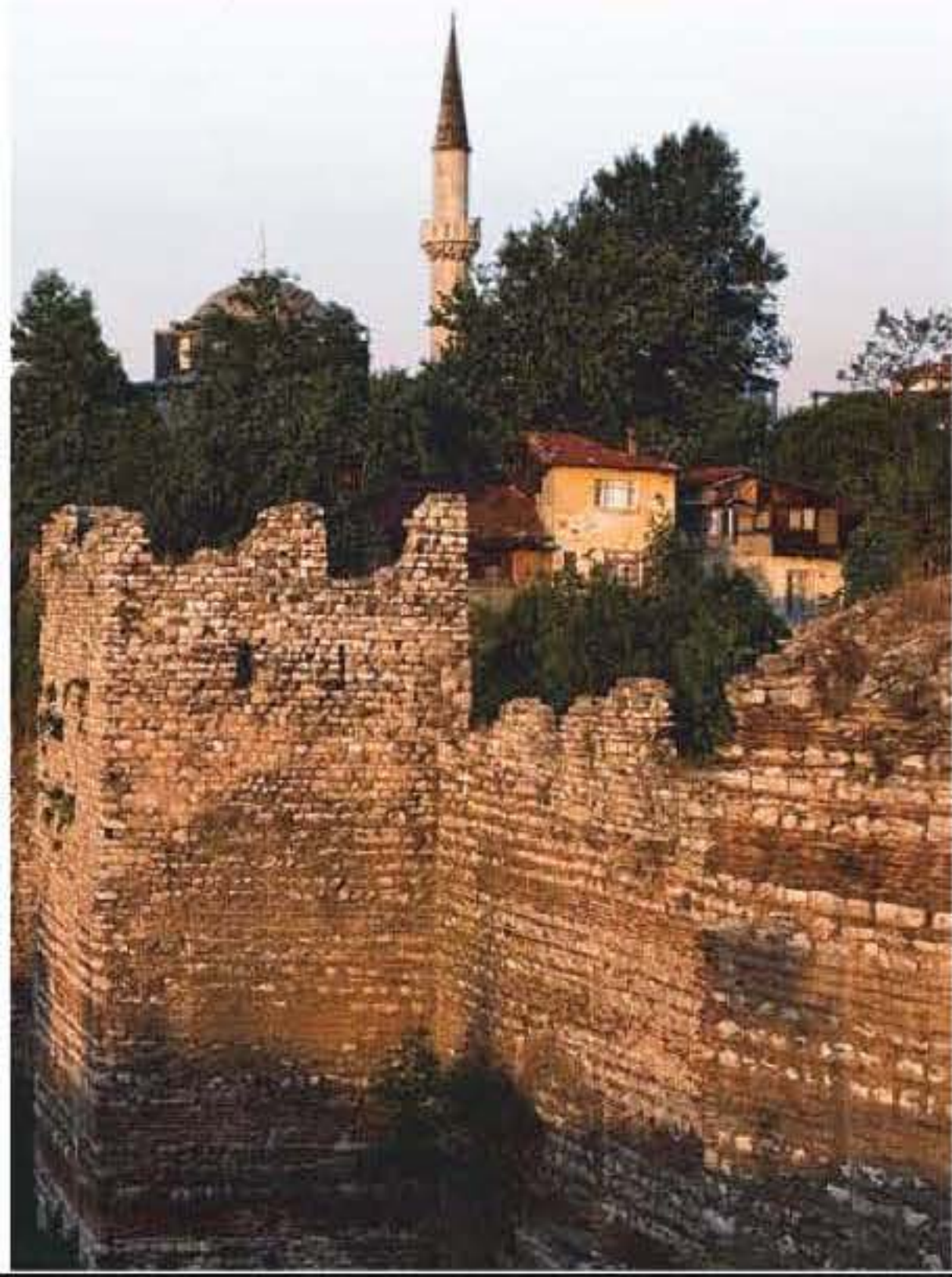
Lápida funeraria de un soldado de caballería representado con armadura durante un combate.

Aspectos como la sanidad militar serían relativamente descuidados en comparación a épocas anteriores. Junto a la caballería pesada, de origen sármata, la ligera, formada asimismo por tropas bárbaras, jugaba un papel creciente en esta época. Gran parte de su cohesión y disciplina habían desaparecido: ya no eran muchos los legionarios ni las gentes que consideraban prioritaria la defensa de Roma. El ejército occidental se desintegró con el colapso del Imperio Romano de Occidente, mientras que el de Oriente permaneció intacto hasta su transformación en el ejército bizantino durante el siglo VII.



murallas de ocho metros de alto. La propia ciudad constituía la cuarta línea de defensa, situada a veinte metros de distancia y con una nueva muralla de trece metros de altura, fortificada a su vez por grandes torres desde las que podían ser asaeteados los flancos de los asaltantes. Otros muros de obra sólida, de estructura similar, defendían las zonas de la capital del lado marítimo, protegido con cadenas y, sobre todo, por su poderosa flota, constituida por galeras o *dromones* (barcos de guerra bizantinos) y armas secretas como el famoso “fuego griego”. Con tal estructura defensiva, nada tiene de particular que Constantinopla resistiese a todos sus enemigos hasta 1453, cuando el uso de una artillería más sofisticada permitió a los turcos invadir esta capital. ■

En su expansión, vándalos y alanos llegaron a ocupar el norte de África y el Mediterráneo





Una urbe en declive.
En tiempos de Constantino I (s. IV), Roma pierde la capitalidad en favor de Constantinopla, situada en la parte oriental del Imperio.



LA CAPITAL IMPERIAL SE TRASLADA A ORIENTE

Constantinopla, la nueva Roma

Mientras la ciudad palatina se encontraba cada vez más arruinada, el proyecto del emperador Constantino el Grande se materializaba: una nueva capital en auge para el Imperio.

Por Juan Carlos Losada, especialista en historia militar y escritor

La construcción y el auge de Constantinopla estuvieron profundamente interrelacionados con la simultánea decadencia que sufrió Roma. Fueron procesos coincidentes que se alimentaron mutuamente, pues cuanto más entraba en crisis la ciudad italiana, más rica y próspera se volvía la oriental. Al hundirse el Imperio Romano de Occidente, su vieja capital era una sombra decrepita y medio en ruinas de lo que había sido tan sólo dos siglos antes, no conservando apenas nada de su esplendor. En contraste, la nueva urbe, que había sido levantada sobre la pequeña ciudad griega de Bizancio, iba a ser una de las capitales políticas del mundo más poderosas durante mil años, y fiel continuadora de Roma. Luego, bajo el dominio turco y con el nombre de Estambul, seguiría siendo capital del nuevo Imperio Otomano.

Los orígenes de la decadencia. Las causas de la crisis de Roma fueron varias, mezclándose entre sí y potenciando enormemente sus efectos. El perfecto reflejo del proceso fue la abrupta caída demográfica que hizo que se pasase del millón y medio de almas que atesoraba en tiempos de Trajano, a principios del siglo II, a las escasas 300.000 cuando fue depuesto el último emperador del Occidente en el año 476. ¿Qué había pasado?

El primer factor explicativo lo encontramos en el terreno político y militar. Las amenazas bárbaras de mediados del siglo III hicieron de la parte occidental del Imperio una zona cada vez menos segura. Roma había permanecido a salvo durante siglos y la última vez que había sido saqueada fue nada menos que en el año 387 a.C. a manos de los galos. Sin embargo, las crecientes amenazas hicieron que la sensación de debilidad e inseguridad se instalase y en 271 el emperador Aureliano ordenó la construcción de un poderoso anillo de murallas que debía proteger en el futuro la ciudad. Eran las llamadas Murallas Aurelianas (las anteriores eran las Servianas, levantadas a principios del siglo IV a.C.), que fueron una magna obra de 19 kilómetros de longitud que rodeaban 13,7 kilómetros ►

PERSONAJE



Honorio (384-423). Fue nombrado emperador a la edad de diez años, tras la muerte de su padre Teodosio I en 395. Su reinado se caracterizó por la desmembración del Imperio romano de Occidente.

► cuadrados, de 3,5 metros de grosor y 8 de altura, y dotadas nada menos que de 382 torres. Luego, a principios del siglo V, todavía se dobló su altura por orden del general romano Estilicón. Parecía que con esta ciclópea construcción la capital podía permanecer segura, pero era todo lo contrario porque reflejaba una debilidad nunca antes conocida al reconocer implícitamente que los invasores podrían llegar hasta sus puertas.

Las mismas instrucciones de rodearse de defensas se dieron a otras ciudades, con lo que se ponía en evidencia que el Imperio era consciente de sus limitaciones militares, al comprobar la suma facilidad con que los germanos cruzaban las fronteras.

Arcas vacías. Obviamente, la crisis económica también había hecho mella en la capital del Imperio. El colapso del comercio fue provocando la decadencia de la ciudad, un creciente paro y, con ello, la marcha al campo de gran parte de sus habitantes en busca de medios más fáciles de subsistencia. Este descenso de población y de dinero recaudado por parte de las autoridades fue también determinante para que el río Tíber, que atraviesa la ciudad formando un gran meandro, pasase de ser un pulmón a un cáncer. En las épocas de prosperidad funcionaba como arteria vital; a él se abocaban todos los desperdicios, pero por su curso aflúan todos los suministros desde el vecino puerto de Ostia. Sin embargo, para que cumpliera la doble función que daba vida a Roma, debía ser dra-



Cruzando la ciudad. El río Tíber funcionó como una arteria vital para los habitantes de Roma, pero su descuidado mantenimiento provocó la devastación de muchos barrios del Palatino.

gado y los muros de contención debían mantenerse en buen estado. Al abandonarse estas actividades –Aureliano fue el último emperador que ordenó un dragado del cauce– por falta de dinero y mano de obra, el río comenzó a desbordarse periódicamente y sus aguas comenzaron a anegar las partes más bajas de la vieja Roma, devastando los foros y acentuando el abandono progresivo de la zona del Palatino, que ya en la Antigüedad había sido desecada para levantar la ciudad.

Con la falta de mantenimiento, el Tíber recuperó lo que era suyo e hizo inhabitables los antiguos barrios céntricos, llegando a convertirlos, literalmente, en campos donde sólo pastaban las vacas (*Campo Vaccino*).

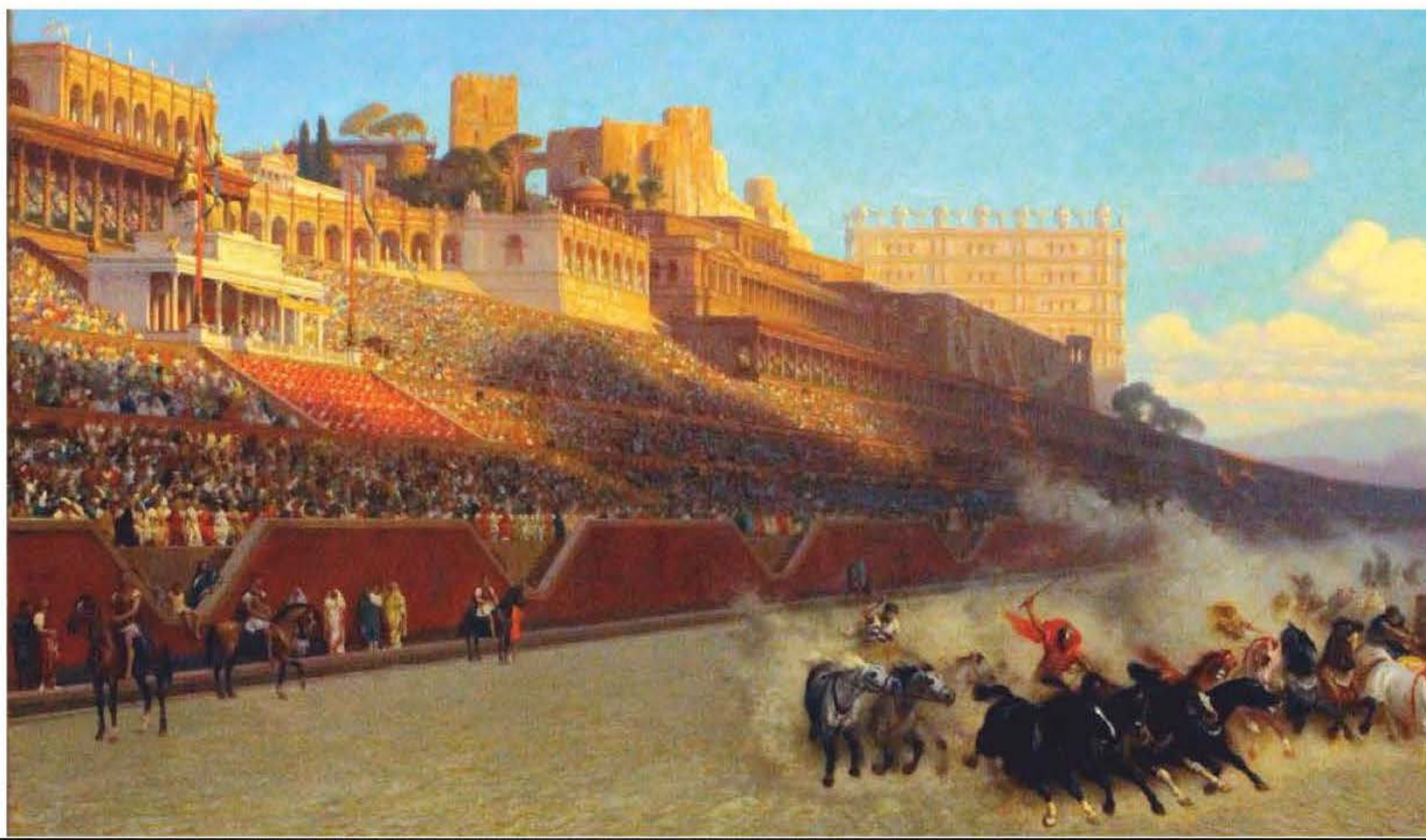
Curiosamente, la progresiva implantación del cristianismo, como religión aceptada por parte del Estado desde los tiempos de Constantino, también contribuyó a la ruina de la ciudad. La nueva creencia no sólo pro-

hibió los combates de gladiadores y los espectáculos de fieras, sino que condenó la práctica de las apuestas, llevando a la ruina las carreras de caballos y de carros. Sin el negocio de las apuestas, y todo el mercado y las actividades de ocio que generaba, el Circo Máximo, el estadio de Domiciano y el Coliseo cayeron en desuso y fueron progresivamente abandonados, carentes de programación de espectáculos.

Edificios reconvertidos. Los dos primeros espacios de ocio de la ciudad acabaron siendo la cantera de los posteriores edificios vaticanos y el Coliseo pasó a convertirse primero en fortaleza e incluso, más adelante, en horno de cal.

El resultado es que miles de romanos se quedaron sin trabajo y sin ingresos, por lo que también tuvieron que emigrar fuera de la ciudad en busca de alimento. Por otra parte, el centro ceremonial del cristianismo se

El primer y mayor circo romano. En el valle situado entre el Palatino y las colinas Aventinas se encontraba el Circo Máximo de Roma (dcha.), un estadio de grandes dimensiones donde se celebraban carreras de hasta doce carros.



El colapso del comercio fue provocando la decadencia de la ciudad, un creciente paro y, con ello, la marcha al campo de la población

levantó fuera de la vieja Roma amurallada, al otro lado del río, junto al circo de Nerón y sobre un cementerio en donde había sido enterrado san Pedro. Ciertamente, la Roma cristiana fue creciendo y prosperando, pero a costa de la Roma tradicional que, en la otra ribera del Tíber, se fue encojiendo paulatinamente en cuanto a dimensiones, al verse abandonada por cada vez más ciudadanos.

Abatimiento moral. El golpe de gracia fue la pérdida de la capitalidad. Al principio fue un proceso lento, pues desde la época de Diocleciano, hacia finales del siglo III, ya se había trasladado la sede del gobierno a varias ciudades más cerca de las fronteras, lo que respondía al fraccionamiento del poder (la tetrarquía) que se daba desde esa época y a la necesidad de acercar los ejércitos a unos lindes cada vez más permeables. Lo cierto es que Roma estaba alejada y aislada en medio de la península Itálica y se temía, como así sucedió, que cualquier ataque sobre ella fuese difícil de impedir por el Imperio hermano de Oriente. Con ello no sólo se trasladaba al emperador y los altos dignatarios, sino también a la burocracia y el personal político con sus familias, vaciando de miles de ciudadanos de élite a Roma. Luego se

oficializó el cambio de capital y se hizo definitiva con la muerte de Teodosio; primero se trasladó a Milán, en el año 395, y luego a Rávena, en 402. El motivo es que eran urbes más fácilmente defendibles a causa de estar rodeadas de accidentes geográficos (pantanos en el caso de Rávena), y que estaban más próximas al socorro que podían enviar las legiones de Oriente, tanto por tierra como a través del Adriático.

A los pobres romanos les esperaba aún la desgracia del saqueo de la ciudad, acometido por el rey bárbaro Alarico en el año 410, mientras el emperador Honorio, desde su refugio en Rávena, asistía impotente al espectáculo sin poder socorrerla. Esta muestra de debilidad alentó movimientos separatistas en otras provincias del Imperio, pues el gobierno demostró que era incapaz de defender el territorio. Pero el impacto psicológico de la victoria visigótica fue tan terrible como el político y contribuyó aún más al éxodo masivo de la población.

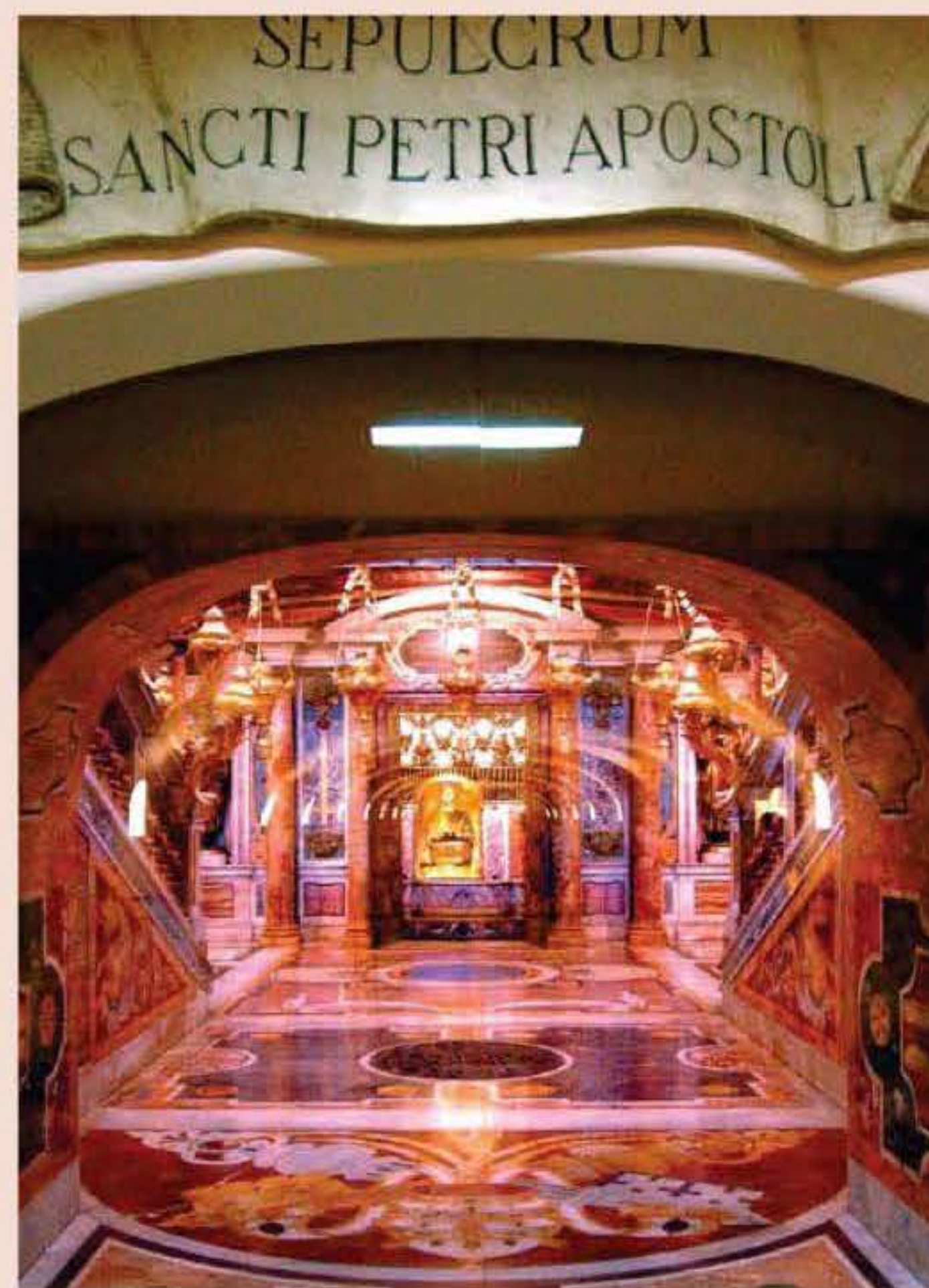
Presencia del cristianismo. Nadie entendía cómo la ciudad más poderosa de la Antigüedad había sido hollada con tal facilidad. Los paganos responsabilizaban al cristianismo del desastre por haber arrumbado a los viejos dioses, lo que fue contestado por los cristianos, encabezados por san Agustín desde su obispado de Hipona (la vieja Cartago). El pensador beatificado acusó a los paganos de llevar una vida pecaminosa que había sido la causante del desastre. Sin embargo, todos estaban de acuerdo en que el vicio, la corrupción, las luchas por el poder, los lujos y la relajación de costumbres habían sido las causas de la decadencia y del colapso de Roma. San Jerónimo, desde su retiro en las cuevas de Belén, resumió perfectamente el abatimiento que se adueñó de todos los habitantes del Imperio en una frase: *In una urbe totus orbis interiit* ("En una ciudad perece el universo entero"). Sus palabras tenían un especial sentido, pues él había residido en Roma, era amigo de muchos patricios y vio como conocidos suyos, a raíz del saqueo, habían tenido que emigrar incluso hasta Jerusalén. ▶

La primera basílica de san Pedro

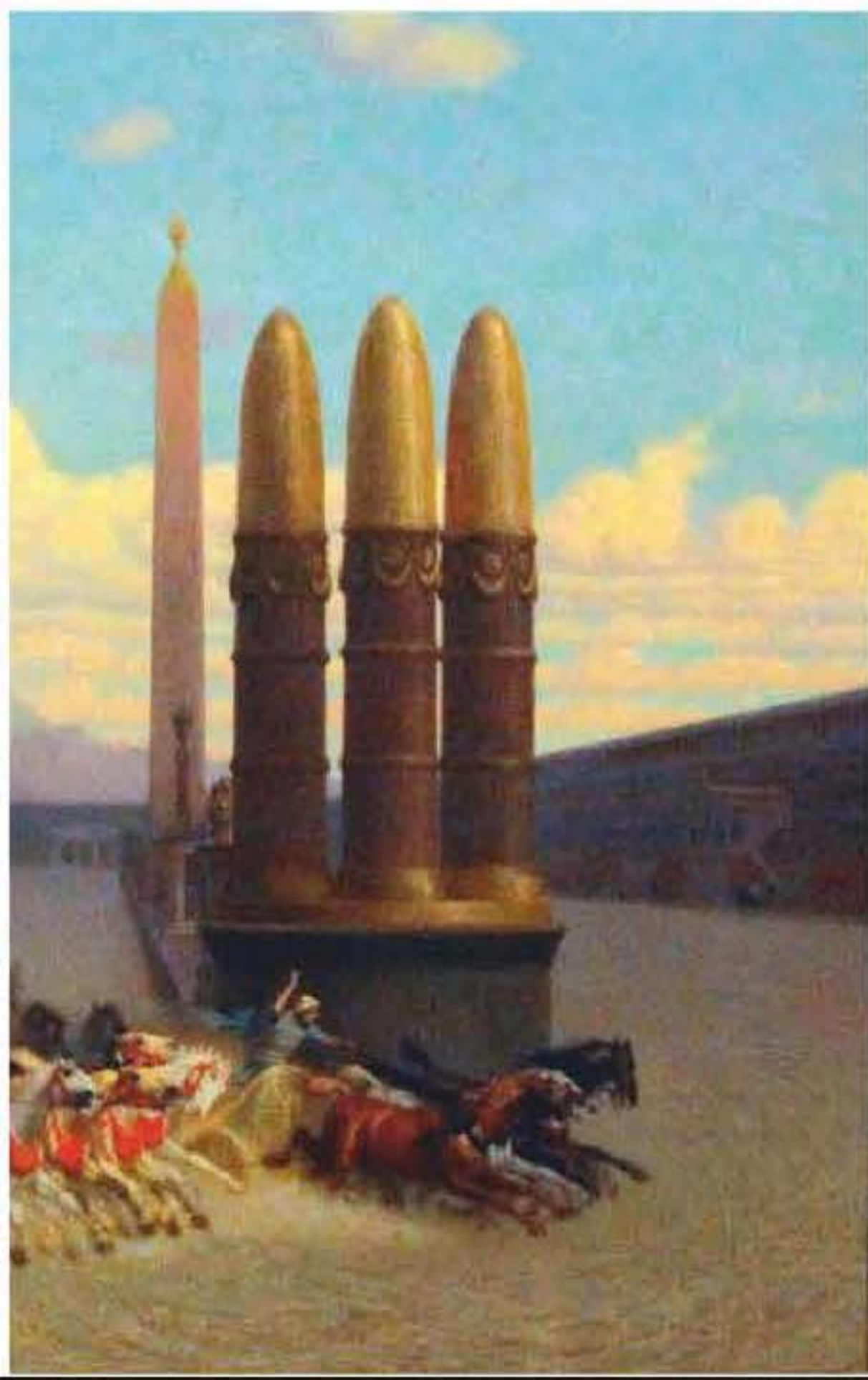
Cuando el apóstol san Pedro fue crucificado en el año 64, con Nerón en el poder, sus restos fueron enterrados en las proximidades del circo del Emperador, en la llamada colina Vaticana, y marcados por una roca a la que se había puesto una señal roja. Para ganarse el apoyo del cristianismo, Constantino impulsó la construcción de una basílica conmemorativa sobre su tumba, lo que tuvo lugar en el año 324. Tenía forma de cruz latina de 110 metros de longitud, contaba con cinco naves y en su construcción se le habían agregado decenas de columnas traídas de los viejos templos paganos que habían quedado en desuso en la capital imperial.

Sede permanente. Con los años, y en paralelo al poder de los papas que establecieron allí su residencia oficial,

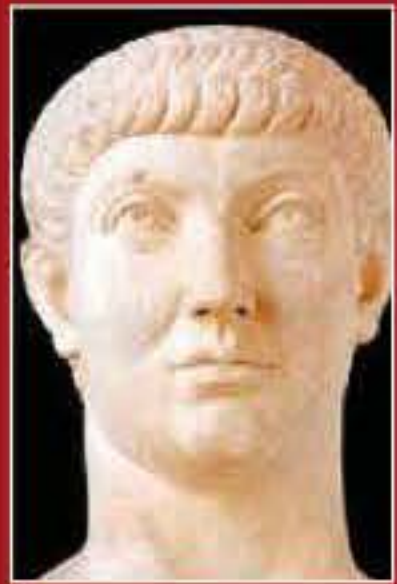
fue ganando en obras de arte, al tiempo que se convertía en el lugar preferido de peregrinación tras Jerusalén. Poco a poco se le fueron añadiendo edificios anexos, tanto con funciones religiosas como civiles, convirtiéndose en el mayor polo de atracción de la cristiandad. El interés de distintos reyes en estar apoyados por los papas acentuó su importancia; acogió, por ejemplo, la coronación de Carlomagno como emperador en el 800. El abandono que sufrió en el siglo XIV, debido al traslado a Aviñón (Francia) de la sede papal, llevó a la basílica a un estado ruinoso del que se salvó al recuperarse Roma como sede en 1378. En el siglo XVI fue ampliada por el papa Julio II, integrándose parte de los elementos arquitectónicos originales en la nueva construcción que ha llegado hasta nuestros días.



Actualmente, el sepulcro de san Pedro se halla en las Grutas Vaticanas (arriba), una necrópolis que se extiende por debajo de la antigua basílica constantiniana de Roma.



PERSONAJE



Constantino II (316-340). Segundo hijo de Constantino el Grande, se crió en el cristianismo. En 337 fue nombrado emperador, junto con Constancio II y Constante.

Estructura de la capital. La situación privilegiada de la antigua ciudad griega de Bizancio, sobre la que se construyó Constantinopla, la hacía inconquistable. Abajo, un mapa de la península, conocida como el Cuerno de Oro, donde se ubicó la capital.

► Pero, ya desde principios del siglo IV, Roma no respondía a las necesidades de un Imperio cuyo centro económico y político se desplazaba cada vez más a Oriente, región mucho más poblada y en donde el comercio y la agricultura tenían un nivel productivo más alto que en el cada vez más empobrecido Occidente. Para la élite gobernante era necesario acercar el centro de poder tanto a las zonas fronterizas como a los centros comerciales y de comunicación más importantes.

Protección ante el enemigo. En ese momento, las fronteras a proteger con más urgencia eran los ríos Danubio y Éufrates, que aparecían como unos límites del territorio mucho más peligrosos que el Rin. Estas necesidades llevaron al emperador Constantino a fundar la nueva capital sobre la vieja ciudad griega de Bizancio (colonia fundada por Megara en el siglo VII a.C.), a orillas del Bósforo, a las puertas del Mar Negro y a caballo entre Europa y Asia, lo que le permitía de paso controlar todo el tráfico comercial, tanto marítimo como terrestre, que se daba profusamente en sus proximidades. Por otra parte, el enclave —conocido como el Cuerno de Oro— estaba en una península que formaba un triángulo protegido por el mar en dos de sus tres lados, lo que lo convertía en un bastión defensivo casi inexpugnable.



De Bizancio a Constantinopla. La iglesia de la Divina Sabiduría (o Santa Sofía, en la imagen) estaba aún en construcción a la muerte de Constantino, principal impulsor de la capital del Imperio Oriental.

En el año 324, Constantino había vencido a sus rivales reunificando el Imperio bajo su única autoridad. Inmediatamente comenzó la construcción de la nueva ciudad, acto que convirtió en símbolo de su nuevo poder y que emulaba tanto al Eneas padre de la vieja Roma, como a Alejandro Magno, fundador de la joya de Oriente que era Alejandría. Con ello también otorgaba un claro mensaje propagandístico a su persona, pues no sólo aparecía como gran vencedor de sus rivales, ungido ahora por la nueva religión cristiana a la que protegía cada vez más, sino como un constructor de ciudades e impulsor del comercio y la economía.

El diseño de la urbe. Con la construcción de la nueva ciudad, Constantino, que desde el primer instante pretendió que fuese grandiosa y monumental, ansiaba recuperar el poder y el prestigio que en otro momento tuvo Roma. No en vano también se asentaba sobre siete colinas, lo que evocaba a la vieja ciudad, de manera que, al principio, se le puso el nombre de *Nea Roma Constantinopolis* (“la Nueva Roma de Constantino”), dejando claro que sería una réplica mejorada de la vieja urbe, aunque enseguida se la conoció simplemente como Constantinopla.

Para dar gloria y aureola sagrada a su construcción, se propagó la leyenda de que el mismo Emperador en

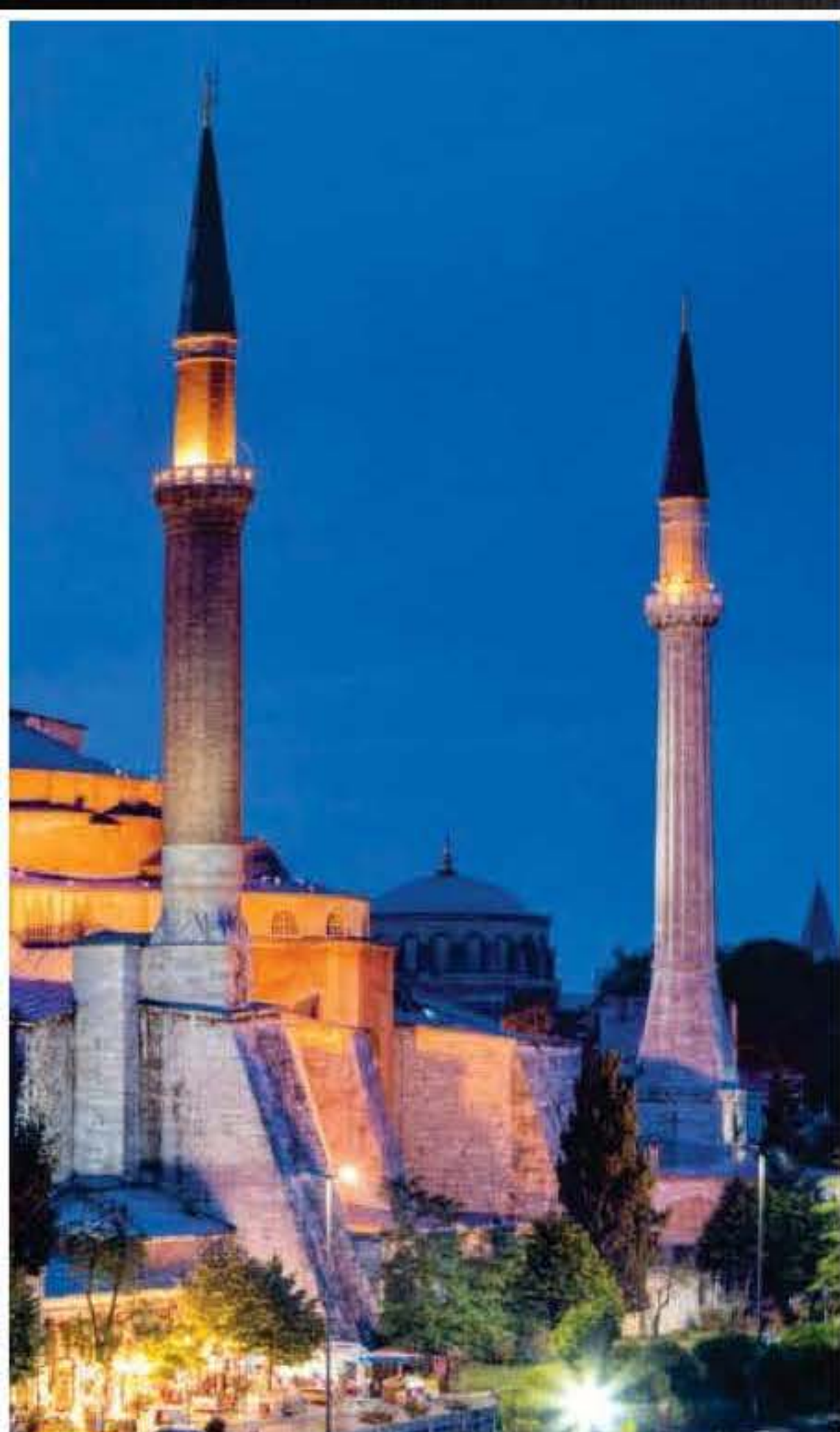
persona había delimitado con su lanza el perímetro que debía tener la ciudad, mientras era guiado por fuerzas divinas. De esta manera contó con el apoyo del joven cristianismo, al que se había aproximado por mero interés político, convirtiendo la ambiciosa empresa constructiva en una tarea bendecida por Dios desde su comienzo.

Si Constantinopla había de ser el reflejo del nuevo poder imperial en toda su magnificencia, no se debía reparar en gastos. Unos 40.000 trabajadores, la mayor parte esclavos godos, trabajaron en su construcción. Cientos de arquitectos, maestros de obras y decoradores acudieron desde todos los puntos del Imperio, llevando también consigo obeliscos egipcios, estatuas, columnas griegas y romanas, así como mosaicos arrancados de otras ubicaciones, que se sumaban a los que ellos mismos construían con material proveniente de las canteras de mármol ubicadas a pocos kilómetros. Alejandría, Atenas y la misma Roma fueron las ciudades desde donde se

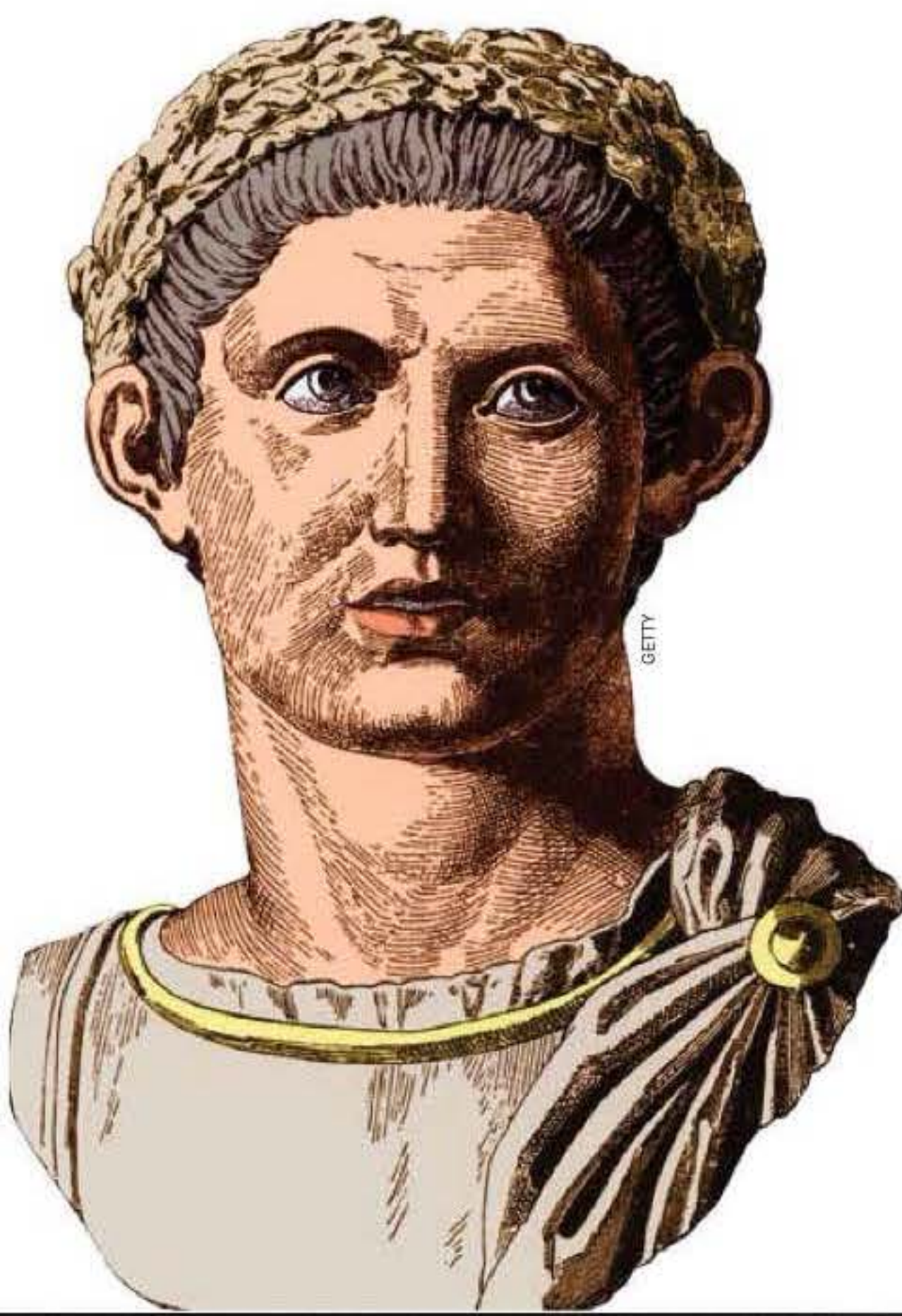


JOSE ANTONIO PEÑAS

Con la construcción de la nueva capital, Constantino ansiaba recuperar el poder y prestigio de Roma



llevaron más objetos decorativos a la nueva ciudad. Copiando el diseño de la vieja capital, se levantó un segundo Senado, aunque con menos senadores y de menor influencia para que jamás pudiese cuestionar el absoluto poder imperial. También se dividió en catorce distritos y en su diseño se contemplaron, desde el primer momento, acueductos, pozos, cisternas, termas, foros, palacios, un gran hipódromo de 50.000 plazas de capacidad y demás construcciones colosales que debían dar entidad de capital a la nueva ciudad. Ya después de la muerte de Constantino, su hijo



Constantino II fundó en 340 una universidad que pretendía reunir todo el saber de la Antigüedad. En la gran plaza central de la ciudad se levantaban, en cada uno de los cuatro lados, los edificios más magníficos e impresionantes: el Senado, el Hipódromo, el Palacio Imperial y la iglesia de la Divina Sabiduría (aún en construcción a la muerte de Constantino). Luego, esa basílica sería remodelada y ampliada por Justiniano, pasando a ser conocida simplemente como Santa Sofía. La cripta de este templo es la única construcción de la época de la fundación de la ciudad que permanece en nuestros días, junto con la famosa cisterna.

Cambio de aires. Los templos paganos que había en la vieja Bizancio no fueron destruidos, pero sí engullidos por las numerosas iglesias que se construyeron. En el nuevo foro se emplazó una estatua del dios Apolo aunque reemplazando su cabeza por una del Emperador, dejando claro así ante la opinión pública a quién quería que se venerase y recordase como el gran hacedor de la ciudad. Para garantizar la rápida y masiva llegada de población, decretó a la urbe libre de impuestos, y enseguida afluyeron tanto comerciantes y artesanos como ricas familias patricias desde todos los puntos del Imperio. Constantino puso especial interés en que todas las grandes familias romanas abandonasen la vieja capital y se instalasen en la nueva, trayendo consigo sus riquezas y séquitos, lo que incrementó el proceso de despoblación de Roma. Para ello, no dudó en recurrir a todo tipo de coacciones o incentivos. Hay anécdotas, posiblemente exageradas, que reflejan este interés y que hablan de que, mientras enviaba a sus generales a combatir a las lejanas fronteras, aprovechaba la ausencia para traer a sus familias, a las que alojaba en réplicas exactas de las mansiones que habitaban en Roma y que había ordenado levantar, restándoles argumentos para regresar.

Para alimentar a toda la población que se fue reuniendo, una flota de

Auge en Oriente. El emperador Constantino I (izq.) intentó recuperar el antiguo esplendor de Roma en una nueva capital, Constantinopla, a la que se mudaron importantes familias romanas.

El emperador Constantino I

Tras vencer a su rival Majencio en la batalla de Puente Milvio, Constantino el Grande fue proclamado emperador de la parte occidental en 312. Para motivar a las tropas había hecho pintar en sus escudos el lábaro, un símbolo que recordaba la cruz, logrando con ello el apoyo de los cristianos que tenían cada vez mayor presencia en el ejército, dada la promesa de vida eterna que conllevaba la nueva fe. Un año después promulgó el Edicto de Milán, que legalizaba la libertad religiosa poniendo fin a la persecución del cristianismo. Ello supuso la plena expansión de la religión, a la que apoyó por todos los me-

dios a cambio de ser correspondido por las jerarquías de la Iglesia. No obstante, no fue bautizado hasta poco antes de su muerte en 337.

Monarca de todos. Mientras tanto, en 324 había vencido a su rival Licinio, quien ostentaba el título imperial en Oriente, unificando de nuevo bajo su persona a todos los romanos. Se le considera, en buena medida, como el instaurador de la monarquía absoluta basada en la voluntad divina y, para cimentar su poder, no dudó en ejecutar a sus rivales aunque fuesen parientes cercanos, como su cuñado Licinio, su hijo mayor Crispo y su esposa Fausta. En el terreno militar, sus reformas dieron sus frutos y logró rechazar en varias ocasiones las incursiones de germanos y godos, llegando a reconquistar gran parte de la Dacia que se había perdido unos cincuenta años atrás, mientras que también conjuraba la amenaza de los persas sasánidas.



Moneda de la época de Constantino grabada con un lábaro que recordaba la cruz cristiana.

centenares de barcos aseguraba el suministro de trigo y demás alimentos que llegaba desde el delta del Nilo y de la costa de Oriente Medio. Enseguida, el mar Egeo y todas sus riberas se convirtieron en un dominio comercial de la nueva capital, que acaparó más del 80% de todos los intercambios que se daban en el Mediterráneo. Por fin, en mayo del año 330, se inauguró la ciudad entre enormes fastos que duraron cuarenta días, aunque las obras se prolongaron durante seis años más. Si al principio de las obras el pequeño Bizancio apenas llegaba a los 20.000 habitantes, al acabar la ciudad doce años después, la población se había multiplicado por diez. Cien años más tarde, a mediados del siglo V, ya eran medio millón los residentes, y en tiempos de Justiniano aún se doblaría de nuevo esta cifra. Constantinopla tomaba el relevo de Roma. ■

VÍDEO

bit.ly/1JAEYwM

Este documental de Canal Historia realiza un recorrido por la trayectoria del emperador Constantino I, conocido como Constantino el Grande.



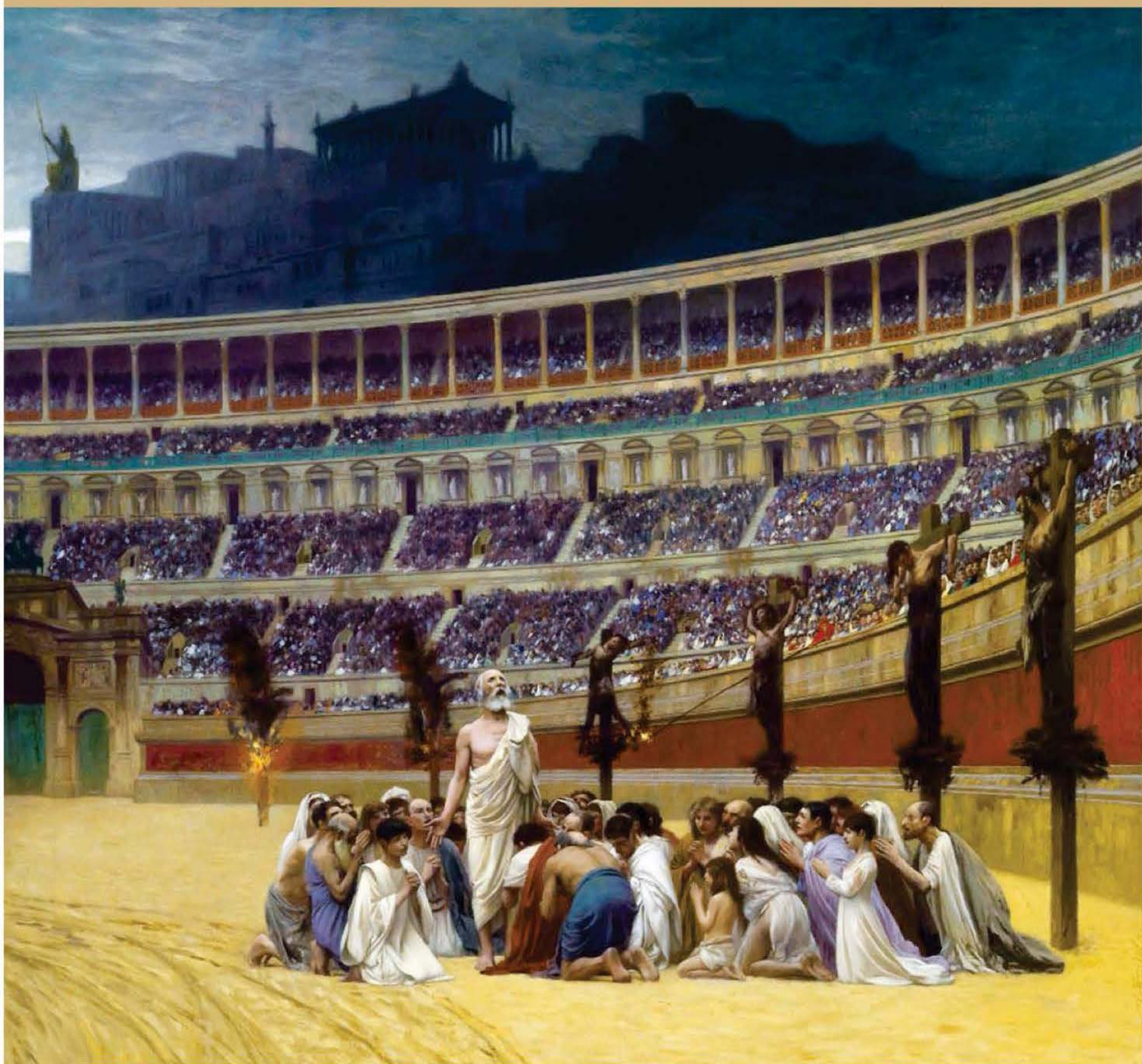
LA INFLUENCIA DEL CRISTIANISMO EN EL FIN DE ROMA

Al César lo suyo, lo demás a Dios

Los que podríamos llamar “bárbaros espirituales” —es decir, los portadores desde Judea de una extraña fe que acabaría siendo la del Imperio— pasaron de ser considerados una secta insignificante a ocupar el centro del poder romano.

Por Alberto Porlan, escritor y filólogo

La última plegaria de los mártires cristianos. Así se titula este óleo académista de Jean-Léon Gérôme, del s. XIX. Los proscritos primeros seguidores de Cristo iban cantando a enfrentarse a los leones, desconcertando a los romanos.



Históricamente, todo imperio se ha visto sometido a dos tipos de amenazas: las que proceden del exterior y las que surgen en su interior. Esas dos fuerzas están, además, relacionadas, pues cuando el imperio se ve amenazado por fuerzas internas la presión externa se recrudece, mientras que cuando la amenaza externa es realmente grave los problemas internos suelen moderarse o disolverse.

El Imperio Romano duró, con distintos avatares, cerca de medio milenio, y en ese largo período Roma aprendió

lecciones que serían fundamentales para su supervivencia. Por ejemplo, que la fuerza militar que exige el dominio de un territorio es proporcional al grado de opresión que sobre él se ejerce. Y no hablamos sólo de política e impuestos, sino sobre todo del aspecto ético y espiritual de los pueblos sometidos.

Sitio para todos los dioses. Los romanos comprendieron muy pronto que, cuando se toleraba la religión de aquellos a los que se había conquistado, todo resultaba mucho más fácil. Y, al fin y al

cabo, ¿qué importaba que los sometidos al Imperio dieran culto a divinidades es-trambóticas como escarabajos, toros o caballos? Lo fundamental era que respetasen las leyes y pagasen sus tributos puntualmente. Los dioses eran lo de menos, y todos tenían derecho a venerar a los de sus padres y abuelos. El principio de tolerancia religiosa era práctico y no significaba una amenaza para el panteón imperial. Muchos dioses ajenos no eran sino versiones de Júpiter, Marte, Venus o Mercurio, como estos lo habían sido a su vez de los griegos Zeus, Ares, Afrodita y Hermes. ►

Los primeros grandes enemigos de la nueva fe cristiana fueron los judíos que vivían en Roma

buena parte de la plebe romana hasta que empezaron a difundirse noticias y bulos que exoneraban de culpa al emperador y señalaban a los cristianos como autores del desastre.

Nerón apoyó con su autoridad la versión popular que él mismo había hecho circular y se dispuso a volcar en los cristianos el odio y la indignación que sentía el pueblo contra los incendiarios. El emperador sació aquella sed de venganza haciendo un espectáculo de la masacre: los cristianos fueron convertidos en antorchas vivas, martirizados hasta la muerte en público, entregados a los leones del Circo y, cómo no, crucificados en las plazas y a lo largo de las vías de entrada a la ciudad. No se conoce el número de los mártires, pero Tácito califica la cifra de ingente. Parece que una de las víctimas fue el propio apóstol Pedro.

Una secta desestabilizadora. Para el cristianismo, aquella persecución supuso la primera gran prueba de su Historia. Y no tanto por la pérdida de fieles, sino porque la acusación de pirómanos se amplió con la de enemigos del pueblo romano. Desde luego, este odio no había surgido de la nada: tenía largas raíces que hasta entonces no habían aflorado. La llegada de la nueva religión se vio al principio como el brote de un pequeño grupo de fanáticos inofensivos, pero pronto se comprendió que aquellos pocos tenían una inusitada capacidad de proselitismo, y aquí empezaron a sonar las alarmas.

Ciudadanos romanos de toda la vida se convertían al cristianismo y desaparecían de la vida social: no volvían a los templos, cambiaban de carácter, despreciaban las diversiones a las que antes habían asistido y, en general, daban la espalda a la que había sido su existencia anterior para refugiarse en el seno de la secta. Si la esposa de Marco se hacía cristiana, Marco se convertía en unapestado social. Si el hijo de Claudio se bautizaba, todos lo miraban con

Olor a chamusquina. A Nerón le vino de perlas el bulo de que habían sido los cristianos los causantes del incendio de Roma (cuadro historicista del s. XVIII).

► El mensaje a los pueblos integrados era: podéis seguir con vuestras creencias, no nos importa las que sean, pero tolerad que los demás hagan lo mismo, igual que nosotros os toleramos a vosotros.

Esta norma tan sabia funcionó muy bien al principio, hasta que llegó una secta que acababa de surgir entre las gentes de Judea y a la que llamaban cristianismo. Al principio, la idea que se tenía sobre ellos era confusa. Aquellas gentes eran tan judías como las que vivían en Roma y veneraban libremente a sus dioses en sus sinagogas, pero no creían en lo mismo. Así que había que diferenciarlos. Los judíos viejos se habían enfrentado con los nuevos a propósito –según dice Suetonio– de conflictos de opinión en torno a un tal Cresto. Esto significa que los primeros enemigos de los cristianos de Roma fueron los propios judíos que vivían allí en tiempos de Nerón, comerciantes acomodados que estaban muy cerca del emperador, ya que habían comprado el favor de su esposa, la bella Popea, a base de dádivas y regalos de gran valor.

Los incendiarios cristianos. Se tienen muy pocos datos acerca del primer núcleo de cristianos que vivió en Roma, pero es evidente que tuvieron que resultar despreciables para sus congéneres hebreos, que los verían como apóstatas de la fe

mosaica y auténticos enemigos. En el año 61, San Pablo visitó la capital del Imperio y se reunió con los principales judíos de la ciudad, pero la asamblea terminó con un gran tumulto en el que las partes llegaron a las manos. Tres años más tarde, en julio del año 64, se produjo el devastador incendio de Roma, que parece haber sido ordenado por el mismo Nerón. Al menos así lo creyó una

San Pedro, mártir de Nerón. Parece que el apóstol (al que vemos aquí en un cuadro de Zurbarán) se contó entre sus víctimas.

PERSONAJE



Nerón (37-68). Último emperador de la dinastía Julio-Claudia, entre el año 54 y su muerte. Persiguió a los cristianos y les acusó del incendio de Roma del año 64.



La superstición triunfal. El historiador Tácito (55-120), al que vemos en un grabado arriba a la izquierda, encontraba detestable la fe cristiana. En el siglo IV, emperero, Constantino la legalizó: por eso su monograma está en la lápida sepulcral paleocristiana de la derecha.

desconfianza y desprecio. Si el padre de Julia se adhería a la secta, le entregaba su fortuna y Julia se quedaba sin dote. Eran demasiadas perturbaciones en una sociedad que nunca las había sufrido por causas religiosas antes de la sorpresiva aparición de los cristianos.

Así que la nueva religión se convirtió en el principal objeto de odio de los romanos. Y los intelectuales, por su parte, no ahorraron epítetos para condenarla. Para Plinio el Joven, los cristianos formaban un grupo tan extravagante como perverso; Suetonio la consideraba una creencia muy peligrosa para el Imperio, y Tácito veía en ella una detestable superstición. Entre las clases populares se les acusaba de crímenes horribles, de antropofagia y de practicar orgías y ritos sangrientos en los que se descuartizaba a niños. Incluso se les achacaba la responsabilidad de las catástrofes naturales: algunos afirmaban que eran capaces de producir sequías, tempestades o desbordamientos usando su oscura magia.

Ateos de tan creyentes. La de Nerón inició una serie de persecuciones oficiales basadas en la acusación de ateísmo. Esto se explica por la índole excluyente de la religión cristiana, la cual exige de sus fieles una actitud cerrada ante cualquier otro culto. Y así, mientras que las demás creencias permitían a sus fieles participar en las ceremonias religiosas romanas, la nueva fe exigía una exclusividad que les impedía partici-

par en los ritos públicos, por lo que se los consideraba ateos que vivían al margen de la sociedad imperial. Y esto a pesar de que, como ciudadanos, mantuvieron siempre una actitud civil perfectamente correcta: pagaban sus impuestos y respetaban las leyes, conforme a la máxima de su maestro: "Dad al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios".

De la persecución al poder. Las persecuciones contra aquel enemigo común reforzaron a la sociedad romana y, en parte, la homogeneizaron, pero también robustecieron a la nueva religión en lugar de debilitarla. Aquellas penalidades y matanzas forjaron entre sus fieles una actitud de resistencia a toda costa en la que la gloria consistía en entregarse a la muerte con deliberada conformidad: iban cantando a enfrentarse con los leones.

Esa actitud resultaba desconcertante para el pueblo y situaba a los mártires cristianos en una posición de superioridad moral o de supremo fanatismo que helaba la sangre. Roma se endureció y sacó el gran garrote contra los cristianos. Trajano ordenó que no se los persiguiese de oficio, pero que se ejerciese la autoridad contra quienes eran acusados formalmente de cristianismo y que, si después de procesados no adoraban a los dioses imperiales, fueran

La llamada Porta Nigra, en Trier, Alemania (en la imagen), es un resto de la romana Tréveris, lugar de ejecución de Prisciliano.

reos de muerte. Y así continuaron las cosas, alternando períodos de relativa calma con otros de agudas persecuciones por parte de Decio y de Valeriano, que culminaron cuando Diocleciano, alarmado por la infiltración cristiana en la masa del ejército, decretó en el año 304 la ejecución de todos los cristianos del Imperio. Este momento histórico que pudo haber terminado con la nueva religión fue, sin embargo, el que consolidó definitivamente su victoria. Nueve años más tarde, el emperador Constantino legalizó el cristianismo, aunque no sería hasta el año 380 cuando Teodosio lo proclamó como la única religión de Roma.

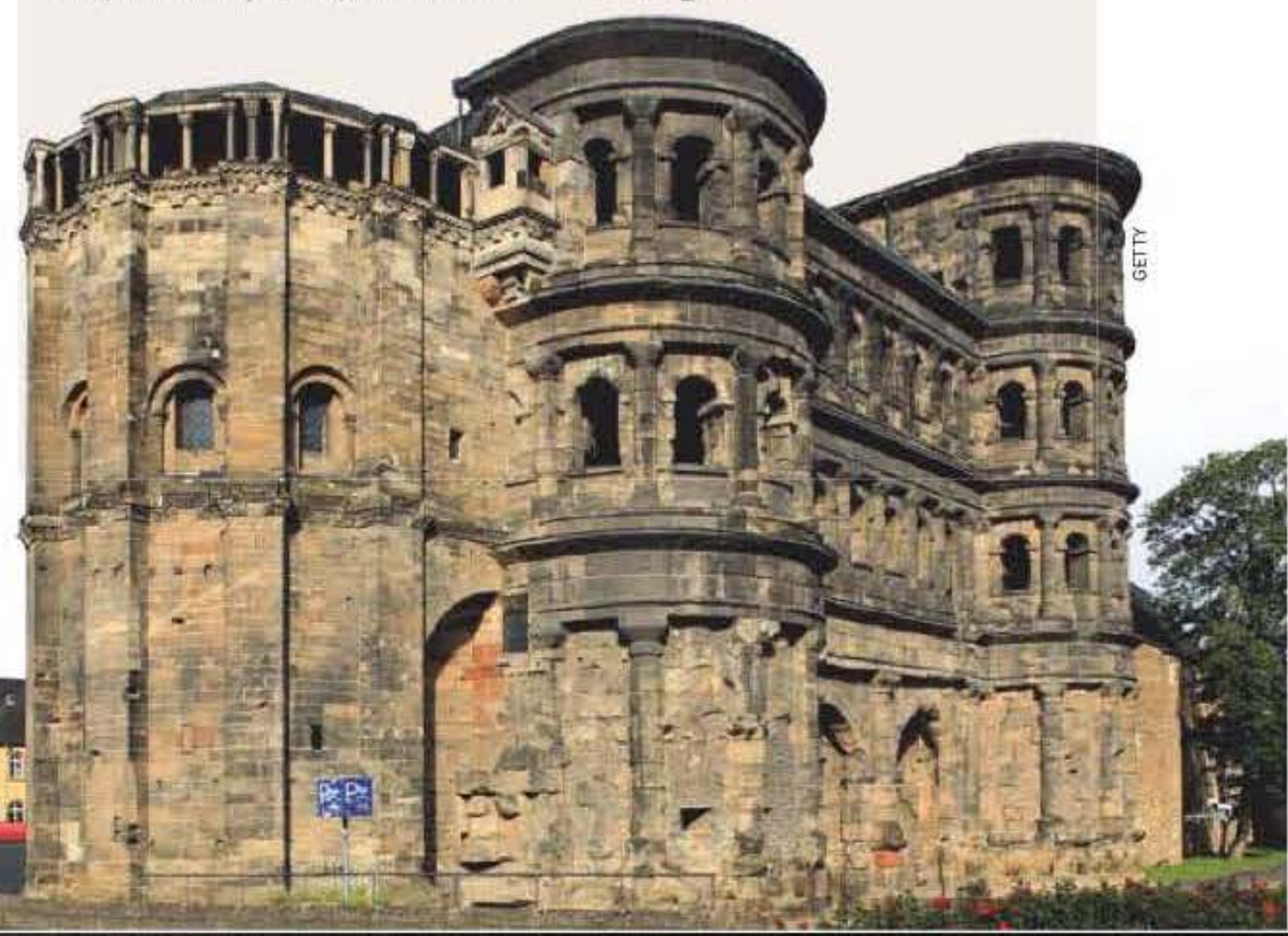
A partir de entonces, los problemas del cristianismo se convirtieron en problemas de Estado. Se puso de manifiesto que las diferencias en la interpretación del dogma podían ▶

Prisciliano, el chivo expiatorio

El emperador Teodosio, que era de origen hispano, no se limitó a decretar que el cristianismo sería en adelante la única religión del Imperio, sino que estableció la pena de muerte para los herejes. Fue su co-regente Máximo, también hispano, el que aplicó estas medidas como escarmiento de herejes, y su primera víctima fue un obispo hispano llamado Prisciliano, al que otros califican de monje o de asceta. No se conocen las prédicas de este personaje, pero se sabe que fue acusado de maniqueísmo por otros dos obispos y que se celebró un concilio en Burdeos en el que sus ideas fueron condenadas. Era el caso perfecto para que Máximo

interviniese aplicando sobre él todo el rigor del Imperio, de modo que lo hizo llamar a Tréveris (la actual Trier, en Alemania), que era donde él se encontraba.

Ejecución ejemplar. Prisciliano acudió acompañado de media docena de seguidores, y a Máximo le faltó tiempo para juzgarlos y ejecutarlos, lo que motivó la indignación de grandes figuras cristianas como San Ambrosio y San Martín de Tours. Después se han asociado toda clase de mitos y leyendas a la figura de Prisciliano, y algunos hasta suponen que está enterrado en el sepulcro de Santiago, pero no han quedado datos fidedignos.



Hipatia, mártir de la ciencia

¿Y las mujeres? Casi nunca aparecen mujeres en los primeros relatos del cristianismo, si acaso nombres de mártires femeninas. Pero también hubo mártires femeninas... a manos de los cristianos: ahí está el caso de Hipatia, recogido hace unos años en la película *Ágora* (2009), de Alejandro Amenábar. Esta mujer extraordinaria, que logró despuntar por su inteligencia científica en una época

en la que tal cosa resultaba inusitada, fue hija de un matemático y astrónomo llamado Teón y nació en la ilustre Alejandría de Egipto durante los últimos años del Imperio Romano. Fue autora de importantes tratados de álgebra y astronomía y se la asocia igualmente al perfeccionamiento del astrolabio, un instrumento fundamental para los navegantes. Poco después de la caída de Roma, en el año 415, y

como efecto del rechazo cristiano a todo lo que oliese a ciencia (y peor aún, a mujer y a ciencia), Hipatia fue lapidada y descuartizada en las calles de su ciudad.

La razón frente al fanatismo.

Fue responsable una turba de cristianos, que estuvieron alentados, según se afirma, por el obispo Cirilo, un verdadero fanático cuya biografía contiene pocos elementos de apoyo para considerarlo santo, como hace actualmente la Iglesia católica.



La británica Rachel Weisz (arriba) encarnó a Hipatia en *Ágora* (2009, Alejandro Amenábar).

► traer consecuencias secesionistas para el Imperio, porque no todos los cristianos pensaban lo mismo. Desde el primer momento habían aparecido puntos de vista diferentes, sobre todo acerca de Jesucristo. A fines del siglo I, Cerinto y la secta de los ebionitas, que eran judíos cristianos, consideraban que Jesús había sido simplemente un judío bueno y sencillo a quien Dios escogió para proclamar su verdad. Estos grupos eran minoritarios y pronto fueron absorbidos o desaparecieron. Pero por entonces la fe de los cristianos, ya la del Imperio, se encontró de frente con el mayor peligro que hubo de arrostrar en los tiempos antiguos: el gnosticismo. No es posible saber de dónde proceden los orígenes de esta corriente espiritual. Parece haber sido un gran movimiento sincrético en el que latían los fundamentos de creencias religiosas extremadamente antiguas.

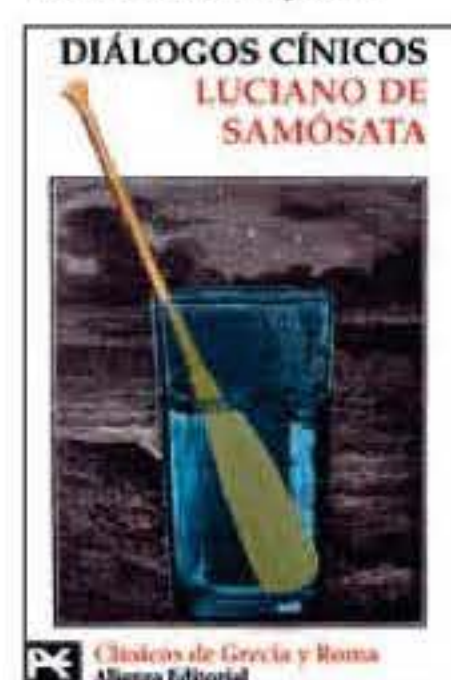
daica. Sólo admitía como referencia cristiana (y parcialmente) el *Evangelio de Lucas*, y además proscribía el matrimonio y la paternidad. Era demasiado, y la cerrada oposición de los cristianos de base logró desligar a la nueva religión de cualquier adherencia de gnosticismo.

Apareció después el maniqueísmo, cuyo fundador, Manes, se hacía llamar a mediados del siglo III “apóstol de Jesucristo”. Su idea del dualismo básico del mundo entre dos princi-

pios opuestos, la luz y la oscuridad, el bien y el mal, encajaba parcialmente en el esquema escatológico cristiano, y hasta San Agustín se dejó captar por ellos. Pero la dicotomía maniquea resultaba poco sutil para explicar los claroscuros del mundo y quedó al margen. Sin embargo, la religión mitraica, en la que importaban más los ritos que las creencias, pudo haber dejado honda huella en los ritos cristianos. Mitra era una divinidad oriental que había pasado a Ro-

LIBRO

Diálogos cínicos, Luciano de Samósata. Alianza, 2010. Dentro de la colección “Clásicos de Grecia y Roma”, una muestra de la brillantez del fundador de la Escuela de Antioquía.



Gnósticos, maniqueos y mitraicos.

Su idea de la divinidad era la de un ser supremo rodeado de auxiliares intermedios entre el mundo y el cielo llamados eones, los cuales acompañaban a Dios en lo más alto del firmamento, el pleroma. Afirmaban que Cristo había sido uno de aquellos eones que bajó al mundo. Los gnósticos eran un grupo organizado al que pertenecían gentes ilustradas, y consideraban el cristianismo como una versión más de sus creencias. Desde muy pronto se infiltraron en las comunidades, y alcanzaron su máximo poder con la figura de Marción, que a mediados del siglo II creó en Roma una corriente religiosa en la que se mezclaban inextricablemente gnosticismo y cristianismo, al que desligaba por completo de la tradición ju-

Religión del Imperio. En eso se convirtió el cristianismo. Lo decretó en 380 Teodosio I, que condenó a muerte a los herejes como Prisciliano (en este óleo de Rubens, San Ambrosio ruega inútilmente en favor de aquél ante Teodosio).



En cierto modo, el cristianismo perpetuó el Imperio Romano: preservó su lengua, el latín, y mantuvo a Roma como centro de poder

ma y cuyas creencias y ritos se parecían demasiado a los cristianos. Los mitraicos se bautizaban y eran ungidos en la frente, comulgaban bajo las especies de pan y vino, practicaban la confesión y el ayuno, sus sacerdotes eran célibes y sus reglas morales eran prácticamente iguales que las cristianas. San Agustín asegura que un sacerdote mitraico le confesó en una ocasión que ambos adoraban en realidad al mismo dios. Pero el mitraísmo desapareció a causa de una herejía propia llamada *Sol Invictus*, que la desligó del cristianismo.

Los paladines de la fe. Con todos estos ataques, la Iglesia primitiva desarrolló su propio sistema de defensa: empezaron a surgir líderes de opinión, intelectuales que eran considerados paladines de la fe. Primero fueron los Padres Apostólicos, unos cuantos autores griegos que se consideraban seguidores directos de los apóstoles. Después, en los tiempos más duros de las persecuciones, aparecieron los apologetas, redactores anónimos de discursos que rebatían categóricamente las acusaciones y los bulos populares contra los cristianos. El más grande apologeta fue Tertuliano, un romano nacido en África que, tras defender brillantemente el cristianismo, terminó cayendo en la herejía llamada

montanismo, la cual exigía de sus fieles una conducta severísima, casi imposible de mantener. Los grandes centros intelectuales de la fe cristiana se localizaron en dos focos: la Escuela de Alejandría, donde surgió en el siglo III la figura de Orígenes, y la Escuela de Antioquía, que fundó Luciano de Samósata en el año 312. Estos dos polos rivalizaron en agudeza y elocuencia, y establecieron las bases de lo que sería después el cuerpo teológico del cristianismo, con Agustín de Hipona a la cabeza.

El principal punto de discusión al que se enfrentaban los teólogos era el misterio de la Trinidad. Y esto había ocurrido desde el primer momento, pues la idea de un dios que reúne a tres personas distintas, divinas a su vez cada una de ellas, no resultaba fácil de aceptar ni de entender; por eso se la llamaba misterio. Y, como todo misterio, aceptaba interpretaciones y especulaciones.

A vueltas con la divinidad de Cristo. Arrio, obispo de Alejandría, negaba la divinidad de Cristo ateniéndose a que todo cuanto existe fuera de Dios es fruto de su creación. Esta opinión era muy peligrosa, pues implicaba que el sacrificio de Cristo en la cruz no había sido el de un dios, sino tan sólo el de un hombre. El arrianismo prosperó sobre todo en los círculos intelectuales, pero también los bárbaros que se convertían en masa aceptaban mejor la idea de un hijo subordinado a un padre que la de un hijo tan divino como el padre. La unidad de la Iglesia se vio comprometida y a lo largo de varios concilios se llegó a una fórmula de la fe que debía ser aceptada por todos: la consustancialidad del Padre

De ortodoxo a hereje.

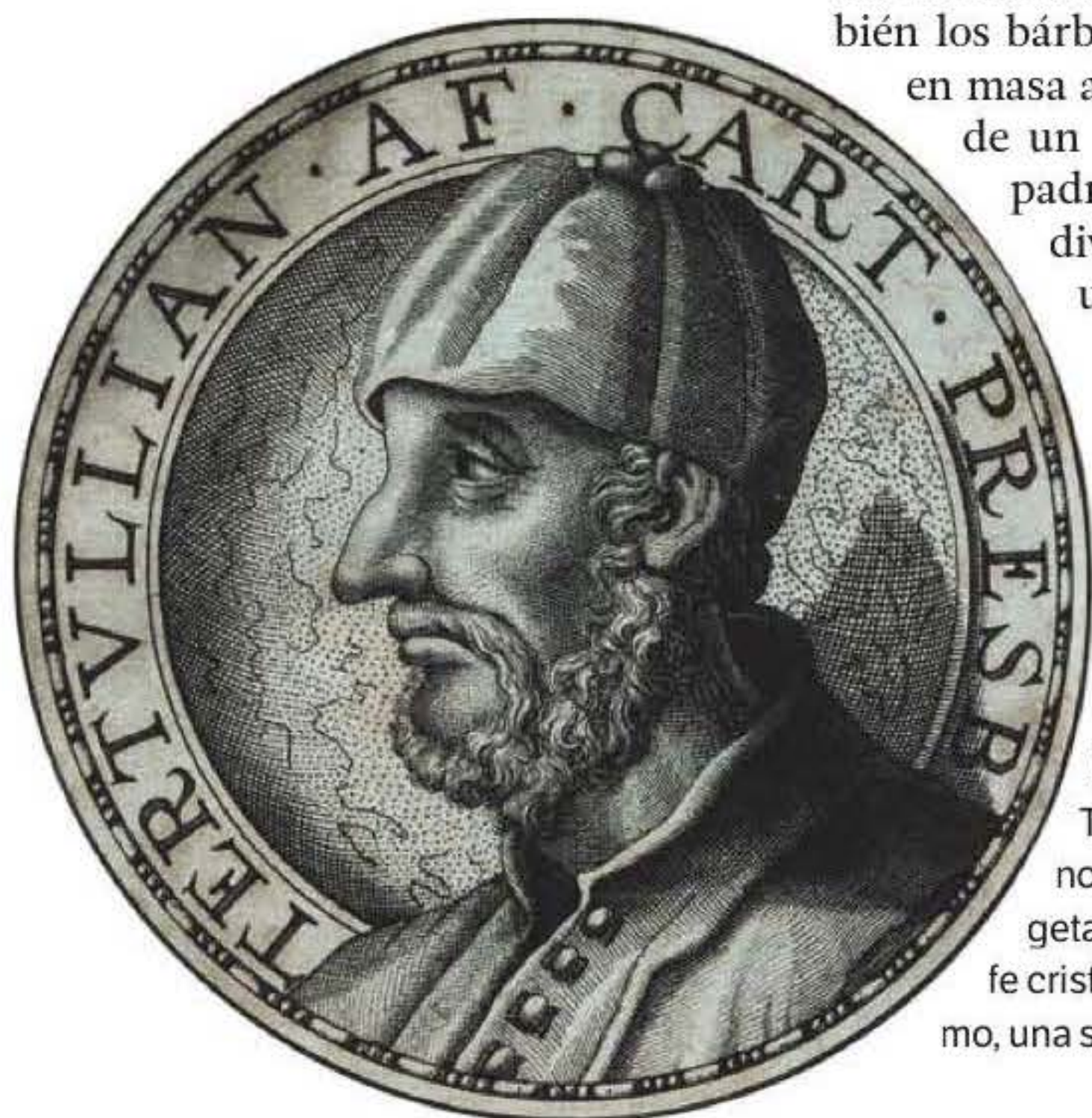
Tertuliano (160-220), romano africano, pasó de apologeta o defensor a ultranza de la fe cristiana a abrazar el montanismo, una secta que sería proscrita.



Uno y trino. El misterio de que el Dios cristiano reuniera en sí al Padre, al Hijo y al Espíritu (ilustrado en este óleo flamenco de Vermeyen, s. XVI) causó herejías y controversia.

y el Hijo. Pero esto abrió la puerta a otra alternativa herética: ¿desde cuándo Cristo fue Dios? Nestorio, obispo de Constantinopla, predicaba que María no engendró al hijo de Dios, sino a la criatura humana que ocupó la divinidad para mostrarnos el camino de la salvación.

Roma sobrevivió en la Iglesia. En estas cuestiones se hallaba enredado el cristianismo, cuando los bárbaros entraron en Roma en el año 410 y las amenazas interiores del Imperio dejaron de tener importancia. El libro de la Historia pasó la última página de cinco siglos de dominio romano y amaneció una nueva era, la Edad Media, en la que el cristianismo alcanzaría sus cotas más altas de poder. El Imperio cristiano de Teodosio sólo había durado treinta años, pero de alguna manera la religión de Cristo perpetuó el Imperio Romano. Mantuvo su lengua, el latín, para sus ritos y celebraciones, así como también mantuvo en Roma su centro de poder. De modo que, a la pregunta de si el cristianismo fue un factor decisivo en la caída de Roma, la respuesta es que no: el Imperio ya estaba muerto cuando se hizo cristiano. Más bien podría afirmarse lo contrario: que sobrevivió en la religión que, inicialmente, parecía ser su enemiga. ■



PERSONAJE



Marción de Sinope (85-160). Escritor y teólogo griego, fundó la secta marcionita (gnóstica), que rechazaba la tradición judaica y, por ello, el Antiguo Testamento.

¿Cuál era el espacio público más grande de Roma?



La pista del Circo Máximo de Roma tenía una longitud de 621 m por 118 m de ancho. Arriba se señalan distintas partes del estadio circense.

¿Qué mujer se atrevió a desafiar a los emperadores romanos?



Este óleo representa a la monarca Zenobia admirando una vista de su reino de Palmira.

La inteligente Zenobia fue la mujer que, desempeñando funciones de rey, puso en jaque a los emperadores Galieno y Claudio y, con gran dificultad, fue vencida por el augusto Aureliano en 273. Era una mujer culta, dominaba varios idiomas y manejaba el arco con tanta destreza como los famosos soldados de Palmira, una ciudad oasis en el desierto sirio. Zenobia entra en la Historia de la mano de Odenato de Palmira, que la convierte en su esposa y más tarde en reina. A la muerte de su marido, en 267, el reino de Palmira pasó a manos de Zenobia. La monarca aspiró a crear un tercer imperio que dominara a persas y romanos. Gracias a sus campañas militares, impuso su poder en toda Asia Menor e incluso en Egipto. Ante la amenaza que suponía Zenobia, el emperador Aureliano, en 272, decidió actuar y sitió Palmira hasta que la ciudad se rindió.

¿Cuántas víctimas dejó el proceso del fin de Roma?

El número de caídos durante el agonizante fin de Roma se calcula en alrededor de 8 millones, desde el s. III al s. V. Si partimos de la escala de población del siglo XX, esa cifra equivaldría a 105 millones de muertos. Entre los siglos III y V se sucedieron múltiples ataques

bárbaros en las provincias romanas de Occidente. Son legendarias muchas de las batallas en las que los romanos defendían las fronteras frente a los pueblos bárbaros y existen aproximaciones del número de combatientes romanos caídos en algunas de ellas, por

ejemplo: en Cartago (455) se perdieron 15.000 legionarios y en Adrianópolis (465) se calcula que cayeron unos 20.000 soldados. La crisis vivida por Roma fue un proceso largo y lleno de vicisitudes, pero no sólo en el ámbito político, sino que fue acompañada de hambrunas y epidemias que en nada ayudaron al estado, ya deplorable, de un Imperio en declive.



La infantería romana manejaba un arma básica llamada pilum (lanza de 2 m).

¿Quién se entrevistó con Atila?

El testimonio de la entrevista llevada a cabo entre una embajada romana y el caudillo huno Atila nos llegó a través del historiador Prisco de Panio (c. 395-453). El relato recogido por el historiador tracio en su obra *Excerpta de Legationibus* (475) aporta una interesante información sobre el pueblo de los hunos y la temida figura de su rey Atila. Es una de las pocas fuentes sobre las costumbres de los pueblos bárbaros de la época que han llegado a nuestros días.



La fiesta de Atila, cuadro que se basa en el fragmento de Prisco, al que se representa de blanco.

En 448, Teodosio II encomendó a uno de sus embajadores de Oriente, Maximino, la visita a la corte de Atila. A su vez, el embajador solicitó al respetado Prisco que lo acompañase en tal misión, a lo que el historiador accedió, pasando así a formar parte de la comitiva diplomática.

Fueron agasajados con una recepción que Prisco describió al detalle, destacando lo refinadas que eran las formas del rey, a quien se suponía rudo e indecoroso. Además, la comitiva se sorprendió al ver que un esclavo griego era el hombre más allegado a Atila.



Gibbon fue considerado el primer historiador moderno y uno de los más influyentes de todos los tiempos.

¿Qué historiador interpretó más acertadamente la caída del Imperio Romano?

Edward Gibbon (1723-1792) alcanzó la cima en la historiografía y la literatura universales con su obra de seis tomos *Decadencia y caída del Imperio Romano*. El historiador británico sintetizó la causa de la ruina de Roma en estas palabras: "La sucesión de cinco siglos impuso los diferentes males de desfreno militar, despotismo caprichoso y elaborada opresión". Publicada en Inglaterra hace más de doscientos años (de 1776

a 1788), la obra de Gibbon fue criticada en su tiempo con acusaciones referentes a la irónica descripción del primer cristianismo, lo que provocó que la Iglesia católica la colocara en el índice de libros prohibidos. Pero de forma unánime se reconoce que la interpretación de Gibbon de la caída de Roma es imprescindible, además de acertada. Con una voz narrativa mezcla de erudición y estilo, es admirado universalmente.

¿Dónde nació el emperador Teodosio el Grande?

La controversia respecto al lugar de nacimiento del emperador Teodosio I (347-395) discurre entre dos posibles localidades de la Hispania romana: *Cauca* (actual Coca, Segovia) e *Itálica* (Sevilla). Que Teodosio nació en *Cauca*, una *civitas* de la *Gallaecia*, es una sólida creencia generalizada en la bibliografía extranjera y española y apoyada en los pasajes de dos autores antiguos: Hidacio y Zósimo. Pero si prestamos atención a estudios actuales, obtendremos una argumentación, también firme, sobre el improbable nacimiento de Teodosio en *Cauca* y su origen galaico. Pues, desde la época de Diocleciano (297), *Cauca* no formaba parte administrativa de *Gallaecia*, sino de la provincia *Carthaginiensis*. Y, rebuscando en la historiografía española de los siglos XVI al XX, comprobaremos que acreditados historiadores afirmaron reiteradamente que en Itálica habían nacido tres grandes emperadores: Trajano, Adriano y Teodosio; creencia que se abandonó por influencia de la bibliografía extranjera.



En la localidad segoviana de Coca (*Cauca*), un busto de Teodosio I, acompañado de una placa, conmemora el nacimiento del Emperador.

¿Qué eran las bagaudas?



Las bagaudas surgieron como respuesta a las tensiones sociales existentes durante el Bajo Imperio en las zonas agrícolas.

Fueron revueltas campesinas sucesivas y surgieron como una forma de oposición de tinte violento. Esos brotes combativos de lugareños descontentos se conocieron con el nombre de *bagaudas*. Este movimiento comenzó a finales del siglo III y duró hasta el siglo V. Lo seguían gentes desarraigadas y sin trabajo, que formaban un grupo muy heterogéneo de diversa procedencia y estatus social y se rebelaban contra el maltrato recibido por la sociedad. Muchas de estas revueltas campesinas tuvieron lugar en las provincias de la Galia e Hispania. La primera noticia de este tipo de rebeliones se tiene en territorio hoy francés, en 285. Al principio, se consideraba un mero movimiento de banditaje, pero muchos autores le otorgan un carácter de revolución social, con objetivos tales como abolir la servidumbre. En ese sentido, el escritor latino-cristiano Salviano de Marsella, del siglo V, ilustra muy bien el fenómeno de las *bagaudas* con esta reflexión: "Prefirieron vivir libremente con el nombre de esclavos, que ser esclavos manteniendo sólo el nombre de libres".

Aunque las llamadas revueltas bagáudicas al final no significaron ningún tipo de cambio revolucionario, sí contribuyeron a acelerar la descomposición del sistema político-administrativo romano de Occidente.

FACTORES DE LA DECADENCIA

Los pecados capitales de Roma

¿Cómo pudo tener tan triste final un imperio tan sobresaliente? Desde el siglo XVIII, los historiadores señalan un cúmulo de causas: al colapso económico, la corrupción política y la crisis militar se suman las invasiones y el cristianismo.

Por José Ángel Martos, periodista y escritor





“**M**e encontraba meditando entre las ruinas del Capitolio; mientras los frailes descalzos cantaban las vísperas en el templo de Júpiter, surgió por primera vez en mi mente la idea de escribir sobre la decadencia y caída de la ciudad”. Así explicó Edward Gibbon el momento en el que concibió el proyecto del que iba a ser uno de los libros de Historia más importantes de todos los tiempos, *Decadencia y caída del Imperio Romano*. Como Newton con la manzana, Gibbon tuvo su momento de revelación. Fue el 15 de octubre de 1764 en Roma y el primer volumen de su magna obra se publicaría en 1776.

El primero en hablar de decadencia.

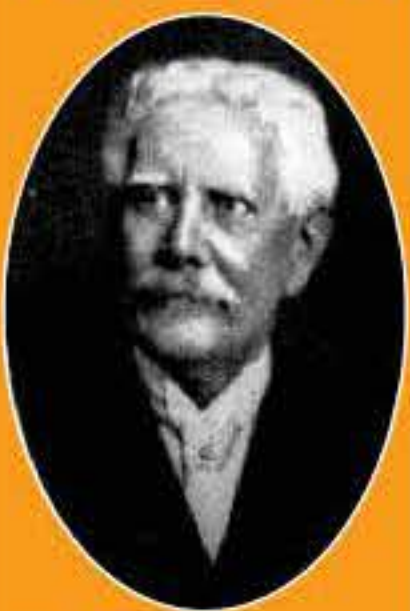
Hoy en día estamos acostumbrados a decir que el Imperio Romano experimentó una “decadencia” que acarreo un triste final a una civilización sobresaliente, pero esta explicación para los últimos siglos de Roma no existía antes de que Gibbon la sintetizara en el siglo XVIII. Él tuvo el mérito de ser el primero en analizar la Historia del Imperio latino de una forma global: examinó varias centurias, multitud de emperadores y todo tipo de sucesos. Fue él quien acuñó la visión decadentista, hoy instalada en nuestro imaginario, que nos hace pensar en emperadores indolentes entregados a sus banquetes y orgías (cuando no locuras), ignorando las obligaciones de gobierno.

Tal y como lo estableció Gibbon, lo que ocurrió es que los ciudadanos romanos y sus representantes políticos ▶

La imagen acuñada por Gibbon. Pannini pintó el óleo que vemos a la izquierda, una alegoría sobre la decadencia de Roma, en 1757. Poco después, en 1776, el historiador británico Gibbon (dcha.) asentó en el imaginario colectivo esta visión decadentista de las causas del fin del Imperio Romano.



PERSONAJE



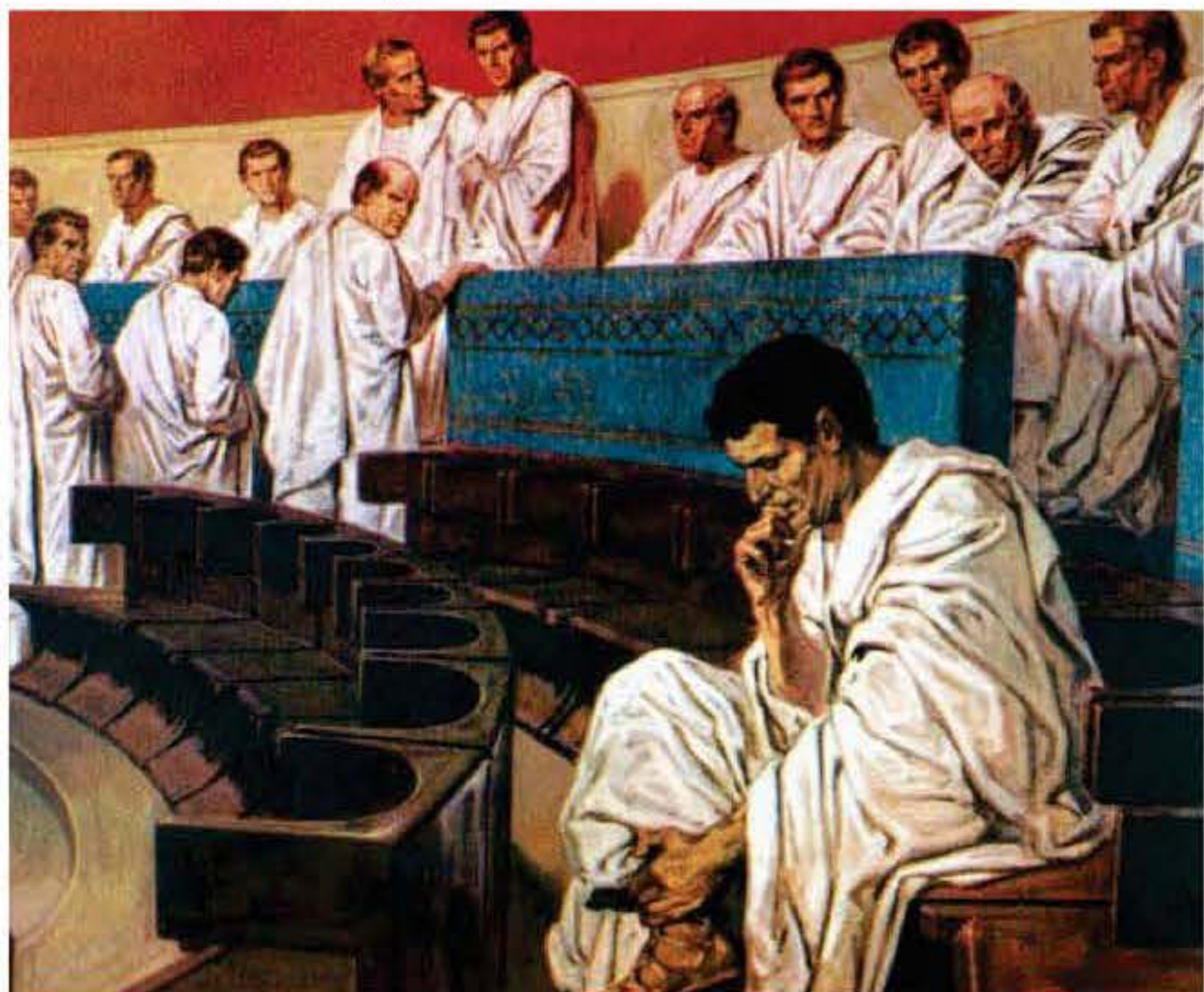
Sir Charles Oman (1860-1946). Historiador militar británico, escribió sobre la batalla de Adrianópolis en su influyente *El arte de la guerra* (1885).

► empezaron en un cierto momento a ignorar sus “virtudes cívicas”, es decir, su elevado sentido del deber y el buen hacer en los asuntos públicos. Esto los llevó a abjurar de algunas de las obligaciones más pesadas que imponía el sostenimiento del Imperio; en particular, la de nutrir el ejército de los necesarios efectivos humanos. Cada vez más, las legiones estuvieron pobladas por extranjeros, bárbaros que, a la postre, tuvieron en sus manos un aspecto clave: la defensa de las fronteras del Imperio. Faltos de la formación y también del compromiso necesarios para cumplir esta difícil tarea con la fortaleza requerida, las costuras del mundo romano acabarían rotas, desbordadas por otros pueblos necesitados de utilizar la guerra como forma de supervivencia, en especial los hunos.

Crisis militar y religiosa. Dentro del ejército romano, Gibbon señaló a la guardia pretoriana como la primera institución en desviarse de sus funciones iniciales con consecuencias fatales. Se trataba del único cuerpo del ejército que podía acampar en la propia Roma, de forma que era por derecho un grupo privilegiado. Esta ventaja la aprovecharon sus comandantes para inmiscuirse en asuntos de poder, intentando imponer sus puntos de vista o directamente a sus líderes. De hecho, la guardia pretoriana fue protagonista del asesinato de varios emperadores. Gibbon se expresa tajantemente sobre su papel: “Su furia licenciosa fue

La pérdida de peso del Senado.

Si en la República jugaba un rol político esencial (debajo, el conspirador Catilina; grabado con el Imperio decayó).



A mí la guardia pretoriana. Gibbon señala a este cuerpo del ejército –un grupo privilegiado, el único que podía acampar en la propia Roma– como uno de los factores de inestabilidad del Imperio por su corrupción y ansia de poder (arriba, en un bajorrelieve).

el primer síntoma y causa primera de la decadencia del Imperio Romano”.

A partir del siglo III, empezaron a proliferar los emperadores militares, que utilizaban su mando sobre las legiones para levantarlas contra el poder civil del Senado e intentar auparse al poder mediante la técnica del golpe de Estado, todo un clásico de la política que nos ha legado Roma y que continúa hoy casi tan vigente como veinte siglos atrás.

La pérdida del interés por las virtudes cívicas y por el progreso del Imperio, ¿a qué se debía? Gibbon señala al cristianismo como un factor esencial en el incremento de la defección romana por los asuntos públicos. Aunque la fe cristiana sólo podía practicarse de forma clandestina en sus primeros tiempos, acabó por prender con gran fuerza entre los romanos, incluidos sus dirigentes. Y esto tuvo consecuencias. Según la teoría de Gibbon, al proclamar el cristianismo que la vida mortal no es más que la antesala a otra exis-

tencia después de la muerte y que es para esta última para la que hay que prepararse si se quiere lograr la salvación eterna, lo que propiciaba era el desinterés de los ciudadanos por defender su imperio terrenal, más preocupados por rezar y hacer expiación de sus pecados. Además, el cristianismo era pacifista, por lo que la participación de sus seguidores en las guerras resultaba contraria a su ideología. Por último, Gibbon remarca que, al tratarse de una religión intolerante con otras, se convirtió en una fuente de conflictos y, por tanto, de constante inestabilidad en el seno de Roma. Todas estas consideracio-

Entre las claves de la caída, la lucha entre facciones militares y el auge del cristianismo fueron decisivos



La frontera del Danubio. Fue el coladero por el que los bárbaros entraron en los dominios de Roma. En la foto, placa de mármol en su orilla serbia, resto del Puente de Trajano.

nes provocaron no pocos quebraderos de cabeza con la Iglesia católica al docto sabio inglés, que incluso vería cómo su obra pasaba a formar parte del Índice de Libros Prohibidos. Pero esa es otra historia...

El análisis de la caída del Imperio Romano se vería enriquecido en el siglo XIX por la historiografía militar, que puso una fecha muy precisa al inicio del fin del Imperio en Occidente: el año 378, cuando los godos vencieron en la batalla de Adrianópolis a las tropas romanas e incluso mataron a Valente, el emperador romano de Oriente.

El factor migratorio. Esta fue la primera gran victoria de los bárbaros sobre los romanos y el influyente historiador novecentista Sir Charles Oman asegura que la forma en que vencieron inició un cambio de época en el arte de hacer la guerra, ya que la hasta entonces implacable infantería romana fue derrotada por la caballería pesada de los godos. A su entender, estos últimos serían los precursores de los caballeros medievales. Esta visión no sería cuestionada hasta un siglo después, cuando en 1973 el historiador T.S. Burns afirmó que la caballería goda no era tan numerosa y que la batalla la protagonizó en lo esencial la infantería, por parte de ambos bandos.

La espoleta del conflicto en Adrianópolis, que formaba parte de la región de Tracia (en las actuales Turquía y Bulgaria), había sido el problema migratorio. Resulta muy ilustrativo de las tensiones a las que tuvo que enfrentarse Roma en su época

postrera. Todo había comenzado dos años antes, en 376, cuando las corrientes de los hunos los llevaron hasta las estepas de la actual Rusia europea y allí empezaron a amenazar con pillajes y asaltos a los pueblos godos establecidos al norte del Danubio. Estos, atemorizados por el ímpetu guerrero de los nómadas hunos, marcharon en masa hacia los Balcanes en una huida desesperada, como estamos acostumbrados a ver que les ocurre a los refugiados de guerra actuales.

Los romanos controlaban el paso del Danubio, que era su frontera

oriental, y en la otra orilla de este río comenzaron a acumularse miles de ciudadanos godos que querían cruzarlo. Valente se encontraba muy lejos del lugar de la crisis, pues estaba preparando una campaña contra Persia en la que participaban, entre otros, mercenarios godos. Mantuvo largas deliberaciones con su círculo de confianza. Al final, dejó vadear el río a los godos, que pudieron entrar así en los dominios de Roma, aunque en todo momento se los mantenía vigilados por las tropas imperiales.

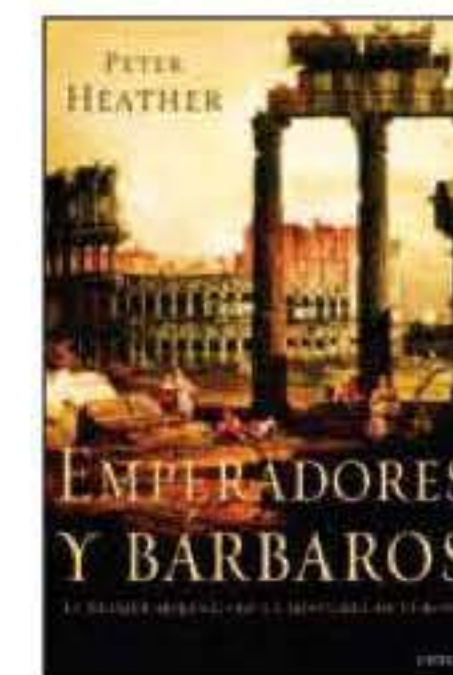
Caos en Adrianópolis. El permiso a los godos fue una medida humanitaria. De hecho, Valente ya había demostrado con anterioridad un comportamiento muy comprensivo hacia ellos, tras derrotarlos en el año 369 (hoy diríamos que era un emperador *progresista*). Pero el traslado de los refugiados se produjo rodeado de situaciones de gran tensión, fruto de la desconfianza entre ambos pueblos y sobre todo de la tardanza en recibir las órdenes imperiales, lo cual había aumentado el nerviosismo entre las dos partes. Acabó por estallar una rebelión goda en los campos tracios encabezada por el caudillo Fritigerno, con tal fuerza que obligaría al Emperador a despedir a sus mercenarios godos (que además se unieron a la rebelión), cancelar su proyectada guerra en Persia y volver ►

LIBRO

Emperadores y bárbaros,

Peter Heather. Crítica, 2010.

Basándose en los hallazgos arqueológicos, combate el tópico de un Imperio Romano próspero enfrentado a unas tribus bárbaras incivilizadas.

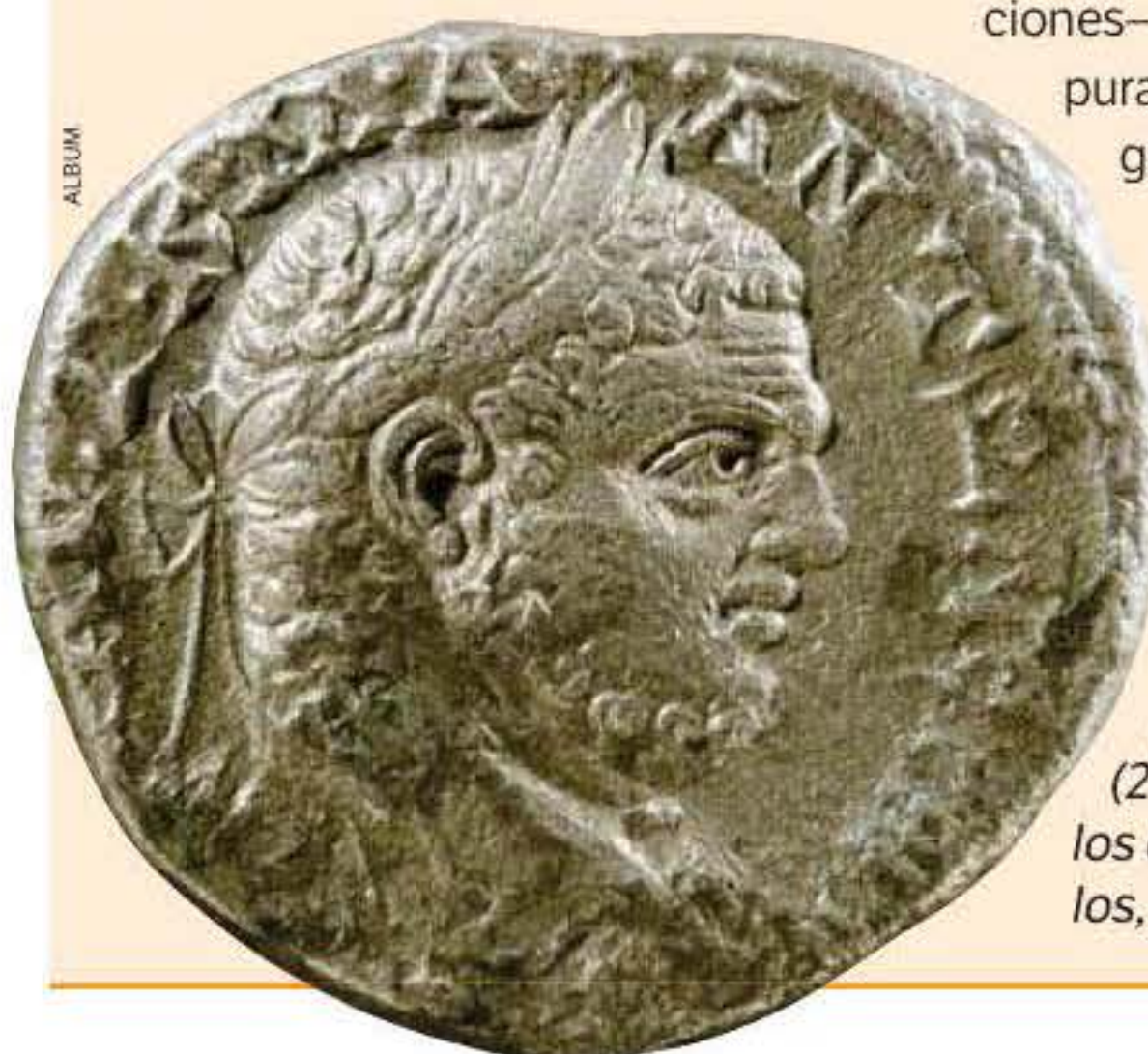


Con la plata (pura) no se juega

La mala política económica fue una constante entre los emperadores de origen militar que gobernaron Roma en el siglo III y agravó los problemas del Imperio. Uno de los errores más graves fue la devaluación de la moneda ordenada por el emperador Caracalla,

que tuvo como objetivo ganarse el apoyo del ejército, que le había ayudado a tomar el poder en solitario tras el asesinato de su hermano Geta. Para premiarlo, mandó emitir moneda, pero como en aquel entonces el denario —la principal pieza utilizada en las transacciones— estaba hecho de plata pura, para poder emitir gran cantidad hubo que malearla mezclándola con otros metales menos nobles. Caracalla, que había decidido

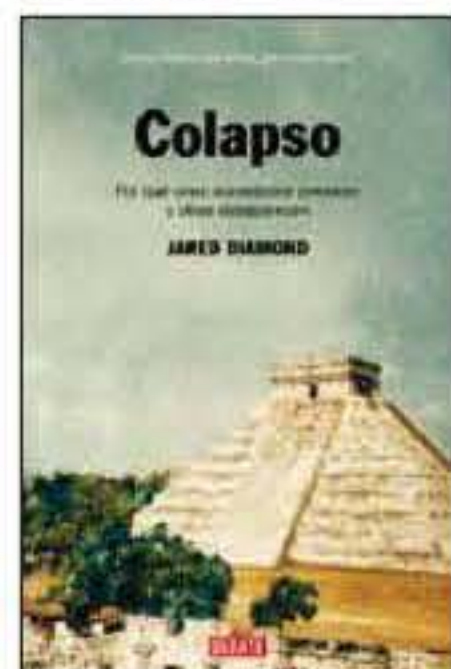
subir un 50% la paga de los soldados y que también necesitaba aumentar sus efectivos, no era el primero en quitarle algo de plata al denario: en su época tenía ya un 75% de plata y un 25% de otros metales, fruto de las devaluaciones —más suaves— llevadas a cabo por anteriores emperadores. Pero él fue quien más repentinamente redujo su valor: ordenó dejar la cantidad de plata en un 50%, una decisión económica brutal, aunque seguramente él no sería muy consciente del impacto que iba a provocar. Cuando los comerciantes y ciudadanos se dieron cuenta de que el nuevo denario no tenía la misma composición que sus predecesores, casi automáticamente le concedieron menos valor, por lo que subieron los precios para compensarlo y se desató una inflación galopante.



La efigie de Caracalla, que en su reinado (211-217) quitó plata a los denarios devaluándolos, en uno de ellos.

LIBRO

Colapso,
Jared Diamond.
Debate, 2012.
Subtitulado *Por qué unas sociedades perduran y otras desaparecen*, analiza la caída del Imperio Romano a la luz del concepto de colapso gradual y multifactorial.



115 kilos de oro al año

a cambio de la paz: ese fue el acuerdo al que llegó el rey huno Rua (también llamado Ruga o Rugila), tío de Atila, con el emperador Teodosio en 432.

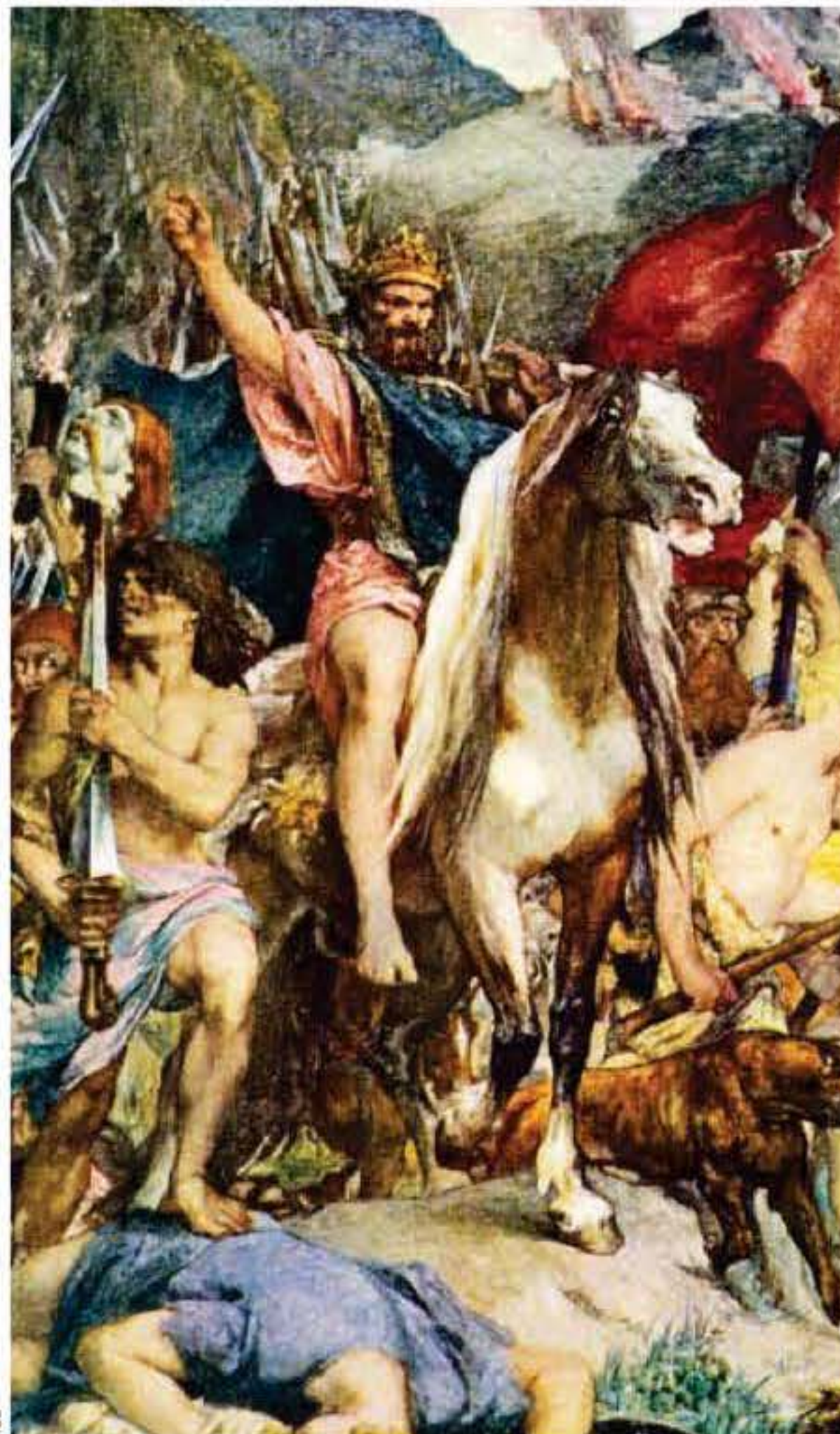
El que dio la puntilla al proyecto imperial. Fue el bárbaro Odoacro (dcha., grabado, s. XVIII), aunque según muchos historiadores era insostenible desde el principio.

► hacia Adrianópolis, tan sólo para experimentar en sus propias carnes la fuerza militar de los bárbaros. El resultado sería desastroso.

Lo sucedido en Adrianópolis se convirtió en un elemento facilitador de la penetración, armada o pacífica, de grandes masas de población por el este de Europa. Los hunos serían los siguientes grandes enemigos del Imperio, al cruzar el Danubio ya en el año 432 bajo el mando del rey Rua, que logró que el emperador Teodosio le pagase un tributo de 115 kilos de oro anuales a cambio de la paz. Sus sucesores, Atila y su hermano Bleda, rompieron los acuerdos en varias ocasiones y, atemorizando a los romanos, lograron que el tributo fuese en aumento. Tras proclamarse Atila como rey único de su pueblo –con toda probabilidad mató a su hermano, que oficialmente murió en una cacería–, comenzó una etapa expansionista de los temibles jinetes hunos hacia el oeste.

De los hunos a los hérulos. Sus guerras, primero en la Galia y luego adentrándose en la propia Italia, convirtieron a Atila en el azote del Imperio Romano –que fue haciéndole diversas concesiones– y en uno de los desencadenantes de su debilitamiento militar. También fue un enemigo temible para los godos, a los que sometió, y asimismo para los galos.

El único líder romano capaz de



Atila, a galope tendido. El temible caudillo huno (izda., grabado) invadió territorios de la Galia y de la propia Italia, debilitando militarmente al Imperio.

nes centrípetas que estallaron con otros pueblos tras la desaparición de la amenaza de los hunos. Desde los burgundios hasta los vándalos (estos últimos, decisivos con su conquista de África) o los hérulos (cuyo líder, Odoacro, fue quien depuso a Augústulo) y otras tribus germánicas y del este de Europa, todos aprovecharon el debilitamiento de Roma para repartirse sus tierras y acceder a sus riquezas.

Teorías menos lineales. Hasta aquí, las claves militares del final del Imperio Romano de Occidente en el siglo V, que como hemos visto se desarrollaron con una lógica implacable. Una sucesión de errores estratégicos, demasiados frentes abiertos y la presión de pueblos muy agresivos en plena expansión o asustados y necesitados de nuevas tierras, habrían acabado por ser una carga insostenible para las debilitadas espaldas de Roma.

Sin embargo, esta teoría tan lineal ha sido cuestionada a lo largo del siglo XX por muchos eminentes historiadores. En primer lugar y sobre todo, porque el mundo romano no dibujó una línea descendente de caída constante e inevitable en sus últimos siglos de existencia.

De hecho, aunque el siglo IV (el penúltimo para la Roma imperial) acabase con la penosa derrota de Adrianópolis, había sido hasta entonces una etapa de gran recuperación, en la que se habían superado situaciones muy delicadas que durante el siglo III sí que habían puesto contra las cuerdas a Roma. Nos referimos, por ejemplo, a la llamada anarquía militar, un período de cincuenta años desencadenado a partir de 235, fecha en que fue asesinado el emperador Alejandro Severo, al que sucedieron veinte emperadores legítimos que se iban asesinando uno tras otro, con

hacer frente a Atila fue el general Aecio, el último gran personaje de la Historia imperial. Él fue el artífice de la gran derrota sufrida por Atila en la batalla de los Campos Cataláunicos, al norte de la actual Francia, en el año 451. Seguramente no fue ajena a la habilidad de Aecio su educación internacional, ya que había tenido que pasar años de su juventud como rehén, primero de los godos y luego de los propios hunos. En muchas ocasiones, los autores que glosan los últimos días de Roma se quejan de la ausencia de “otro Aecio”, o le atribuyen la honorífica condición de “el último de los romanos”. Desde este punto de vista, seguramente podemos ver un claro signo de decadencia en el hecho de que Aecio encontrase su final no a manos de los enemigos hunos, sino de su propio emperador, por entonces Valentiniano III, quien lo veía como un rival al trono por su popularidad y lo asesinó con su propia espada tras una discusión en el año 454.

El último emperador, el joven Rómulo Augústulo, moriría apenas veinte años después, en 476, y sería incapaz de hacer frente a las tensio-

La visión de la historiografía más reciente no habla de decadencia, sino de causas de tipo estructural y de falta de sostenibilidad

La peste antonina, una terrible pandemia

El expansionismo hacia tierras desconocidas puede tener consecuencias inesperadas. Las tropas expedicionarias romanas que lucharon contra el Imperio seléucida en Mesopotamia, en la segunda mitad del siglo II, volvieron con un invisible *regalo*: algunos de los integrantes de las legiones habían contraído una enfermedad contagiosa durante el asedio de Seleucia, la capital enemiga en las inmediaciones del río Tigris. La plaga comenzó a extenderse por Occidente en el año 165 y duraría

hasta el 180, tres lustros durante los que se estima que, transformada en una terrible pandemia, se cobró la vida de cinco millones de personas en todo el Imperio. Una de sus víctimas más destacadas fue el emperador Lucio Vero, que falleció en el año 169; su corregente, Marco Aurelio Antonino, el emperador filósofo, *prestó* su apellido a esta peste y vio mermado su prestigio.

Los síntomas de la epidemia fueron descritos por el gran médico Galeno, testigo de un brote de la

enfermedad entre las tropas romanas estacionadas en Aquilea, en la costa adriática, en el invierno de 168-169. Según las informaciones que apuntó en uno de sus tratados, la enfermedad se caracterizaba por fiebres, diarrea, inflamación de la faringe y erupciones secas y purulentas en la piel. La mayoría de los analistas actuales se inclina por pensar que fue una epidemia de viruela, aunque también podría haberse tratado de sarampión, según algunas opiniones.

ALBUM



La plaga de Roma, cuadro del francés Delaunay de 1869, representa con imagería religiosa la llamada peste antonina.

una media de permanencia en el cargo de tan solo dos años y medio cada uno. La mayoría de ellos procedían del entorno de los militares, que querían tener acceso a los privilegios de dirigir el Imperio y poder desviar así para ellos los ingentes recursos económicos manejados por los césares.

También en el siglo III estaban muy presentes todavía los efectos de la temible plaga antonina, que había diezmo la población a finales del siglo anterior [ver recuadro 2], y comenzaron las guerras contra el pujante enemigo persa [recuadro 3]. Así pues, a ojos de los historiadores actuales, no resulta del todo eviden-

te que el Imperio Romano hubiese llegado en el año 476 al final de un inevitable descenso a los infiernos, ya que, según esta lógica, tal hundimiento hubiera debido suceder casi dos siglos antes.

Así, se empiezan a buscar otras explicaciones y se rescata un nuevo género de datos, acordes con una nueva visión de la Historia, menos épica y más científica, característica del actual enfoque de esta disciplina. Uno de los primeros en hacerlo ha sido el profesor Arnold J. Toynbee, quien, dentro de su teoría sobre los ciclos que caracterizan la trayectoria de todas las civilizaciones, sostiene

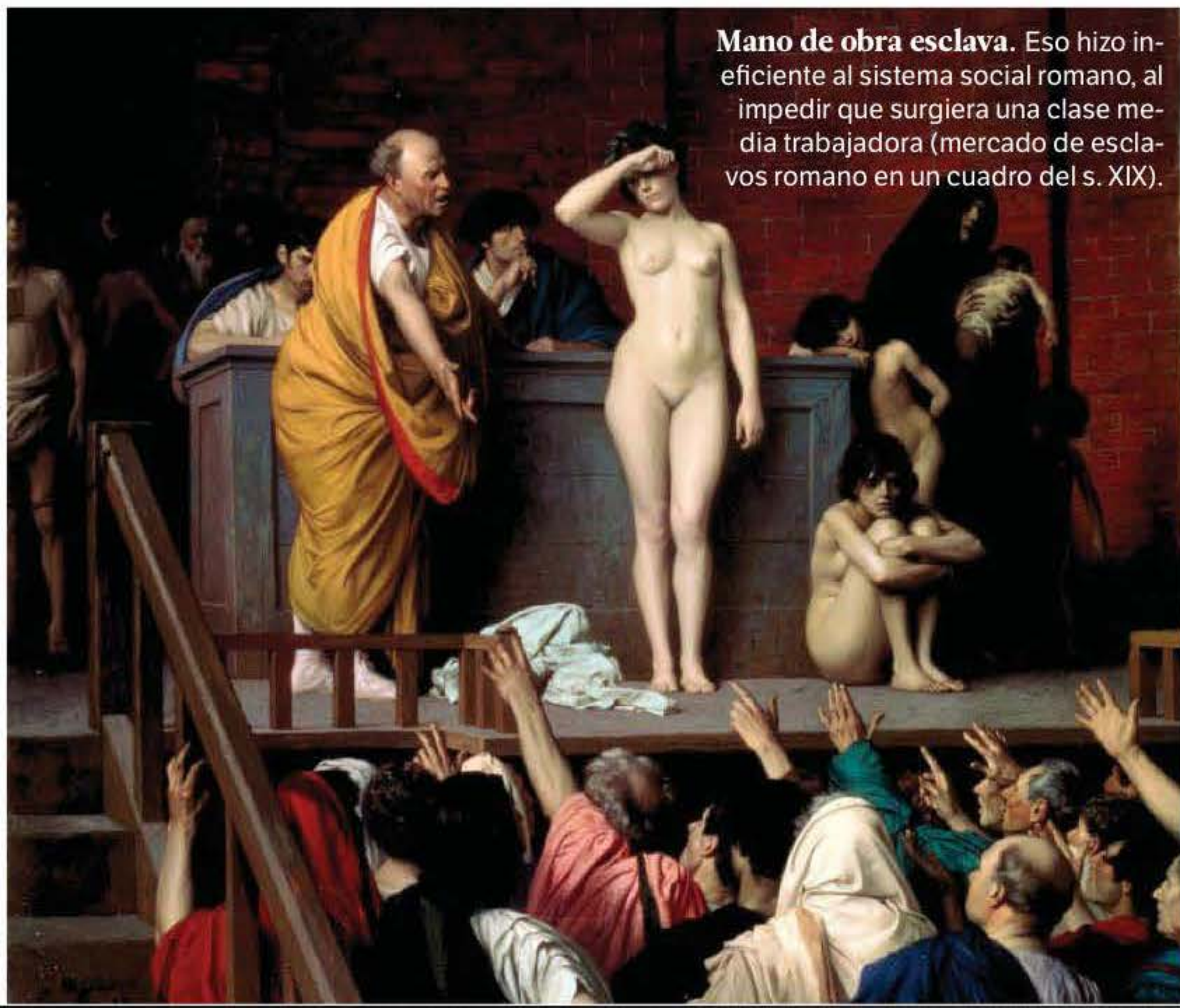
que la decadencia de Roma no fue fruto de circunstancias concretas, sino que sus problemas se encontraban ya inscritos en la propia idea del proyecto imperial desde sus inicios. Éste, según él, resultaba irrealizable, porque no existía un presupuesto suficiente para pagar las ingentes obligaciones militares. Al mismo tiempo, el sistema social romano habría sido ineficiente al basarse en la mano de obra esclava, que impide la obtención de ingresos por las clases bajas y frena así el consiguiente surgimiento de una clase media.

Un proyecto insostenible. Comienzan a hacer acto de presencia las explicaciones basadas en causas estructurales, muchas de ellas económicas. Estudios muy detallados ponen cifras a la ya citada crisis del siglo III y a posteriores episodios, subrayando detalles muy reveladores.

Así, un estudio pormenorizado de los índices de asentamientos rurales en todas las regiones occidentales del Imperio Romano demuestra que hubo una fuerte caída de estos en el período que va del año 250 al 300, lo que sugiere una disminución de la actividad agrícola ya anterior a las invasiones bárbaras. Algo similar ocurrió con las prospecciones mineras: a partir del año 350 empezaron a decaer, para alcanzar en 400 su nivel más bajo de todos los tiempos. Por ejemplo, en las posesiones británicas del Imperio sólo se mantuvo uno de cada diez centros de extracción de hierro. Y las cifras ►

Mano de obra esclava. Eso hizo ineficiente al sistema social romano, al impedir que surgiera una clase media trabajadora (mercado de esclavos romano en un cuadro del s. XIX).

GETTY



FECHAS

**4/septiembre
476**

Odoacro, rey de los hérulos, destituye a Augústulo, el último emperador. Fecha oficial del fin del Imperio Romano de Occidente.

**15/octubre
1764**

Edward Gibbon, considerado el primer historiador moderno, concibe en Roma su *Decadencia y caída del Imperio Romano*.

► son tanto o más espectaculares en la Hispania romana: de las 173 minas que funcionaban a principios del siglo IV (como las de Riotinto, por ejemplo) se pasaría a 21 a finales de esa centuria y, peor aún, quedaron únicamente dos en el siguiente siglo.

Hay más datos singulares que abundan en esa dirección, y no son los que estamos acostumbrados a leer en los libros de Historia: el número de navíos hundidos descendió drástica-

mente ya en la primera mitad del siglo IV, lo que es un indicador de un menor tráfico comercial en el Mediterráneo.

Los efectos del declive económico también pueden deducirse a través de diferentes registros arqueológicos, algunos muy originales. Por ejemplo, la salud dental es un indicador de mala alimentación que nos muestra datos asombrosos sobre la calidad de vida en las provincias del Imperio. En Francia se han encontrado mandíbulas galas del siglo IV en las que un 30% de los dientes se habían caído o sufrieron severas caries, lo que significa malnutrición, producto de dificultades para la subsistencia.



Otra superpotencia: los persas



El rey sasánida Sapor I y el emperador romano Valeriano luchan a caballo en este sardónice (ágata) hallado en Irán.

Aunque las narraciones más habituales nos recuerdan el peligro de los godos o de los hunos, estos pueblos no amenazaron el poder de Roma sino muy tardíamente. Si, a partir del siglo III, le hubiéramos preguntado a un romano cuál era su gran enemigo, nos hubiese contestado que los persas.

Imperio sasánida. En concreto estaría pensando en la dinastía sasánida, que tomó el nombre de su primer líder, Sasán, quien a principios del siglo III encabezó una rebelión contra los gobernantes arsácidas, que habían sembrado el descontento entre los notables persas por sus derrotas frente a los romanos. Los sasánidas obtuvieron pronto grandes victorias, y en particular su rey Sapor I infligió derrotas a varios emperadores, como Gordiano, Filipo el Árabe (que firmó una paz con ellos considerada ignominiosa, pagando

tributo) o Valeriano, a quien hizo prisionero. Además de lograr éxitos militares, los sasánidas gobernaron con mucha eficacia los territorios conquistados en Mesopotamia y los explotaron económicamente de una manera muy organizada, mediante la creación de sistemas de regadío para la agricultura cuya mano de obra estuvo integrada, entre otros, por los prisioneros romanos. Para enfrentarse a esta amenaza permanente, al mismo tiempo que se mantenía la defensa del resto de fronteras, los césares consideraron necesario aumentar el tamaño de los ejércitos. Por tanto, el desafío sasánida resultó un factor clave en las tensiones económicas del siglo III [ver recuadro 1] y llevaría a algunas medidas excepcionales, como la de confiscar los impuestos que recaudaban las ciudades y que hasta entonces se gastaban en el ámbito local.

Desigualdades y corrupción. El tema de la mala salud de la población ha sido investigado hasta extremos sorprendentes. Se ha señalado como un factor determinante el uso de utensilios de cocina (calderos, etc.) hechos de plomo, y también otros instrumentos con los que se transportaban alimentos o líquidos (las tuberías de los acueductos), lo que habría provocado un exceso de este metal en el organismo. Aunque esta teoría ha sido cuestionada posteriormente, no por ello resulta menos indicativa del problema de la escasa esperanza de vida en la época, que incluso afectaba a las clases altas. Un ejemplo en la cima del poder es el del propio emperador Valente, el derrotado en Adrianópolis, que a sus 48 años tenía ya una salud muy precaria, con problemas de obesidad, visión y otros.

La constante aparición de nuevos datos muy concretos sobre la situación económica ha llevado a poner

el foco sobre la distribución de la riqueza en el Imperio Romano. La conclusión más extendida es que el nivel económico de la mayoría de la población apenas si se situaba por encima del necesario para la subsistencia, excepto en el caso de la minoría privilegiada, que en la sociedad romana estaba constituida por los terratenientes. Según el historiador Peter Heather, “menos del 5% de la población poseía el 80% de la riqueza total, y quizá bastante más”.

Esta minoría de privilegiados era la que dominaba también las instituciones políticas y sus mecanismos, de forma que no es extraño que las leyes les resultasen favorables. De nuevo Heather es quien señala que “en el centro de esta desigualdad se encontraba el propio Estado romano, ya que sus leyes definían y protegían a un tiempo los derechos de propiedad de la clase propietaria”.





Declive del mundo rural. La actividad agrícola se fue abandonando ya desde el siglo III, lo que afectó a la economía. Aquí, pastoreo y viticultura en una ilustración.

Los romanos fueron los primeros en empezar a aplicar con gran exactitud los sistemas de registro de la propiedad, que resultan vitales para decidir a quién pertenece la tierra en caso de un conflicto. Asimismo, la legislación penal era muy rigurosa para con quienes llevaban a cabo ataques contra la propiedad en cualquier forma y salvaguardaba muy eficazmente a los dueños de bienes raíces. En realidad, una gran parte del Derecho Romano se ocupaba básicamente de la propiedad.

Así que el Estado podía ser útil y beneficioso para los que estaban más cerca de él, pero no para toda la población, que se hallaba a la intemperie, económicamente hablando. Por eso, Adrian Goldsworthy, uno de los especialistas en el mundo antiguo más reconoci-

dos de la actualidad (entrevista en página 8), señala sobre este punto un aspecto cuyo entendimiento resulta vital: “El Bajo Imperio Romano no estaba concebido para ser un gobierno eficiente, sino para mantener al emperador en el poder y beneficiar a los miembros de la administración”. Seguramente esta utilización parcial del poder, con las cartas marcadas en favor de una élite muy concreta, resultó también un factor decisivo en el declive. Es el tradicional tema de la corrupción, una de las explicaciones clásicas para la decadencia romana, que siempre vemos asociada a los más conocidos *emperadores malvados*, como Calígula, Nerón o Caracalla (todos ellos muy anteriores al final del Imperio).

El concepto de colapso gradual. En los últimos años ha surgido un nuevo gran bloque de teorías que apunta como explicación de la caída de Roma el concepto de “colapso gradual”. Así, Roma se habría venido abajo no como fruto de una causa única, sino por la conjunción de factores de índole diversa, que incluyen las crisis económicas, la entrada de los pueblos germánicos, la despoblación de Ita-

El fin de Roma puede darnos pistas sobre lo que aguarda en el futuro a las actuales superpotencias



Menos pecios, menos comercio. Los datos demuestran que el número de navíos romanos hundidos en el Mediterráneo bajó mucho a principios del siglo IV, lo que indica menor tráfico comercial. Izda., relieve del siglo III con dos barcos cargados de ánforas.



lia, la dependencia de los extranjeros para el ejército, los desastres sanitarios o la sobreexplotación agrícola y minera, con el consiguiente desgaste medioambiental.

En esta línea, Jared Diamond, el autor de *Colapso*, el libro que dio nombre a esta nueva forma de analizar los imperios, señala que sería necesario investigar por qué los hunos abandonaron sus tierras originales y apunta a posibles cambios climáticos en Asia Central como eventuales catalizadores de un movimiento poblacional que, al estilo de lo que ocurre con el aleteo de la mariposa en la teoría del caos, acabó por tener consecuencias en el otro extremo del mundo.

No hay una sola respuesta. Más de doscientos años después de que Edward Gibbon se preguntase, apoyado en unas ruinas, por la causa del hundimiento del fenomenal Imperio que había sido capaz de construir el Capitolio en el que él se encontraba y de dominar tres continentes (Europa, todo el África conocida hasta los desiertos y buena parte de Asia), la cuestión continúa sin tener una respuesta unívoca. Hay historiadores que se refieren sin ambages a la decadencia, mientras otros consideran osado hablar de aquella Roma como de un edificio que se caía y buscan la respuesta en factores múltiples concatenados, o en la voluntad de otros pueblos vecinos de acceder al enorme tesoro de riquezas y privilegios que los romanos acaudalados guardaban para sí.

Unos y otros seguirán buscando la respuesta a una pregunta muy compleja, porque intuyen que en ella encontrarán pistas, también, del futuro que aguarda a los imperios actuales. Porque los problemas de las superpotencias, y eso es lo llamativo, son casi siempre los mismos. ■

La propiedad, lo primero. El Derecho Romano se consagró en gran parte a defender este privilegio de unos pocos, como muestra esta tabla legal en bronce del siglo I (Museo Arqueológico Nacional).

PERSONAJE



Arnold J. Toynbee (1889-1975). Especialista en Filosofía de la Historia, en *La civilización puesta a prueba* aplicó su teoría cíclica al fin de Roma.

LA SITUACIÓN DE EUROPA TRAS LA CRISIS DEL IMPERIO

Nuevo horizonte a la vista

Tres siglos antes de 476, año de la partida del último emperador de Roma, Rómulo Augusto, el Imperio Occidental había comenzado una recesión sin retorno, y en sus postrimerías se hallaba bajo el dominio de los bárbaros.

Por Rocío García Bourrellier, profesora de Historia

La capital de la Hispania visigoda.

Toledo fue la ciudad elegida por los visigodos para establecer el epicentro de su reino en la península Ibérica.



Tras repasar los encuentros y desencuentros de romanos y germanos hasta el siglo V, algunos especialistas adoptaron la fecha del año 476 para dar por finalizado oficialmente el Imperio Occidental.

Durante los meses de agosto y septiembre de ese señalado año, el jefe hérulo o esciro (por ascendencia materna) Odoacro, en un principio leal a Roma, se amotinó. Avanzó hacia la capital del languideciente Imperio para conquistarla, y en su accidentado viaje logró vencer al ejército romano, matar a Orestes, padre del último emperador de Occidente, y deponer a éste. Rómulo Augusto –despectivamente llamado Augústulo–, que contaba sólo 15 años de edad, entregó su dignidad imperial a Odoacro en septiembre de 476. Des-

pués, según se cree, fue deportado a un lugar cerca de Nápoles, donde se presume que murió años más tarde.

La fecha de 476, marcada como final del Imperio Romano Occidental, es meramente indicativa, pues como se ha visto la decadencia de Roma comenzó mucho antes y continuaría después. Nadie en el año 476 fue consciente de que ese año pasaría a la Historia como un hito, porque nadie, mientras vive, piensa que está haciendo Historia.

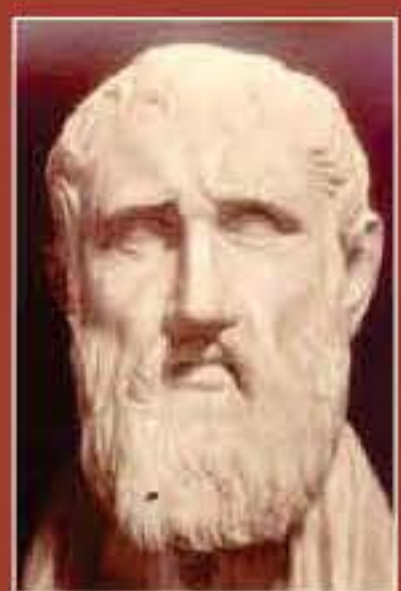
Evaluación de daños. Por otro lado, los grandes cambios sólo son apreciables desde una perspectiva muy amplia, como la que tenemos hoy con respecto a estos siglos; y, como ocurre con otros grandes acontecimientos, después de 476 las cosas siguieron

más o menos igual. Al día siguiente de partir Rómulo y dejar Roma no se desplomaron los edificios, no hubo matanzas crueles, ni destrucción de ciudades o infraestructuras, que ya habían sido dañadas en las primeras oleadas de bárbaros, casi 300 años antes. El caos, en este caso, fue previo, y el año 476, su consecuencia.

Odoacro, tras la abdicación de Rómulo, tenía dos opciones: nombrar nuevo emperador o servir al Imperio Oriental de Bizancio. Se decantó por la segunda alternativa a cambio de ciertas ventajas, como ser considerado patricio y erigirse en *dux* o *rex* de Roma. El emperador Zenón de Constantinopla, que se había negado a reconocer a Rómulo como su par en Occidente, recibió entonces del hérulo las insignias y símbolos de Roma y reafirmó la ►

En el campo espiritual, los germanos eran politeístas, con una compleja mitología propia expresada en sagas

PERSONAJE



Flavio Zenón (425-491). Fue un guerrero isaurio, emperador romano de Oriente desde el año 474 hasta su muerte en 491. Cuando cayó Roma, el Imperio quedó unificado en su persona.

Supremacía de Bizancio como único y auténtico continuador del Imperio; los títulos de Odoacro no suponían amenaza alguna para los orientales.

Así las cosas, habría sido posible un período de cierta estabilidad de no haber sido por la ambición de Zenón de apoderarse de las tierras occidentales. De esta forma, Odoacro, sin pretenderlo, había cavado su propia tumba. Entre el año 489 y 490, los ostrogodos, capitaneados por un enemigo personal de Odoacro, Teodorico el Grande –y todos a las órdenes de Zenón–, invadirían la península Itálica y eliminarían a las tribus germanas allí establecidas, matando al *dux* de Roma. Sería el inicio del reino ostrogodo en la actual Italia y la señal para que otras tribus germanas se estableciesen en las tierras romanas occidentales: visigodos y vándalos en la península Ibérica (466), francos y hunos en las antiguas tierras galas y anglos, jutos y sajones en Britania.

Una convivencia difícil. Los ciudadanos romanos llevaban siglos sufriendo ataques germánicos o, como escriben los cronistas de la época, bárbaros. Era bárbaro el que desconocía la ley romana y no seguía las costumbres de Roma en cuanto a educación, forma de vida, espiritualidad, gobierno y orden. Para los romanos, los pueblos germanos que avanzaban desde Oriente eran como manadas

de animales. Los ataques bárbaros se dirigieron en un principio a las ciudades, comenzando por las más populosas, de forma que quienes pudieron se establecieron en el campo, viviendo en villas autosuficientes (*villae*). Algunas fueron también destruidas, pero a medida que los germanos se asentaron en Occidente, pudo establecerse una suerte de convivencia con varios ejes: las leyes, el comercio, la religión y la lengua. Muy pronto, los recién llegados advirtieron la calidad y solidez del Derecho Romano escrito –del que aún hoy vive Occidente–, una estructura reguladora desconocida para ellos, que solían regirse por la *consuetudo* (costumbre romana). Y con el tiempo, precisamente fue esa ley, mezclando elementos germanos y latinos, un punto de unión de ambos colectivos.

En cuanto al comercio, ya antes de 476 muchas tribus federadas de Roma –incluso algunas más allá del *limes*– comerciaban con la metrópoli: proporcionaban, entre otras cosas, caballos, jabón, pieles, carros y armas. De Roma recibían bronce, vidrio y, sobre todo, monedas de oro y plata, además de objetos suntuarios poco corrientes entre los pueblos del norte, nada sofisticados. Cuando se establecieron esas tribus germánicas en Occidente, el comercio no se interrumpió, pero algunas materias primas que los bárbaros solían vender cambiaron,



Un ostrogodo al mando. En 493, Teodorico I conquistó la península Itálica, un botín deseable para muchas tribus bárbaras.

puesto que no se hallaban en los lugares ocupados. Muy lentamente comenzarían a producir lo mismo que las *villae*: grano, vid, carne de cerdo, de vacuno, etc., aunque no abandonaron sus técnicas de confección de jabón, un elemento que desde entonces pasó a formar parte de la vida cotidiana de todos.

En el campo espiritual, los germanos eran politeístas, con una compleja mitología propia expresada en las sagas y una arraigada veneración a los elementos naturales y a su in-

Morada rural. En las *villae* (villas romanas) se refugiaron familias de las ciudades que temían los ataques de los bárbaros. Las edificaciones de esas villas formaban el centro de una propiedad agrícola. A la izquierda, una representación de los patios y estancias en los que se distribuía el espacio en una villa.



El hérulo y también esciro Odoacro

El guerrero al que se atribuye el mérito —si es que lo fue— de deponer al último emperador romano de Occidente fue el hérulo Odoacro. Los hérulos eran una de las etnias que, tras cruzar el Rin en el siglo II, se extendieron por el Imperio Occidental.

Algunos autores denominan a Odoacro “el esciro”, ya que al parecer su madre pertenecía a esa etnia escandinava. Fuese hérulo o esciro, dominaba el arte bárbaro de la guerra, teniendo en cuenta que su padre había ayudado al huno Atila en sus correrías; incluso el propio Odoacro participó en algunas de ellas. No se sabe en qué momento llegó a la Italia, pero en 476 ya formaba parte de una de las tribus reclutadas por Flavio Orestes, padre de Rómulo, que deseaba

imponer a su hijo como emperador en lugar de Julio Nepote. Y como mercenario, encabezó la revuelta que Orestes provocó al no poder pagar lo prometido a sus tropas. Odoacro mató a Flavio Orestes, capturó a Rómulo y lo obligó a abdicar en Rávena, en septiembre de 476.

Venganza ostrogoda. Rechazó la dignidad imperial a cambio de ser *dux* de la Italia, zona que gobernó, junto con Dalmacia, casi 13 años. Sucumbió debido a los planes bizantinos para apoderarse de Occidente, que incluyeron un ataque capitaneado por Teodorico, un ostrogodo cuya familia había sido masacrada años antes. El rey ostrogodo asesinó a Odoacro en 493, durante un banquete organizado para celebrar un acuerdo de paz.



Odoacro, el primer rey bárbaro de Italia, aparece en el grabado (izq.) recibiendo la bendición del monje Severino de Nórico.

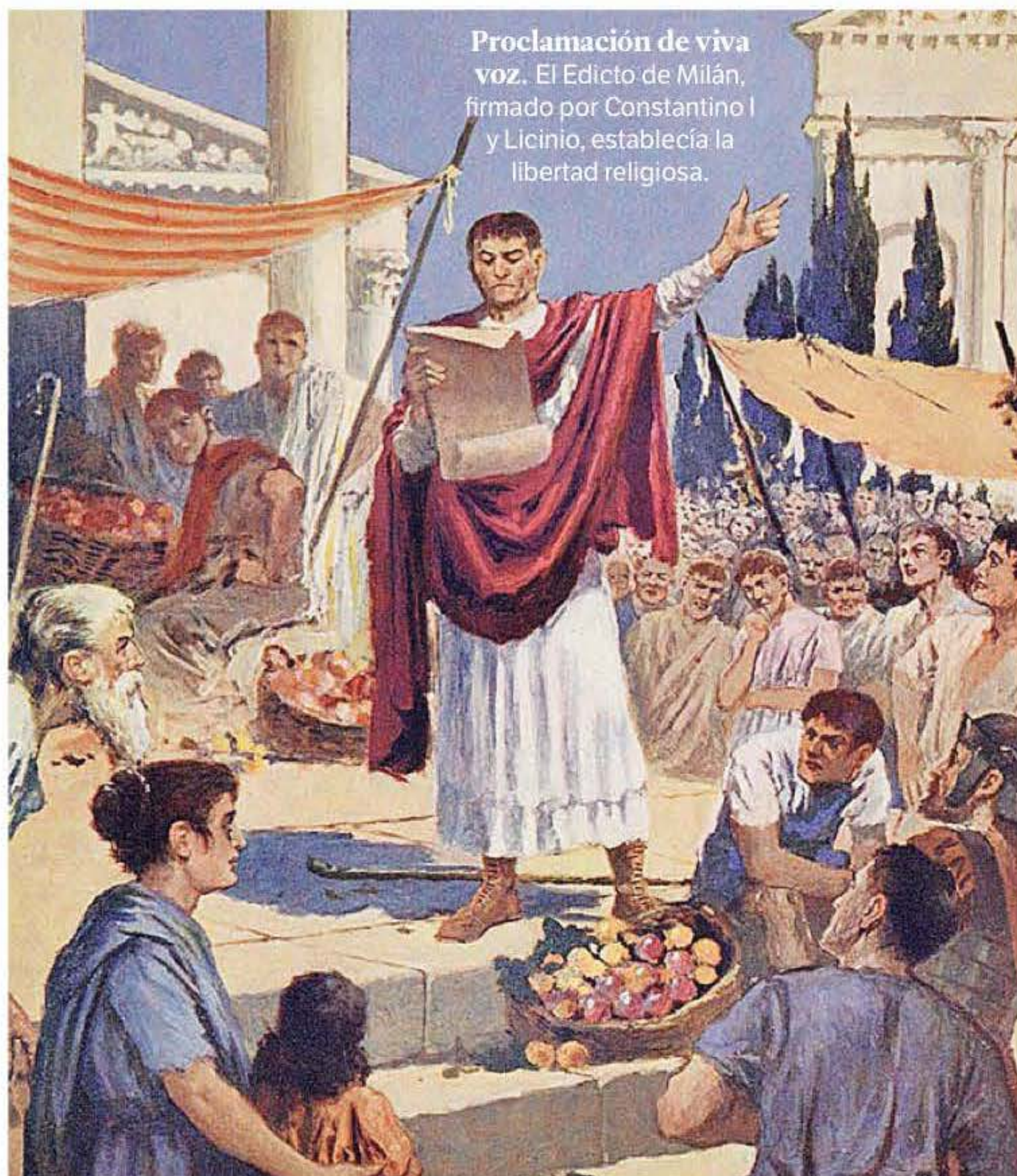
teracción con el hombre. Pero, ya en el siglo V, el cristianismo se había extendido por el Imperio y en ese proceso de expansión fue clave la proclamación del Edicto de Milán en 313. Si bien coexistían el catolicismo en Occidente y el arrianismo en Oriente, esta última fue la fe que los primeros germanos abrazaron y que los católicos consideraban herética. Habría que esperar largos años

a que suevos, francos y visigodos se convirtiesen al catolicismo (siglo VI), para que la religión fuese un factor de unión y no un motivo de disputa. En Hispania, particularmente, se convirtió en un signo de identidad tras la invasión de los Omeya y la muerte del rey Rodrigo, y lo sería durante las siete centurias siguientes hasta la toma de Granada por los Reyes Católicos. En otros reinos germanos en que

no ocurrió este fenómeno, la religión pasaría a un primer plano cuando los obispos se erigieron en autoridad no sólo eclesiástica, sino también civil.

La evolución lingüística. No todas las tribus orientales hablaban la misma lengua, aunque sus raíces fuesen comunes. Pero desde luego ningún germano hablaba latín, salvo para comerciar. Esto constituyó un obstáculo, como la religión, hasta que se produjo la fusión de los idiomas, muy lenta en el tiempo pero inexorable. El latín se fue transformando con la inclusión de elementos del habla gótica, que en cada territorio irían moldeando los idiomas actuales. Algunos intelectuales denominan a este proceso “degeneración latina”, a pesar del matiz negativo de la palabra utilizada. El latín anterior a las invasiones se conservó, sin embargo, en claustros y bibliotecas monacales hasta cierto punto. Es clara la pervivencia latina en el sur de Europa (francés, portugués, español, italiano y rumano), mientras que en el norte se advierte con nitidez la raíz germánica de palabras y estructuras lingüísticas (alemán, inglés, danés y sueco).

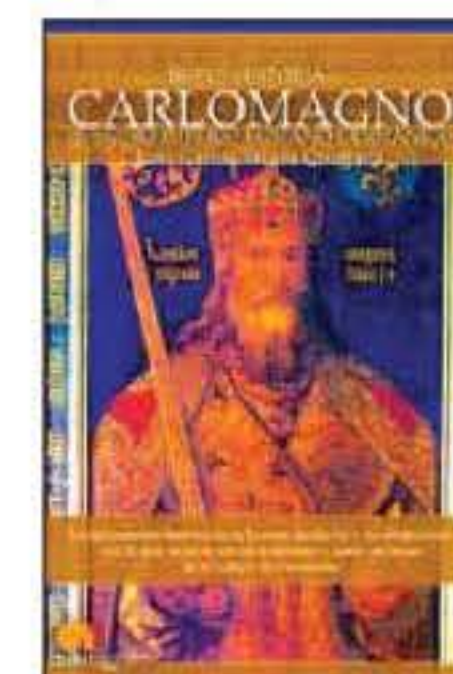
Por lo que se refiere a su organización política, los primeros germanos llegados a Occidente formaban parte de clanes nómadas, en los que había un dirigente elegido y apoyado por una asamblea de guerreros libres, con quienes tomaba las decisiones. Se trata de estructuras arcaicas, propias de pueblos sin apenas de- ▶



Proclamación de viva voz. El Edicto de Milán, firmado por Constantino I y Licinio, establecía la libertad religiosa.

LIBRO

Carlomagno y el Sacro Imperio Romano Germánico, Juan Carlos Rivera Quintana. Nowtilus, 2009. Aproximación a Carlomagno y al Imperio que creó a su alrededor en el año 800, heredero del esplendor romano.





El asentamiento de los germanos en reinos más o menos estables supuso una nueva etapa en la Historia del Occidente europeo

PERSONAJE

Carlomagno (742-814). Fue rey de los francos y de los lombardos y emperador del Imperio de Occidente desde el año 800 al 814. Combatió a los musulmanes, luchó contra los pueblos eslavos y logró someter a los sajones, integrándolos en su reino.

► sarrollo administrativo. El contacto con los romanos y su sistema político (de *polis*, esto es, el gobierno de las ciudades), con un poder más extenso y centralizado en una sola figura (el emperador), descubrió a muchos de esos jefes otra forma de gobierno, que pronto fue adoptada en la persona de un rey cuasi omnipotente. La herencia del cargo, que pasa de padre a hijo, pudo ser consecuencia de la anterior organización por clanes o simplemente una imitación de la sucesión romana. El sistema electivo sólo se conservó en la zona centroeuropea, en lo que siglos después fue el Imperio alemán.

Hasta la aparición de Carlomagno (siglo IX), no se habla en Occidente de imperios, sino de reinos, con población mezclada: parte romana y parte germana. De ellos, los más importantes sin duda fueron el franco, el visigodo y el sajón o anglosajón. El reino ostrogodo no perduró, como se verá a continuación.

La conquista de Hispania. Los visigodos se establecieron en un principio en la zona norte de Italia, para afincarse más tarde en la ciudad francesa de Tolosa (Toulouse) para desde allí avanzar hacia el sur, entrando en la antigua Hispania. Consiguieron conquistarla y asentarse en esas tierras casi por completo.

Sólo encontraron resistencia en la provincia de la Gallaecia, dominada por los suevos hasta el

585. Ciertos filólogos ven que en el gallego actual perviven formas gramaticales inexistentes en otros lugares de España y las atribuyen a esa dura resistencia. Durante la ocupación se conservó el latín, ya hablado fluidamente por los suevos. A partir de la caída de la Gallaecia, el reino visigodo tuvo su sede más importante en Toledo y evolucionó hasta convertirse en una sólida institución jurídico-administrativa en Occidente. Esa sede se mantuvo hasta 711, año en que fue destruida por el poder califal de los Omeyya.

Por su parte, los francos, más al norte, llegaron hasta el mar y ocuparon las antiguas Galias, asentando las bases del reino franco y del futuro Imperio Carolingio, bajo el poder de Carlomagno. Según sus biógrafos, este monarca no quiso sino retroceder en el tiempo y otorgar a Occidente el esplendor que tuvo antes de 476, pero ese momento había pasado ya. De todas formas, su ambición imperial indicaba que los cronistas se habían encargado de que no se olvidase la antigua grandeza del caído Imperio de Occidente.

Los ostrogodos arrasaron, por orden de Zenón de Bizancio, la península Itálica y a las tribus germanas (hérulos y hunos) que la ocupaban,

y se asentaron en sus tierras. Pero los bizantinos pronto comprendieron que quizá estaban ante el pueblo más bárbaro, rebelde y difícil de manejar de los que en su momento cruzaron el Rin. Desde el triunfo de Teodorico el Grande sobre Odoacro, Bizancio estuvo en guerra con los reyes ostrogodos durante casi veinte años, hasta que el emperador Justiniano terminó con ellos hacia el año 554. El reino ostrogodo de la Itálica fue el más breve, con diferencia, del resto de monarquías surgidas después de 476.

Los bárbaros nortños. En Britania se afincaron los sajones, jutos y anglos, seguramente por la proximidad de las islas que ocupaban a la zona de Europa septentrional, con salida al mar del Norte. Tanto sajones como anglos procedían de zonas de la actual Alemania, mientras que los jutos habían ocupado previamente la península danesa de Jutlandia. Esta agrupación de tribus bárbaras del norte dió lugar a la formación del reino anglosajón.

Como ocurrió con el reino visigodo de Toledo, los anglosajones contaban con gran estabilidad política y económica hasta que otro pueblo invadió sus tierras: fueron conquistados por los normandos en el año 1066. Así, tras cinco siglos de Historia, finalizó la hegemonía de los anglosajones, aunque su nombre ha perdurado hasta el día de hoy.

Cabría pensar que los pobladores invadidos opondrían resistencia; fue así en la Gallaecia, además de en algunas zonas del norte de las Galias y del este y norte de Britania, que ni los roma-

Avanzando hacia el sur. Desde el asentamiento francés en Toulouse (en la foto, puente de St-Pierre), los visigodos llegaron hasta Hispania y la ocuparon.



Justiniano, el último romano

Sobrino del emperador Justino I, Justiniano llegó al trono bizantino en 527. Su familia, aunque emparentada con la imperial, era humilde; y su oscuro origen pudo, según algunas fuentes, espolear su ambición de ser emperador no sólo de Oriente, sino de las tierras occidentales. Mientras en Constantinopla se erigía el templo de Santa Sofía, Justiniano aseguraba las fronteras orientales mediante pactos con los sasánidas, que le permitieron intentar recu-

perar el maltrecho Imperio de Occidente. Envío al general Belisario, colaborador suyo, a liquidar el reino ostrogodo, tras conquistar zonas del norte africano y el este hispano. Narsés sustituyó a Belisario, que no pudo vencer a los germanos, y entregó la Italia a Justiniano. Con Roma en su poder, podría decirse que fue el último emperador romano en vez de Rómulo, aunque la Historia lo conoce como el primero bizantino. Su esposa, la emperatriz Teodora, influyó

en sus decisiones tocantes a la Iglesia con poca fortuna: sin unión religiosa, sería imposible la política, y así ocurrió.

Reforma legislativa. Pero si por algo es famoso Justiniano (además de por sus construcciones artísticas), es por su labor de recopilación y nueva organización de las leyes de Roma. El trabajo fue realizado por diez expertos, y se materializó en el *Código Justiniano*, añadido al *Corpus Iuris Civilis*. El emperador murió en Constantinopla en 565, sin haber podido unificar el Imperio.



El Código Justiniano (arriba, un fragmento) es una recopilación de constituciones imperiales promulgada por el emperador Justiniano.

nos habían podido doblegar. Pero la mayoría de habitantes del territorio atacado se dedicaba a la agricultura y a la ganadería. No existían ya unidades militares, legiones ni centurias que pudiesen hacer frente a los nuevos pueblos, y se hizo necesaria la convivencia de la mejor forma posible. Algunos grupos de antiguos soldados romanos se pusieron a las órdenes de los invasores, jurándoles fidelidad. Sería el germen del feudalismo, de pequeñas y fragmentarias estructuras de poder con vasallos y ejército propio. Pero esa otra Europa tardaría aún varios siglos en formarse.

¿Un nuevo Occidente? Sin duda, el asentamiento de los germanos en reinos más o menos estables supuso, junto con la desaparición del orden romano, una nueva etapa de la Historia del Occidente europeo.

Ciertamente –y casi hasta la actualidad– no desaparecieron los elementos que en su día hicieron de Roma un imperio; si acaso, se transformaron: los reyes germanos los habían asumido, conscientes de encontrarse ante un modo de organización superior, del que pudieron aprender y valerse en sus distintas trayectorias. El cristianismo actuó también, a decir de los especialistas, como factor de unidad no sólo religiosa, sino política y jurídica: las primeras traducciones de los corpus latinos fueron obra de monjes y frailes, y el asentamiento del papa-

do, junto con la extensión del fenómeno monástico, convirtió a la Iglesia católica en una aliada necesaria para los reyes germanos. Tras la infausta centuria bautizada como el “siglo de hierro” (s. X), el papado se constituyó en árbitro en los desencuentros entre los reinos cristianos occidentales. Muchos años más tarde, todo ello cambió con la reforma luterana del siglo XVI.

Por otro lado, Occidente experimentó una regresión en cuanto a

seguridad se refiere. Ésta estaba asegurada en época imperial por los soldados y las autoridades de cada provincia: los gobernadores, sus subordinados y sus milicias. En los nuevos reinos de la fragmentada Europa proliferaron el bandidaje, los asaltos, robos y otros delitos contra personas y propiedades, que los reyes no consiguieron controlar, al menos hasta publicarse los primeros corpus jurídicos y organizarse instrumentos efectivos contra el pillaje.

Otra estructura europea. Y, ¿después de 476? ¿El caos? Por un lado lo parece, pues se rompió la unidad anterior, política, jurídica y económica, desaparecieron las referencias conocidas y se impuso la adaptación a formas de vida nuevas, y no sólo por parte de los romanos invadidos. Los germanos hubieron de hacer también un esfuerzo, si querían mantener las tierras adquiridas. Pero, por otro lado, los procesos históricos son largos, y sus protagonistas no suelen reconocerse como tales. Surgieron nuevas entidades, los reinos germanos, y Europa adquirió una estructura diferente. No todo cambio es pernicioso, puede incluso ser necesario para la salud de personas, instituciones y pueblos. Además, sin alteraciones a lo largo del tiempo, una disciplina tan valiosa como la Historia carecería de objetivo. Después de 476, el cambio sería la conclusión. ■



Los hombres del Norte. Los normandos (en la ilustración) fueron conquistadores vikingos que ocuparon el norte de Francia y se expandieron hasta Britania.

LIBRO

La caída de Roma, Michael Curtis Ford. Grijalbo, 2009. Esta obra ofrece una vivaz recreación del declive sufrido por el imperio más poderoso de todos los tiempos. En el ocaso romano, los bárbaros ocuparon Occidente.



LA EUROPA MÁS ROMANIZADA

El pasado romano de numerosas ciudades europeas, sometidas durante centurias al poder imperial, revive en cada vestigio preservado como patrimonio monumental y recuperado con excavaciones arqueológicas llevadas a cabo a lo largo de los siglos XIX y XX.

1 SARMIZEGETUSA (RUMANÍA) Antigua Dacia

La tierra habitada por los dacios y getas era conocida como Dacia. Se hallaba en el territorio que hoy corresponde a los países de Rumanía y Moldavia, así como a pequeñas partes de Bulgaria, Serbia, Hungría y Ucrania.

El reino dacio fue derrotado por el Imperio Romano tras dos guerras dirigidas por el emperador Trajano a principios del siglo II. Tras la derrota dacia, los conquistadores establecieron una guarnición militar allí, y además enviaron a ingenieros y arquitectos romanos que levantaron la capital de la Dacia romana, llamada *Colonia Ulpia Traiana Augusta Dacica Sarmizegetusa*. Se estableció a 40 kilómetros al suroeste de

las ruinas de la antigua capital dacica, a orillas del río Apa Orasului; este asentamiento corresponde al actual parque natural Gradistea Muncelului, al noroeste de Rumanía.

Este vestigio romano de la región de Transilvania se encuentra en un paraje bucólico y resulta una visita interesante para aquellas personas apasionadas por la Historia antigua.

La actual zona arqueológica de la antigua colonia romana se encuentra señalizada desde la ciudad rumana de Orastie (a 372 km de la capital, Bucarest). Los últimos 18 kilómetros se hacen por una carretera sin asfaltar, pero es posible realizar ese trayecto en coche.

Las ruinas conservadas de la capital romana de la antigua Dacia contienen restos de edificios tales como el anfiteatro, la escuela de gladiadores, las termas, el foro, el templo de Silvano, el de la dio-



Yacimiento arqueológico de la colonia romana Ulpia Traiana Augusta Dacica Sarmizegetusa, arrasada por los godos durante las invasiones bárbaras.

sa Némesis, el de Líber Páter y la domus del Procurador. No existe por el momento un centro de interpretación que pueda proporcionar alguna clave más sobre la *Sarmize-*

getusa romana, pero sí reconstrucciones virtuales de los principales edificios que la componían, que pueden verse en la página web www.reconstituiri.ro/.

La Puerta de Marte, datada en el siglo III, mide treinta y tres metros de lado a lado, lo que la convierte en la más ancha del Imperio Romano.



2 REIMS (FRANCIA) De camino a Hispania

En la época romana, Reims se conocía con el nombre de *Durocortorum* y era la ciudad más poblada al norte de Roma. Dentro de la provincia de las Galias, era un importante nudo de comunicaciones. En 254, cuando cayó el *limes* de la Germania Superior, se produjo la llegada de contingentes bárbaros, que saquearon Reims y todo el interior de la Galia. Desde allí, varios grupos germánicos lograron llegar hasta Hispania.

Se logró reestablecer la frontera y en ese contexto, a finales del siglo III o principios del IV, se construyeron las murallas alrededor de Reims, apoyadas en los cuatro arcos triunfales, convertidos en puertas de la muralla. Hoy en día, sólo se conserva la Puerta de Marte (*Porte de Mars*), así llamada por encontrarse cerca de un templo dedicado a este dios. Está compuesta por tres arcos y adornada con varios medallones, uno de ellos representando a Rómulo y Remo junto a la loba.

Entre los vestigios romanos de la ciudad francesa que han sobrevivido a los avatares del paso del tiempo —sobre las termas romanas se alzó la actual catedral de Reims—, podemos visitar en el Museo St. Rémi el sepulcro de Jovin, magnífico sarcófago romano.

3 YORK (REINO UNIDO) Corte romana

En tiempos de la conquista romana de Britania, la Legión IXª fue enviada al norte y en el año 71 arrebató ese territorio a los brigantes. La *Legio* construyó allí una fortaleza, en la confluencia de los ríos Ouse y Foss, cuyas zonas pantanosas ejercían de defensa. La llamaron *Eboracum* y hoy la conocemos como York. Esa fortificación, reconstruida en piedra y con capacidad para albergar a una guarnición de unos 6.000 soldados, fue el escenario de la proclamación de Constantino I el Grande como emperador en el año 305, y allí se mantuvo la corte durante varias de sus campañas.

Con la invasión germánica del pueblo anglo, a finales del siglo V, la ciudad dejó de ser una provincia romana.



Las excavaciones arqueológicas han revelado parte de la muralla de la fortaleza romana, enterrada bajo los cimientos de la catedral de York.



En Rávena, la iglesia de san Vital está coronada por una cúpula cuyo interior se halla cubierto de magníficos mosaicos.

4 RÁVENA (ITALIA) Un mundo de mosaicos

En el año 402, la ciudad de Rávena, rodeada de pantanos y más segura que Roma y Milán, se convirtió en la capital del Imperio Romano de Occidente. Los godos habían invadido Italia y la corte del emperador Honorio III fue trasladada a la nueva capital del Imperio. Pero las invasiones bárbaras también llegaron a Rávena y, en los siglos V y VI, la ciudad pasó a estar bajo dominación de los ostrogodos y, posteriormente, bajo la del Imperio Bizantino.

Como prueba de ese pasado, la ciudad de la Emilia-

Romaña italiana conserva un complejo de monumentos religiosos paleocristianos de extraordinario valor artístico, reconocido como Patrimonio de la Humanidad por la UNESCO. Obras como el Mausoleo de Gala Placidia, con unos mosaicos impresionantes en su interior; el Baptisterio Neoniano, sustentado por una espléndida cúpula decorada con un mosaico polícromo; el Baptisterio Arriano, con la cúpula cubierta de mosaicos, etc., le han otorgado a Rávena el sobrenombre de "la ciudad de los mosaicos".

5 TRÉVERIS (ALEMANIA) La capital de la Galia belga

La ciudad de Tréveris (en la actual región alemana de Renania-Palatinado) fue fundada en el año 16 a.C. por el emperador Augusto bajo el nombre de *Augusta Treverorum* ("Ciudad de Augusto en la tierra de los tréveros"). Además, la convirtió en la capital de la provincia romana de la *Gallia Belgica*.

Conocida como "la segunda Roma" por la importancia política que llegó a alcanzar en el Bajo Imperio, los vestigios romanos son muy abundantes; entre otros: la Porta Nigra, la Basílica Imperial, las termas del foro, el anfiteatro y el puente romano. Y no son sólo monumentos romanos muy relevantes y de gran atractivo turístico, sino que sirven como sede de eventos culturales como el *Antikenfestspiele* (un festival de teatro y ópera con temas antiguos) o el *Brot und Spiele* (*Panem et circenses* en alemán), el festival romano más grande de Alemania.



Las Termas Imperiales de Tréveris (Alemania) eran las terceras más grandes de todo el Imperio.

CARTAGENA (ESPAÑA) Teatro romano de Carthago Nova

El teatro romano de Carthago Nova (actual Cartagena) fue erigido en época del emperador Augusto (s. I) y mantuvo las puertas abiertas al público hasta el s. III, con una programación teatral cargada de fábulas atellanas (drama burlesco de carácter improvisado pero con personajes fijos) y de representaciones populares como el mimo y la pantomima. Cuando cayó el telón por última vez, también lo hizo sobre el Imperio Romano en forma de invasiones bárbaras: la ciudad murciana sufrió el saqueo de los vándalos en 425 y pasó a manos visigodas en 476.

Tuvieron que pasar quince siglos para que fuera descubierto por el arqueólogo murciano Sebastián Ramallo Asensio, que excavó el yacimiento y fue exhumando el teatro hasta que volvió a ver la luz. Hoy es posible visitarlo en el marco del Museo del Teatro Romano, edificio diseñado por el arquitecto Rafael Moneo e inaugurado en 2008.



El teatro romano de Cartagena, descubierto en 1988, disponía de un aforo para 7.000 espectadores.

AGENDA CULTURAL

Goya y Zaragoza.

Es la muestra organizada por la Fundación Ibercaja que repasa las raíces aragonesas del pintor y la influencia de estos primeros años en su trayectoria. www.museogoya.es



Bellos "Paisajes".

El Museo de Bellas Artes de Sevilla presenta *Paisajes*, donde se analiza la evolución de este género pictórico entre los siglos XV y XX. www.museosdeandalucia.es

Picasso y Dalí.

La relación entre los dos artistas se trata desde una novedosa perspectiva en la nueva muestra del Museo Picasso de Barcelona. museupicasso.bcn.es

Saint Phalle.

El Guggenheim de Bilbao dedica una exposición a la prolífica carrera de Niki de Saint Phalle (1930-2002), creadora de un lenguaje artístico único. www.guggenheim-bilbao.es

Paul Delvaux.

Sus obras pueden admirarse en el Museo Thyssen, en una muestra retrospectiva que aborda la faceta surrealista del pintor belga. museothyssen.org

ACTUALIDAD

DOCUMENTAL

Los siete días que crearon al Führer

Discovery MAX analiza los momentos que marcaron un punto de inflexión en la vida del dictador y que lo encaminaron a convertirse en la cabeza visible del III Reich.

El pasado mes de abril se cumplieron setenta años de la muerte de Adolf Hitler: el todopoderoso líder de la Alemania nazi se suicidó en su búnker de Berlín ante la inminente llegada de las tropas soviéticas. Coincidiendo con esta fecha tan señalada, Discovery MAX se ha propuesto acercarse a la figura del Führer desde una perspectiva completamente nueva, centrada en el estudio de los días más importantes de su vida. El pasado 30 de abril se estrenó el documental *Hitler: siete días que crearon al Führer*, un testimonio impactante

que analiza las jornadas más influyentes en el desarrollo personal del dictador, aquellas que fueron propiciando la tormenta perfecta que le llevaría a ser el líder de la Alemania nazi. El documental pretende meternos en su piel como nunca antes se había hecho: desde el personaje insignificante de sus inicios, pasando por los traumas derivados de la Gran Guerra, hasta llegar a su versión más visionaria, ya como líder del Partido Nazi. Entrevistas con diversos psicólogos clínicos, analistas e historiadores conforman un valioso documento que aporta una visión única del mundo interior de Hitler.

Instantes cruciales de su vida lo acabaron transformando en el hombre que llevó al mundo a una guerra total.



PINTURA Córdoba luciente

Los artistas cordobeses más reconocidos y aquellos que desarrollaron su actividad vinculados a la ciudad se dan cita en la muestra *Córdoba luciente en sus fundaciones y museos*, que alberga el Museo de Bellas Artes de Bilbao hasta el 15 de junio. Se ha reunido una selección de obras procedentes de los repertorios de la ciudad, un total de 84 piezas que dan fe de la riqueza artística de Córdoba. Planteada como una secuencia cronológica que va desde finales del Renacimiento hasta el inicio de las vanguardias, son seis siglos de arte con obras de Pantoja de la Cruz, Jan Brueghel el Joven, Luca Giordano, Antonio del Castillo, Joaquín Sorolla o Rafael Romero Barros.



San Rafael, óleo sobre lienzo del pintor sevillano del barroco Juan Valdés Leal (1622-1690).

CULTURAS PRECOLOMBINAS El esplendor de los mochicas



Su arte demuestra una gran sofisticación en el desarrollo de narrativas mitológicas.

Muchos siglos antes de que los españoles llegaran a los valles y desiertos de la costa norte del Perú, floreció una rica y brillante civilización estructurada en cacicazgos y reinos de una gran complejidad cultural. Comprendidos entre los años 200 y 850 de nuestra era, los moches o mochicas ofrecen un caso realmente singular de desarrollo cultural, económico y político, siglos antes de la expansión de los incas. La Obra Social la Caixa nos brinda la oportunidad de sumergirnos en esta magnífica

cultura con la exposición *El arte mochica del antiguo Perú. Oro, mitos y rituales*, que se exhibe en el CaixaForum de Barcelona. El montaje está formado por 200 piezas procedentes del Museo Larco de Lima, que incluyen una gran variedad de cerámicas, joyas, textiles y objetos ceremoniales de metales preciosos y de uso ritual en madera, piedra y concha. A través de su arte podemos entender la Historia, creencias y ritos de uno de los pueblos más avanzados de la América precolombina.

HISTORIA

Fernando II de Aragón

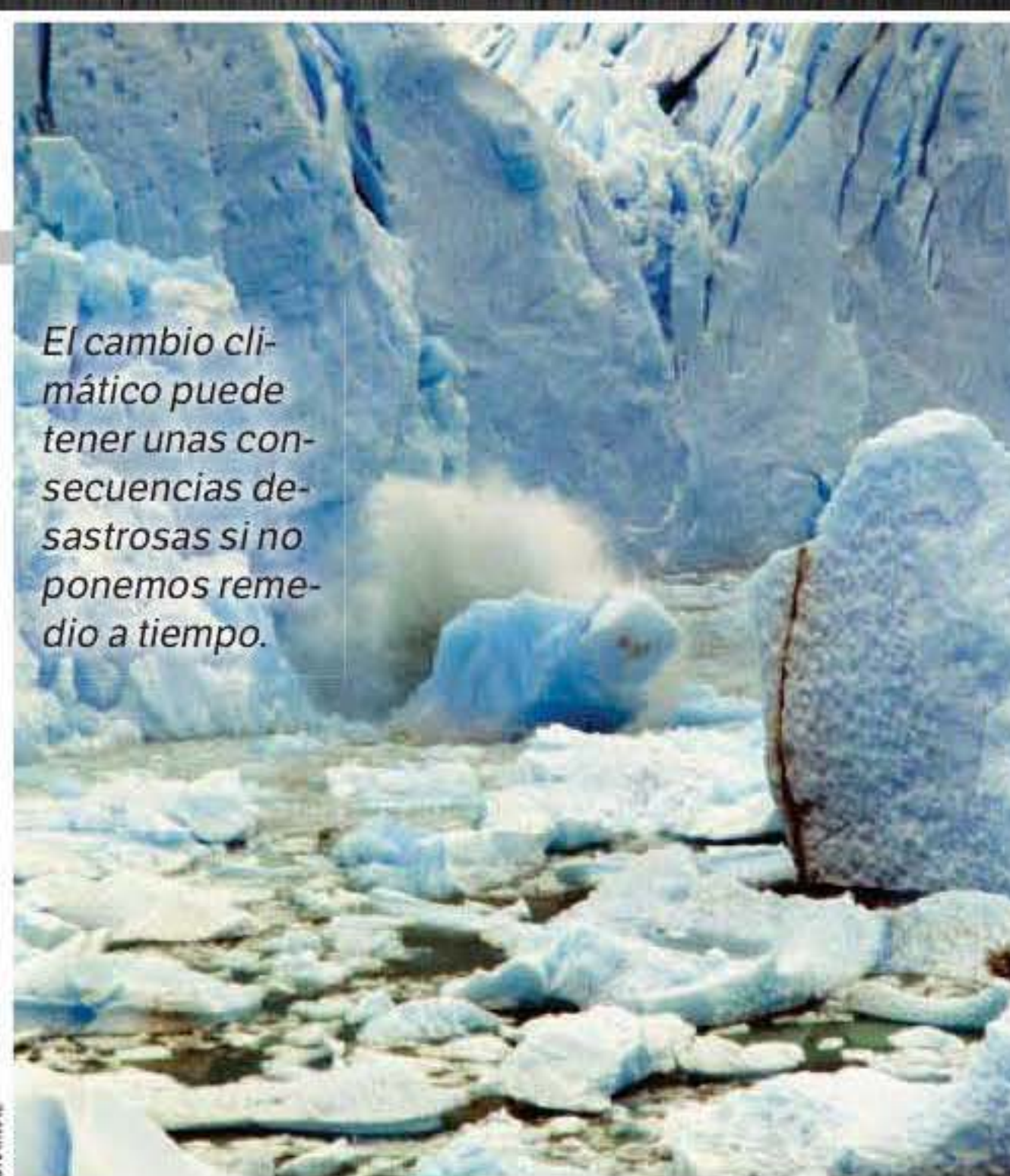
El objetivo de la exposición *Fernando II de Aragón, el rey que imaginó España y la abrió a Europa*, organizada por el Gobierno de Aragón, es reivindicar y poner en valor la figura del monarca. El mundo político, social y cultural de su reinado es el centro de la muestra, que cuenta con más de 150 piezas originales que nos transmiten la dimensión universal de Fernando el Católico como gran protagonista de la Historia de España y de Europa, en una época en la que se estaba configurando

el mundo occidental moderno. Por primera vez se pueden contemplar de forma conjunta los cinco retratos individuales del rey, dos de los cuales no habían salido hasta ahora de Inglaterra. Las obras abarcan el marco temporal de la vida del monarca (1452-1516) y se organizan en cuatro ámbitos que recrean su vida y su labor política a través de pinturas, esculturas, joyas, armas, grabados, textiles, documentos, etc., que asimismo aportan una visión de la sociedad de su tiempo.



El Palacio de la Aljafería de Zaragoza es el marco que acoge la muestra sobre uno de nuestros reyes más universales.

El cambio climático puede tener unas consecuencias desastrosas si no ponemos remedio a tiempo.



OKAIMAL

FOTOGRAFÍA

La diversidad amenazada

Dominar la Tierra en su beneficio ha sido uno de los grandes afanes del hombre, pero en muchas ocasiones, al intentar hacerlo, ha olvidado sus orígenes y su dependencia del medio, esquilmando los recursos y contaminando el planeta. Dentro de este contexto se enmarca la exposición *La Diversidad Amenazada. Naturaleza-hombre-cultura*, organizada por la Fundación Telefónica, que quiere mostrarnos la enorme riqueza de la biodiversidad natural y cultural,

así como el peligro que supone la acción del hombre para la misma. La colección de fotografías de Eduardo Aznar "Okaimal" nos ilustra este cambio global sin precedentes que estamos viviendo, junto con la necesidad de poner los medios para evitarlo. Estructurada en torno a 98 fotografías, se tratan todos los ámbitos de este proceso: desde la acción del hombre y su adaptación al medio, hasta la transformación del entorno y la importancia de recursos naturales como el agua.

BREVES

"La maldición de la momia".

Es el nombre de la operación lanzada por EE UU que ha recuperado más de 135 piezas arqueológicas. Durante la "Primavera Árabe", en Egipto se robó un gran número de antigüedades de gran valor.

El enigma de los tocados moáis.

Un estudio de la Universidad de Oregón ha determinado que los pukao, los enormes sombreros de los moáis, fueron colocados encima de las estatuas usando rampas auxiliares por donde iban rodando.



La búsqueda de Miguel de Cervantes.

El Museo de Historia ha presentado la exposición *Cervantes a la luz*, en la que se dan a conocer todos los detalles del proceso de investigación en el hallazgo de sus restos en la iglesia madrileña de las Trinitarias.

El City of Cairo emerge del mar.

Los restos de este navío británico, hundido en 1942 durante la II Guerra Mundial, han sido recuperados por la empresa *Deep Ocean Search*. El barco transportaba a 300 personas y 100 toneladas de monedas de plata cuando recibió el impacto de dos torpedos alemanes a 800 kilómetros de la isla de Santa Elena.

ARTE

Rogier van der Weyden

La escultura tuvo una gran influencia en el desarrollo de toda su obra artística.



Uno de los grandes maestros de la Historia del Arte llega al Museo Nacional del Prado, que celebra la exposición homónima sobre Rogier van der Weyden (1399/1400-1464). Gran exponente de los "primitivos flamencos", está considerado uno de los artistas más importantes e influyentes del siglo XV. La muestra conmemora la finalización de los trabajos de restauración realizados sobre el *Calvario* de El Escorial, al que acompaña una veintena de obras que nos permiten apreciar todos los aspectos de su creación artística, fundamentales para comprender plenamente

su producción. Además, estamos ante una oportunidad única y difícilmente repetible de contemplar la obra restaurada del *Calvario* junto al *Descendimiento de la Cruz*, el *Tríptico de Miraflores*, actualmente en Berlín, y el *Retablo de los Siete Sacramentos* de Amberes; nada menos que cuatro obras maestras de Van der Weyden que se juntan por primera vez en la Historia. Igualmente se tratan temas como la gran repercusión de su obra en España, la influencia posterior de su arte y la importancia de los mecenas y coleccionistas contemporáneos que estimaron sus creaciones.

MUSEO NACIONAL DEL PRADO

LECTORES
INTERACTIVOS

La Historia a debate

¿Fueron las invasiones bárbaras la causa definitiva de la caída del Imperio Romano?

SÍ, la presión de los pueblos bárbaros en las fronteras y la integración de los extranjeros en su ejército resultaron letales para Roma.

NO, actuaron otros factores, como el colapso económico o la irrupción del cristianismo.

Resultados del número anterior

SÍ,  81 %
NO,  19 %

¿Fueron beneficiosos los primeros descubrimientos arqueológicos?

Vuestros comentarios:

Es cierto que a muchos aventureros del siglo XIX sólo les movía el encontrar grandes tesoros, pero fomentaron el interés por las civilizaciones de nuestro pasado. **(Andrés Oriol)**

El Blog

Hace algún tiempo que descubrí los libros de Jesús Hernández, periodista e historiador que ha escrito numerosos textos sobre la Primera y la Segunda Guerra Mundial que abordan anécdotas, aspectos curiosos, secretos y misterios por re-

solver de estos dos conflictos. Jesús también tiene un blog personal que sinceramente quiero recomendar a los lectores. La bitácora se llama *¡Es la Guerra!*, y en ella trata temas de todo tipo relacionados con la Historia. Las dos guerras mundiales centran la mayoría de las entradas, pero también hay

espacio para la recomendación de libros y películas, la Guerra Civil española, la Guerra de Secesión e incluso el fútbol. También cuenta con una estupenda guía de viajes a escenarios clave de los conflictos bélicos europeos. <http://es-la-guerra.blogspot.com.es> **(Rodrigo Santamaría, Calatayud)**

Cartas de los lectores

Desde joven he sido una apasionada de la arqueología; siempre me he sentido atraída por ese halo de misterio que destilaban los primeros descubrimientos protagonizados por verdaderos aventureros. Con el paso del tiempo esta disci-

plina ha cambiado mucho, evolucionando sin parar en sus aspectos técnicos y convirtiéndose en una verdadera ciencia. Por todo esto me he animado a escribiros, ya que vuestro último número me ha gustado mucho y quería felici-

taros. No sólo por el tema tratado, sino también por la forma de afrontarlo, no dejando ningún matiz sin tocar y prestando bastante atención a los primeros pasos de la arqueología, unos años donde lo increíble muy a menudo se hizo realidad. **(Irene Suárez, Huesca)**

¡hazte
nuestro
fan en
facebook!



**Ya somos más de
14.444 fans**

Fanáticos de la Historia

¿Todavía no te has unido a la comunidad de MUY HISTORIA en Facebook? Ya contamos con más de 14.444 fans que siguen a diario todas las novedades y curiosidades publicadas. ¡Agréganos!

Síguenos en
@muyinteresante

Cada día, las últimas noticias sobre descubrimientos arqueológicos, aniversarios históricos y recomendaciones de exposiciones y libros de Historia. ¡Ya hemos superado los **5.586.000 seguidores** en **@muyinteresante!**

EFEMÉRIDES

Durante este mes recordaremos en nuestra web (www.muyhistoria.es) algunos hitos:

**8 de junio
1810**

Nace el compositor alemán Robert Schumann. Fue uno de los exponentes más auténticos de la música del Romanticismo.

**14 de junio
1905**

Se cumplen 110 años de la sublevación de la tripulación del acorazado *Potemkin* contra las autoridades zaristas. Este hecho fue clave durante la Revolución rusa de 1905.

**15 de junio
1215**

Se conmemora el 800 aniversario de la firma de la Carta Magna en Inglaterra por el rey Juan Sin Tierra. Este documento es un precedente básico de los regímenes políticos modernos.

**18 de junio
1815**

Han pasado ya dos siglos de la famosa batalla de Waterloo (Bélgica), en la que las tropas napoleónicas fueron derrotadas por las inglesas, alemanas y holandesas al mando del Duque de Wellington.

PARTICIPA EN LA
COMUNIDAD MUY*

Contáctanos en la dirección muyhistoriaweb@gyj.es o a través de nuestras redes sociales. (*) El autor garantiza que el material enviado es de su propiedad. MUY HISTORIA declina cualquier responsabilidad derivada del uso del material recibido.

La mentalidad de un genio



El motor del cambio humanista • Una personalidad polifacética • Mecenazgo y política
Un pintor muy particular • El científico más curioso • Ingeniero e inventor • Su huella
en España • Erotismo en el arte del Renacimiento • Los códigos secretos de Da Vinci

El 12 de junio en tu quiosco

GRANDES CONSPIRACIONES de la HISTORIA

Golpe sangriento.

El 11 de septiembre de 1973, el gobierno chileno de Salvador Allende (en la imagen, una de sus últimas fotos en el Palacio de la Moneda) sufrió un golpe de Estado organizado por uno de sus generales, Augusto Pinochet, y apoyado por la CIA. El régimen militar de terror y la dictadura resultantes se mantuvieron vigentes hasta 1990.



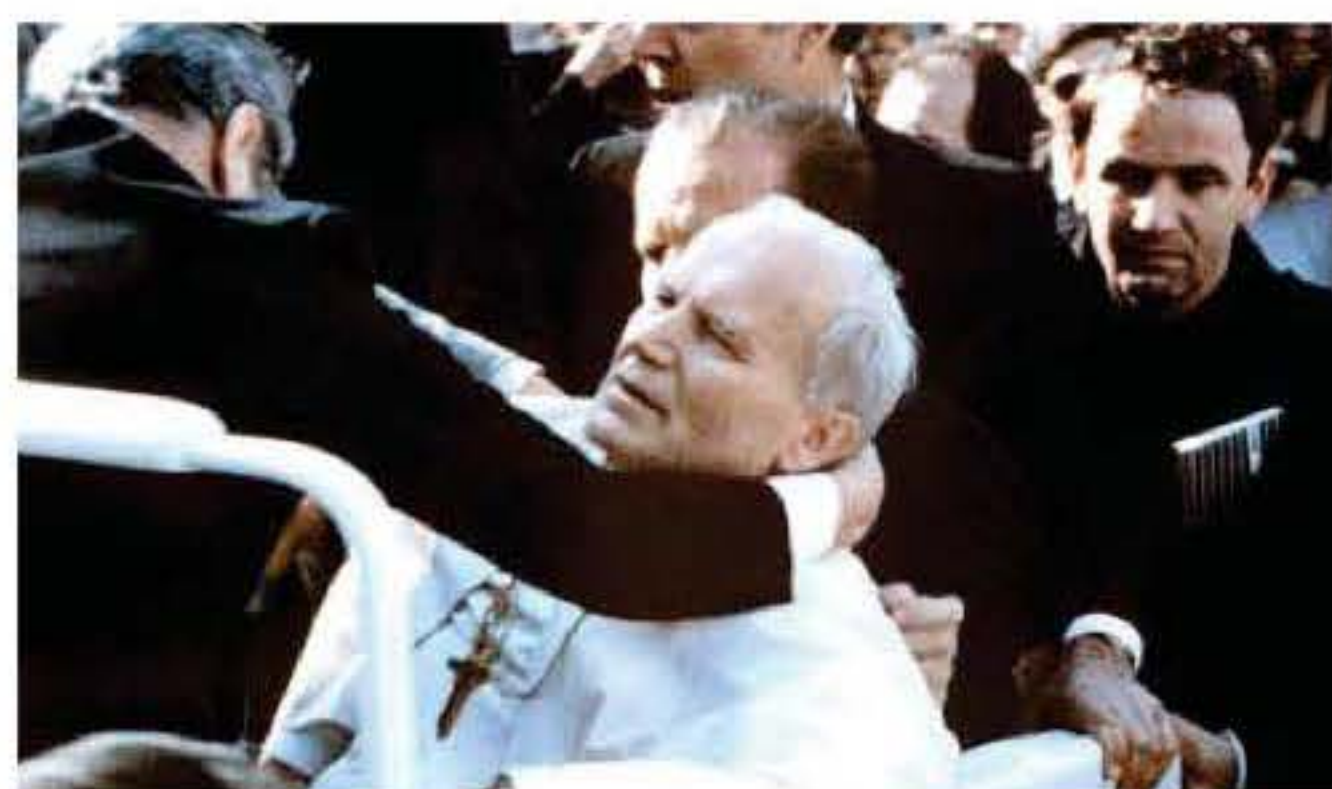
CORBIS

DOSSIER:
LAS 10 MÁS FAMOSAS
Del asesinato de Kennedy al 11-S, hay una serie de conspiraciones que están muy presentes en nuestros recuerdos. Bien por la relevancia pública que tuvieron o por su trascendencia.

POCA EXTENSIÓN Y MUCHOS CRÍMENES
A lo largo de la Historia, los muros vaticanos han sido testigos de misteriosas muertes, atentados, asesinatos y delitos de todo tipo. Los recientes escándalos superaron ya al propio pontífice.

SECRETOS Y MENTIRAS
Aunque asociamos las sociedades secretas con extraños grupos de fines siniestros, muchas de las instituciones más respetables se podían identificar en sus inicios con este tipo de organizaciones.

LA FATAL ATRACCIÓN DEL PODER ABSOLUTO
La ambición por ocupar un trono o encabezar un gobierno ha sido la causa principal de las conspiraciones organizadas para obtener el poder, tanto por enemigos como por la propia familia.



EFE

Matar al papa. El 13 de mayo de 1981, tres años después de su elección, el papa Juan Pablo II sufrió un atentado en Roma (arriba) a manos del turco Mehmet Ali Agca. Más de 30 años después, se ignora todavía el motivo.

Complots magnicidas. Existen fundadas sospechas de que el asesinato de Francesco de Médici, el Gran Duque de Toscana, y su segunda esposa, Bianca Capello (ambos abajo, en un óleo del siglo XIX), se debió a un envenenamiento.



PRISMA

Racionalismo radical. La secta de los Illuminati (izda., su símbolo) se creó en Alemania en 1776 con el fin de acabar con la influencia de la religión en la vida pública y los excesos del absolutismo. Sin embargo, finalmente la Iglesia pudo con ellos.


MUY
HISTORIA

Directora

Palma Lagunilla (plagunilla@gj.es)

Director de Arte

y Adjunto a la Dirección

Santiago Minguez (sminguez@gj.es)

Diseño gráfico

Rubén Calvo (rcalvo@gj.es)

Redacción

María Fernández Rei (mfernandez@gj.es)

Nacho Otero (iotero@gj.es)

Documentación gráfica

Iria Pena (ipena@gj.es)

Secretaría

Julia Gordo (jgordo@gj.es)

Directora Área Online y New Business:

Noelia Dueñas (nduenas@gj.es)

Editores Online

Javier Flores (jflores@gj.es)

y Sarah Romero (ladymoon@gmail.es)

Directora de Eventos y Relaciones Públicas:

Gabriela Álvarez (galvarez@gj.es)

Colaboran en este número:

Aquile, Arturo Asensio, José Daniel Cabrera, Fernando Cohnen, Rocío García Bourrellier, Luis García Moreno, Juan Antonio Guerrero, José Luis Hernández Garvi, Juan Carlos Losada, José Ángel Martos, José Antonio Peñas, Roberto Piorno, Alberto Porlan, Alfredo Sepúlveda.

Redacción

Áncora, 40 - 1ª planta. 28045 Madrid.

Tel: 91 347 01 00

E-mail: mhistoria@gj.es

PUBLICADA POR

GJ

G y J ESPAÑA EDICIONES, S.L., S. EN C.

Presidente: Rolf Heinz

Consejera Delegada: Marta Ariño

Directora de Producción: Raquel Esteban

Directora Comercial: Rosa Alonso

DEPARTAMENTO DE PUBLICIDAD Y DELEGACIONES

MADRID. Áncora, 40. 28045 Madrid. Tel.: (34) 91 347 01 00.

Director Comercial Área Divulgación: Santiago Brioso

(sbrioso@gj.es). Jefe de Publicidad: Pablo Oliveros (polive-

ros@gj.es). Coordinación: Raúl Pardos (rpardos@gj.es).

BARCELONA. Rambla de Cataluña, 91-93. 08008 Barcelona.

Tel.: 93 240 10 00 - Fax: 93 200 72 69. Directora de publi-

cidad: Mery Pareras (mpareras@gj.es). Jefe de publicidad:

Javier Muñoz (jmunoz@gj.es). LEVANTE. Quart, 2, puerta 2.

46001 Valencia. Tel.: 96 391 01 91 - Fax: 96 391 01 41. Ramón

Medina (rmedina@gj.es). ANDALUCÍA Y EXTREMADURA.

Tel.: 95 409 99 86 Ignacio Muñoz (ignaciom@reflejamm.com).

PAÍS VASCO y NAVARRA. Tel.: 94 444 18 00 Koldo Marcilla

(km@edicionextra.com). PUBLICIDAD INTERNACIONAL.

Jefa de Publicidad Internacional: Susana Ruano (sruano@gj.es).

PUBLICIDAD ONLINE: Responsable de Publicidad

Online Webs Gj: Celia Delgado (cdelgado@gj.es).

Jefa de Marketing Publicitario: Begoña Eguillor (beguillor@gj.es).

Directora de Corporate Publishing:

Lala Llorens (llorens@gj.es)

GPS
SOLUCIONES DE MEDIOS

Presidente: Volker Breid

Vicepresidenta: Marta Ariño

Director General: Carlos Franco

Director de RRHH: Julián Moya

Director de Informática: Augusto Moreno de Carlos

Director de Distribución y Control de Gestión:

Carlos Martínez

DISTRIBUYE: Logista Publicaciones, S.L. Pol. Ind. Pinares Llanos,

c/Electricistas, 3. 28670. Villaviciosa de Odón. Tel. 91 665 71 58.

SUSCRIPCIONES: GPS. Áncora 40, 28045 Madrid.

E-mail: suscripciones@gpsoluciones.es. Internet: www.gj.es.

Tel.: 902 054 246.

Depósito legal: M-35196-2005. Depósito legal Mini: M-10757-2015.

ISSN 1885-5180 © Copyright 1981.

Gruener + Jahr AG / G y J España Ediciones, S.L., S. en C.

Prohibida su reproducción total o parcial sin la autorización expresa de la empresa editora.

IMPRESIÓN: Rivadeneira

Esta publicación es miembro de la Asociación de Revistas de Información

(ARI) y tiene controladas sus ventas por la Oficina de la Justificación de la

Difusión (OJD: 45 528 ejemplares)

G+J España, empresa editora de la revista MUY INTERESANTE, pone

a su disposición el servicio de Defensor del Lector. Pueden dirigir sus

consultas, quejas o reclamaciones, por carta, a la dirección: G+J España.

Defensor del lector. Áncora, 40. 28045 Madrid; grabando un mensaje en

el teléfono 91 436 97 70; o por correo electrónico a la dirección: defensor_

del_lector@gj.es

ARI Asociación de Revistas de Información

OJD

LA BATALLA QUE PUSO FIN A UN IMPERIO



Waterloo

la gran batalla



ESTRENO

JUEVES 18 A LAS 22:00h

Disponible en todas las plataformas de pago

Síguenos en:



canalhistoria.es

¿TE INTERESA EL ARTE?
VISITA CROACIA. COMPARTE CROACIA.

PHOTO BY IGOR ZIROJEVIĆ



Oficina Nacional de Turismo de Croacia

www.visitacroacia.es



Poreč #LoveCroatia